



P.C. CAST

Partholon, donde todo es posible...
Incluso lo imposible

Sangre
de Chamán

Lectulandia

En vez de aceptar las reglas restrictivas de su familia, Brighid, la mujer centauro, decidió recorrer su propio camino, hacer otros amigos y forjar otras relaciones, tanto con centauros como con humanos.

Sin embargo, aún tenía que superar el desafío más difícil de todos. Mientras ayudaba a su amigo humano, Cuchulainn, el hermano de Elphame, a volver a casa, Brighid se dio cuenta de que estaba empezando a quererlo.

Y para multiplicar sus problemas, la Diosa Epona despertó el poder de Chamán que habitaba en ella. Cuando Brighid estaba tratando de asumir aquel poder, que nunca hubiera esperado, y de aceptar un amor que temía aceptar, tuvo la visión de una tragedia que podía destruir todo aquello que le importaba en la vida...

Lectulandia

P. C. Cast

Sangre de chamán

Las diosas de Partholon - 5

ePub r1.0

Titivillus 26.05.18

Título original: *Brigid's Quest*

P. C. Cast, 2005

Traducción: María del Carmen Perea Peña

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*Para mi madrastra, Patricia Ann Cast,
con mucho amor y agradecimiento.
Gracias por saber cómo curar un alma hecha añicos.*

Prólogo

«Tu gente se salvará con la sangre de una Diosa moribunda».

Hacia más de cien años, las mujeres comenzaron a desaparecer en una tierra verde y próspera llamada Partholon. Al principio las desapariciones eran esporádicas y, aparentemente, sucedidas al azar. Sin embargo, cuando una horda invasora atacó el Castillo de MacCallan, mató a los valientes soldados del clan y esclavizó a sus mujeres, se supo la verdad. Los Fomorians, una raza de demonios alados, estaban usando a las mujeres humanas para procrear una raza de monstruos nueva.

Para aquellas criaturas vampíricas no tenía importancia que la mujer embarazada muriera al dar a luz al mutante. Las mujeres humanas eran incubadoras, y sus muertes no eran más que un medio perverso para conseguir un objetivo espantoso.

La rabia de la Diosa Epona fue terrible, y a través de su Elegida, Rhiannon, la Encarnación de la Diosa, y su compañero centauro, ClanFintan, hizo que la gente de Partholon se uniera y venciera a los Fomorians. La raza de demonios fue destruida, pero la gente de Partholon no se dio cuenta de que el legado de la guerra no era solo muerte y maldad. En las Tierras Yermas, muy lejos del corazón de Partholon, nacieron unos niños alados cuyas madres humanas sobrevivieron milagrosamente. Aquellos híbridos, en parte humanos y en parte demonios, lucharon por hacerse una vida en las Tierras Yermas. Se aferraron a su humanidad incluso cuando la llamada de la sangre oscura de sus padres les causaba dolor... un dolor que erosionaba lentamente su voluntad, hasta que la locura se convertía en su único alivio.

«Tu gente se salvará con la sangre de una Diosa moribunda».

Sin embargo, Epona no había olvidado a aquellas mujeres que nunca perdieron la esperanza y siguieron siendo fieles a su Diosa, aunque no pudieran regresar a Partholon con sus hijos alados. La gran Diosa susurró La Profecía a sus hijos exiliados, y la promesa de la salvación le proporcionó esperanza a aquella raza descendiente de los demonios.

Lentamente pasó un siglo, durante el cual la gente alada esperó una respuesta a sus plegarias. Partholon recuperó su prosperidad y la Guerra Fomoriana se convirtió en un recuerdo.

Entonces nació una niña, parte humana y parte centauro, que estaba tocada por la mano de Epona, y que se llamó Elphame. En sueños llamó a Lochlan, el líder de los seres alados, que esperaba en las Tierras Yermas. Los niños se habían convertido en adultos, y Lochlan siguió sus sueños hasta el Castillo de MacCallan, donde Elphame despertó algo más que las piedras de aquella antigua ruina.

«Tu gente se salvará con la sangre de una Diosa moribunda».

Por amor a Lochlan, y a través de la confianza que Elphame había depositado en su Diosa, la profecía se consumó.

Elphame sacrificó parte de su humanidad y el corazón de su hermano para salvar a la raza de Fomorians híbridos. Aquella raza podía volver por fin a casa. Sin

embargo, su lucha acababa de comenzar. Debían recordar que el Camino de la Diosa no era fácil de recorrer...

Capítulo 1

Elphame estaba exactamente donde había pensado la Cazadora, aunque en realidad no era necesaria la habilidad de una Cazadora centauro para seguir el rastro de la Jefa del Clan. La MacCallan tenía la costumbre de visitar aquellas rocas lisas que había junto al acantilado, y su costumbre era bien conocida por todos. Desde aquel punto de vigilancia privilegiado, Elphame miraba hacia el norte, hacia las Montañas Tier, que eran una línea de picos morados dibujada en el horizonte. Miraba a aquella línea distante como si estuviera intentando ver las Tierras Yermas, que se extendían tras las montañas.

Brighid se acercó a ella silenciosamente. No quería molestarla. Aunque llevaba viviendo y trabajando junto a Elphame más de dos ciclos completos de luna, todavía se sentía conmovida al ver a aquel ser único, que se había convertido en su amiga, además de ser la Jefa del Clan. Elphame era la hija mayor de la Encarnación de la Diosa de Partholon y del Chamán Centauro, y solo era humana hasta la cintura. Sus piernas tenían más forma equina que humana, con músculos poderosos y cubiertos con un pelaje fino y brillante. En vez de pies tenía dos cascos de ébano.

Sin embargo, el físico no era lo único que diferenciaba a Elphame de los demás. Epona le había concedido poderes. Elphame podía comunicarse con el Reino de los Espíritus a través de una afinidad con la Magia de la Tierra. También oía a los espíritus de las piedras del Castillo de MacCallan. Además tenía una conexión especial con Epona, y Brighid sentía a menudo la presencia de la Diosa de Partholon cuando Elphame invocaba la bendición matinal, o le daba las gracias a la Diosa al final de un día especialmente productivo. Y, por supuesto, todos habían presenciado el favor de Epona cuando Elphame había rogado que la Diosa le concediera su fuerza y su amor para vencer la locura de los Fomorians...

Brighid se estremeció. No quería recordar aquel día horrible. Era suficiente con saber que la Jefa del Clan era una mezcla milagrosa de humana y centauro, de diosa y de mortal.

—¿Ha sido buena la caza de esta mañana? —preguntó Elphame sin darse la vuelta para mirar a la Cazadora.

—Mucho —dijo Brighid, a quien no sorprendió que hubiera notado su presencia. Los poderes de Elphame eran muy agudos—. Nadie ha cazado en los bosques que rodean el Castillo de MacCallan desde hace cien años. Los animales saltan, prácticamente, a mis flechas.

Elphame sonrió.

—¿Venados suicidas? Eso parece un plato verdaderamente único.

—No se lo digas a Wynne. Esa cocinera me exigirá que elija con más cuidado el temperamento de los animales para que sus estofados tengan un sabor más perfecto.

La MacCallan apartó la vista de las montañas lejanas y volvió a sonreír.

—Tu secreto está a salvo conmigo.

Brighid miró a su amiga a los ojos, y se sintió impresionada por la tristeza que había en ellos. Solo sonreía con los labios. La MacCallan no mostraba aquel semblante en público; tal intimidad era un privilegio. Por un momento, Brighid temió que la locura de los Fomorianos, que estaba agazapada en la sangre de su amiga, hubiera despertado, pero rápidamente desechó aquella idea. Brighid no vio odio ni rabia en los ojos de Elphame, sino una profunda pena. Y sabía cuál era el motivo. Elphame estaba felizmente emparejada con Lochlan. La reconstrucción del Castillo de MacCallan iba viento en popa. El clan prosperaba. Su Jefa debería estar contenta, y Brighid sabía que Elphame lo estaría de no ser por un detalle.

—Estás preocupada por él —dijo Brighid.

—¡Claro que estoy preocupada por él! —exclamó Elphame. Después apretó los labios—. Disculpa. No quería ser brusca contigo, pero estoy muy preocupada por él desde que murió Brenna. La quería mucho.

—Todos queríamos a la pequeña Sanadora.

Elphame suspiró.

—Sí. Era especial, y tenía un corazón enorme.

—Te preocupa que Cuchulainn no se recupere de su pérdida.

Elphame miró de nuevo hacia las montañas.

—No sería tan malo si estuviera aquí, si pudiera hablar con él y saber lo que está haciendo. Pero no podía impedirle que se marchara. Me dijo que aquí todo le recordaba a Brenna y que nunca aprendería a vivir sin ella. Cuando se marchó solo era un fantasma de sí mismo. No... era una sombra...

Elphame se quedó callada. Brighid permaneció a su lado mientras ella luchaba silenciosamente con la preocupación que sentía por su hermano. Brighid recordó a la pequeña Sanadora, Brenna. Había ido al Castillo de MacCallan igual que ella, en busca de una nueva vida y un comienzo, pero la Sanadora había encontrado mucho más que eso. Había encontrado el amor entre los brazos del hermano guerrero de la Jefa del Clan. Cuchulainn había sido capaz de ver más allá de las terribles cicatrices que ella tenía en la piel y había llegado a la belleza de su corazón. Brighid recordó lo feliz que se sentía su amiga, lo feliz que había sido hasta el mismo momento de su muerte. Recordó también que su muerte había puesto en marcha todos los sucesos que habían desembocado en la salvación de mucha gente, pero eso no servía para calmar el dolor que había provocado su ausencia.

Después, Cuchulainn se había marchado a las Tierras Yermas para guiar a Partholon a aquellos que habían provocado la muerte de su amante.

—Él se empeñó en hacerlo —dijo Elphame, como si le hubiera leído el pensamiento a su amiga—. No culpó a los otros Fomorianos de la muerte de Brenna. Entendió que su asesina estaba dominada por la locura contra la que todos luchan.

Brighid asintió.

—Cuchulainn solo se culpó a sí mismo. Tal vez el hecho de traer a los híbridos Fomorianos a casa le sirva para cerrar las heridas. Lochlan dice que la mayoría son

niños. Tal vez puedan ayudar a sanar a Cu.

—Sanar sin la ayuda de una Sanadora es un proceso difícil —murmuró Elphame—. Odio pensar que está sufriendo y que no tiene...

—¿Qué?

—Sé que puede parecer una tontería, porque Cuchulainn es un famoso guerrero conocido por su fuerza y su valor, pero odio que no tenga a nadie de la familia cerca mientras está sufriendo.

—¿Te refieres en especial a su hermana mayor?

—Sí, sobre todo a su hermana mayor —dijo Elphame, y suspiró—. Hace tanto tiempo que se fue... Yo pensaba que ya habría vuelto en estas fechas.

—Ya sabes que el mensajero del Castillo de la Guardia dijo que hubo una gran tormenta de nieve en primavera, que asoló las montañas y cerró el paso hacia las Tierras Yermas. Seguramente Cuchulainn haya tenido que esperar hasta el deshielo, y después haya tenido que viajar lentamente, con cuidado de no abusar de la fuerza de los niños. Debes tener paciencia —dijo Brighid.

—La paciencia nunca ha sido una de tus virtudes, corazón mío.

Aquella voz profunda sonó a su espalda. La Cazadora y la Jefa se volvieron a mirar al hombre alado mientras él se aproximaba en silencio. Brighid se preguntó si alguna vez iba a acostumbrarse a la existencia de un ser como aquel.

Era Fomorian y humano, y su gente y él habían sido criados por sus madres humanas en secreto, en las duras Tierras Yermas que se extendían al norte de las Montañas Tier. Era alto, delgado, fuerte. Sus rasgos faciales eran muy atractivos, humanos, pero su piel tenía una luminiscencia que recordaba su oscura herencia. Y tenía alas. En aquel momento estaban en descanso, perfectamente dobladas contra su espalda, de modo que solo se veía la parte superior, de un color gris oscuro. Sin embargo, Brighid las había visto extendidas en toda su terrible y magnífica belleza. Era una visión que la Cazadora no olvidaría con facilidad.

—Buenos días, Cazadora —dijo él amablemente, mientras se acercaba—. Wynne me ha dicho que esta mañana has vuelto con un venado espectacular, y que tendremos filetes esta noche para la cena.

Brighid inclinó la cabeza brevemente a modo de saludo, y para agradecer sus palabras, mientras se apartaba para que Lochlan pudiera saludar a su esposa.

—Te he echado de menos esta mañana —dijo él. Le tomó la mano a Elphame y se la besó suavemente.

—Lo siento. No podía dormir y no quería despertarte, así que... —Se encogió de hombros.

—Estás impaciente por el regreso de tu hermano, y eso te inquieta —dijo él.

—Sé que es un guerrero, y sé que estoy pensando con el corazón de una hermana en vez de con la cabeza de una Jefa, pero estoy preocupada por él.

—Yo soy un guerrero, pero si te perdiera a ti perdería mi alma. Ser guerrero no libra a un hombre de sentir dolor. Yo también he estado pensando mucho en

Cuchulainn —dijo Lochlan, eligiendo cuidadosamente las palabras—. Tal vez alguno de nosotros debiera ir con él.

—Yo quiero hacerlo. Lo he estado pensando, pero no puedo marcharme —dijo Elphame—. El clan es demasiado nuevo, y todavía hay mucho trabajo que hacer para reconstruir el castillo.

—Yo iré —dijo Brighid.

—¿De veras? —preguntó Elphame.

La Cazadora se encogió de hombros y asintió.

—El bosque está lleno de caza. Hay tanta que incluso los cazadores humanos pueden cazar lo suficiente como para alimentar al castillo. Por lo menos durante una temporada —añadió con una sonrisa—. Y para seguir el camino que Cuchulainn tomó a través de las montañas hará falta la habilidad de una Cazadora —dijo, y miró significativamente a Lochlan—. ¿No es así?

—Es un camino oscuro, y aunque sé que Cuchulainn y los demás lo habrán marcado, será difícil de seguir —confirmó él.

—Además, hay poca caza en las Tierras Yermas. Por lo menos, podré ayudarlos a conseguir comida durante el camino —dijo Brighid con una sonrisa—. Una Cazadora siempre es buena compañía, sobre todo cuando hay niños a quienes alimentar.

—Una amiga también es buena compañía —dijo Elphame, con la voz entrecortada de emoción—. Gracias. Me has dado un gran alivio.

—Cuchulainn pensará seguramente que soy una mala sustituta de su hermana —dijo Brighid con cierta aspereza, para disimular su propia emoción. Había llegado a querer a Elphame como si fuera de su propia familia. «No», pensó la Cazadora. «Precisamente hui de mi familia al unirme al Clan MacCallan. Es mucho más fácil querer a Elphame».

—Él no va a pensar semejante cosa —dijo Elphame con una carcajada.

—Te dibujaré un mapa para que tengas más claro el camino —dijo Lochlan. Después, posó la mano sobre el hombro de la Cazadora—. Gracias por hacer esto, Brighid.

Ella miró al hombre alado a los ojos y resistió un estremecimiento al notar su contacto. La mayoría del clan estaba aceptando lentamente a Lochlan como compañero de Elphame. Era medio Fomorian, pero había demostrado su lealtad a la Jefa y al clan. Sin embargo, Brighid no podía evitar sentir inquietud en su presencia.

—Me marcharé a primera hora de la mañana —dijo la Cazadora decididamente.

Brighid odiaba la nieve. No porque le causara incomodidad física. Como todos los centauros, tenía una temperatura corporal alta que la aislaba de los cambios del tiempo, incluso de los más drásticos. Ella odiaba la nieve por principio. Envolvía la tierra en un manto blanco que lo entumecía todo. Los habitantes de los bosques hibernaban o huían a tierras más cálidas. Brighid estaba de acuerdo con los animales.

Había tardado cinco días en viajar desde el Castillo de MacCallan, en dirección norte, hasta la boca del oscuro paso de montaña que le había indicado Lochlan en su detallado mapa. Cinco días. Soltó un resoplido de disgusto.

Como si fuera un humano montando a un caballo en círculos. Ella había pensado que recorrería aquella distancia en la mitad de tiempo.

—Maldita nieve —murmuró. Su voz resonó extrañamente contra las paredes de las montañas que se erguían ante ella—. Debe de ser esto.

Observó atentamente a su alrededor, en busca de alguna señal que hubiera podido dejar el pequeño grupo de Cuchulainn al pasar por allí. Brighid pensaba que él lo habría dejado marcado, aunque era poco probable que existiera otra agrupación de rocas rojas que parecieran exactamente la boca abierta de un gigante, incluso con la lengua y los dientes afilados. Siguió avanzando hacia el túnel, y la nieve amortiguó el sonido de sus cascos contra el terreno.

De repente, oyó un aleteo fuerte y una figura negra se lanzó en picado hacia ella y después hacia las rocas, donde se posó.

Brighid se detuvo en seco y apretó los dientes. El cuervo ladeó la cabeza y le lanzó un graznido. La Cazadora frunció el ceño.

—¡Maldito pajarraco! —gritó, moviendo los brazos.

El cuervo se mantuvo impertérrito y siguió mirándola con sus ojillos fríos y negros. Después dio tres picotazos en la roca y echó a volar nuevamente. Pasó tan cerca de la cabeza de Brighid que le revolvió el pelo, mientras ella contenía la necesidad de agacharse bajo el vuelo rasante del ave. La Cazadora se acercó a la roca con un gesto ceñudo. El pájaro había dejado sus huellas en la roca, y ella apartó la nieve para poder ver la zona; no le sorprendió encontrar el rastro de Cuchulainn, que se dirigía hacia la boca del túnel.

Brighid agitó la cabeza.

—No quiero tu ayuda, madre —dijo—. El precio que hay que pagar por ella siempre ha sido demasiado alto.

Los graznidos del cuervo le llegaron acompañados de un viento que de repente, como por arte de magia, se volvió cálido y le llevó a Brighid olores y sonidos de las Llanuras de los Centauros. Cerró los ojos para combatir aquella ráfaga de nostalgia. En las Llanuras de los Centauros era primavera en aquel momento, y al contrario que en aquel mundo blanco y desolado, el verde de las praderas cubiertas de hierba estaría salpicado de flores azules, blancas y violetas. Respiró profundamente y saboreó su hogar.

—¡Ya basta! —exclamó, y abrió los ojos—. Es mentira, madre. La libertad es lo único que no me dan las Llanuras de los Centauros.

La llamada del cuervo se desvaneció, y se llevó consigo aquel viento de su hogar. Brighid se estremeció. No debería sorprenderle que su madre le hubiera enviado un guía espiritual. El sentimiento de anticipación que había notado durante todo aquel día era debido a algo más que al hecho de acercarse al paso de las montañas. Debería

haber percibido la mano de su madre. En realidad, la había sentido, pero debería haberla reconocido.

«He elegido. Soy la Cazadora del Clan de MacCallan, y he hecho mi juramento de fidelidad a ese clan. No me arrepiento de haberlo hecho».

Irguió los hombros y entró al túnel mientras se apartaba de la cabeza el efecto de la presencia de su madre. De repente se alegró de que el paso estuviera tan cubierto de nieve como para exigirle toda su concentración, y mucha fuerza física, para poder atravesarlo. No quería pensar en su madre, ni en la belleza de su tierra natal, tierra que había decidido dejar para siempre.

El día todavía era joven. Según Lochlan, podría pasar las partes más peligrosas antes de que anocheciera. Si todo iba bien, al día siguiente encontraría el campamento de los Fomorian, y a Cuchulainn. Siguió avanzando con sumo cuidado para no dar un mal paso y dañarse los cascos en una grieta oculta bajo la nieve. Se concentró en el camino. No pensó en su madre, ni en la vida que había dejado atrás. Ignoró la culpabilidad y la soledad que ensombrecían todas sus decisiones. Había tomado la determinación más correcta, estaba segura. Sin embargo, el hecho de haber elegido sabiamente no quería decir que hubiera tomado el camino más fácil.

Mientras subía con lentitud por un rincón resbaladizo del paso, sonrió con ironía. El camino físico que había elegido era casi tan difícil como el camino que había elegido en la vida.

Como iba tan absorta en sus pensamientos y tan concentrada en las dificultades del camino, sus agudos sentidos de Cazadora registraron los ojos que la vigilaban en su más profundo inconsciente, y solo como una sensación de inquietud. Una sensación que desechó como un vestigio de irritación por la aparición del emisario de su madre.

Sin obstáculos en la oscuridad, aquellos ojos brillaban con el color de una sangre antigua mientras continuaban observando y esperando.

Capítulo 2

El maldito viento no acababa nunca. Cuchulainn pensó que era lo que más le disgustaba de las Tierras Yermas. Podía soportar el frío, por lo menos en dosis limitadas. Incluso podía pensar que aquellas tierras abiertas y la extraña vegetación baja que crecía en ellas eran interesantes. Sin embargo, aquel maldito viento era una fuente constante de irritación.

Aullaba incesantemente y cortaba la piel expuesta. El guerrero se estremeció y se puso la capucha de su capa de piel.

Seguramente debería volver al campamento. Estaba anocheciendo, y aunque llevaba en las Tierras Yermas menos de dos ciclos de luna, ya había aprendido que era peligroso estar en campo abierto de noche.

Se detuvo y se agachó para estudiar detenidamente unas huellas que había en la nieve. Eran de cascos, y estaban frescas. El viento no había tenido tiempo de borrarlas. El enorme muflón no podía estar muy lejos.

La lobezna emitió un gemido y le apretó el hocico frío contra el costado. Él le acarició distraídamente el lomo.

—Tienes frío y hambre, ¿verdad, *Fand*?

La lobezna volvió a gemir suavemente y le metió la nariz bajo la barbilla. Él se irguió bruscamente y apretó las ataduras de su capa.

—Razón de más para terminar de seguir al muflón. Vamos, no nos lleva mucha ventaja. Terminemos con esto.

La lobezna dejó de gemir y avanzó a su lado. Estaba totalmente unida a su padre putativo. Allá donde él fuera, ella lo seguiría.

Cuchulainn aceleró el paso, imaginándose los gritos de felicidad de los niños cuando llegara al campamento. Durante un breve instante sus pensamientos se ablandaron. Los niños eran algo que él no se había esperado. Sabía que existían; en realidad eran uno de los principales motivos de su viaje a las Tierras Yermas. Su misión consistía en guiarlos de camino a Partholon, a los Fomorianos o Nuevos Fomorianos, como preferían llamarse. Sin embargo, pensar en una cosa y hacerla de verdad era a menudo algo tan diferente como las inhóspitas Tierras Yermas y la prosperidad de Partholon.

Los Nuevos Fomorianos habían sido una sorpresa para él.

Muchas sorpresas, en realidad.

Al pensar en el momento de la reunión con los híbridos Fomorianos, se los había imaginado como unos bárbaros peligrosos. El hecho de que Lochlan fuera civilizado no tenía importancia. Por muy increíble que le hubiera resultado al principio, Epona lo había creado para ser el compañero de su hermana. Por supuesto, Lochlan tenía que ser distinto a los demás. Sin embargo, Cuchulainn sabía muy bien que los híbridos Fomorianos eran capaces del mayor salvajismo.

Habían sobrevivido a la crudeza de las Tierras Yermas durante más de un siglo. Y

aunque la locura hubiera sido extraída recientemente de su sangre, seguían siendo la prole de unos demonios. Su hermana había decidido que volvieran a Partholon, porque aquella tierra también era parte de su herencia. Elphame era la Jefa del Clan y la obedecería, pero él era un guerrero experimentado, y no estaba dispuesto a llevar a enemigos al interior de Partholon. Así pues, sería cauteloso y sabio. Era uno de los motivos por los que se había empeñado en viajar sin la compañía de otros guerreros humanos. Descubriría la verdad por sí mismo, y regresaría solo a Partholon si era necesario advertirlos del peligro.

Mientras viajaba con los gemelos híbridos Fomorian, Curran y Nevin, desde el Castillo de MacCallan, a través de los bosques del norte, hacia el paso oculto de las Montañas Tier, Cuchulainn había esperado, había observado a sus acompañantes con atención y había intentado soportar el dolor que le producía su herida abierta. Era un pequeño milagro que se despertara cada día y pudiera hacer los movimientos necesarios para seguir adelante con su vida. Mirando atrás se daba cuenta de que el viaje hacia las Tierras Yermas había sido algo borroso, doloroso. Curran y Nevin eran compañeros de camino muy silenciosos. No parecía que tuvieran inclinación por la violencia. No se quejaban del ritmo que él imponía, ni reaccionaban mal ante su actitud retraída y malhumorada. Cuchulainn se dijo que su comportamiento benigno no significaba nada. Cuando llegara a su campamento, valoraría la reacción de los demás Fomorian al darles las noticias, y después haría lo que fuera mejor para Partholon.

Así pues, había viajado hacia el norte, luchando contra la tristeza e imaginándose a demonios. No tenía heridas físicas de las que recuperarse, pero la herida que le había producido la muerte de Brenna era un agujero enorme en su alma.

El paso del tiempo no había conseguido mitigar la intensidad de su dolor. Nunca iba a recuperarse por completo.

Solo sobreviviría. Había una diferencia muy grande entre ambas cosas.

Intentó apartarse de la cabeza el dolor de la muerte de Brenna. No porque su pérdida no estuviera siempre con él.

Brenna nunca estaba lejos de su pensamiento, pero había aprendido que si se dejaba dominar por la desesperación obsesionándose en cómo podrían haber sido las cosas, el dolor se convertía en algo insoportable, en una necesidad que nunca podría saciar. Brenna había muerto, y aquello era inalterable. Lo mejor era no pensar, no sentir.

Solo perseguir al muflón. Matarlo. Volver al campamento. Le ordenó a su cabeza que dejara de divagar.

Cuchulainn y la lobezna siguieron avanzando entre rocas cubiertas de nieve que descansaban contra la ladera norte de las Montañas Tier. Le agradaba que la nieve hubiera disminuido. Pocos días antes no hubiera podido seguir al muflón hasta la parte baja de las montañas. Si tenían suerte y no volvía a nevar, el paso estaría lo suficientemente despejado como para atravesarlo en pocos días. Claro que tendría

que asegurarse de ello. Los niños eran fuertes y tenían buena disposición, pero pese a su entusiasmo y su precocidad, seguían siendo niños.

Sin embargo, eran poco corrientes. Nunca olvidaría la primera vez que los vio, ni cómo habían reaccionado ellos al ver a un humano por primera vez en su vida. Era una tarde oscura, con el cielo cubierto, y estaba a punto de comenzar la tormenta de nieve que había cerrado el paso de las montañas. Curran, Nevin y él habían viajado hasta el pequeño valle en el que se encontraba el campamento de los Nuevos Fomorianos. Un joven centinela llamado Gareth los había divisado enseguida, y como buen guardia había ido a alertar rápidamente a los demás. Sin embargo, en vez de salir a recibir al pequeño grupo con las armas desenfundadas y con cautela, los Nuevos Fomorianos habían salido rápidamente de su campamento con las manos abiertas y con sonrisas de bienvenida. ¡Niños! Dios Santo, él no esperaba que hubiera tantos niños. Se reían y cantaban una preciosa melodía. Cuchulainn se quedó asombrado al reconocerla; era un antiguo cántico de alabanza a Epona. Los híbridos abrazaron a los gemelos, y después fijaron toda su atención en él. Era el único humano en todo el campamento.

—Os presento a Cuchulainn —dijo Nevin.

—Es el hermano de Elphame, la Diosa que nos ha salvado —dijo Curran.

Al instante, los cánticos de alegría cesaron. Todos lo miraron. Cuchulainn pensó que parecían una bandada de pájaros brillantes y preciosos. Entonces, el grupo se separó y dejó paso a una mujer esbelta. Tenía la piel pálida y luminosa, como los demás Fomorianos, pero su pelo, sus alas y sus ojos eran mucho más oscuros. Entonces se dio cuenta de que estaba llorando. Tenía los ojos llenos de lágrimas, y Cuchulainn percibió en ellos compasión y una gran tristeza.

Quiso apartar la mirada. No quería que las emociones de aquella mujer lo alcanzaran. Su propio dolor era demasiado profundo, estaba demasiado fresco. Sin embargo, cuando iba a volver la cabeza, la mujer se puso de rodillas. Y entonces, todos sus compañeros siguieron su ejemplo y se arrodillaron.

—Perdónanos. Somos los responsables de la muerte de tu hermana —dijo la mujer alada, cuya voz dulce tenía la misma tristeza que sus ojos.

—Mi hermana no ha muerto —respondió Cuchulainn, en un tono desprovisto de emoción, que le sonó extraño incluso a él.

La mujer se quedó anonadada.

—Pero... La maldición se ha roto. Todos sentimos la ausencia de los demonios en nuestra sangre.

—Malinterpretasteis la profecía —dijo Cuchulainn con la voz ronca—. No exigía la muerte física de mi hermana. En vez de su vida, la profecía significaba el sacrificio de parte de su humanidad. Vive. Y por la gracia de Epona, no se ha vuelto loca.

La mujer miró a Curran y a Nevin.

—Lo que dice es cierto —afirmó Curran—. Elphame bebió la sangre de Lochlan, y así aceptó la locura de nuestro pueblo. A través del poder de Epona ha vencido a la

oscuridad de nuestros padres, pero vive dentro de su sangre.

—¿Lochlan? ¿Sobrevivió? —preguntó ella.

—Sí. Está unido a Elphame —respondió Nevin.

—¿Y Keir y Fallon?

—Ellos han elegido otro camino —dijo rápidamente Nevin.

Cuchulainn sintió algo como una puñalada de hielo. Fallon había elegido el camino de la locura, y había asesinado a Brenna. Sin embargo, antes de que pudiera ser ejecutada por su crimen había anunciado que estaba encinta. Elphame la había encarcelado en el Castillo de la Guardia a la espera del nacimiento de su hijo. Keir era su compañero, y había elegido permanecer a su lado.

Ciara observó el rostro del guerrero humano con suma atención. Reconoció la mirada de entumecimiento y de desesperanza que había tras una horrible pérdida. No había perdido a su hermana, pero sí padecía una tristeza terrible. Habían pasado muchas cosas que necesitaban saber, pero no en aquel momento. Más tarde. Más tarde descubriría lo que podía hacerse para aliviar el dolor del guerrero, y se enteraría de lo que les había ocurrido a Fallon y a Keir. En aquel momento tenían delante al hermano de su salvadora. Por eso solo, tenían una gran deuda de gratitud con él.

Ciara sonrió y habló con alegría.

—Entonces, le agradeceremos a Epona que tu hermana siga con vida, Cuchulainn.

—Haced lo que debáis —dijo él con su voz vacía—. Mi hermana me ha pedido que os lleve a Partholon, al castillo de nuestro clan. ¿Crees que tu gente estará dispuesta a venir conmigo?

Ella se tapó la boca con ambas manos. A su alrededor, oyó jadeos de felicidad y de sorpresa. Ciara no podía hablar.

Estaba eufórica. ¡Aquella era la realización del sueño de sus madres y de sus abuelas! Ellas se lo habían traspasado, y los Nuevos Fomorianos lo mantenían vivo. Entonces, de entre el grupo de adultos arrodillados salió un grupo de niños, que ya no podían contener su alegría, y corrieron hacia el guerrero y su caballo. Los adultos se pusieron en pie y se adelantaron para intentar, en vano, retener a los pequeños y restaurar algo de orden y dignidad en la bienvenida del guerrero.

—¡Partholon! ¡Vamos a Partholon!

—¡Vamos a conocer a la Diosa!

—¿De verdad es una tierra verde y cálida?

—¿De verdad no tienes alas?

—¿Puedo acariciar a tu caballo?

El gran caballo de Cuchulainn relinchó y dio dos pasos temblorosos hacia atrás para alejarse de una niña pequeña que se había puesto de puntillas y estaba intentando acariciarle el hocico.

—¡Niños, ya basta! —exclamó la mujer alada, pero aunque su voz fuera severa, sus ojos brillaban, y estaba sonriendo—. Cuchulainn va a creer que habéis olvidado

las lecciones de cortesía que os dieron vuestras bisabuelas.

Al instante, los pequeños bajaron la cabeza y murmuraron algunas disculpas. La niña que había estado intentando acariciar al caballo también inclinó la cabeza, pero Cuchulainn se dio cuenta de que estaba avanzando disimuladamente, con una mano alzada a medias, para tocar al animal.

El caballo volvió a relinchar y dio otro paso hacia atrás. La niña lo siguió. «Exactamente igual que Elphame cuando era pequeña», pensó. «Siempre estaba intentando alcanzar las cosas que no debía». Y por primera vez desde la muerte de Brighid, Cuchulainn estuvo a punto de echarse a reír.

—Sí, niña —dijo él, mirando su cabecita rubia—. Puedes acariciarlo. Pero hazlo despacio, porque no está acostumbrado a los niños.

La niña miró hacia arriba y le dedicó a una enorme sonrisa de agradecimiento. Sus agudos colmillos brillaron, en un contraste extraño con su inocencia.

—Se llama Kyna.

La mujer alada se acercó a la niña. Asintió hacia Kyna para darle ánimos y Cuchulainn agarró con fuerza las riendas del caballo para mantenerlo inmóvil y que la niña pudiera acariciarle el pecho. Los demás niños observaban y se susurraban los unos a los otros.

—Y yo soy Ciara, nieta de la Encarnación de la Diosa Terpsícore. Te damos la bienvenida, Cuchulainn —dijo la adulta. Ella también sonrió al guerrero y mostró sus colmillos afilados—. Creo que los niños han respondido a tu pregunta por todos nosotros. Llevamos más de cien años esperando este día. Sí, será un gran placer ir contigo a Partholon.

Su proclamación fue recibida con vítores de los adultos y danzas de los niños, que saltaban como si tuvieran muelles además de alas. Cuchulainn tuvo miedo de que el caballo pisara a alguien, así que desmontó. En cuanto lo hizo recibió otra avalancha de preguntas de los niños, que querían tocarle la espalda para asegurarse de que no tenía unas alas escondidas debajo de la capa. Ciara y los demás adultos tuvieron que calmar a los pequeños, que no dejaban de saltar, bailar y reírse.

Cuchulainn intentó mantenerse en su lugar de observador distante, y contempló en silencio todas aquellas demostraciones de júbilo. Era obvio que la gente alada consideraba a Ciara como su líder. Ella se había disculpado, entre carcajadas, por aquella bienvenida tan entusiasta, y después había pedido que prepararan una de las cabañas y le había presentado a varios de los adultos. Sin embargo, cuando Cuchulainn le preguntó si ella se había quedado como líder durante la ausencia de Lochlan, Ciara se había echado a reír y le había contestado que seguía siendo lo mismo que cuando Lochlan estaba con ellos: una Chamán común y corriente para su pueblo.

Cuchulainn no se esperaba aquello. ¿Chamán? ¿Dónde estaban los demonios híbridos y bárbaros que él esperaba encontrarse, y a quienes estaba dispuesto a juzgar con dureza? Recordó el gran asombro que había sentido aquel día, allí en pie frente a

todos. Entonces, la pequeña Kyna gritó, y de un solo movimiento él desenfundó la gran espada y se agachó para prepararse para la batalla. Siguió el dedo de la niña, y vio que señalaba a *Fand*, que por fin se había atrevido a salir de detrás de un matorral donde se había escondido y se arrastraba lentamente hacia él. Rápidamente, Cu había enfundado la espada y se había arrodillado a acariciar a la lobezna para tranquilizarla, mientras respondía las preguntas que le disparaba rápidamente la niña. Notó que Ciara lo estaba mirando, y alzó la vista. Ella lo estudiaba con sabiduría.

—Aquí no tienes enemigos, Cuchulainn, salvo aquellos que están en guerra dentro de ti mismo —le dijo en voz baja.

Antes de que él pudiera responder, el cielo se abrió y comenzaron a caer unos gruesos copos de nieve.

Kyna olvidó al caballo y a la lobezna temporalmente y tiró de la capa de Cuchulainn para llamar su atención.

—¡Mira cómo atrapo los copos de nieve con la lengua!

Cuchulainn, que seguía agachado junto a *Fand*, vio que la niña abría los brazos y desplegaba las alas de color gris.

Con la inocencia de la niñez, sacó la lengua y comenzó a girar y a saltar intentando atrapar los copos. Al cabo de unos instantes el resto de los niños la imitó y Cuchulainn se vio rodeado por la risa y la alegría de la juventud. Durante un momento inesperado, había sentido que el dolor asfixiante de la pérdida de Brenna se convertía en algo casi soportable.

Cuchulainn creía que iba a recordar aquellos momentos durante el resto de su vida. Aunque no se daba cuenta, pensar en los niños relajaba la tensa tristeza que le había transformado la cara desde que Brenna había muerto. Volvía a parecer él mismo, el Cuchulainn que sonreía con facilidad, que se reía, que estaba lleno de vida y creía en la promesa de un futuro feliz.

En aquel momento, con un pequeño ladrido, *Fand* se agachó hasta el suelo y Cu volvió al presente, volvió a concentrarse en el camino que tenía ante sí. En silencio siguió avanzando. Preparó una flecha y miró hacia un peñasco; allí estaba el muflón, entre la nieve. Cuchulainn respiró profundamente y apuntó al animal, pero antes de que pudiera tirar de la cuerda y disparar, oyó el sonido de un arco y el muflón cayó como fulminado, con una flecha clavada en la base del cuello.

El gruñido de *Fand* se convirtió en un aullido de bienvenida cuando la Cazadora salió del risco tras el que se había ocultado.

Capítulo 3

—Me has arrebatado el tiro, Cazadora —dijo Cuchulainn con la voz ronca.

Sin embargo, sonrió y le apretó el antebrazo a modo de saludo. Se quedó sorprendido de la alegría que sentía al ver a Brighid. Con ella tuvo una visión del Castillo de MacCallan. Hasta aquel momento no se había dado cuenta de lo mucho que añoraba su casa. Y entonces, llegó una oleada de dolor. Brenna no iba a estar allí. Lo único que quedaba de ella era un monumento con su efigie y una tumba fría.

—¿Que te he arrebatado el tiro? —preguntó la Cazadora, con los ojos, de un color violeta muy poco común, relucientes—. Si no recuerdo mal, la última vez que cazamos juntos no acertaste a nada, y preferiste volver al castillo con tu presa viva —dijo, y le devolvió la sonrisa a Cuchulainn, aunque la de él se hubiera convertido en un gesto extraño. Ella también le apretó con afecto el antebrazo, antes de fruncir el ceño hacia la lobezna que estaba saltando alrededor de sus patas—. Veo que tu criatura sigue con vida.

—*Fand* es una excelente compañera —dijo él, y le indicó a la lobezna que dejara en paz a la Cazadora. *Fand* hizo caso omiso.

—No ha aprendido modales —dijo Brighid, y dio una suave patada, distraídamente, a la lobezna, que decidió que aquello era un juego y comenzó a mordisquearle el casco.

Cuchulainn gruñó en voz baja, de manera muy parecida a la de un lobo, y *Fand* cesó al instante su ataque y se tumbó boca arriba mirando con ojos de adoración al guerrero.

Brighid arqueó una ceja.

—Parece que he llegado justo a tiempo. Es evidente que necesitas compañía civilizada.

—¿Te refieres a ti?

La Cazadora asintió.

—No hay nada más civilizado que un centauro.

Ella esperó la respuesta irónica de Cuchulainn, pero no llegó. El guerrero metió la flecha en el carcaj y se encaminó hacia el muflón.

—Te ha enviado mi hermana, ¿verdad?

—Me ofrecí voluntaria. No me gusta verla preocupada. Y...

Cuchulainn se giró rápidamente hacia ella y la interrumpió.

—¿Elphame está bien?

Ella percibió un pánico apenas contenido en su voz, y se apresuró a tranquilizarlo.

—Sí, está muy bien. La restauración del castillo avanza a buen ritmo. El clan está alegre y bien de salud. El primer miembro nuevo del Clan MacCallan ha nacido dentro de los muros del castillo. Y, como estaba a punto de explicarte, los bosques circundantes están tan llenos de caza que incluso los humanos pueden encargarse de ello. Así que pensé en matar dos pájaros con una sola flecha —explicó Brighid, y

sonrió—. Podría aliviar la preocupación de mi Jefa por su hermano errante, y podría cazar algo más estimulante que ciervos que están prácticamente domesticados.

Mientras hablaba, observaba el semblante de Cuchulainn. El pánico se había desvanecido, y él se había quedado cansado y aliviado. Después, aquellas pequeñas emociones desaparecieron de su rostro hasta que pareció que llevaba una máscara sin expresión. Había adelgazado. Tenía unas ojeras profundas y arrugas nuevas. ¿Y eran canas aquello que se distinguía entre su pelo rubio? Cuchulainn se inclinó para extraer la flecha del cuello del muflón y ella lo observó atentamente. Sí, era cabello gris lo que tenía en las sienes y alrededor de la frente. El hombre que tenía ante sí había envejecido una década.

—Toma —dijo Brighid; sacó dos gruesos cordones de cuero de las alforjas que llevaba al lomo y se los entregó—. Átaselos a las patas. Yo lo arrastraré.

Cuchulainn le devolvió la flecha después de limpiarla en la nieve.

—Mi caballo está cerca.

Brighid soltó un resoplido.

—Espero que el campamento también esté cerca. He visto poco de las Tierras Yermas, pero me ha bastado para saber que no quiero pasar la noche al raso. Y menos con este maldito viento.

Por un instante, a ella le pareció que veía una chispa de diversión en los ojos de Cuchulainn, pero él solo respondió, mientras tomaba las cuerdas:

—El campamento no está lejos tampoco, pero tenemos que apresurarnos. Las noches son muy frías.

Entonces comenzó a atar las patas del animal metódicamente.

Elphame había tenido razón al preocuparse. Era evidente que el Cuchulainn que ella conocía y quería estaba desapareciendo bajo el peso de la culpabilidad y la pena. Brighid pensó en lo mucho que sufriría Elphame al ver así a su hermano. Brighid odiaba ver lo mucho que le había herido la muerte de Brenna, y ella era solo su amiga.

Sonrió con tristeza a espaldas del guerrero. Su amistad había sido algo difícil al principio. Cuchulainn conocía bien las tendencias separatistas de su familia hacia los humanos, y él se había mostrado reticente a confiar en Brighid. Y, sinceramente, la Cazadora lo había catalogado como un mujeriego arrogante. Al principio se respondían mal el uno al otro y se comportaban como fieras defendiendo su territorio.

Sin embargo, a medida que Brighid fue viendo al guerrero enamorarse de la pequeña Sanadora, había ido conociendo al verdadero Cuchulainn, un hombre compasivo y leal con el físico de un guerrero gallardo. Y ella se había ganado su confianza. Al principio, ayudándolo a buscar a Elphame cuando la Jefa había sufrido una caída por un barranco, y después, lamentablemente, al luchar a su lado para capturar a Fallon, la híbrida Fomorian que había asesinado a Brenna.

—La muerte de Brenna es una carga difícil de llevar —dijo Brighid con solemnidad.

Cuchulainn tenía la cabeza agachada y estaba completamente concentrado en la tarea de asegurar las ataduras, y ella se dio cuenta de que se le ponía la espalda rígida. Se puso en pie lentamente y la miró a los ojos.

—Sí —dijo, escupiendo la palabra.

Brighid no se inmutó por la ira de su tono de voz. Sabía, por experiencia propia, que la ira era parte del proceso de curación del dolor.

—Tu hermana plantó las flores silvestres azules que le gustaban tanto a Brenna alrededor de su tumba. El clan habla de lo hermoso que es el monumento, y de lo mucho que añoran a Brenna.

—Basta —dijo Cuchulainn entre dientes.

—Si la recordamos, no se habrá ido completamente.

—¿Que no se habrá ido completamente? —Cuchulainn se rio con sarcasmo, extendió los brazos y miró a su alrededor—. Entonces, muéstramela. No la veo. No la oigo. No puedo tocarla. Para mí, Cazadora, se ha ido por completo.

—Brenna detestaría verte así, Cuchulainn.

—¡Brenna no está aquí!

—Cu...

—Déjalo ya, Brighid.

Ella lo miró directamente a los ojos.

—Lo dejaré por ahora, pero no puedes seguir así. Para siempre no.

—En eso tienes razón. No hay nada que siga igual siempre, Cazadora —replicó él. Después se inclinó bruscamente, tomó el extremo de uno de los cordones de cuero y se lo entregó a Brighid. El otro se lo echó al hombro.

—Vamos —dijo, señalando hacia el lugar por el que había llegado hasta allí—. Tenemos que darnos prisa. Enseguida se hará de noche.

Brighid también se puso la cuerda al hombro y, entre los dos, comenzaron a arrastrar el cuerpo del animal. Mientras miraba el perfil demacrado de Cuchulainn, pensó que debido al dolor, en el alma de su amigo ya había anochecido.

¿Habría algo, siquiera el amor de su hermana tocada por la mano de la Diosa, que pudiera devolverle la luz de la felicidad a su vida?

Hablaron poco mientras viajaban directamente en dirección a la luz mortecina del sol. Juntos habían despellejado el muflón y lo habían metido en un envoltorio de cuero que Cuchulainn había atado a los cuartos traseros de su caballo.

Brighid tenía varias preguntas que hacerle, pero él estaba tan retraído, y sus respuestas eran tan bruscas, que ella no había podido averiguar otra cosa aparte de que Cuchulainn había encontrado con facilidad el campamento de los Fomorian y que había casi un centenar de ellos, y que todos estaban entusiasmados con la idea de volver a Partholon.

Cuando le preguntó cómo eran, él le respondió que solo eran gente, y volvió a sumirse en el silencio. Brighid decidió que conversar con él era como abrazar un puercoespín. No merecía la pena intentarlo. Ella era una Cazadora; observaría a

aquellos seres por sí misma y se formaría una opinión.

Y siempre tendría en cuenta que descendían de una raza de demonios.

—¿Te gustan los niños?

Brighid arqueó las cejas ante aquella extraña pregunta, sin saber si había oído bien a Cuchulainn.

—¿Los niños?

Él gruñó y asintió.

—No lo sé. Ni me gustan, ni me disgustan. Normalmente no forman parte de la vida de una Cazadora, a menos que los tengas en cuenta como bocas que alimentar. ¿Por qué me lo preguntas?

—Ya casi hemos llegado al campamento. Allí hay niños.

—Ya lo sabía. Lochlan nos habló de ellos en el castillo. Tú lo sabes, porque también estabas allí.

—Lochlan no nos lo contó todo —dijo él de manera críptica.

—Eso no me sorprende —replicó Brighid.

El guerrero la miró con los ojos entornados.

—Hablas como si no confiaras en él.

—¿Confías tú?

—Le salvó la vida a mi hermana —respondió Cuchulainn.

Brighid asintió lentamente.

—Sí, es cierto. Pero también fue la llegada de Lochlan a Partholon lo que la puso en peligro en primer lugar.

Cuchulainn no dijo nada. Él ya había pensado mucho en cómo había cambiado la presencia de Lochlan todas sus vidas. Sin embargo, le costaba culpar al compañero de su hermana, lo cual tampoco significaba que estuviera dispuesto a abrazar sin reservas al hombre alado. Solo significaba que estaba más dispuesto a culparse a sí mismo por los sucesos que habían culminado en el sacrificio de su hermana y en la muerte de Brenna. Él debería haberlo previsto todo. Debería haber escuchado las advertencias que le enviaba el mundo de los espíritus. Sin embargo, siempre les había dado la espalda a los espíritus y a la magia, y al poder misterioso de la Diosa, aunque era evidente, desde su infancia, que él había heredado los poderes de Chamán de su padre. Era un guerrero. Era eso lo que quería ser. Su habilidad con la espada era el único don que deseaba.

Y su terquedad había condenado a su amante a la muerte.

—Creía que ya estábamos cerca del campamento, pero no veo más que páramos desolados.

Cuchulainn miró a la mujer centauro que cabalgaba a su lado.

—Mira con más atención, Cazadora.

Brighid le lanzó una mirada fulminante. Tal vez se hubieran hecho amigos, pero él seguía siendo capaz de irritarla mucho.

Cuchulainn casi sonrió.

—No te sientas mal. Al principio yo tampoco lo vi. De no ser por Curran y Nevin, me habría caído por el borde ciegamente.

—Yo no...

Al principio parecía que el paisaje era una llanura manchada de nieve, sin árboles. Una pizarra roja, del mismo color que los grandes peñascos que flanqueaban las Montañas Tier, cubría el terreno. Sin embargo, entonces su visión captó un cambio casi imperceptible.

—¡Es un barranco! ¡Por la Diosa! La tierra es tan parecida que un lado concuerda perfectamente con el otro.

—Es una ilusión óptica. Las madres de los Nuevos Fomorianos pensaron usarla como ventaja hace cien años, cuando estaban desesperadas por encontrar un lugar seguro donde construir su campamento.

—¿Los Nuevos Fomorianos?

—Así se llaman a sí mismos —dijo Cuchulainn.

Brighid resopló.

—El camino de descenso parte desde aquí.

Señaló a *Fand*, que estaba desapareciendo hacia abajo, y dirigió al caballo en la misma dirección. Brighid se colocó junto a él y se quedó boquiabierta ante la vista que se extendía debajo de ella. El precipicio se abría como si un gigante hubiera dado un hachazo en el terreno y hubiera extraído una cuña enorme de la tierra rocosa y fría. La pared por la que iban a descender ellos era más alta que el lado opuesto del cañón. Aquella bajada empinada debía de tener, al menos, unos setenta metros. Por la mitad del valle discurría un río, y contra la ladera norte del cañón había una agrupación de grandes rocas redondas. Brighid distinguió unas figuras distantes, y las alas de aquellos que se llamaban a sí mismos Nuevos Fomorianos, que se movían entre casas circulares y corrales y una construcción baja y cuadrada que debía de ser un refugio para los animales.

Notaba que Cuchulainn la estaba observando.

—Las mujeres humanas eligieron sabiamente. Las paredes del cañón les dieron protección, y tenían agua a su disposición. Incluso veo algunas cosas que pueden ser tomadas por árboles —dijo—. Si hubiera estado con ellas, les habría recomendado que eligieran exactamente este lugar.

En realidad, si hubiera estado con ellas, les habría recomendado que les cortaran el cuello a sus criaturas monstruosas y que hubieran vuelto a Partholon, el lugar donde estaba su hogar. Sin embargo, decidió guardarse aquel pensamiento.

—Es una tierra implacable. Me he quedado sorprendido de lo bien que sobrevivieron. Me esperaba...

Cuchulainn se quedó callado, como si se hubiera arrepentido de haber dicho demasiado.

Brighid lo estaba mirando con curiosidad.

Cuchulainn carraspeó y señaló hacia el camino.

—Ten cuidado. El terreno es muy resbaladizo.

Brigid siguió a Cuchulainn, preguntándose por los cambios que había observado en él. ¿Se debían todos a la muerte de Brenna, o había ocurrido algo allí, en las Tierras Yermas? Aunque no hubiera sido su amiga, la Cazadora le debía a su Jefa el hecho de averiguarlo.

Capítulo 4

El primer híbrido al que vio Brighid estaba haciendo algo totalmente inesperado. Se estaba riendo. La Cazadora lo oyó antes de verlo; su risa subía por el camino salpicada de gruñidos y rugidos infantiles.

—Les gusta *Fand* —explicó Cuchulainn.

Por fin llegaron a nivel del suelo, rodearon una roca enorme y vieron a un hombre tumbado boca arriba en mitad del camino. La lobezna tenía las patas plantadas en su pecho, y la lengua le colgaba de la boca abierta, como si se estuviera riendo.

—*Fand* me ha derribado, Cuchulainn. Está creciendo tan rápidamente que en un abrir y cerrar de ojos se habrá convertido en una loba adulta —dijo, riéndose y rascándole las orejas al animal. Cuando miró hacia arriba y vio a la mujer centauro junto a Cuchulainn, abrió unos ojos como platos.

—¡*Fand*, ven aquí! —ordenó Cuchulainn.

En aquella ocasión, la lobezna obedeció, y saltó desde el pecho del híbrido para salir corriendo hacia su amo.

El hombre alado se puso en pie al instante, sacudiéndose la tierra y la nieve de la túnica, sin apartar la vista de Brighid.

—Gareth, te presento a...

Gareth lo interrumpió con excitación.

—¡La Cazadora, Brighid! ¿No es así?

—Sí, Gareth. Es la Cazadora del Clan de MacCallan, Brighid Dhianna.

Gareth hizo una reverencia torpe y Brighid se dio cuenta de que era un joven alto y larguirucho que la estaba mirando con reverencia y con deleite.

—¡Bienvenida, Brighid! —dijo, y al pronunciar su nombre se le escapó un gallo de adolescente.

Brighid oyó el suspiro de Cuchulainn y contuvo la sonrisa.

—Bien hallado, Gareth —dijo.

—¡Ya verás cuando se lo cuente a los demás! No se lo van a creer. Eres incluso más bella de lo que nos contaron Curran y Nevin.

Gareth comenzó a correr hacia el campamento, pero se detuvo, se volvió e hizo otra reverencia hacia Brighid. La Cazadora tuvo la sensación de que el joven se había ruborizado.

—Perdón, Cazadora. He de decirles a los demás que tenemos una visita. ¡Otra más! —exclamó, y después se marchó definitivamente.

—Bobo —murmuró Cuchulainn.

Brighid arqueó una ceja.

—¿Que soy incluso más bella de lo que me han descrito Curran y Nevin?

Cuchulainn alzó las manos con un gesto de frustración.

—Los gemelos cuentan historias por las noches. Tú eres su tema favorito.

—¿Yo? ¿Cómo puede ser eso? Curran y Nevin casi no me conocen.

—Parece que han aprovechado muy bien el poco tiempo que pasaron en el Castillo de MacCallan. Escucharon y observaron. Mucho. Ya sabes cómo le gusta hablar a la gente del clan, y cuanto más hablan, más se magnifican las cosas. Tú no solo seguiste el rastro de Elphame por el bosque aquella noche para averiguar dónde se había caído. Lo hiciste todo bajo una tormenta infernal, además.

—Yo no hice nada parecido. La tormenta comenzó cuando volvíamos a casa. Y no oscureció por completo hasta que ya habíamos encontrado a Elphame.

Brighid intentó que su voz sonara molesta, pero no pudo impedir que se le dibujara una sonrisa en los labios.

—Y también está la historia de *Fand* —dijo Cuchulainn, moviéndose en la montura como si de repente se sintiera incómodo.

Brighid arqueó ambas cejas.

—¿Y quién les contó eso?

Cuchulainn se encogió de hombros y taloneó al caballo para que siguiera avanzando.

—Preguntaron. Y pueden ser muy insistentes cuando quieren saber algo.

—¿Te refieres a Curran y Nevin? —preguntó Brighid.

—No. Me refiero a los niños.

Entonces, la Cazadora percibió un ruido que le pareció como el piar de muchos pájaros.

El caballo de Cuchulainn alzó ambas orejas hacia delante.

—Recuerda que te he avisado de lo de los niños —le dijo Cu a Brighid, por encima de su hombro.

Brighid frunció el ceño mirando la espalda del guerrero.

¿Que la había avisado? No la había avisado de nada, solo le había preguntado si le gustaban los niños. ¿Qué era lo que estaba ocurriendo allí?

Tomaron una curva y el camino se abrió ante ellos. Brighid se movió rápidamente para colocarse junto a Cuchulainn. La carretera se ensanchaba y conducía directamente hacia el corazón del poblado, que en aquel momento estaba lleno de pequeños seres alados que charlaban con entusiasmo. Cuando los niños la vieron, su parloteo se convirtió en un jadeo colectivo, que a Brighid le recordó el canto de las palomas.

—Oh, por la Diosa —susurró—. Son muchísimos.

—Intenté decírtelo —dijo Cuchulainn—. Prepárate. Aunque sean pequeños, tienen mucha energía.

—Pero ¿cómo puede haber tantos? —preguntó ella mientras contaba rápidamente... Diez... Veinte... Cuarenta. Había, como mínimo, cuarenta—. Creía que me habías dicho que eran unos cien híbridos en total. ¿Es que tienen partos múltiples?

—No. Normalmente no. La mayoría de esos niños ya no tienen padres.

—Pero...

—Te lo explicaré después. No se van a quedar quietos mucho más tiempo.

—¿Qué van a hacer? —preguntó ella cautelosamente.

El guerrero sonrió brevemente.

—Nada de lo que puedas defenderte, créeme.

El grupo comenzó a moverse con expectación, y Cuchulainn vio la cabeza morena de Ciara.

—Vamos. Lo mejor es enfrentarse a esto directamente.

Cuchulainn y Brighid caminaron hasta que se detuvieron frente al grupo, y la bellísima mujer alada se adelantó para saludarlos.

Cuchulainn hizo las presentaciones.

—Ciara, esta es la Cazadora del Clan MacCallan, Brighid Dhianna. Ciara es Chamán de los Nuevos Fomorianos —dijo, y después señaló a los dos jóvenes que habían seguido a Ciara entre los niños—. Y te acordarás de Curran y Nevin.

Los gemelos asintieron a modo de saludo, con una gran sonrisa para Brighid. La última vez que los había visto, tenían las alas hechas jirones; en aquel momento tenían un aspecto saludable y totalmente recuperado, aunque todavía tenían unas finas cicatrices de color rosado en las membranas. Uno de los gemelos habló, aunque Brighid no supo si era Curran o Nevin.

—Nos alegramos de verte de nuevo, Cazadora.

—Estamos muy contentos de que hayas venido, Brighid Dhianna, la famosa Cazadora del Clan MacCallan —dijo Ciara.

Brighid intentó no dejarse distraer por el grupo de niños, aunque sus caritas atraían sin remedio su mirada. Todos eran diferentes, y tenían sonrisas resplandecientes que mostraban unos colmillos afilados. Sus alas temblaban de emoción contenida. Cachorritos, pensó Brighid. Parecían un montón de cachorritos felices, sanos, alados.

Apartó la vista de los pequeños y asintió amablemente, primero hacia Ciara y después hacia los gemelos.

—La MacCallan pensó que tal vez necesitarais una Cazadora para aligerar la carga de alimentar a vuestra gente durante el viaje. Yo me ofrecí con gusto para esa tarea —dijo Brighid.

—Ahora entiendo por qué he soñado varias veces con un halcón plateado con alas doradas últimamente —dijo Ciara, observando el pelo plateado, casi blanco, de Brighid, y el pelaje dorado de su parte equina.

Brighid mantuvo una expresión neutra, pero aquella mención del sueño de una Chamán fue como un puñetazo en el estómago para ella. Ni siquiera allí, en las lejanas Tierras Yermas, podía escapar a su niñez.

—¡Oooh, eres más guapa de lo que me había imaginado!

La Cazadora vio enseguida quién había hablado, una niña pequeña que estaba junto a Ciara. Tenía las alas de un gris claro muy parecido al del pecho de una paloma. Y la inteligencia brillaba en sus enormes ojos.

—Gracias —dijo Brighid.

—Esta es Kyna —dijo Cuchulainn.

Al oír su nombre, la niña se puso de puntillas.

—Cuchulainn, ¿puedo acercarme? ¡Por favor! ¡Poor favoor!

Cu miró a la Cazadora, y Brighid, sin saber qué hacer, se encogió de hombros.

—Acércate —dijo Cu. Al ver que Kyna echaba a correr hacia delante seguida de otros niños, alzó la mano y añadió con severidad—: Portaos bien.

Al instante, Kyna aminoró la velocidad y los niños que se chocaron detrás de ella estuvieron a punto de tirarla. Brighid contuvo la risa cuando la niña dio un codazo a uno de sus compañeros y repitió:

—¡Portaos bien!

Después, Kyna plegó sus alitas y caminó mucho más calmadamente hasta que se detuvo ante ella.

—Eres la famosa Cazadora de la que nos ha hablado Cuchulainn, ¿verdad?

La cara de la pequeña tenía algo más que el brillo de la piel luminosa de los Fomorian. Era una pequeña preciosa que resplandecía de inteligencia y curiosidad.

—Bueno, soy la Cazadora Brighid. Sin embargo, no sé si soy famosa —dijo, mirando a Cuchulainn de reojo con algo de molestia.

—¡Oh, sí! ¡Todos hemos oído hablar de ti!

—¿De verdad? Pues tendréis que contarme esas historias.

—Ahora no —intervino Cuchulainn—. Tenemos que preparar la cena —añadió mientras desmontaba. Comenzó a desatar los cordones de cuero que sujetaban la carne fresca en la grupa del caballo.

—¿Has cazado otro ciervo, Cuchulainn? —preguntó Kyna, botando una y otra vez.

—Un muflón blanco esta vez, Ky. Y dale las gracias a la Cazadora por ello. Ella es la que cazó al animal —dijo, dirigiendo con habilidad la atención de la niña hacia Brighid.

Docenas de ojos redondos volvieron a fijarse en ella.

Brighid se encogió de hombros.

—Solo me adelanté a Cuchulainn, que estaba a punto de disparar la flecha.

—No, tú eres especial. Ya lo sabemos —dijo Kyna—. ¿Puedo tocarte?

Brighid miró a Cuchulainn sin saber qué hacer, pero él parecía estar muy ocupado entregándoles la carne a Curran y a Nevin.

—¿Por favor? —insistió la niña—. Siempre he querido conocer a un centauro.

—Sí, supongo que sí puedes —dijo Brighid finalmente.

Kyna se acercó a ella y, con reverencia, alargó la mano y tocó el pelaje dorado y brillante de la Cazadora.

—Eres tan suave como el agua. Y tu pelo es muy bonito, como nos dijo Cuchulainn. Creo que tiene razón. Es mejor que lo lleses largo, aunque la mayoría de las Cazadoras se lo corten.

—Yo... Nunca he sentido la necesidad de cortármelo —tartamudeó Brighid, que se había quedado completamente asombrada por el comentario de la niña. ¿Cuchulainn hablaba de su pelo?

—Mejor. No deberías.

—¡Yo quiero ser una Cazadora cuando sea mayor! —gritó un niño del grupo.

Kyna puso los ojos en blanco y agitó la cabeza.

—No puedes ser una Cazadora, Liam. No eres un centauro y no eres una mujer.

Brighid vio que uno de los niños más altos se quedaba muy triste, y sintió un poco de pánico al ver que se le llenaban los ojos de lágrimas.

—De todos modos sí puedes ser cazador, Liam —dijo Brighid—. Algunos centauros están de acuerdo en adiestrar a los humanos en el arte de las Cazadoras.

En cuanto lo dijo se dio cuenta de que había cometido un error. El pequeño niño alado no era un humano. Seguramente se iba a echar a llorar. ¿Y si todos comenzaban a llorar? Sin embargo, Liam no debió de notar nada raro en lo que ella había dicho. Su sonrisa fue radiante.

—¿Lo dices de verdad? ¿Tú me enseñarías? —dijo el niño.

Se acercó a ella rápidamente y, de repente, Brighid notó que le estaba acariciando el costado.

¿Enseñarle? Ella no tenía intención de enseñar a nadie, y menos a alguien que no le llegaba ni al hombro. Sintió más pánico. Ella solo había pretendido impedir que el niño llorara.

—¡Si va a enseñar a Liam, yo también quiero que me enseñe a mí! —exclamó otro de los niños, que se separó del grupo y se acercó a ella mirándola con adoración.

—¡Y a mí! —dijo una niña pelirroja.

Brighid no supo cómo había sucedido, pero de repente estaba rodeada de pequeños seres alados que hablaban de su futura vida de Cazadoras. Sentía manitas que le daban suaves palmadas en las patas mientras Kyna seguía haciéndole preguntas sobre cómo mantenía el pelo apartado de los ojos mientras cazaba, y sobre con qué se lo aclaraba para tenerlo tan brillante, y si usaba la misma cosa para lavarse la parte equina del cuerpo, y si...

Brighid hubiera preferido encontrarse entre una manada de lobos furiosos; al menos habría podido abrirse camino a coces y escapar.

—Tal vez debiéramos darle tiempo a la Cazadora para que deje sus bolsas y coma algo antes de seguir preguntándole cosas —dijo Ciara, y con su voz firme se hizo oír por encima del parloteo infantil.

Las manitas se apartaron, de mala gana, del cuerpo de la Cazadora.

Kyna siguió preguntando con entusiasmo.

—¿Puede quedarse la Cazadora en nuestra cabaña?

Para gran alivio de Brighid, Cuchulainn intervino.

—Creo que sería mejor que se alojara conmigo. Es parte de mi clan, ¿no te acuerdas?

—Sí, me acuerdo —dijo Kyna suavemente, y dio una patadita a un montoncito de tierra con unos pies que, según observó Brighid, terminaban con unas garras de aspecto afilado.

«Son tan extraños», pensó. «No son verdaderamente humanos, ni tampoco son verdaderamente Fomorianos. ¿Cómo van a encontrar su lugar en Partholon?».

—Cuchulainn, ¿por qué no le enseñas la cabaña a Brighid?

Yo os mandaré aviso cuando la cena esté lista.

Brighid se sorprendió al ver que Cuchulainn le entregaba las riendas del caballo a la pequeña Kyna.

—Cuídamelo.

—¡Claro que sí, Cu! Ya sabes que soy su favorita —dijo la niña con una risita—. Adiós, Brighid. Nos veremos de nuevo durante la cena —añadió antes de llevarse al caballo de las riendas. El animal resopló sobre el pelo de la niña y después la siguió dócilmente.

—Bueno, vamos, todos los demás. Tenéis cosas que terminar antes de la cena —les dijo Ciara a los niños.

En grupos, los pequeños se marcharon como pececillos mientras se despedían de Brighid y de Cuchulainn.

—Creo que esta vez se han portado mejor —dijo Ciara.

—Bueno, por lo menos han bailado y saltado mucho menos —dijo Cu.

—¿Mejor que cuándo? —preguntó Brighid.

Ciara sonrió.

—Mejor que cuando conocieron a Cuchulainn.

Brighid resopló.

—Ríete, pero lo decimos en serio —le dijo Cu.

—No me reído. He resoplado con incredulidad. Son cosas diferentes —clarificó la Cazadora, mientras se limpiaba una huella de barro que le habían dejado en el pelaje dorado.

—Te acostumbrarás a ellos —le aseguró Ciara. Y al ver la cara de la mujer centauro, se echó a reír.

Brighid pensó que nunca había oído un sonido tan bonito, tan musical.

Cuchulainn refunfuñó.

—Ahora es mi turno de resoplar.

—Oh, Cuchulainn, tú te llevas muy bien con los niños. ¡Ellos te adoran! —dijo Ciara.

—No me interesa su adoración. Solo quiero que lleguen sanos y salvos al Castillo de MacCallan —dijo él con aspereza, y su semblante se convirtió en una máscara desprovista de emociones.

—Por supuesto —respondió Ciara, aunque sin perder la sonrisa.

Era interesante, pensó Brighid, presenciar con cuánta familiaridad le hablaba la bella mujer alada a Cuchulainn. Y cómo ignoraba su forma de volverse frío y

distante.

—Te dejo con Cuchulainn. Él conoce el poblado. Si necesitas algo, él sabrá si podemos proporcionártelo. No tenemos mucho aquí, Brighid, pero lo que tenemos lo compartiremos gustosamente.

—Gracias —dijo Brighid, respondiendo automáticamente a la calidez y la amabilidad de Ciara.

—Cuchulainn, la cena se servirá en la cabaña principal, como de costumbre, después de la ceremonia de bendición del anochecer. Por favor, acompaña a Brighid. Y sería agradable que esta vez te quedaras a cenar con nosotros —dijo Ciara. Después asintió cortésmente hacia Brighid, se dio la vuelta y se alejó.

Capítulo 5

Cuchulainn le hizo un gesto a Brighid para que entrara a la pequeña construcción que tenían delante. Ella se agachó para pasar por debajo de la piel de animal que hacía las veces de puerta, y se llevó una sorpresa agradable al sentir el calor, en vez del aire helado y constante. La cabaña era circular, y las paredes estaban hechas de la pizarra roja que abundaba en las Tierras Yermas. Las lajas estaban unidas con una mezcla de barro y arena. Había un hogar que ocupaba casi la mitad del espacio curvo. También había dos ventanucos cubiertos, así que había poca luz, pero la suficiente como para que Brighid se diera cuenta de que la techumbre era poco corriente. Parecía que estaba hecha de musgo compactado en una urdimbre de ramas delgadas. Sobre el musgo había una sustancia que Brighid no conocía. La habían presionado con fuerza en la superficie, y parecía que se había secado y endurecido.

—Es musgo —dijo Cuchulainn—. Lo cortan del suelo y cuando todavía está flexible lo meten en la red de raíces. Cuando muere se endurece hasta que parece una roca, pero más ligero. No hay nada que pueda atravesarlo.

—¿Y qué hay en el suelo? —preguntó Brighid, mientras se agachaba para tomar un puñado de hierba que olía muy bien.

—La llaman brezo enano. Solo crece hasta la rodilla, pero es muy abundante, sobre todo en el cañón. Es muy bueno para aislar. Aquí el suelo es muy duro y muy frío —dijo Cuchulainn, y señaló hacia el lado contrario de donde se encontraba su cama, que era una hamaca hecha con la piel de un animal—. Puedes dejar tus bolsas aquí. Ciara hará que traigan una cama para ti. Estarás cómoda y caliente, y de todos modos, vamos a emprender el viaje de vuelta dentro de pocos días.

—Cuchulainn, ¿qué ocurre aquí?

—Estoy preparando a los híbridos para su llegada a Partholon, por supuesto. La nieve casi se ha derretido lo suficiente como para que podamos atravesar el paso de montaña, como tú debes saber mejor que yo —dijo él secamente.

—No me refiero a eso. He contado unos cuarenta niños. Solo he visto tres adultos. ¿Qué ocurre?

Cuchulainn se pasó una mano por el pelo. Brighid se dio cuenta de que lo tenía muy revuelto y demasiado largo. No era propio de él.

—No lo sé con certeza.

—¿No?

Cuchulainn la miró con el ceño fruncido.

—Exacto. No son lo que pensabas. Lo único que sé con certeza es que los Nuevos Fomorianos son distintos.

—Bueno, claro que son distintos. Son una mezcla de humano y de Fomorian. Nunca había habido una raza como ellos.

Cuchulainn se acercó al hogar. Atizó las ascuas para que ardieran y puso unos bloques de turba del montón de al lado. Los carbones prendieron un fuego animado,

crepitante. Después se dio la vuelta y miró a Brighid con resignación y con cansancio.

—Deja tus bolsas en el suelo. Relájate. No sé mucho, pero te lo contaré todo.

Mientras Cuchulainn la ayudaba a descargar, ella lo observó cuidadosamente. La culpabilidad y la pena lo habían avejentado y lo habían endurecido, pero había algo más en él, algo que la inquietaba, pero que no entendía del todo.

¿Acaso los híbridos le habían echado algún tipo de encantamiento? Cuchulainn rechazaba el mundo de los espíritus, y no tendría mucha protección contra un ataque mágico. Aunque Brighid no tenía los conocimientos ni la experiencia de su madre, no era totalmente ajena a los poderes del mundo de los espíritus. También sabía que los poderes concedidos por la Diosa podían usarse mal, y podían corromperse. En silencio, se prometió que más tarde, cuando pudiera concentrarse, intentaría detectar si había energía maligna en el campamento. Hasta entonces haría lo que mejor sabía hacer: hallar un rastro y seguirlo.

—Toma —dijo, y le entregó al guerrero un odre lleno que sacó de su última alforja—. Tu hermana te envía esto.

Cuchulainn lo destapó y olisqueó el contenido. Después emitió un gruñido de placer y dio un largo trago. Se limpió la boca con el dorso de la mano y lo dejó sobre su cama.

—Hacía mucho tiempo que no tomaba vino del Templo de Epona. Mi madre diría que no hay excusas para vivir como un bárbaro.

—Eso es exactamente lo que dijo tu hermana.

La sonrisa de Cu casi pareció normal durante un instante.

—La echo de menos.

—Ella también te echa de menos a ti.

Él asintió y tomó otro trago de vino tinto.

—Cu, ¿por qué hay tan pocos adultos? —preguntó Brighid suavemente.

—Te diré lo que sé. He contado veintidós adultos, doce mujeres, una de las cuales acaba de anunciar que está encinta, y diez hombres. Y hay setenta niños, desde bebés hasta adolescentes. Ciara y los demás me han dicho que los otros han muerto.

—¿Cómo?

—Fue por culpa de la locura. Ciara dice que a medida que envejecían, les resultaba más y más difícil controlar la locura. De los híbridos que nacieron de madres humanas solo sobreviven Lochlan, Nevin, Curran, Keir y Fallon —dijo Cuchulainn, y apretó los dientes antes de continuar—. De todos ellos, Fallon enloqueció.

Brighid asintió.

—Sus carceleros del Castillo de la Guardia dicen que continúa loca. El sacrificio de Elphame no la curó.

—Era demasiado tarde. Ya había aceptado la oscuridad de su padre cuando Elphame bebió la sangre de Lochlan y aceptó su locura. Parece que no tiene vuelta

atrás, cuando la locura ha dominado a uno de ellos.

A Cuchulainn se le encogió el estómago al recordar la horrible escena en la que Elphame se había cortado las muñecas y había obligado a Lochlan a compartir su sangre para que ella pudiera salvar la vida. Con la sangre del híbrido, ella había acaparado la locura que aquejaba a la raza de demonios.

—Elphame también debería haberse vuelto loca —prosiguió—. Solo permanece cuerda gracias al poder de Epona.

—Pero el hecho de aceptar la locura no mató a tu hermana, y Fallon sigue con vida. ¿Por qué la locura mató a los otros adultos?

—Se suicidaron. Ciara dice que cuando un híbrido ya no era capaz de soportar el dolor que causaba el hecho de contener el mal que llevaba dentro, prefería suicidarse antes que llevar una vida llena de violencia y odio.

La Cazadora ladeó la cabeza y lo miró con incredulidad.

—Entonces, ¿dice que ellos son capaces de hacer el sacrificio de quitarse la vida antes que dejarse dominar por el odio y la violencia?

—Sí. Es un último acto de humanidad.

—¿Y tú te lo crees?

—Al principio no me creí nada. Me pasé los primeros días armado todo el tiempo, esperando que me atacaran unos demonios alados que saltaran desde detrás de cualquier piedra. Sin embargo, los demonios no aparecieron. ¿Y a que no sabes qué es lo que saltó sobre mí?

Brighid se echó a reír.

—Si me hubieras dejado en la misma cabaña que ellos, seguro que los llamaría demonios. Demonios muy pequeños, pero que dan miedo de todos modos.

—Los niños están por todas partes. Hay tantos niños, y tan pocos adultos, que es una lucha constante cuidarlos y alimentarlos. Aunque no son unos seres indefensos. O por lo menos, no tan indefensos como sería a su edad un niño humano, o incluso centauro. Son duros e inteligentes. Pese a su exuberante actuación cuando le dan la bienvenida a un extraño, se portan muy bien. Y son los seres más felices que he conocido.

—No es nada raro que los niños sean felices, Cu. Incluso tu lobezna salta y corre por ahí. Es el modo de ser de los jóvenes antes de que las responsabilidades del mundo terminen con sus sueños poco realistas sobre el futuro.

Cuchulainn percibió la amargura que había en la voz de la Cazadora, y se preguntó qué le habría ocurrido a ella en su juventud.

—Sin embargo, antes del sacrificio de Elphame, estos niños no habían tenido un periodo despreocupado de inocencia. Desde que nacieron tuvieron que luchar por sobrevivir, y también tuvieron que luchar contra los susurros oscuros que había en su sangre, mientras veían cómo sus padres sucumbían al mal y morían ante ellos.

—Si es eso lo que sucedió de verdad.

—Estoy cansado, Brighid —dijo Cuchulainn, y se pasó la mano por la frente—.

Yo no vine aquí como un héroe para llevarlos de vuelta a su hogar ancestral. Vine aquí lleno de odio.

Brighid asintió lentamente.

—Lo sé.

—Elphame no lo sabía. Por lo menos espero que no lo supiera. No quiero que piense que yo traicionaría su confianza. En realidad, no quiero decir que viniera aquí con intención de matar a los híbridos. Sin embargo, estaba deseando culparlos, y encontrar un campo de batalla en el que poder vengar a Brenna.

—Eso no te la devolvería, Cu.

—No, ya lo sé. Y en vez de un campo de batalla, o de una raza de demonios, me encontré a una gente imbuida de felicidad —dijo, y se frotó nuevamente la frente—. La felicidad está a mi alrededor. Estoy rodeado de felicidad, pero no siento nada de esa felicidad.

Brighid sintió pena por él. Parecía que estaba perdido y solo.

—Necesitas volver a casa, Cu.

—Necesito...

Alguien llamó a la puerta de la cabaña en aquel momento e interrumpió las palabras de Cuchulainn. Kyna asomó la cabecita al interior.

—Ciara me ha dicho que venga a buscaros —dijo la niña con una sonrisa—. La bendición de la noche está a punto de empezar. No os la vais a perder, ¿verdad?

—Iremos enseguida, Kyna —dijo Cuchulainn.

La niña desapareció.

—¿La bendición de la noche?

—Honran a Epona todos los días, al amanecer y al anochecer. Es como estar de vuelta en el templo de mi madre.

—Salvo por el frío y la ausencia de riquezas de Partholon, y la presencia de hordas de niños alados —dijo Brighid.

Cuchulainn le lanzó el odre de vino a la Cazadora y tomó su capa.

—Exacto —dijo, y se detuvo un momento de camino a la salida—. Me alegro de que hayas venido, Brighid.

—Yo también, Cu. Yo también.

La cabaña alargada, baja y rectangular que Brighid había tomado por un refugio para animales al mirar hacia el campamento desde arriba, en realidad era el lugar de reunión general y hacía las veces de salón de actos para los híbridos.

Allí los condujo Kyna, saltando y bailando. Después de prometerles que se sentaría junto a ellos durante la cena, con una sonrisa, se marchó con los demás niños.

Aunque Cuchulainn había preparado a Brighid para encontrarse con todos los niños, la mujer centauro se quedó atónita. ¡Había muchísimos! Había niños alados

por todas partes. Parecía que todo el campamento se había reunido frente a la cabaña de reuniones y había formado un círculo muy grande. Los niños formaban grupos y cada uno rodeaba al adulto que se hacía cargo de ellos. El sol ya casi se había puesto y el incesante viento se había vuelto más frío y más cortante. Sin embargo, ninguno de los niños lloraba ni se quejaba. Estaban esperando pacientemente, incluso los más pequeños, con las alas plegadas y los ojos brillantes. Todos miraban sin disimulo a Brighid. Varios de ellos la saludaron.

Ella se fijó en Liam, porque él llamó su atención con una reverencia y le lanzó una mirada de adoración. Como si ella fuera de verdad su mentora, pensó Brighid con un gruñido mental.

¿Qué iba a hacer ella con una pequeña sombra alada?

La puerta de la cabaña de reuniones se abrió y Ciara salió del edificio. Caminó rápidamente hacia el centro del círculo, y recorrió con la mirada a todos los presentes hasta que llegó a Brighid y su sonrisa se volvió resplandeciente.

—¡Este día bendito está terminando! —proclamó.

Los niños hicieron sonidos de felicidad mientras asentían vigorosamente. Todos los ojos se fijaron en la Cazadora.

—Hasta hoy solo conocíamos a la noble raza de los centauros por las historias y los recuerdos de nuestras madres y las madres de nuestras madres, y por nuestras narraciones. Pero hoy tenemos el honor de contar con la presencia de la famosa Cazadora del Clan MacCallan, Brighid Dhianna. Demos las gracias a nuestra Diosa por otro día más, y por la nueva bendición que nos ha concedido.

Brighid, bajo el peso de todas aquellas miradas, tuvo ganas de moverse debido al nerviosismo, o mejor, de escapar.

Afortunadamente, cuando Ciara levantó los brazos y se volvió hacia el oeste, todos los niños y adultos la imitaron y se concentraron en el horizonte. Sin embargo, mientras Ciara hablaba con su voz fuerte y dulce, Brighid notó que la curiosidad y la sorpresa la empujaban a apartar los ojos del oeste y mirar la delicada figura de la mujer alada.

—Oh, Epona, Diosa de la belleza y la magnificencia, Diosa de la risa, la fuerza y la alegría. En el ocaso de esta jornada comenzamos nuestra acción de gracias mirando al oeste, hacia el camino del agua, y nos purificamos con las bendiciones de otro día más. Hoy te damos las gracias por guiar a la Cazadora hasta nosotros, ella que nació de una raza noble, vinculada al honor, rica en tradiciones.

Ciara tenía los brazos y la cabeza inclinados hacia atrás, y había desplegado las alas. Las movía suavemente contra el viento helado de la noche. Brighid tomó aire con asombro.

El cuerpo de la mujer alada estaba rodeado por una niebla brillante que durante las dos lunas anteriores se había vuelto muy familiar para ella. Era el mismo poder que había visto incontables veces cuando Elphame invocaba el nombre de Epona.

—No te lo esperabas, ¿eh? —le susurró Cuchulainn.

Brighid negó con la cabeza y siguió mirando a la híbrida tocada por la mano de la Diosa.

—Oh, Diosa que habitas en nuestros corazones, protectora de las cosas salvajes y libres, te damos las gracias por tu brillante presencia, y por tu poder, que actúa a través del agua...

Con los brazos elevados, Ciara se giró hacia la derecha, y el grupo siguió sus movimientos.

—A través de la tierra...

Se giró nuevamente hacia la derecha.

—A través del aire...

Y de nuevo, el grupo dibujó con ella otra fracción del círculo sagrado, girándose hacia el sur.

—Y a través del fuego.

Después, Ciara y el grupo cerraron el círculo girando una vez más hacia el oeste. En cuanto el sol se ocultó por el horizonte, ella elevó la voz con júbilo, abrió los brazos y dijo:

—¡Brillad, luces de la Diosa!

Brighid jadeó cuando las dos antorchas que estaban clavadas a ambos lados de la puerta de la cabaña de reuniones se encendieron con una luz casi cegadora.

—Este es un día de riqueza y alegría que merece la pena celebrar, como en los tiempos antiguos en que nuestras madres nos enseñaron a honrarte, oh, Diosa. Tu luz guiará para siempre a aquellos que se han perdido en la oscuridad. ¡Ave, Epona!

—¡Ave, Epona! —gritó el grupo, y el círculo se rompió.

Después, los niños entraron entre risas y parloteos a la cabaña.

Brighid se sentía como si le hubieran clavado los cascos a la tierra.

—¡Por el amor de la Diosa, tiene el fuego sagrado! —exclamó, dirigiéndose a Cuchulainn—. ¿Por qué no me lo habías dicho?

—Durante estas dos últimas lunas he aprendido que algunas cosas es mejor verlas por uno mismo para poder apreciarlas en su totalidad. Acompáñame, Cazadora —dijo Cu, y como si se tratara de su hermana, la tomó del brazo y la guio hacia la cabaña—. Te dije que entenderlos no era tan fácil como tú pensabas.

Capítulo 6

—¿Y tampoco podías decirme esto? —murmuró Brighid cuando Cu la hizo entrar al interior de la cabaña de reuniones.

—No he tenido tiempo, en realidad —respondió él—. Y no me pareció que contarlo sin más fuera adecuado.

Era un edificio precioso. Las paredes más largas de su forma rectangular acogían dos enormes chimeneas en las que ardía alegremente el fuego, sobre el que habían colocado un par de calderos que borboteaban y que, por el delicioso olor que desprendían por toda la habitación, debían de estar llenos de estofado con especias. Las mesas eran muy largas, de tablas de madera suave que se apoyaban en pilares de piedra. La piedra estaba maravillosamente tallada con cientos de flores. Por fuera, los muros de eran iguales que los de la cabaña de Cuchulainn, pero por dentro estaban cuidadosamente alisados y adornados con frescos tan maravillosos que no tenían nada que envidiarle al arte que embellecía las paredes de mármol y las salas del Templo de Epona.

La escena central era deslumbrante. En ella aparecía una yegua plateada cuya silueta se dibujaba en la luz dorada del sol del amanecer. El animal tenía el cuello arqueado con orgullo y presidía majestuosamente la sala. Los ojos de la yegua eran sabios, y su mirada era benévola. A su alrededor, todas las escenas de Partholon habían sido plasmadas por la mano de un artista. Aparecía el Templo de Epona, con sus paredes brillantes de color perla y las columnas formidables y talladas. Los elegantes jardines del Templo de la Musa se mostraban llenos de mujeres vestidas de seda, congeladas en el tiempo, agrupadas alrededor de cada una de las nueve Encarnaciones de las Musas, escuchando con embeleso y atención sus lecciones diarias. Había incluso una escena en la que aparecían dos centauros corriendo entre la hierba alta de las Llanuras de los Centauros. Todas las pinturas estaban enmarcadas con unas líneas de nudos intrincados que acogían pájaros, flores y animales provenientes de unas tierras mucho más hospitalarias que las Tierras Yermas.

—Es increíble —dijo Brighid.

—Me alegra que te guste —respondió Ciara.

Con un gesto elegante de la mano, señaló hacia una parte de la mesa que estaba un poco apartada de los demás. El banco para sentarse había sido retirado de uno de los lados de la mesa para que Brighid pudiera acomodar su cuerpo equino. El otro lado permanecía preparado para los humanos.

—Espero que esto te resulte cómodo —dijo Ciara—. He pensado que Cuchulainn y yo podíamos sentarnos aquí contigo para que no te veas asediada por las preguntas de los pequeños —explicó, y los condujo hacia sus asientos mientras Liam y Kyna se acercaban con bandejas de comida humeante—. Bueno, con dos posibles excepciones —le susurró a la Cazadora.

Brighid miró a los niños con desconfianza. Sus miradas inquisitivas le causaban

más incomodidad que una manada de coyotes hambrientos. En cuanto se sentó a la mesa, Liam le sirvió una ración generosa de estofado de patata, carne y cebada, y un plato de verdura que olía a espinacas.

—Las verduras son especiales para ti, Brighid —dijo Liam con entusiasmo—. Son muy poco comunes al principio de la primavera, y yo... espero que te gusten.

—Seguro que sí. Todo huele muy bien. —Brighid sonrió tímidamente al niño, y él, prácticamente, se retorció de deleite.

—¿Puede comer *Fand* en nuestra mesa, Cu? —le preguntó Kyna al guerrero mientras él se servía de la bandeja de verduras que le ofrecía la niña.

—Claro que sí, pero que se quede debajo de la mesa, no encima —le dijo Cu.

—Dejad las bandejas y empezad a comer ahora —les indicó Ciara a los niños. Obedecieron, pero de mala gana, sin dejar de mirar a la bella mujer centauro por encima de sus hombros mientras se alejaban.

—Los niños están enamorados de ti, Cazadora —dijo Ciara con una sonrisa.

Cuchulainn observó a Brighid.

—Es un alivio que se hayan obsesionado con otra persona —dijo entre bocados de estofado.

Ciara se echó a reír.

—Oh, no creas que te han olvidado, Cuchulainn.

Cu frunció el ceño y volvió a concentrarse en la comida.

Brighid comió en silencio, observando los increíbles frescos de las paredes.

—Me da la impresión de que nuestro arte te ha sorprendido —dijo Ciara.

—Sí —respondió Brighid con franqueza—. Es cierto.

La sonrisa cálida de Ciara no vaciló.

—No te sorprendería si conocieras la historia de nuestro nacimiento.

—Conozco una parte. Sé que vuestra gente proviene de un grupo de mujeres que fueron raptadas de Partholon por los Fomorianos durante la guerra, hace más de cien años. Cuando los Fomorianos se dieron cuenta de que estaban perdiendo la guerra, escaparon hacia las Montañas Tier con todas las mujeres humanas que pudieron capturar. Tenían planeado esconderse allí y hacerse fuertes de nuevo, reponerse con una nueva generación de demonios nacidos de mujeres humanas. Al final regresarían a Partholon para atacar de nuevo.

—Sí, todo eso es cierto. ¿Y qué más sabes?

Brighid se encogió de hombros.

—Solo lo que nos contó Lochlan. Que los Fomorianos escaparon de la persecución de los guerreros de Partholon, pero que no pudieron escapar de la plaga que Epona abatió sobre ellos llena de ira por la violación de sus mujeres. Los demonios enfermaron y se debilitaron. Entonces, un grupo de mujeres embarazadas, dirigidas por la madre de Lochlan, atacó a sus captores, los mató y buscó a otras mujeres por las montañas para ayudarlas a liberarse de sus secuestradores.

Cuchulainn asintió y tomó el hilo de la historia.

—Tenían pensado volver a Partholon. Sabían que sus embarazos eran una sentencia de muerte para ellas. Ninguna mujer humana había sobrevivido nunca al nacimiento de un hijo engendrado por un demonio. Su deseo era volver a sus hogares para poder morir rodeadas de sus seres queridos.

»Sin embargo, entonces ocurrió lo imposible. Cuando comenzaron el viaje de vuelta a Partholon, Morrigan MacCallan se puso de parto y sobrevivió al nacimiento. Dio a luz a un niño que tenía alas, pero también una parte de humanidad. Lo miró con el amor fiero de una madre y le puso de nombre Lochlan. Y después, otra mujer sobrevivió al nacimiento de su hijo. Y otra. Y otra.

Mientras hablaba, Ciara no apartaba la mirada brillante de los ojos de Brighid.

—¿Qué iban a hacer las mujeres? —prosiguió—. Alguien podría decir que deberían haber matado o abandonado a sus hijos y haber vuelto a las vidas que las estaban esperando en su amado Partholon. Después de todo, aquellos hijos eran la progenie de unos demonios. Sin embargo, ellas no los veían así. Vieron su humanidad. Así pues, Epona condujo a las jóvenes madres hasta aquí, a nuestro cañón, donde construyeron nuevas vidas con los sueños de su viejo mundo. Y aquí hemos estado durante más de cien años, esperando a que se cumplieran los sueños de nuestras madres y pudiéramos regresar al mundo que ellas amaron con una profundidad que solo estuvo por detrás del amor que sintieron por sus hijos.

—Y Epona le dio a la madre de Lochlan La Profecía, que él hizo realidad después de soñar con Elphame y seguir ese sueño hasta Partholon —dijo Brighid rápidamente, sin mirar a Cuchulainn.

No quería hablar de los acontecimientos que habían llevado a Fallon a seguir a Lochlan hasta el Castillo de MacCallan. Fallon había perdido la fe en que Lochlan llevara a cabo La Profecía porque sabía que él se había enamorado de Elphame. Así que Fallon había matado a Brenna para obligar a Elphame a que se alejara de la seguridad que le ofrecía su clan.

—Todo eso lo sé, pero no me explica todo esto —añadió Brighid, señalándole a Ciara los preciosos frescos.

—Claro que sí. Verás, el mayor grupo de mujeres embarazadas fueron capturadas durante la gran batalla del Templo de la Musa.

Brighid abrió mucho los ojos al comprenderlo todo.

—Así que muchos de vosotros sois descendientes de las Encarnaciones de las Musas, o de sus pupilas.

—Exacto. Ya sabes que yo soy la nieta de la Encarnación de Terpsícore, la Musa de la Danza. Esta sala está llena de descendientes de las nueve Musas. Nuestras madres y abuelas conocían la magia de las Musas, y nos transmitieron esos conocimientos. Su mayor deseo era que las maravillas de Partholon no murieran en las Tierras Yermas. ¿Entiendes ahora la belleza que te rodea?

—La entiendo perfectamente —dijo Brighid con suavidad.

El Templo de la Musa era conocido, en todo Partholon, por sus escuelas, y por las

mujeres excepcionales que vivían y aprendían allí. La propia Elegida de Epona se educaba siempre en manos de las Encarnaciones de las Musas en el Templo de la Musa. La Cazadora reflexionó sobre las palabras de Ciara. Aquella situación tenía muchas más lecturas de las que ella hubiera podido imaginar.

—Tu madre era la hija de la Encarnación de Terpsícore, ¿y tu padre?

El expresivo rostro de Ciara se llenó de tristeza.

—Era hijo de una pupila de Calíope, que fue capturada por los Fomorianos. La violaron y engendraron en ella un hijo cuando solo tenía trece años. Era casi una niña, también...

—¿Y dónde están ahora tus padres?

Al responder, el tono de voz de Ciara era de un profundo dolor.

—Hace más de dos décadas, mis padres se suicidaron. Prefirieron morir uno en brazos del otro antes que sucumbir al mal que les estaba arrebatando su humanidad. Tal y como deseaban, yo esparcí sus cenizas hacia el sur —dijo. Sus ojos atravesaron a Brighid, casi tanto como sus siguientes palabras—. Soy la Chamán de mi pueblo. Recibí adiestramiento de mi madre, que siguió las enseñanzas de su madre, la Amada de Terpsícore. No te mentaría, Cazadora. Siento que tienes conocimientos propios de un Chamán. ¿Es que no distingues la verdad en mis palabras?

Brighid sintió que Cuchulainn se movía en su asiento.

Ella no se lo había dicho a nadie, ni a Cu, ni siquiera a Elphame. ¿Cómo era posible que lo supiera Ciara?

—Los Chamanes pueden mentir —dijo—. Lo sé por experiencia propia.

—Sí, es cierto —respondió Ciara—. Pero yo no miento.

—Todos se suicidaron —dijo entonces Brighid.

—No todos. La mayoría. Los demás... —Ciara apartó la vista. Tenía las manos entrelazadas, y se las apretaba tanto que se le habían puesto blancos los nudillos. La locura se apoderó de los demás, y poco después también murieron.

—Te duele mucho hablar de ello —dijo Brighid.

—Sí, mucho —contestó Ciara. Se obligó a separar las manos y posó las palmas en la suave superficie de la mesa—. Tienes que entender lo que nos ocurrió cuando Elphame cumplió con La Profecía y nos liberó de la locura de nuestra sangre. Durante todos estos años hemos luchado contra la maldad que teníamos dentro, aunque eso nos causara dolor y cada batalla nos costara una parte de nuestra humanidad. Y entonces, de repente, ese gran mal que nos aniquilaba desapareció —dijo Ciara, con la voz entrecortada y los ojos brillantes, como si estuviera reviviendo aquellos momentos—. Nosotros luchamos mucho por conservar lo que queda dentro de nosotros ahora. Nuestra bondad. Nuestra humanidad. Queremos avanzar, convertimos en la gente que nuestras madres creían que somos. Cuando recuerdo los horrores del pasado y a aquellos que fueron derrotados antes de que llegara la salvación, me siento como si estuviera destruyendo la fortaleza de bondad que hay dentro de mi cabeza. El dolor y la tristeza se apoderan de los rincones más oscuros.

La desilusión me domina hasta que los recuerdos no hacen otra cosa que bloquear las puertas y dejar encerrado el dolor —explicó. No miró a Cuchulainn, pero Brighid tenía la sensación de que Ciara se estaba dirigiendo a él—. Abundar en la tragedia hace que el dolor invada completamente el alma y se apodere de ella —añadió. Después irguió la espalda y volvió las manos, de modo que apoyó el dorso sobre la mesa con un gesto de súplica—. Ponme a prueba, Cazadora. Sé que tienes la habilidad de discernir cualquier falsedad en las palabras. Me someto gustosamente a tu escrutinio.

Brighid ignoró a Cuchulainn, que había dejado de comer y la estaba mirando con sorpresa y severidad. Tomó aire y concentró en la mujer alada sus agudos poderes de observación, que tal y como Ciara había percibido, estaban aumentados por su herencia de Chamán. Y, como cuando salía a cazar para su clan, la Cazadora percibió algo más que el aire. Inhaló la esencia espiritual de lo que estaba buscando.

Y lo que estaba buscando en aquella estancia era el rastro oscuro que dejaban el mal y las mentiras.

Ciara se quedó inmóvil, serena, esperando con paciencia que la Cazadora buscara en su espíritu y viera lo que habitaba en él.

—No nos estás ocultando nada —dijo finalmente Brighid.

Ciara volvió a sonreír.

—No, Cazadora. No os estoy ocultando nada. Pero si eso te tranquiliza más, te invito a hacer conmigo el verdadero viaje del espíritu al Mundo del Más Allá, y prometeré ante la misma Epona que mis palabras son ciertas.

Brighid se sintió como si un puño helado le estuviera oprimiendo el corazón. Usar sus poderes innatos de Cazadora para alimentar al clan y para averiguar la verdad sobre Ciara, y preservar la seguridad del clan, era una cosa, pero hacer un viaje espiritual era otra muy distinta. Sabía muy bien a quién iba a encontrarse.

—No —dijo rápidamente—. Eso no será necesario, Ciara.

—¿Tienes ese poder en ti, y no quieres emprender el Viaje Sagrado?

—No. Soy una Cazadora, no una Chamán.

Ciara abrió la boca, pero después cambió de opinión y se limitó a asentir.

—Cada uno debemos encontrar nuestro camino.

Cuchulainn se puso en pie tan bruscamente que estuvo a punto de derribar el banco.

—Es hora de que me retire.

Ciara no hizo ningún esfuerzo por disimular su decepción.

—Pero si muy pronto van a empezar las narraciones... Los niños van a preguntar por ti.

—Esta noche no —dijo él secamente.

—Yo también quisiera pedirte tu indulgencia para retirarme pronto. Mi viaje hasta aquí ha sido muy largo y agotador —dijo Brighid, mientras se levantaba y se colocaba junto a Cuchulainn.

La decepción de Ciara se transformó rápidamente en comprensión.

—Por supuesto. Que descanses bien, Brighid.

Antes de darse la vuelta para salir, Cuchulainn dijo con tirantez:

—Deseo explorar el paso de montaña mañana. Creo que estará lo suficientemente despejado como para emprender el viaje pronto.

—Muy buena idea. Me uniré a vosotros —dijo Ciara.

Cuchulainn gruñó. Sin esperar a la Cazadora caminó directamente hacia la puerta. Brighid se detuvo un momento a saludar y sonreír con expresión de disculpa a los niños, que se quedaron desilusionados.

Por todo el campamento había antorchas encendidas, y a Brighid no le costó demasiado distinguir la espalda encorvada de Cuchulainn entre las cabañas. Lo alcanzó en un instante.

—Tienes poderes de Chamán —dijo él sin mirarla.

—Sí. Aunque preferiría que no fuera así, tengo la capacidad de emprender el Viaje Sagrado y de estar en comunión con el Reino de los Espíritus. Está en mi sangre... por mi madre. Ella es Mairearad Dhianna.

Aquellas palabras hicieron que Cuchulainn se detuviera en seco.

—¿Eres la hija de la Suma Chamán de los Dhianna?

—Sí.

—¿Qué hija?

—La mayor.

Él cabeceó con incredulidad.

—Pero según la tradición de tu clan, debes seguir a tu madre como Suma Chamán.

—Yo he roto con esa tradición.

—Sin embargo, llevas sus poderes en tu interior.

—¡Sí! Hablas como si acabara de anunciar que tengo la peste. Tu padre también es un Sumo Chamán. ¿No sabes tú un poco lo que significa tener el poder y decidir no seguir el camino que te marca?

Cuchulainn apretó la mandíbula.

—Ya sabes cuál es la respuesta, Brighid. Yo no me relaciono con el mundo de los espíritus.

La Cazadora suspiró con frustración.

—Hay otras maneras de lidiar con los poderes que tenemos, aparte de rechazarlos por completo.

—Para mí no.

—Tu hermana es la hija mayor de la Elegida de Epona. La tradición dice que debería seguir el camino de tu madre y convertirse en la Amada de Epona, pero todos quienes la conocen entienden que su destino es ser la MacCallan. Ella no les ha dado la espalda a los poderes que lleva en la sangre. Usó su afinidad con la tierra para revivir el Castillo de MacCallan. Como ella, yo he elegido no seguir la tradición, pero

no rechazo absolutamente los dones de mi herencia.

Él se quedó en silencio, mirándola como si fuera una paria. Brighid suspiró; intentó mantener la ira bajo control, diciéndose que él no estaba en lucha con ella, sino consigo mismo.

—Mi afinidad es con los animales.

Cuchulainn entornó los ojos.

—Por eso son tan vastas tus habilidades de Cazadora.

Brighid soltó un resoplido.

—Me gusta pensar que uso mi afinidad para aumentar mis habilidades, no para crearlas.

—Yo no veo la diferencia entre una cosa y otra.

—Ten mucho cuidado, Cuchulainn. Recuerda que estás hablando con la Cazadora de tu clan. No voy a tolerar tus insultos —dijo Brighid con ira contenida.

Cuchulainn titubeó un instante, pero después asintió.

—Tienes mucha razón al recordármelo, Cazadora. Por favor, acepta mis disculpas.

—Las acepto.

—¿Preferirías alojarte en otra cabaña?

Ella volvió a resoplar e intentó relajar un poco la tensión de los hombros.

—¿Es que quieres torturarme enviándome a una cabaña llena de niños por mi transgresión con respecto al Reino de los Espíritus?

—No —respondió él rápidamente—, solo pensé que tal vez no quisieras...

—Vamos a dormir.

—De acuerdo.

Siguieron caminando en silencio. Brighid sentía el caos que había en el guerrero; era como una flecha a punto de salir disparada. Cuando él volvió a hablar, su voz parecía de ultratumba.

—Tú habrías usado tus poderes para salvarla, ¿verdad?

Ella lo miró rápidamente, pero él no la miró a ella.

—Por supuesto que sí, pero mis dones no incluyen la predicción. Ya te he dicho que solo tengo afinidad con los...

Sin embargo, se quedó callada al darse cuenta de lo que él estaba diciendo en realidad. Él había recibido un aviso sobre la muerte de Brighid con una premonición sobre el peligro. Una advertencia que había rechazado, porque siempre rechazaba todo lo que pudiera provenir del Reino de los Espíritus. Brighid se detuvo y posó una mano sobre su hombro, haciendo que girara hacia ella y que la mirara.

—Por mucho que te castigues a ti mismo, o a tu hermana, o a mí, Brenna seguirá muerta.

—No os estoy castigando a Elphame ni a ti.

Brighid arqueó una ceja.

—¡No puedo librarme de ello!

—¿De qué?

—Del dolor que me produce su pérdida.

Brighid notó la tensión de sus músculos bajo la mano.

¿Qué podía decirle? A ella no se le daba bien tratar con emociones a flor de piel. Era uno de los motivos por los que había decidido ser Cazadora. Quería dejar atrás el torbellino de su antigua vida. Los animales eran seres sencillos. No manipulaban ni mentían. Cuchulainn necesitaba hablar con un Chamán, no con una Cazadora. Sin embargo, el guerrero no iba a acudir a un Chamán, así que, por eliminación, ella era todo lo que tenía.

—No sé qué decirte, Cuchulainn, pero me parece que no puedes huir de ese tipo de dolor. Tienes que enfrentarte a él. Y entonces tendrás que decidir si vas a curarte y a seguir adelante, o si vas a seguir la vida con las heridas abiertas. Yo sé lo que habría elegido Brenna para ti.

Él la miró con unos ojos llenos de cansancio y se pasó un dedo por la frente.

—Yo también lo sé. No dejo de pensar en que si la enfado lo suficiente, por lo menos vendrá a verme en sueños para echarme un rapapolvo —dijo, y se le escapó una risa amarga que fue casi un sollozo—. Pero no viene. No va a venir. Yo siempre he rechazado el Reino de los Espíritus, y ella está allí.

Brighid observó su agonía sin poder hacer nada.

—Tienes que descansar, Cu.

Él asintió y, como un sonámbulo, se adelantó de nuevo de camino a su cabaña. Brighid pensó que le recordaba a un animal herido. Necesitaba un milagro para curarse, o alguien tendría que sacarlo de aquel pozo de tristeza.

Capítulo 7

El fuego se había apagado y solo quedaban las ascuas relucientes. Sin embargo, Brigid no necesitaba demasiada luz. Tenía la sensación de que Cuchulainn ya se había quedado dormido. Desde su lado de la cabaña había visto al guerrero luchar contra la relajación, como si fuera otra forma de castigo. No era de extrañar que estuviera tan demacrado. Lo que necesitaba era uno de los infames brebajes para dormir que preparaba Brenna. No, lo que necesitaba Cuchulainn era a Brenna.

Ella también estaba cansada. Lo que le había dicho a Ciara sobre que necesitaba retirarse pronto era cierto. Tenía una gran pesadez en los párpados, pero resistió las ganas de dormir. Antes necesitaba ver algo. Y una vez que Cuchulainn se había quedado dormido, podía empezar.

Dejó que su cuerpo se relajara mirando las ascuas rojas, y comenzó a respirar de un modo más profundo y más lento. No iba a dejarse llevar hasta el estado de trance necesario para emprender el Viaje Sagrado, pero necesitaba concentrarse y meditar. La meditación solo era el primer paso hacia el Reino de los Espíritus.

Brigid nunca viajaría más allá. No lo permitiría. Nunca lo permitía.

Contra el fondo de carbones ardiendo, la Cazadora se imaginó como estaba aquel día, cuando se encontraba en la parte superior del cañón y había visto por primera vez el campamento híbrido que había en el fondo del barranco.

Vio de nuevo los edificios bien contruidos. Después volvió a mirar, pero en aquella ocasión miró con los sentidos además de con los ojos. La escena se onduló como si alguien hubiera soplado sobre el agua, y los colores cambiaron. El gris y el rojo de las Tierras Yermas cambiaron y de repente todo quedó rodeado por un halo verde, un color que irradiaba vida y salud, y la promesa de la primavera. Brigid se permitió avanzar un poco más hacia el trance y expandió sus sentidos. El halo verde se intensificó, y su espíritu se hizo más claro. La luz provenía, en realidad, de cientos de orbes brillantes que parpadeaban y resplandecían contra los colores apagados de las Tierras Yermas.

Antes de que pudiera concentrarse más, sintió algo, pero lo que sintió no estaba en el campamento. En su visión se dio cuenta de que estaba tras ella. Imaginó que se giraba, y las montañas temblaron y se volvieron rojas, como si estuvieran bañadas en sangre. Perdió la concentración debido al asombro, y se encontró una vez más mirando las ascuas de la chimenea de la cabaña.

¿Qué significaba aquello? Ojalá tuviera los conocimientos de su madre. «¡Piensa!», se ordenó. El campamento estaba bañado en verde, y en el Reino de los Espíritus, el verde representaba lo mismo que en el mundo físico: crecimiento y prosperidad y vida que comenzaba de nuevo. ¿Había visto algún matiz oscuro en el halo verde? No... Brigid revisó los recuerdos de su meditación. Ciara le había dicho la verdad. No ocultaban ningún mal, por lo menos, ningún mal que ella hubiera podido descubrir.

Entonces, se concentró en el breve atisbo de las montañas. Su color era escarlata, e irradiaban algo distinto, más complejo y oscuro. Aquellas montañas se llamaban Tier, que en el Antiguo Lenguaje significaba «rojo», por las rocas rojas y las pequeñas plantas de hojas encarnadas que crecían en las colinas bajas durante los meses cálidos. ¿Qué era lo que había reflejado su visión? Que las montañas estaban bien denominadas, puesto que incluso en el espíritu eran rojas.

¿O iba más lejos? En el Reino de los Espíritus el color rojo tenía un simbolismo conflictivo y difícil. Era el color de la pasión, pero también del odio. Simbolizaba los nacimientos, pero también la muerte.

Brighid no estaba segura de nada. Miró a Cuchulainn, que en sueños se movía con inquietud, y siguió pensando que no estaba segura de nada en aquellas tierras, salvo de que debía permanecer alerta y en guardia contra todo aquello que pudiera perjudicar a su clan. Cerró los ojos, pero no consiguió conciliar el sueño. Seguía oyendo el sonido fantasma de unas alas, y viendo el horizonte teñido del color rojo de la sangre.

Era muy temprano. El día había amanecido muy brillante y con aire, pero el viento ya no era del norte y no era tan helador, sino que más bien provenía del noroeste y llevaba consigo olor a mar. Cu y Brighid se habían reunido con Ciara para asistir a la ceremonia de bendición matinal, y después de desayunar los tres se habían puesto en camino hacia el paso de montaña.

Sin embargo, había algo que no marchaba bien. Ciara lo sentía en su espíritu. Cuanto más se acercaban a las montañas, más intensamente sentía la malevolencia. Era algo más que el desagrado que siempre había sentido por la barrera rocosa que separaba a su pueblo de Partholon, y de todo lo bueno, lo verde y lo próspero. Aquel día tenía la sensación de que una advertencia se arrastraba por su piel como una serpiente venenosa. Quería creer que solo era su imaginación, y que las Montañas Tier simbolizaban muchas cosas negativas. Sin embargo, Ciara era una Chamán, y no necesitaba estar en un Viaje Sagrado para reconocer un mensaje del Reino de los Espíritus.

Tenía que alejarse de las montañas y de aquella inquietud que le provocaban. Tenía que retirarse a su cabaña para emprender un Viaje, y pedir a sus guías espirituales que la ayudaran a descifrar el aviso que le había agitado el alma.

Se dio cuenta de que estaba a punto de echar a correr para alejarse de las montañas cuando la voz de Cuchulainn la ancló al mundo físico.

—Se ha derretido bastante. Si el tiempo sigue así, el camino será transitable dentro de un par de días —dijo Cuchulainn pensativamente, señalando con la cabeza el paso manchado de nieve que atravesaba dos riscos afilados de roca roja y entraba directamente a las montañas.

—¿De verdad lo crees? —preguntó Ciara, intentando no delatar el miedo que

sentía.

—No veo por qué no. Será un viaje difícil, por supuesto, pero tú misma has dicho que el invierno ha terminado —dijo, y volvió a señalar el camino con un gesto de la cabeza—. Por lo menos no habrá nieve bloqueando el camino.

La Cazadora observaba a Ciara y a Cuchulainn mientras ellos estudiaban la abertura de la roca. Se cruzó de brazos y cabeceó lentamente.

—Debéis de estar locos.

El guerrero frunció el ceño, y Ciara la miró.

—¿Por qué dices eso? —inquirió Cu.

—¿Que por qué lo digo? Será mejor que te lo preguntes a ti mismo.

—Explícate, Cazadora —gruñó Cu.

—¡Es muy sencillo, por la Diosa! No puedes llevar a setenta niños a través de ese paso. Ni en un par de días, ni en un par de ciclos de luna.

—¿Qué quieres decir, Brighid? —preguntó Ciara con calma.

—Es demasiado peligroso. Tal vez fuera distinto cuando Cu lo atravesó hace dos lunas, pero hoy sería un viaje muy difícil para un adulto. Para unos niños es imposible.

—Nuestros niños son especiales. No son niños normales —respondió Ciara suavemente.

—Pero siguen siendo niños, por muy fuertes que sean. Los he observado. Hay algunos que apenas pueden deslizarse con ayuda de las alas, y eso significa que los adultos, o los niños más mayores, tendrían que llevar en brazos a los más pequeños. Eso redoblaría el peligro y la dificultad.

—¿Estás segura? ¿Aunque los hagamos avanzar en grupos pequeños? —preguntó Cu.

—En grupos pequeños sería mejor, pero seguiría siendo peligroso. El viaje sería lento, y nos veríamos obligados a hacer noche en el paso. Y sería una noche sin fuego —explicó Brighid—. El fuego debilitaría la nieve que ya se está derritiendo en los muros del paso.

—Avalancha —dijo Cu, cabeceando con disgusto hacia sí mismo. Él no había pensado en aquello, pero debería haberlo hecho—. Pero ¿los grupos pequeños funcionarían?

—Supongo.

La Chamán miró fijamente a Brighid.

—Si fueran tus hijos, ¿los llevarías a través de este paso, aunque fuera en grupos pequeños?

—No.

—Pues si tú no lo harías con tus hijos, yo no llevaré a nuestros niños —dijo Ciara.

Cuchulainn arqueó las cejas ante la rapidez con la que Ciara había tomado la decisión, pero era su gente de la que estaban hablando.

—Entonces tendremos que esperar hasta finales de verano, cuando ya no haya más nieve en las paredes de las montañas —dijo lentamente. Ya sentía el peso de la desilusión de los niños cuando supieran que no iban a viajar a la tierra de sus sueños hasta varios ciclos de luna después.

—No necesariamente —dijo Brighid.

—Pero si acabas de decir...

—He dicho que este paso es demasiado peligroso para los niños. Pero no es el único paso hacia Partholon.

Cuchulainn dio un respingo.

—¡El Paso de la Guardia!

—Exacto —dijo Brighid.

—Ni siquiera se me había ocurrido, pero tienes razón. Tiene toda la lógica. Es más ancho, está bien señalizado y bien mantenido. Seguramente está transitable incluso hoy.

—Lo custodian los guerreros del Castillo de la Guardia —dijo Ciara con la voz trémula—. Su misión es impedir que los Fomorianos entren en Partholon.

—Vosotros no sois nuestros enemigos. El sacrificio de mi hermana lo ha garantizado —dijo Cu.

—Pero allí es donde *ella* está prisionera.

Cuchulainn se puso tan tenso como si alguien lo hubiera golpeado. La persona de la que hablaba Ciara era Fallon, la híbrida enloquecida que había asesinado a Brenna. Después de que Fallon hubiera sido capturada, Elphame la había sentenciado a muerte para vengar el asesinato de Brenna, pero la híbrida estaba encinta y ni siquiera Cuchulainn había estado dispuesto a sacrificar a un niño nonato por los pecados de su madre. Así pues, habían llevado a Fallon al Castillo de la Guardia para que aguardara el nacimiento de su hijo en prisión. Finalmente sería ejecutada allí.

—Sí —dijo Cuchulainn—. Fallon está en el castillo.

—Entonces, ¿la gente no pensará que somos como ella? ¿No nos odian ya?

—Vosotros no sois responsables de las acciones de Fallon —dijo Brighid—. Ella eligió la locura y la violencia. Ninguno de vosotros habéis hecho lo mismo.

—Los guerreros son hombres y mujeres honorables. Os tratarán con justicia —dijo Cuchulainn.

Brighid lo miró de reojo, pensando en la ironía de aquella situación. Allí estaba Cu, tranquilizando a Ciara con respecto a algo con lo que él había tenido que enfrentarse. Él había estado dispuesto a tratar injustamente a los Nuevos Fomorianos, eso ya lo había admitido ante ella. Sin embargo, la bondad de aquella gente era obvia incluso para el guerrero. Si Cuchulainn podía ver más allá de sus alas y de la sangre de sus padres, ¿no podrían hacer lo mismo los guerreros del Castillo de la Guardia? Brighid lo esperaba con todo su corazón.

—Si fueran mis hijos, solo los llevaría a Partholon a través del Paso de la Guardia —repitió.

Ciara miró al guerrero y a la Cazadora.

—Si creéis que es lo mejor, entonces entraremos a Partholon por el Paso de la Guardia.

Cuchulainn gruñó y miró hacia el este.

—¿Qué crees? ¿Será un viaje de unos dos días? —preguntó Brigid, siguiendo su mirada.

—¿Con niños? Yo diría que el doble.

—Creía que conocías mejor a los niños, Cuchulainn.

Antes de que Cu pudiera responder a la mujer alada, Brigid resopló.

—Tendrás muchas oportunidades de demostrarnos lo especiales que son los pequeños. ¿Cuándo podéis estar preparados para viajar?

—Cuando vosotros digáis. Estamos preparados desde que comenzó el deshielo. Y llevamos esperando este viaje más de cien años.

—Saldremos al amanecer —dijo Cu.

—Al amanecer, entonces —respondió Ciara con firmeza—. Ahora debemos apresurarnos en volver, para que pueda avisar a los demás.

Con aquellas palabras, Ciara desplegó sus oscuras alas y comenzó a deslizarse por el suelo rocoso de la manera que su gente había heredado de sus padres. Oyó el sonido de los cascos del centauro y del caballo de Cuchulainn, que galopaban tras ella. Notó que la tensión se relajaba en su interior cuando habían decidido no tomar el paso escondido y habían resuelto atravesar las montañas por el Paso de la Guardia, pero la sensación de malevolencia no dejó de ahogarla hasta que se alejaron de la sombra de las montañas y estuvieron de vuelta en el terreno llano de las Tierras Yermas.

La mente de la Chamán trabajaba febrilmente mientras movía las piernas con rapidez. ¿Por qué se le había enviado aquella advertencia? La respuesta más evidente era que el Reino de los Espíritus estaba de acuerdo con la Cazadora: el camino escondido era demasiado peligroso para los niños.

Sin embargo, aquella respuesta le parecía demasiado sencilla para suscitar una reacción tan intensa. La Cazadora había reconocido el peligro con facilidad, y Ciara sabía que el juicio de la mujer centauro era acertado y honesto. La habría escuchado, al igual que había hecho Cuchulainn, sin necesidad de que el Reino de los Espíritus se lo advirtiera. Le parecía una pérdida de tiempo que los espíritus realizaran aquel aviso sin necesidad, y había una cosa que sabía muy bien por su experiencia con el mundo de los espíritus: que nunca malgastaban sus poderes y que sus advertencias no debían ignorarse.

Tenía que encontrar el tiempo necesario para hacer el Viaje Sagrado y descubrir lo que estaba intentando decirle el otro reino. Siempre era inteligente prestar atención a las advertencias de los espíritus.

Capítulo 8

—No creía que pudieran hacerlo —dijo Brighid en un susurro, mientras Cuchulainn y ella se acercaban al corazón del campamento, donde se habían reunido todos sus miembros. Desde el más pequeño de los niños alados hasta la bella Ciara, todos aguardaban con expectación a la mujer centauro y al guerrero que iban a conducirlos a la tierra que solo conocían por las pinturas, las historias y los sueños de unas mujeres que habían muerto hacía mucho tiempo.

—Es la primera luz del amanecer, y ya estamos preparados —dijo Ciara—. Os estábamos esperando.

Brighid notó el orgullo evidente de Ciara, pero le resultó difícil culparla por ello. Los niños estaban alineados como pequeños guerreros, cada uno con una mochila a la espalda. Los adultos llevaban cargas más pesadas, y la Cazadora contó a cinco que además llevaban bandas de tela anchas en la parte delantera del cuerpo, en las que portaban a los niños más pequeños. La mayoría de las provisiones para el viaje estaban ordenadamente apiladas en montones que, para sorpresa de Brighid, habían atado a unos cabritos. Claramente, estaban preparados para el viaje.

Cuchulainn fue el primero en encontrar la voz.

—Bien hecho —dijo, y asintió hacia los sonrientes niños, aunque no les devolvió la sonrisa—. Nos dirigiremos primero hacia el este, antes de torcer hacia el sur y entrar a Partholon —añadió.

Después montó en su caballo y chasqueó con la lengua para que el animal se pusiera en marcha hacia el sol del amanecer.

Brighid se colocó a su lado y se sobresaltó un poco cuando el grupo que había detrás de ellos comenzó la marcha con unos vítores ensordecedores. Entonces, una pequeña voz empezó a entonar un cántico antiguo que los niños de Partholon habían entonado durante generaciones para saludar al sol de Epona.

*Te saludamos, sol de Epona,
mientras recorres el cielo con paso firme
sobre las alas de la altura
tú eres el padre feliz de las estrellas.*

Pronto otro niño se unió al primero, y después muchos otros, hasta que la mañana se llenó del sonido alegre de las voces de los niños que cantaban alabanzas a la Diosa.

*Te hundes en el océano peligroso
sin sufrir ningún daño ni dolor.
Te alzas sobre una ola tranquila
como un joven jefe en su mejor momento*

*¡y nosotros te amaremos
durante todos los días de nuestra vida!*

—Va a ser un viaje muy largo —dijo Brighid con un suspiro.

—Pues sí —dijo Cuchulainn—, pero podría ser peor.

—¿En qué sentido?

—Podrían ir montados sobre ti.

Brighid no lo supo con seguridad porque no lo distinguió sobre la voz ensordecedora de setenta niños, pero tuvo la impresión de que el guerrero iba riéndose suavemente.

A medida que avanzaba el día, Brighid decidió que, sin duda, las Tierras Yermas eran el lugar más sombrío que había visitado. Solo tardaron unas horas en llegar hasta la base de las montañas. Cuando estuvieron bajo la sombra de aquellos gigantes rojizos, Cuchulainn hizo que el grupo girara hacia el este, y durante el resto de la mañana habían caminado en paralelo a la sierra.

Brighid miró aquellas tierras y pensó que eran feas. Y además de ser feas, con sus protuberancias de pizarra por todo el terreno y las plantas bajas y espinosas que hacían las veces de vegetación, aquellas tierras la ponían nerviosa. Parecían llanas y fáciles de recorrer, pero en realidad escondían barrancos que aparecían de repente, como heridas abiertas en el suelo. Todo el terreno estaba cubierto de pizarra, y era frío y duro. Para ella sería muy fácil dar un mal paso y romperse una pata.

Las montañas no eran mucho mejores, con su color rojo y su aspecto intimidante, como si fueran centinelas silenciosos. Aunque tal vez las montañas siempre deberían ser así, intimidantes. Brighid tenía poca experiencia en terrenos como aquel. Solo podía compararlo con las Colinas Azules, las suaves elevaciones que separaban el límite noroeste de las Llanuras de los Centauros del resto de Partholon. Las Colinas no eran en realidad montañas, aunque tenían un aspecto impresionante si se las comparaba con la planicie y la libre extensión de terreno de las Llanuras de los Centauros.

Sin embargo, no se parecían en nada a la imponente barrera roja de la cadena montañosa Tier. Las Colinas Azules eran redondeadas y estaban cubiertas de árboles gruesos y frondosos que, en la distancia, adquirirían un color zafiro. Mientras que las Colinas eran acogedoras y estaban llenas de verdor y vida, las Montañas Tier eran todo lo contrario. Brighid observó los picos con inquietud, y volvió a alegrarse de que Cu y Ciara hubieran seguido su consejo y no hubieran intentado atravesar el peligroso paso escondido con los niños.

A su espalda, oyó la risa de dos niñas, y no tuvo que darse la vuelta para saber lo que iba a ver. Con sus alitas desplegadas para darse impulso, las niñas tendrían las cabecitas juntas y estarían riéndose con deleite de... de... Brighid soltó un resoplido.

¡Solo la Diosa sabría cuál era el motivo de su risa! ¿Cómo era posible que aquellos niños pudieran sentir tal alegría cuando todo lo que los rodeaba, cuando todo lo que habían conocido eran las Tierras Yermas, y una lucha por la vida que habría resultado desalentadora hasta para un centauro adulto? Brighid no lo entendía. La asombraba tanto como la confundía.

—Estás tan pensativa como el guerrero —comentó Ciara.

Brighid miró a la mujer alada, que se había colocado a su altura.

—Eso no puede ser un cumplido —respondió con ironía, mientras miraba la espalda rígida de Cuchulainn—. No puedo imaginarme un compañero de viaje más lúgubre.

La sonrisa y la voz de Ciara fueron cálidas.

—No era ni un cumplido ni un insulto. Solo era una observación, Cazadora.

Brighid asintió.

—En realidad, no estaba pensando en Cu. Estaba pensando en los niños. Lo están haciendo muy bien. Mucho mejor de lo que yo pensaba —admitió.

La sonrisa de Ciara aumentó.

—Ya te dije que eran especiales.

Brighid oyó más risas de felicidad y soltó un resoplido.

—¡Son aberraciones!

Al instante, la alegría de Ciara se desvaneció, y Brighid se dio cuenta de su error.

—Ahora soy yo la que debe explicarse. No lo he dicho como un insulto. Admito que no he pasado mucho tiempo con niños en general, porque la vida de una Cazadora casi nunca incluye un compañero, ni descendencia. Pero lo poco que sé de ellos no me había preparado para semejante... optimismo.

La expresión de Ciara volvió a relajarse.

—Las cosas serían difíciles para ellos sin ese optimismo. Además, todos sus sueños se están haciendo realidad. Todos nuestros sueños se están haciendo realidad.

Como de costumbre, la Cazadora dijo lo que pensaba.

—No creerás que volver a Partholon va a ser fácil.

—La facilidad es algo relativo, ¿no crees?

Brighid arqueó una ceja.

—Piensa en cómo te sentirías si tu pueblo hubiera estado viviendo en un desierto yermo durante cien años, con demonios en su alma, y que esos demonios estaban destruyendo a tu gente lenta, metódicamente. A todos a quienes querías. Y entonces, increíblemente, sobreviviste a todo eso. ¿Hay algo que no te pareciera fácil después de semejante vida?

—Ciara, Partholon es una tierra bella y próspera, pero tienes que recordar que hay muchos tipos de peligro, y muchas formas de destruir un alma.

—Con la ayuda de Epona, sobreviviremos a esta transición.

Brighid observó la espalda rígida de Cuchulainn. Algunas veces la supervivencia podía ser más cruel que un final rápido, sin dolor.

Ciara siguió la mirada de la Cazadora como si le estuviera leyendo el pensamiento, y dijo:

—El alma del guerrero está rota.

Brighid no dijo nada.

—¿Puedo preguntarte una cosa, Cazadora?

—Puedes preguntarme, pero no te aseguro que te responda.

—No tengo intención de entrometerme, ni de ofender. Pero soy una Chamán, y me resulta difícil ver el sufrimiento de otro sin intentar...

—Él no va a aceptar tu ayuda.

—Eso ya lo sé. Pero hay maneras de que un Chamán pueda ayudar aunque el sujeto no esté especialmente receptivo —dijo Ciara, y al ver que Brighid entornaba los ojos, se echó a reír—. Te aseguro que no tengo motivos ocultos, y que no me voy a inmiscuir en la privacidad del guerrero —añadió. Después volvió a ponerse seria—. Pero está sufriendo tanto que no puedo quedarme mirando sin hacer nada, sin intentar al menos darle un poco de alivio.

Brighid percibió la verdad en las palabras de Ciara.

—Haz tu pregunta, Chamán.

—¿Cómo era Cuchulainn antes de la muerte de su amante?

La Cazadora arqueó las cejas. La pregunta le había causado sorpresa. Esperaba que Ciara le preguntara por Brenna o por su muerte, o incluso cómo había reaccionado Cuchulainn ante su asesinato, pero no esperaba que Ciara le preguntara cómo era Cu antes de que sucediera todo.

Ciara reaccionó a la evidente sorpresa de Brighid y siguió hablando en voz baja para que el viento no se llevara ninguna de sus palabras.

—Algunas veces, cuando el destino es demasiado cruel y una persona no puede soportar el trauma de las tragedias de la vida, el alma de esa persona se hace añicos, literalmente. Se desintegra. Y algunos pedazos se extravían en el Reino de los Espíritus, de modo que el individuo permanece roto, perdido, ausente... Al principio es un mecanismo de defensa que nos ayuda a sobrevivir a aquello que de otro modo nos destruiría. Pero esa persona, de todos modos, sigue...

—¿Dañada?

—Exacto. Tienes el instinto de un Chamán, Brighid.

—Te equivocas —dijo la mujer centauro con los ojos entrecerrados.

Ciara no se amedrentó bajo la mirada hostil de la Cazadora.

—Ya te darás cuenta de que yo casi nunca me equivoco. Tal vez sea por mi afinidad con el fuego, pero el instinto nunca me falla. Incluso antes de conocerte, soñé con la llegada de un halcón plateado, uno de los guías más poderosos de los espíritus.

—Yo no tengo guía espiritual. No soy una Chamán —dijo Brighid.

—Ya lo veremos, Cazadora —replicó Ciara, y volvió a hablar de Cuchulainn—. Como has adivinado, un alma destrozada causa un daño en la persona. Y si los

pedazos del alma no vuelven a encajarse... Imagínate una herida invisible, abierta, que se niega a cerrarse y empieza a infectarse y a pudrirse. Eso es lo que ocurre.

—¿Y tú puedes arreglar eso?

—No siempre. Algunas veces, el alma no puede curarse.

—¿Y qué sucede entonces?

—A menudo, la persona se suicida. Algunas veces continúa aferrándose a la vida, pero solo es un espectro de lo que era.

—¿Y crees que saber cómo era Cuchulainn antes de la muerte de Brenna te ayudaría a arreglarlo?

—Tal vez. Un alma hecha añicos es difícil de sanar incluso cuando el paciente acepta la ayuda. Sin la cooperación de Cuchulainn, hay poco que se pueda hacer, salvo intentar conectarlo de nuevo con la parte que ha perdido y persuadir a su alma dañada de que elija la vida y la curación, en vez de la desesperanza y la muerte.

Brighid asintió, pensando en su niñez, y en todas las ocasiones en que su madre había eliminado la tristeza de la vida de un centauro. Su madre había curado almas destrozadas; Brighid se avergonzó de no haber pensado antes en ello. Hubo un tiempo en que ella había visto a su madre como ejemplo de todo lo bueno. Sin embargo, eso fue antes de que Mairearad se hubiera obsesionado con el poder que le proporcionaba su posición. Brighid había dejado de ver a su madre como sanadora espiritual mucho tiempo antes, y al darse cuenta, sintió una profunda tristeza. «Cuchulainn», se recordó. «Esto es sobre Cuchulainn, y no sobre el Clan de los Dhianna». Ella se había convertido en parte del Clan de los MacCallan, y Cu era más hermano suyo de lo que habían sido sus propios hermanos desde hacía mucho tiempo.

Tragó saliva para aliviar el nudo que se le había formado en la garganta y miró a Ciara.

—Cu era un mujeriego. Elphame decía muy a menudo que era incorregible, y tenía razón. Siempre andaba coqueteando. Ahora no lo creerías, pero siempre tenía una sonrisa en los labios, y se reía con una franqueza que a mí me parecía de niño, y que se ganaba el afecto de cualquiera. Si le cuentas que he dicho esto, lo negaré todo.

Ciara sonrió.

—Continúa. Nunca se me ocurriría repetir nada de esto. ¿Qué más recuerdas? Habla de lo primero que te venga a la cabeza.

—Las mujeres lo adoraban, y él las adoraba a ellas —prosiguió Brighid, y después soltó un resoplido al recordar lo confuso que se había sentido el guerrero al principio de su cortejo a Brenna—. Salvo Brenna. Ella lo rechazó abiertamente cuando intentó cortejarla —dijo, y se echó a reír—. Recuerdo cómo metía la pata al intentar ganarse el afecto de la Sanadora. Era un inepto. Yo lo comparé con un toro en celo que marcaba su territorio a su alrededor con el refinamiento de una bestia.

A Ciara se le escapó una carcajada, y el guerrero volvió la cabeza brevemente en dirección a ellas. Ambas permanecieron en un silencio inocente hasta que él recuperó

su pose de estatua. Incluso entonces, Brigid siguió hablando en voz baja.

—No sabía cortejar a una mujer que le decía que no y que no una y otra vez. Cuchulainn nunca había sido rechazado.

Ciara pestañeó.

—¿Por qué lo rechazaba Brenna?

—No confiaba en los hombres. Ella sí estaba acostumbrada a que la rechazaran y la ignoraron.

—¿Por qué?

—Brenna tenía un lado del cuerpo y de la cara cubiertos de cicatrices debido a un accidente que sufrió en su niñez. Creía que lo sabías. ¿No han contado Curran y Nevin historias sobre ella?

—No directamente. Es evidente que al guerrero le resulta muy doloroso hablar u oír hablar sobre su amante. Yo solo sabía que era una Sanadora bella y con un gran don.

—Y lo era. Pero también era muchas más cosas.

—Parece que Cuchulainn también es muchas más cosas, si pese a su condición de mujeriego fue capaz de ver más allá del físico y encontrar el amor.

Aquellas palabras de Ciara parecían una gran alabanza, pero su expresión se había vuelto sombría.

—¿Eso es malo? —preguntó Brigid.

—Complica las cosas.

—¿Por qué?

—El amor llega de muchas maneras. Por ejemplo, el amor que sentimos por nuestra familia... incluso en esa dinámica el amor es diferente. ¿Tienes hermanos?

A Brigid, aquella pregunta la tomó por sorpresa, y respondió con la voz entrecortada.

—Sí.

—Entonces entenderás la diferencia entre el amor que sientes por un hermano o una hermana y el que sientes por tus padres.

La Cazadora asintió rápidamente con la esperanza de que Ciara no siguiera aquella línea de interrogatorio. Por suerte, la Chamán continuó hablando de los matices del amor.

—Igual que en la familia, el amor entre un hombre y una mujer puede adoptar muchas formas. Algunas personas aman apasionadamente, pero con dureza. Y su amor se consume rápidamente como un fuego demasiado caliente. A menudo no deja más que cenizas frías tras de sí. Otras personas no sienten una pasión tan intensa, y su amor es como las ascuas que siguen ardiendo año tras año, y mantienen sus vidas en el calor y en la plenitud. Hay una clase de amor que pertenece solo a la mente, o al corazón, o al cuerpo. Es raro, pero algunas veces, los tres se mezclan.

—Los tres se mezclaron en el caso de Brenna y Cuchulainn.

—Y ese es el caso en el que resulta más difícil recuperarse.

—¿Pero vas a intentar ayudarlo de todos modos? —preguntó Brigid.

—Por supuesto, pero...

—¿Pero qué?

—Pero yo no soy lo que necesita. Cuchulainn se ha encerrado en sí mismo. Necesita la ayuda de un Chamán que sienta algo por él en un nivel más personal —explicó Ciara, y suspiró con suavidad—. Yo respeto al guerrero, y tal vez con el tiempo llegue a acercarme a sus sentimientos más íntimos, pero me temo que lo que necesita Cuchulainn es más inmediato.

—Su padre es el Sumo Chamán de Partholon. ¿Podría él ayudarlo?

Ciara frunció los labios y negó con la cabeza.

—¿Por qué no? Midhir es un gran Chamán.

—¿Te acuerdas de los diferentes tipos de amor?

Brigid asintió con impaciencia.

—Para curarse la herida de la pérdida de Brenna, Cuchulainn necesitará intimidad con un Chamán con quien tenga vínculos diferentes a los de un padre con un hijo. Necesita a alguien que pueda alcanzar más al amante y menos al hijo.

Brigid frunció el ceño.

—Eso no tiene sentido. El único Chamán en el que confiaría Cu sería su padre. No hay nadie más, salvo tú.

—¿Estás segura? —preguntó Ciara con una sonrisa misteriosa—. Yo noto la mano de nuestra Diosa sobre el guerrero. No creo que Epona le niegue su ayuda, pero a menudo, la forma de actuar de la Diosa es difícil de entender para nosotros. Hasta que llegue otro Chamán, intentaré aliviar el sufrimiento del guerrero.

Las palabras de Ciara le pusieron el vello de punta a Brigid, y cuando habló, su voz sonó más entrecortada de lo que ella hubiera querido.

—Esperar algo que puede suceder, o puede que no suceda, no tiene sentido. Haz lo que puedas para ayudar a Cu. Pero yo no le diría nada a él.

Ciara asintió con suavidad.

Capítulo 9

Aquella primera noche el campamento se organizó con una eficiencia asombrosa. Los niños trabajaron rápida y habilidosamente en grupos supervisados por los adultos y por los adolescentes. Rápidamente se montaron los esqueletos de las tiendas y se cubrieron con pieles de cabra. Las tiendas se erigieron formando un círculo alrededor de una zona rocosa y llana que Ciara había elegido cuidadosamente. La solapa frontal de cada tienda se mantuvo abierta.

—Entiendo el motivo de la formación en círculo —murmuró Brighid a Cuchulainn cuando él se acercó al lugar donde ella estaba despellejando media docena de liebres que había cazado mientras se montaban las tiendas—. ¿Pero por qué las dejan abiertas? A mí me parece que es como invitar al viento helado a que pase mientras duermen.

—Observa —gruñó Cuchulainn. Después tomó una liebre y sacó su cuchillo.

Antes de que la Cazadora pudiera decirle a Cuchulainn lo irritante que resultaba su falta de comunicación, Ciara habló con voz clara para todos.

—¡Ya es la hora! Traed el combustible.

Con grititos de alegría y parloteos, los niños alados se acercaron corriendo a las mochilas. Se llenaron los brazos de algo que parecía tierra gris y se volvieron hacia su Chamán, que les señalaba el centro de una roca plana. Los niños depositaron alegremente su carga en aquel lugar, y formaron una pila grande. Cuando la pila llegaba más o menos a la altura de la cintura de Ciara, ella les hizo un gesto para que cesaran la tarea. Ellos se quedaron en silencio y, junto a los adultos, formaron un círculo alrededor de su Chamán.

La Cazadora miró a Cuchulainn con curiosidad, pero él solo le repitió que observara.

Brighid frunció el ceño, pero después volvió a mirar a Ciara, que sonrió a su gente antes de volverse hacia el oeste.

Ellos siguieron su ejemplo y se volvieron hacia el sol de poniente. Brighid, que estaba despellejando eficientemente las liebres, se quedó inmóvil mientras hablaba Ciara.

*Gentil Epona, bendita Diosa, vas a cerrar otro día
cambiando el calor del cielo a la oscuridad de la noche.
Frente al camino del fuego, escuchamos y te pedimos
que nos protejas de la oscuridad, del frío y del miedo.*

Ciara desplegó las alas y el aire resplandeció a su alrededor debido a la tangible presencia de Epona. Ella elevó los brazos, y su voz se oyó magnificada y llena de felicidad y confianza, y del poder de la mano de la Diosa.

*Fuerza ardiente del fuego purificador,
llamas danzantes de la luz de Epona,
escuchadme, porque nuestra necesidad es imperiosa,
ayudadme en este rito nocturno.
Don de las llamas, oh, flor encendida,
siempre brillante ante mi vista;
lléname con el poder bendito de nuestra Diosa,
tócame con su voluntad abrasadora.*

Ciara lanzó las manos abiertas hacia delante, hacia el montón. Al instante, la pila se prendió. Las llamas comenzaron a arder alegremente, proyectando sombras aladas contra las tiendas mientras los adultos llamaban a sus niños y el círculo se dispersaba. El sonido de los cacharros anunció que pronto estarían listos para preparar lo que había cazado Brighid, pero ella no podía apartar los ojos de la Chamán.

Ciara estaba donde había permanecido durante la invocación, tan cerca del fuego que Brighid pensó que se le iba a quemar la ropa. Tenía la cabeza inclinada hacia delante y los ojos cerrados, pero Brighid veía que movía los labios silenciosamente. Durante un momento Ciara se quedó allí, inmóvil como una estatua, sumida en la concentración. Después, lentamente, alzó la cabeza y abrió los ojos, y miró a la Cazadora con una expresión de inocencia.

Brighid fue la primera en apartar la mirada.

—¿Sabes? Podrías decirme algo más que «observa» o «ya verás», cuando te pregunto algo sobre... —Brighid hizo un gesto vago que abarcó la hoguera y el campamento.

—Creo que deberías tener la misma experiencia que yo —dijo Cu.

—¿Y cuál es?

—La sorpresa. No —dijo Cu, y levantó una mano manchada de sangre de liebre para cortar la protesta de la Cazadora—. No lo hago para ser molesto. Quiero conocer tu reacción verdadera hacia ellos. Hacia esto. Confío en tu instinto, Cazadora, más que en el mío.

Brighid abrió la boca, y después la cerró. Era muy difícil hablar con Cuchulainn. En un momento era distante y esquivo, y al minuto siguiente era sincero y casi como el Cu que ella conocía. Era como si se hubiera convertido en un retrato incompleto de sí mismo. Sus respuestas eran inadecuadas, y él lo sabía. «El alma del guerrero está rota».

—Tal vez todavía te puedas fiar de tu instinto. Tal vez solo necesites acudir a él y empezar a creer de nuevo en ti mismo —dijo Brighid con inseguridad.

Se sentía fuera de su elemento dándole consejos al guerrero, y hubiera preferido llevárselo de caza y hacer que trabajara en sí mismo hasta que quedara exhausto persiguiendo a una presa difícil antes que aconsejarle en los asuntos de su alma. Sin embargo, sabía que lo que le ocurría a Cu no podía arreglarlo a través del

ámbito físico. También sabía que, si él no encontraba una manera de curarse, iba a ir desvaneciéndose poco a poco. Eso le haría mucho daño a Elphame, y Brighid no quería que su amiga y la Jefa del Clan MacCallan conociera el dolor de perder a un miembro de su familia. Brighid conocía la tristeza que podía provocar aquel tipo de pérdida.

Miró al guerrero. Su expresión era pétrea. Tal vez fuera por la conversación que había tenido con Ciara, pero la diferencia entre el Cuchulainn de antes y el actual le oprimía el corazón.

—Deja de mirarme así —dijo Cuchulainn.

—Cu, odio que...

—¡Ciara dice que ya podemos cocinar las liebres! —dijo Kyna, que se acercó a ellos como un torbellino. Liam la seguía.

—¿La próxima vez puedo ir contigo a cazar? Podría ayudarte. De verdad, podría. De verdad —dijo Liam, que pestañeaba con entusiasmo mientras saltaba de un pie a otro.

Brighid intentó no fruncir el ceño. Aquel era exactamente el motivo por el que una Cazadora no tenía descendencia. Interrumpían cuando no debían y hacían demasiado ruido.

—Para cazar liebres debes ser muy silencioso, Liam —le dijo con severidad.

—¡Oh, lo soy! ¡Puedo serlo! Lo seré. Ya lo verás, lo seré —le aseguró el niño, sin dejar de bailar.

—Tú nunca eres silencioso, Liam —dijo Kyna con disgusto.

—¡Claro que sí!

—¡Claro que no!

—Estuve callado durante la bendición de la noche —dijo Liam.

—Todo el mundo está callado durante las bendiciones —repuso Kyna con un gesto infantil de exasperación.

Mientras los dos niños discutían, Brighid miró con impotencia a Cuchulainn. El guerrero le devolvió la mirada brevemente, y a Brighid le pareció que, por un instante, en sus ojos brillaba el buen humor.

—Kyna, he dejado al caballo atado junto a las cabras —le dijo él a la niña, sin darle demasiada importancia.

Al instante, la pequeña se volvió hacia él.

—Pero si no le gustan las cabras. Son demasiado pequeñas y le molestan.

Brighid pensó que sabía exactamente cómo se sentía el caballo de Cuchulainn.

—Debería ir a verlo —dijo Kyna con decisión.

Cuchulainn se encogió de hombros.

—Como quieras.

—Liam, tú llévale las liebres a Ciara —le ordenó Kyna al niño, y dejó la cesta que llevaba en manos de su amigo antes de salir disparada hacia el lugar donde estaban las cabras y el caballo—. ¡Seguramente es lo más cerca que vas a estar en tu

vida de cazar una liebre!

Liam la siguió con una mirada de enfado.

—Yo puedo ser silencioso.

—Para cazar liebres también tienes que ser muy rápido —dijo Cu—. ¿No es así, Cazadora?

—Por supuesto —dijo Brighid.

—¡Entonces mírame! ¡Mírame! ¡Puedo ser muy rápido!

Y, cuando se agachó, tomó los animales despellejados y se alejó rápidamente de ellos con la cesta pegada al pecho, Brighid tuvo que admitir que el niño se movía con una velocidad asombrosa. Nunca conseguiría ser silencioso, pero ciertamente era muy rápido.

—Por la Diosa, ¡esos niños son muy molestos! ¿Cómo es que no te han vuelto loco? —le preguntó Brighid a Cuchulainn, sin dejar de mirar a Liam.

—Al final aprendes a abstraerte. Es como si ni siquiera estuvieran aquí.

Brighid volvió a mirar a Cu. Él se había agachado y estaba limpiando el cuchillo con un pedazo de musgo húmedo.

Su voz era de nuevo apagada y distante. Se puso en pie y enfundó el cuchillo. Después, sin decir una palabra más, se dio la vuelta y volvió al campamento.

Mientras Brighid se acomodaba cerca de la hoguera y tomaba un cuenco de estofado que le ofrecía uno de los niños, pensó que aunque Partholon fuera una tierra próspera, había muchas cosas que sus habitantes deberían aprender de los Nuevos Fomorianos, sobre todo acerca de viajar con comodidad. Aquella gente alada tenía poco, y su tierra era yerma y hostil, pero ella nunca había estado en un campamento tan acogedor y tan armonioso.

Las tiendas robustas de piel de cabra, dispuestas en círculo, frenaban el viento helado. El fuego de Ciara ardía alegremente en el centro del redondel. A menudo, alguien lo alimentaba con otro pedazo de combustible; una mujer le había explicado que se trataba de una mezcla de liquen seco y excremento de cabra. Eso explicaba el vago olor que llevaba el humo, pero era mucho menos ofensivo de lo que ella hubiera pensado, y cumplía su función perfectamente. El fuego ardía de manera constante y daba mucho calor.

La cena se había preparado con rapidez y eficiencia, y en poco tiempo todos estaban sentados alrededor de la hoguera o en el calor de las tiendas abiertas, compartiendo un delicioso estofado. Brighid masticó pensativamente un pedazo de liebre y miró a su alrededor. El campamento estaba silencioso, algo poco común. Los niños estaban cansados; la Cazadora se dio cuenta de ello con sorpresa. Poco tiempo antes estaban pululando por allí, atendiendo a las cabras y charlando sin parar mientras extendían alfombras de cuero de cabra por el suelo.

En aquel momento parecía que alguien había apagado toda su exuberancia

infantil. Incluso Liam había dejado de hablar.

—Toma —le dijo Cu, que le ofrecía el odre de vino mientras se sentaba, con las piernas cruzadas, a su lado—. Tú lo has traído. Deberías beber un poco —añadió, y asintió para darle las gracias al niño que le ofrecía su cena.

—Cuando no están hablando constantemente se hace raro —comentó ella, bajando la voz.

—Han recorrido mucha distancia hoy. El doble de lo que yo esperaba. Cualquiera otro niño habría tenido que parar hace horas —dijo Cu, y al mirar el círculo silencioso, casi sonrió—. Sospecho que hay algo que por fin ha podido con ellos.

—Gracias a la Diosa —refunfuñó Brighid, y tomó un trago de aquel excelente vino tinto.

—Sospecho que al amanecer estarán como nuevos.

—Sospecho que tienes razón.

—Tal vez tengamos suerte, y hoy se salten los cuentos —dijo él entre bocados de estofado.

Brighid arqueó una ceja.

—¿Te refieres a las infames historias sobre cierta Cazadora?

Cuchulainn gruñó y señaló con la barbilla en dirección a Liam, que había terminado de cenar y estaba bostezando.

—No puedes decir que no sepas lo persuasivos que son cuando quieren saber algo.

Brighid resopló, pero no miró al niño para no atraer su atención y que comenzara a insistir de nuevo en lo callado que podía estar.

—Bueno —dijo ella suavemente—. Puedo que admita que sé algo...

En aquel momento hubo movimiento en el lado opuesto del círculo, y eso llamó la atención de Brighid. Vio que los dos gemelos, Curran y Nevin, se estaban poniendo en pie.

—He hablado demasiado pronto —dijo Cuchulainn—. Cuando esos dos se ponen en pie, significa que va a haber historias.

Brighid notó que él se preparaba para marcharse, y entonces, antes de poder contenerse, le puso la mano en el hombro.

—Quédate —le pidió, y se quedó sorprendida de lo áspero de su voz. Era como si el impulso de mantener a Cuchulainn allí hubiera salido de su interior, y su voz reflejaba aquel pozo de emoción.

Cuchulainn volvió la cabeza y la miró a los ojos.

—Si te marchas ahora, alguno de los niños vendrá y ocupará tu lugar. Entonces estaré completamente rodeada —susurró, porque de repente se sentía vulnerable y expuesta.

Él refunfuñó, pero volvió a sentarse a su lado.

—Nuestro viaje ha comenzado por fin —dijo Nevin.

—Hemos esperado mucho a que llegara este día —dijo Curran—. Nuestras

madres, en el Reino de los Espíritus, se regocijan.

—Sonríen, porque nuestros deseos se han hecho realidad —dijo Nevin—. ¿Sentís su presencia, niños? —preguntó el hombre alado, y las pequeñas caritas se giraron en dirección a él.

Los niños asintieron con expresión de sueño.

—Su amor está en el viento —dijo Curran—. Alza nuestras alas.

—Y nuestros corazones —añadió Nevin—. Siempre que sople el viento, no olvidaremos su amor, ni su sacrificio.

Brighid se sintió intrigada por la actuación de los gemelos.

Eran verdaderos bardos. Sus voces no eran solo poderosas, sino que tenían aquella magia especial que separaba a los bardos del resto de las personas. Pensó que podría escuchar aquellas voces ricas, llenas de emoción, durante toda la vida, y se disgustó al darse cuenta de que habían pasado los días en el Castillo de MacCallan sin que nadie del clan supiera que tenían aquel don. Eso iba a cambiar cuando regresaran. Los bardos siempre eran muy bien acogidos en cualquier clan.

—Esta noche debemos descansar bien para el día que se aproxima —dijo Curran.

—Así que nuestro cuento será corto.

—Pero muy interesante —dijo Curran, y le lanzó una sonrisa a Brighid desde el otro lado del campamento, una sonrisa que la dejó muy sorprendida—. Con tu permiso, Brighid, vamos a contar la historia de cómo seguiste el rastro de la pequeña *Fand* y la salvaste de la muerte.

Los niños estaban cansados, pero se despabilaron y Brighid oyó murmullos de los pequeños que estaban sentados junto a *Fand*. A su lado, Liam se desperezó y miró a la Cazadora con adoración.

—Me alegro de haberme quedado —le susurró Cu con un gruñido—. Este también me gusta.

La voz musical de Ciara interrumpió el gesto ceñudo que Brighid le estaba dedicando al guerrero.

—Ahora que tenemos la bendición de contar con la presencia de la Cazadora, tal vez Brighid pudiera contarnos por sí misma su propia versión de la salvación de *Fand*.

Brighid miró a Ciara. ¿En qué estaba pensando? Ella no era un bardo, y no quería contar una historia tonta sobre sí misma a un grupo de niños que ya estaban encandilados con ella. Y de todos modos, ella no era quien había salvado a la lobezna, solo había guiado a Cu hasta su guarida. Era Brenna quien se había asegurado de que... La Cazadora miró a los ojos de la Chamán, y comprendió el mensaje que quería transmitirle Ciara.

—¿Nos contarías la historia verdadera, Brighid? —preguntó la Chamán.

Capítulo 10

—No soy un bardo, pero si queréis conocer la historia, os la contaré.

Se alegró de que su voz no delatara la agitación que sentía. Tenía el estómago encogido, y el corazón acelerado como si hubiera estado todo el día persiguiendo una presa difícil. Sabía que el guerrero la estaba mirando, y se permitió echarle un último vistazo. Él tenía las cejas arqueadas y una expresión de sorpresa. Ella apartó rápidamente la mirada. Seguramente Cuchulainn pensaba que iba a presumir de haber encontrado el rastro de dos días de antigüedad de la madre muerta de *Fand*. Brighid respiró profundamente. Esperaba tener verdaderamente el instinto de una Chamán. En aquel momento estaba dejándose guiar por aquel instinto, y se sentía como si estuviera siguiendo un rastro viejo en un bosque espeso bajo una tormenta.

—Bueno, parece que ya conocéis la historia de cómo descubrió Cuchulainn el cuerpo de la madre muerta de *Fand*, mientras estábamos cazando, y cómo me desafié a que lo siguiera hasta la lobera para ver si encontrábamos vivo a alguno de sus lobeznos.

Brighid hizo una pausa, y su atento público asintió con entusiasmo, haciendo sonidos de asentimiento.

—Lo que no sabéis es el motivo por el que Cuchulainn quería encontrar un lobezno, ni quién salvó de verdad a *Fand* —prosiguió. Al llegar a aquel punto ignoró al guerrero, que se había puesto muy tenso de repente—. Todo fue porque Cuchulainn quería captar la atención de una mujer, una mujer que se comportaba como si no tuviera el menor interés en él —dijo Brighid con una sonrisa.

Algunos de los niños se rieron.

—Brenna era la Sanadora del Clan MacCallan. También era mi amiga —dijo Brighid, intentando que su tono de voz no fuera ni de pena ni de lamento. Contaría la historia, pero no la contaría como un lamento, llorando a Brenna, sino que la contaría como un tributo a la Sanadora.

La Cazadora irguió los hombros y se echó el pelo hacia atrás.

—¿He dicho ya que Brenna era muy lista?

Las cabecitas asintieron.

—Bueno, era tan lista que le dijo que no a cierto guerrero arrogante que pensaba que podía chasquear con los dedos y conseguir a cualquier mujer que se le antojara. Así que cuando Cu sacó a *Fand* de su lobera, y dejadme que os diga que la lobezna estaba en muy mal estado, pensó que la mejor manera de que la Sanadora quisiera pasar tiempo con él sería llevarle un animalito dulce que necesitara ayuda —dijo la Cazadora, que cabeceó con un disgusto exagerado—. Aunque *Fand* no era un encanto. Deberíais haberla visto. Era patética. Diminuta, deshidratada y cubierta de excremento de lobo.

Brighid no reaccionó a las vibraciones de tensión que irradiaba Cuchulainn. En vez de eso miró a los niños que estaban sentados junto a *Fand*. Puso los ojos en

blanco y arrugó la nariz. Eso hizo que los niños se rieran.

—Así que en vez de conseguir que la inteligentísima Brenna se desmayara de amor, lo único que consiguió fue molestarla con la aparición de una lobezna sucia y medio muerta, y creo que también consiguió que Brenna se cuestionara si él tenía sentido común —siguió, y se oyeron más risas—. Pero Brenna era bondadosa, además de lista y bella, y se compadeció de la lobezna. Le enseñó a Cu a alimentar a *Fand*, y los vigiló a los dos para que Cuchulainn fuera el padre lobo perfecto. Recuerdo cómo describió el aspecto que tenían los dos después de la primera noche que Cuchulainn había pasado intentando mantener a la lobezna con vida. Brenna se reía y se reía, y decía que casi se había tenido que tapar la nariz a causa del mal olor. —Brighid hizo otra pausa para que los niños dejaran de reírse—. Pero supongo que el plan de Cu funcionó al final, porque Brenna y él se comprometieron formalmente. Y esa es la razón de que *Fand* se salvara. No fui yo, sino el amor que Cu sentía por Brenna, y la bondad de la Sanadora, lo que salvó a la lobezna.

Los niños estallaron en aplausos. Brighid respiró profundamente y miró a Cuchulainn. El guerrero se había quedado tan pálido que sus ojeras parecían heridas. La estaba mirando con un gesto de dolor.

—Has sido cruel —le dijo entre dientes, y con un movimiento ágil, se levantó y desapareció en la oscuridad.

—¡Todo el mundo a la cama! —dijo Ciara en aquel momento. Todos los niños obedecieron, se levantaron y se marcharon a las tiendas, dándose las buenas noches entre ellos y a la Cazadora.

Brighid dio un respingo de sorpresa cuando el pequeño Liam la abrazó y la estrechó con una fuerza inesperada.

—¡Ha sido una historia muy bonita, Brighid! ¡Buenas noches! —dijo el niño, y después se alejó con un suave aleteo y dejó a la Cazadora dándole las buenas noches a la espalda.

—Has hecho lo correcto.

Brighid miró a la Chamán, que se había materializado de la nada.

—No creo que Cu esté de acuerdo contigo.

—Síguelo. No le dejes estar solo ahora.

—Pero está...

La Chamán insistió.

—No está completo. Si te importa el alma del guerrero, síguelo.

Brighid flexionó sus poderosos miembros equinos y se levantó. Tomó la dirección que pensó que podía haber seguido Cuchulainn, repitiéndose lo que le había dicho Ciara. ¡Por supuesto que le importaba el alma de Cuchulainn! Había estado comprometido con su amiga, y era el hermano de su Jefa. Lo que ocurría era que no quería ocuparse de curar su alma hecha añicos. De repente, se dio cuenta de lo que había sentido aquella primera noche, cuando Cu y ella hablaban sobre los Nuevos Fomorianos, aquel cosquilleo vago en la mente: se había dado cuenta de que había

algo, aparte de la pena de Cu, que lo estaba afectando. Ese algo indefinible y esquivo que había heredado de su madre Chamán había reconocido la pérdida del guerrero.

¡Por la Diosa, ella no deseaba aquello! No tenía experiencia en ello. Le había dado la espalda a la Sabiduría del Chamán al dejar el Clan Dhianna. Sin embargo, Cuchulainn no tenía la culpa de que ella se hubiera visto forzada a tomar ciertas decisiones, y si había algo que pudiera hacer por ayudarlo, sus problemas no debían comprometer esa ayuda.

Pero, más allá de todo eso, Cuchulainn estaba sufriendo, y Brighid nunca había sido capaz de quedarse de brazos cruzados mientras otro ser sufría. Ojalá no fuera de aquel modo, porque le había causado más de una complicación.

Se rio de sí misma al darse cuenta del eufemismo. Su solidaridad la había obligado a dejar sus amadas Llanuras de los Centauros y a su familia, y a romper con la tradición.

Pero había tomado la decisión correcta. Estaba siguiendo el camino más adecuado para su vida. Encontraría a Cuchulainn, le diría que no estaba solo y haría lo único para lo que le había preparado su adiestramiento de Cazadora: le diría que ella iba a hacer el primer turno de vigilancia para que él pudiera dormir. Sencillo y claro. De la misma manera que quería que fuera su vida.

¿Dónde estaba Cu? Estaba muy oscuro fuera del círculo de tiendas y de la hoguera. Estaba oscuro y hacía frío. Brighid se estremeció contra el viento helado. Iba a alegrarse mucho de poder volver a Partholon y al calor del Castillo de MacCallan.

Oyó un sonido ahogado a su izquierda y se giró bruscamente. Estuvo a punto de tropezarse con *Fand*, que gruñó con suavidad. Eso significaba que Cuchulainn estaba cerca, porque la lobezna nunca se alejaba de él.

Casi no lo vio. Si la luna no hubiera irradiado su luz pálida entre las nubes justo en el momento en el que él alzaba el rostro lleno de lágrimas, ella hubiera pasado de largo.

¡Maldición! ¡No se esperaba que estuviera llorando! Había pensado que él estaría furioso, y que despotricaría y se desahogaría. Eso lo entendía, y hubiera podido enfrentarse a ello. Sin embargo, cuando Cuchulainn se volvió hacia ella llorando, ocurrió algo inesperado. Brighid sintió un reflejo de aquel dolor, que estaba provocado por algo más que el vínculo de pertenecer al mismo clan o los lazos de amistad.

Estaba reaccionando con la empatía de una Chamán, y al darse cuenta estuvo a punto de derrumbarse. Brighid tuvo ganas de alejarse y de negar el propósito heredado que le fluía por las venas, pero no pudo. Eso sería una cobardía, y Brighid Dhianna, la Cazadora del Clan MacCallan, no era una cobarde.

—Cu —dijo en voz baja, y le tocó el hombro.

Él se apartó como si quemara.

—¿Te hace feliz verme sufrir?

—No.

—Entonces, ¿por qué lo has hecho? —preguntó él. Su voz no era de cólera, sino de derrota.

—Tienes que continuar, Cu. Y tienes que encontrar la manera de vivir sin ella. Y eso no puedes hacerlo evitando cualquier mención de Brenna.

—¿Cómo lo sabes? ¿Cómo puedes tú saber algo de eso?

—Tú no eres la única persona que ha perdido a un ser querido. ¡La pena no es exclusivamente tuya, Cuchulainn! —Brigid pensó brevemente en contarle su historia, pero por instinto no lo hizo. Estaba fuera de su elemento, así que lo único que pudo hacer fue seguir lo que le decía el sentido común—. Mira a tu alrededor. ¿Cuántos híbridos han perdido a sus amantes, o a sus padres, o a sus hijos por la locura? ¿Te parece que la muerte de Brenna es más trágica que eso? Durante las dos últimas lunas hemos estado con gente que ha superado pérdidas que habrían diezmado a cualquier otra raza, pero ellos han hecho algo más que sobrevivir. Todavía sienten la alegría de vivir. Lo has visto por ti mismo. ¿Cómo es posible que no te haya alcanzado? Tal vez Brenna tenía razón cuando dijo que eras egocéntrico.

Con los reflejos de un guerrero bien entrenado, Cuchulainn desenvainó su daga y la presionó contra el cuello de la mujer centauro. Sin embargo, ella no se inmutó. Sostuvo su mirada.

—Este no eres tú, Cuchulainn. El hombre que yo conozco nunca levantaría sus armas contra un miembro de su clan.

Cuchulainn pestañeó dos veces, y después se tambaleó hacia atrás.

—¿Qué estoy haciendo? —Con un gruñido lanzó la daga hacia el suelo y se frotó ambas manos contra los muslos, como si quisiera limpiarse unas manchas—. Creo que he perdido mi identidad. Algunas veces creo que me fui con Brenna.

Brigid se estremeció.

—Tú no estás muerto, Cu. Estás hecho añicos.

Cu se inclinó cansadamente y recuperó su daga.

—¿Y es lo mismo?

—No, amigo mío. Una cosa es del cuerpo, y la otra del espíritu. Y me temo que tu problema está en el reino del espíritu.

Él soltó una carcajada de amargura.

—Eso es algo que he sabido durante toda mi vida.

—Esto es distinto —respondió Brigid con un suspiro de frustración—. ¡Maldita sea, lo estoy haciendo muy mal! —exclamó, y se pasó el dorso de la mano por la frente—. Por eso no sabes quién eres, y por eso no eres capaz de curarte de la muerte de Brenna.

Cuchulainn entrecerró los párpados.

—¿Es esto más afinidad de Chamán de la que heredaste de tu madre?

—¡No! Sí... ¡No lo sé! —dijo ella, y volvió a frotarse la frente—. Por la Diosa, consigues que me duela la cabeza, Cu. La verdad es que no sé más de las tareas de un

Chamán que lo que puedas saber tú, pero confío en mi instinto. Nunca me ha fallado como Cazadora. Y ahora, mi instinto me dice que la muerte de Brenna dañó tu espíritu, así que para que te recuperes es tu espíritu lo que hay que curar.

—¿Y si no quiero recuperarme? Tal vez debería haber muerto con ella, Brighid.

—Tal vez deberías haber muerto, o tal vez no. No lo sé, pero creo que sí sé cómo puedes estar seguro de ello.

—¿Cómo? —preguntó Cuchulainn con la voz entrecortada.

—Bueno, es muy sencillo. Tú no eres tú mismo, así que, como tú mismo has admitido, no confías en tu propio juicio. Pero si arreglas tu alma destrozada, serás capaz de confiar en tu instinto de nuevo. Entonces, si eliges la muerte, sabrás que tu elección es válida.

—Lo dices como si fuera muy sencillo, pero yo no tengo ni idea de cómo arreglar algo que ni siquiera sabía que estaba roto.

—Yo tampoco sé. Lo único que sé es lo que he observado de mi madre, y eso fue hace muchos años. Sin embargo, recuerdo muy bien que ayudaba a aquellos cuyas almas se habían hecho añicos a sanar de nuevo.

—No quiero que ningún Chamán se entrometa en mi espíritu, esté destrozado o no.

—¿Y yo?

—¿Tú?

Brighid se encogió de hombros.

—Heredé habilidades de Chamán de mi madre, pero está claro que yo no soy una Chamán. Entonces, no puedo entrometerme mucho, ¿no? ¿Confiarías en mí para arreglar tu alma?

—Has demostrado muchas veces que eres digna de confianza, Cazadora. Si he hecho que pienses otra cosa, es una negligencia mía, no tuya.

—Entonces, ¿confiarás en mí para que arregle tu alma?

El guerrero vaciló. Su rostro ya no estaba vacío de expresión, y Brighid vio claramente las emociones que luchaban en su interior. Finalmente, la miró a los ojos.

—Sí.

El hecho de oír aquella palabra hizo que Brighid quisiera salir corriendo en dirección opuesta, pero no lo hizo. Se limitó a asentir rápidamente.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Cuchulainn.

—Dame tu palabra de que no harás nada para dañarte a ti mismo hasta que tu espíritu esté completo de nuevo.

—¿Y si no puedes arreglarlo?

—En ese caso, te liberaré de tu promesa. Serás libre para hacer lo que quieras.

—Entonces, tienes mi palabra.

Cuchulainn extendió el brazo, y Brighid le agarró del antebrazo para sellar el juramento. Él tenía fuerza, desprendía vida. Brighid rogó desesperadamente que su instinto no la hubiera llevado a hacer un pacto de suicidio con el hermano de su mejor

amiga.

—¿Y qué hacemos ahora?

—Ahora volveremos al campamento. Yo haré el primer turno de vigilancia. Tú duerme un poco. Te despertaré cuando la luna esté en mitad de su recorrido.

—¿Y qué tiene que ver eso con el arreglo de mi alma destrozada?

—Nada en absoluto, pero me dará tiempo para pensar en el lío en que he metido a los dos.

Brighid oyó la suave carcajada de Cuchulainn. Era posible que lo estuviera ayudando en su suicidio, pero por lo menos también lo estaba divirtiendo.

Su familia tenía razón en una cosa: los humanos eran criaturas extrañas.

Capítulo 11

Brighid puso otro tronco compacto de musgo y de estiércol en la hoguera y emitió un sonido de aprobación al notar el calor que irradiaban las llamas. La noche era muy fría, y el viento era helador, pero en el círculo cerrado que formaban las tiendas había calor y luz, y un buen confort. La Cazadora se preguntó si la fuerza del fuego se debía a la afinidad que tenía Ciara con el espíritu de las llamas o a la mezcla de plantas y estiércol.

—Un poco a ambas cosas —dijo Ciara, que se acercó a la Cazadora.

—¿Estás leyéndome el pensamiento para practicar tus habilidades de Chamán?

La mujer alada sonrió.

—No, claro que no, pero siempre se me ha dado muy bien leer la expresión de la cara de las personas. Tu semblante no escondía la pregunta que te estabas haciendo —dijo Ciara, y le hizo un gesto hacia la pila de combustible—. Arde bien, y dura mucho. Pero la verdad es que mi presencia aumenta sus atributos naturales. Si no estuviera en el campamento, seguiría siendo un buen combustible, pero como yo estoy en el campamento, es un combustible excelente.

—Eres una buena compañera para una larga caza en invierno —dijo Brighid.

La risa de Ciara hizo que las llamas se avivaran y crepitaran.

—Crear el fuego sería la única manera en que yo podría ayudar en una caza. Soy una inutilidad siguiendo un rastro, y no puedo soportar dar muerte a ninguna cosa. Te resultaría una compañera de caza muy mala.

Brighid soltó un resoplido.

—Así es como me siento yo cuando intento ser una Chamán. «Inútil» es una palabra perfecta para describirme. Mientras hablaba con Cuchulainn me sentía como un pez intentando hacer un nido en un árbol.

Ciara suspiró con tristeza.

—Si no te quiso escuchar, es que está más perdido de lo que yo pensaba.

Brighid miró hacia la tienda de Cuchulainn.

—Ven a pasear conmigo —le dijo a Ciara para alejarse de allí, y bajó la voz—. Sí me escuchó.

Ciara abrió mucho los ojos y sonrió. Brighid alzó una mano.

—No te hagas demasiadas ilusiones. Aceptó que yo lo ayudara, pero solo para que, cuando esté completo de nuevo, pueda decidir con la mente clara si se suicida o no.

—Cuando su alma esté reparada, el guerrero no elegirá la muerte.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—Lo siento aquí —dijo Ciara, y se colocó una mano sobre el corazón—. Cuando Cuchulainn esté completo, volverá a amar.

Brighid no quería destruir el optimismo de la Chamán, así que permaneció en silencio.

Se lo imaginaba recuperado y ocupando de nuevo su lugar como uno de los guerreros más respetados de Partholon, pero ¿enamorado de nuevo? Pensó en cómo miraba Cuchulainn a Brenna, y en la alegría que irradiaba. El alma de Cu podía curarse. Su corazón era otro asunto.

—Pero hay que dar paso tras paso. No debes apresurar el proceso y adelantarte —le advirtió Ciara.

—¿Y cuál es, exactamente, nuestro próximo paso?

—Querrás decir tu próximo paso.

—No, quiero decir el nuestro. Yo estoy totalmente fuera de mi elemento. Es como cazar para ti, ¿no te acuerdas? Lo haré porque tengo que hacerlo, pero tú tienes que guiarme.

Los niños llamaron a la mujer centauro y a la Chamán mientras las dos caminaban por el centro del círculo de tiendas. Pronto les resultó imposible conversar sin interrupciones constantes y alegres.

—¿No deberías revisar el perímetro? —preguntó Ciara con ironía, mientras otro niño las llamaba con voz somnolienta.

—Esta vez sí que me has leído la mente —dijo Brighid.

En cuanto salieron del círculo, el viento frío y duro le abofeteó la cara. La luz de la luna era débil y lejana, y apenas iluminaba las Tierras Yermas.

—Por la Diosa, ¡qué lugar más lúgubre! —murmuró la Cazadora mientras se frotaba los brazos y se estremecía.

—Es cierto que es inhóspito, pero hay algo de calidez y de belleza aquí —dijo Ciara.

Miró hacia el suelo y halló una ramita de la altura del casco de un centauro. Se agachó y la clavó en la tierra, y después susurró algo que Brighid no pudo escuchar, y sopló sobre la rama. La rama respondió prendiendo una llama blanca que parpadeaba locamente al viento, pero que no se apagó. Ciara se sentó y extendió las alas para bloquear lo peor del viento y retener el calor de la llama. Le hizo un gesto a Brighid para que se sentara junto a ella, y la Cazadora dobló las patas y se puso de rodillas, cabeceando de asombro y maravilla por la pureza de la llama, que era tan blanca que casi parecía de plata.

—¿Qué es? Nunca había visto un fuego de ese color.

—Es una rama de roble. Los robles no crecen en las Tierras Yermas, pero el viento las trae del sur, y algo de nuestro clima la cambia de verde a blanco —explicó Ciara, con una sonrisa—. Me gusta pensar que son un regalo de Partholon para nosotros. A través de una de ellas, el espíritu de las llamas me habló por primera vez.

—Un roble, el árbol más venerado, y conocido por su divinidad, su curación y su protección —dijo Brighid, repitiendo algo que había aprendido de su madre, cuando todavía era lo suficientemente joven como para seguir la tradición y a la familia.

—Exacto —respondió la Chamán—. Una de las cosas que más deseo ver cuando por fin entremos en Partholon es un roble de verdad, vivo.

El idealismo de Ciara hizo que a Brighid se le encogiera el corazón. ¿Qué iba a pasar con toda esa alegría cuando tuviera que enfrentarse a la verdad de Partholon? ¿Acaso no entendía que solo sus alas serían motivo suficiente para que la odiaran y la temieran?

—Pero no estamos aquí para hablar de árboles, ni de Partholon —dijo Ciara, y apartó la vista de la llama—. Tenemos que hablar de Cuchulainn, y de cómo puedes ayudarlo. Antes de decirte algunos detalles sobre la reparación de un alma, me gustaría saber lo que piensas tú. Si no estuviera aquí para guiarte, ¿qué harías?

—¡Nada! —resopló Brighid—. Ni siquiera hubiera sabido que su alma estaba rota si tú no me lo hubieras dicho.

Ciara arqueó las cejas.

—¿De veras? ¿No había nada en tu interior que te diera a entender que el guerrero sufría algo más que el dolor normal al perder a su compañera?

Brighid frunció el ceño.

—No lo sé... Tal vez... sintiera algo —admitió con reticencia.

—Y si yo no hubiera estado aquí, ¿habrías ignorado el aviso de tu intuición, que te decía que un amigo necesitaba tu ayuda?

—No. Probablemente no. ¡Pero no habría sabido lo que tenía que hacer! Igual que ahora.

—Da el primer paso. Detente, céntrate y escucha tu voz interior. Esa voz del espíritu y del instinto te la dio Epona cuando naciste, y todavía lleva la magia de la Diosa —dijo Ciara, y sonrió para darle ánimo—. ¿Qué te dice el instinto, Brighid?

—Mi instinto de Cazadora me dice que Cu necesita un buen golpe en la cabezota —refunfuñó Brighid.

—Entonces, no pienses con tu instinto de Cazadora. Escucha con más atención. Encuentra la voz de la Chamán que hay en tu sangre.

Brighid miró a Ciara con desconfianza.

—¿Por qué te empeñas en que yo tengo ese instinto?

—Ya te lo he dicho, Cazadora. Lo percibo, y rara vez me equivoco. En realidad, lo que creo es que usas a la Chamán de tu interior, y que lo haces muy a menudo.

—¿Qué quieres decir?

—Tu don es la afinidad con el espíritu de los animales, ¿no es así? El instinto que te ayuda a ser tan buena Cazadora es el mismo que te ayudará a curar el alma de Cuchulainn. Si te inquieta pensar que es propio de una Chamán, ¿no podrías considerar, simplemente, que esta búsqueda es otra caza más?

—¿Quieres decir que lo único que necesito hacer es seguir el rastro de los pedazos del alma de Cu?

—Tal vez... Escucha con atención en tu interior y dímelo.

Brighid tuvo que contener el impulso de zarandear a Ciara. Respiró profundamente y se concentró. Cuchulainn tenía el alma hecha añicos. ¿Cómo podía arreglar eso? En vez de gritar que no tenía ni idea, volvió a respirar profundamente.

«Piensa», se ordenó a sí misma. «Prepara una caza. La presa será diferente, en vez de un ciervo o de un jabalí, estaría siguiendo el rastro de un espíritu, lo cual significa que tengo que ir a la morada de los espíritus, al Otro Mundo, al Reino de los Espíritus».

La Cazadora se estremeció, y en aquella ocasión, su escalofrío no tuvo nada que ver con el frío ni el viento.

—Tengo que seguir al alma rota de Cu hasta el Reino de los Espíritus —dijo—, y traerla de vuelta.

—Sí —dijo Ciara—, pero tienes que entender que tu meta no es igual que una caza. No puedes atacar, ni tender trampas. Un Chamán nunca amenaza, ni obliga a un alma a volver. Si hicieras eso, estarías interfiriendo con la libre voluntad del individuo.

Brighid suspiró y fijo la vista en la llama plateada.

—Entonces, ¿no es solo cuestión de hallar los pedazos del alma de Cu?

—No. Considérate una guía, o más bien, una mediadora entre el guerrero y su alma. Por eso es importante que Cuchulainn esté de acuerdo con la recuperación de esos pedazos. Sin su aprobación, su alma nunca podría completarse.

—¿Y tiene importancia que el único motivo por el que Cu se haya prestado a esto es que quiere tener la cabeza clara cuando se suicide? —preguntó Brighid con sarcasmo.

Ciara sonrió.

—Cuando su espíritu esté completo, el guerrero no se suicidará. Y parte de Cuchulainn ya lo sabe.

—Espero que tengas razón en cuanto a eso, Chamán.

—Confía en mí —le pidió Ciara.

Brighid miró a la Chamán a los ojos. Unos días antes nunca hubiera podido imaginar que iba a confiar en un híbrido, pero con o sin alas, Ciara irradiaba honestidad y bondad. Era digna de confianza. Lentamente, la Cazadora inclinó la cabeza con respeto hacia la mujer alada, tal y como había visto hacer a tantos centauros cuando le concedían su confianza a su madre.

—Confío en ti, Chamán —dijo Brighid.

—Gracias —susurró Ciara, visiblemente conmovida por la muestra de respeto de la Cazadora.

—Y bien, ¿cuál es mi primer paso en esta caza del espíritu? —preguntó Brighid.

—Has comenzado a dar el primer paso ya. Antes de intentar recuperar el alma, debe tenderse un puente de cariño y comprensión entre el guerrero y tú. Tú eres su amiga. Fortalece ese vínculo que ya existe entre vosotros.

—Eso es muy difícil de hacer, cuando Cu está tan esquivo y malhumorado como un puma.

—Entonces debes explicarle por qué tiene que abrirse a ti. Tu trabajo es hacer el viaje y exponerte a los rigores espirituales del Otro Mundo. La parte que él tiene que

llevar a cabo en todo este proceso consiste en permitirte el acceso a su espíritu, en este mundo y en el otro.

—A Cu no le va a gustar eso.

—El guerrero es un hombre inteligente. Le guste o no, entenderá que es necesario.

Brighid quería decir que a ella tampoco le gustaba. La idea de entrometerse en el espíritu de otro le parecía una invasión de la peor especie. E inesperadamente, pensó en que todo aquello sería mucho más fácil si pudiera hablar con su madre; sin embargo, fue un deseo que extinguió rápidamente.

—Así que hablo con él. Soy amistosa con él. ¿Y después qué?

—Para recuperar su alma, tendrás que viajar al interior del Reino de los Espíritus, y eso es algo que no podrás hacer de una manera segura mientras viajamos. Tu cuerpo y tu espíritu podrían separarse. Soy una Chamán experimentada, e incluso yo me sentiría mal si tuviera que emprender el viaje al Otro Mundo antes de estar establecidos en Partholon. Así pues, lo que debes hacer ahora es preparar las bases de tu búsqueda. O, como tú lo has llamado, tu caza. Cuando vuelvas al Castillo de MacCallan, y tu cuerpo esté a salvo en tu hogar, entonces tomarás el Camino del Chamán hacia el Otro Mundo.

Brighid se sintió aliviada al saber que no iba a tener que viajar en un futuro próximo, y se relajó.

—Durante el camino que nos queda hasta el Castillo de MacCallan, piensa en Cuchulainn todas las noches antes de dormirte, porque durante las horas de sueño es cuando más cerca estamos del Otro Mundo. Envíale pensamientos positivos en sueños. Comienza a imaginártelo tal y como era antes, completo, feliz.

Brighid asintió.

—Eso sí puedo hacerlo.

—Necesitarás también una piedra para recuperar almas. Esta piedra siempre es un regalo del Reino de los Espíritus. Algunas veces llega directamente de Epona, y otras se la entrega al Chamán su animal aliado.

—¡Pero yo no soy una Chamán, y no tengo a ningún animal aliado!

Ciara se encogió de hombros.

—Tal vez no necesites ese regalo. Solo estoy sugiriendo que te mantengas abierta a la posibilidad de recibirlo.

—Muy bien. Si me cae una piedra del cielo en la cabeza, la recogeré y la guardaré.

Ciara se echó a reír.

—Ten cuidado. Los espíritus se toman nuestras bromas en serio muy a menudo.

«Más buenas noticias», pensó Brighid.

—Y al mismo tiempo que prestas atención por si te topas con la piedra, préstala también por si acaso aparece tu animal aliado. Tienes una fuerte afinidad con los animales, así que no sería extraño que recibieras el don de una guía animal hacia el

reino espiritual.

Brighid frunció el ceño al pensar en el cuervo, que estaba tan unido a su madre.

—Cazo animales y los mato. Eso no es exactamente estar aliada con ellos.

—Pero no matas animales por placer, ni como un acto gratificante para tu ego. Haces lo que tienes que hacer para alimentar a tu pueblo. ¿No respetas a todos los animales que cazas, además de darle las gracias a Epona por su generosidad después de cada caza?

—Por supuesto —dijo Brighid.

—Los espíritus lo saben, y puede que lo sepan mejor que tú, Cazadora.

Brighid sacudió la cabeza y se frotó los brazos, porque había sentido otro escalofrío.

—¿Y nunca te sientes como si estuvieran... inmiscuyéndose en tu vida? ¿No te sientes... violada?

—¿Por quién?

—El Otro Mundo. El Reino de los Espíritus. ¿No es como tener a alguien, o a un grupo de seres, observando continuamente todos tus movimientos?

—No. No me siento así, porque el Reino de los Espíritus nunca se entromete donde no es bien acogido.

—Tal vez no, pero sé por experiencia que cuando se ignoran o se niegan las advertencias de ese reino, siempre se paga un precio muy alto.

—¿Y no crees que eso es parte de la vida? Te han dado un don, ya sea una afinidad con una parte del Reino de los Espíritus, o talento para la música u otras artes, y tú lo ignoras. ¿No debe pagarse un precio? —preguntó Ciara. Después apretó los labios y continuó hablando con una voz triste—. Yo tenía una hermana. Era la artista con más talento de toda nuestra gente, pero se negaba a usarlo. Decía que había demasiada fealdad a su alrededor, y también dentro de ella. Se negaba a encontrar la belleza en ninguna parte, ni siquiera en las historias del pasado. Creo que su alma comenzó a morir. Y al final, su cuerpo la siguió.

—Lo siento mucho, Ciara —dijo Brighid.

—Gracias, Cazadora. Sin embargo, no te he contado la historia de mi hermana para invocar tu compasión. Solo quería que aprendieras de ella.

—Entendido.

Se quedaron en silencio, cada una absorta en sus propios pensamientos. La luz plateada de la llama oscilaba a causa del viento, y proyectaba sombras móviles contra las alas de Ciara. A la luz de aquel fuego que ella misma había creado, Ciara parecía más del Otro Mundo que de aquel.

Ella debería ser quien recuperara el alma de Cuchulainn.

Ciara alzó la vista desde el fuego, y Brighid se sorprendió al ver que estaba preocupada.

—¿Me permites preguntarte una cosa que no tiene nada que ver con el guerrero ni con su alma?

Brighid asintió, aunque esperaba que no le hiciera preguntas sobre su familia.

—Has pasado a través de las montañas —prosiguió la mujer alada—. ¿Qué impresiones has tenido al hacerlo? ¿Cómo te sentiste?

Brighid iba a decir que no se había sentido de ninguna manera, salvo con muchas ganas de terminar aquel viaje, y con mucho frío. Sin embargo, después recordó la visita del cuervo, y la sensación de estar siendo observada.

—No sé si sentí algo en particular, pero admito que iba distraída cuando atravesé el paso escondido. Lo único que puedo decirte con seguridad es que no me gustó más que esta tierra desolada vuestra. ¿Por qué te preocupa, Ciara?

—No sabría decirte. Tal vez solo se deba a que las montañas siempre han representado una barrera que separaba a mi gente de todo lo que nos habían enseñado que era bueno, y por eso las desprecio. Sin embargo, hace poco he empezado a preguntarme si se debía a algo más... Me provocan desconfianza, y cuanto más me acerco a ellas, más nerviosa me siento.

—¿Y qué te dice el reino espiritual de este sentimiento?

Ciara negó con la cabeza, y sus alas se movieron.

—Nada más que lo que yo ya sé por lógica. Que las Montañas Tier son un lugar frío y lleno de muerte y sueños perdidos.

—¿Muerte y sueños perdidos?

—Mucha gente de mi pueblo eligió las montañas para terminar con su vida.

Brighid hizo un gesto de dolor al recordar que había atravesado aquellos riscos rojizos y los abismos profundos, que parecía que se abrían a otro mundo. Las Montañas Tier daban muchas oportunidades para suicidarse.

—Almas sin descanso... —dijo Brighid sin darse cuenta, y Ciara asintió.

—Puede que sea eso lo que siento, las almas sin descanso y sin consuelo de mi gente.

—De todos modos, vigilaré con atención cada parte del camino. Como has dicho, tu instinto casi nunca falla —dijo Brighid. Las palabras de Ciara le habían provocado una sensación de advertencia.

Por fin, la Chamán cambió de expresión y sonrió.

—Es una gran ventaja que tengas la visión aguda de una Cazadora. Tienes que estar vigilante con respecto a muchas cosas: una piedra para recuperar almas, un animal aliado, y ahora enfrentarte a un sentimiento de inquietud al que ni siquiera una Chamán puede poner nombre.

—Bueno, me gusta mucho estar ocupada.

—Pues me alegro de que te guste —dijo Ciara, riéndose con ganas.

—Yo también —murmuró la Cazadora, preguntándose en dónde se habría metido en aquella ocasión.

Capítulo 12

El día amaneció completamente desapacible. El viento ya no era tan frío, porque soplaba del suroeste, pero había comenzado a caer una llovizna helada que obligó a los niños a envolverse en capas gruesas e impermeables que solo dejaban ver sus caritas. Rápidamente desmontaron las tiendas y las empaquetaron, y desayunaron, y estuvieron listos para seguir a Cuchulainn con un entusiasmo que no se dejaba apagar ni por el tiempo.

Brighid se alegró de que las capuchas amortiguaran su parloteo y sus cánticos. No estaba de humor para aguantar a niños alegres. Tenía dolor de cabeza. Se había despertado con él, y sabía por qué. Era aquel maldito sueño.

Después de que Ciara y ella hubieran terminado de hablar, había recorrido el perímetro exterior del campamento dos veces antes de volver al círculo cálido de las tiendas y la hoguera. Como no quería despertar ni a un solo niño, alimentó el fuego silenciosamente y después se sentó a vigilar el campamento. Al ser una Cazadora, estaba acostumbrada a dividir la atención. Podía seguir con facilidad el rastro de un ciervo por la orilla de un riachuelo serpenteante y planear a la vez la caza del día siguiente. Así pues, mientras alimentaba el fuego y hacía alguna ronda alrededor del campamento, escuchando cuidadosamente para percibir cualquier cosa que estuviera fuera de lo normal, su mente siguió el camino que le había marcado Ciara. La Chamán le había dicho que tenía que imaginarse a Cuchulainn antes de perder a Brenna, completo y feliz, y le había asegurado que eso sí podía hacerlo. Y podía.

Era mucho más fácil pensar en el Cuchulainn de antes que en el del presente.

Puso otro pedazo de combustible en el fuego y dejó vagar la mente. El primer día que había visto a Cuchulainn, él estaba trabajando en el patio principal del Castillo de MacCallan, despejándolo de escombros de un siglo antes.

Él se había puesto en guardia al instante cuando ella se había presentado como un miembro del Clan Dhianna. Con arrogancia, le había cuestionado sus motivaciones para unirse al Castillo de MacCallan, y ella había respondido con sarcasmo. Elphame había tenido que mediar entre ellos en más de una ocasión, porque habían seguido gruñéndose y comportándose como si fueran lobos de distintas manadas.

Agitó la cabeza y se rio suavemente. Cuchulainn no había empezado a confiar en ella hasta que había ayudado a encontrar a Elphame la noche en que esta había desaparecido, y había trasladado a la hermana herida del guerrero hasta el castillo en mitad de una tormenta. Brighid sonrió. No debería haberle perdonado tan fácilmente su desconfianza, pero era muy difícil no tomar afecto a Cuchulainn cuando él desplegaba continuamente su encanto. Tal y como decía su hermana Elphame, le gustaba demasiado flirtear.

Las mujeres se acercaban a él como abejas a las flores, aunque comparar a un hombre tan viril con una flor era risible. Era alto, con el cuerpo atlético de un guerrero en la mejor edad de su vida. Para la Cazadora, los humanos no eran

atractivos normalmente, puesto que eran demasiado pequeños como para captar su interés. Sin embargo, ella se había fijado en Cu. ¿Cómo no iba a fijarse? Como su hermana, irradiaba un aura llena de vida. Aunque, al contrario que en el caso de Elphame, el cuerpo de Cuchulainn era completamente humano, se comportaba con una seguridad y un orgullo que le transmitía al mundo el mensaje de que podía enfrentarse a cualquier cosa. Y no era un alarde vacío. Cuchulainn era un guerrero con increíbles habilidades, más fuerte, más rápido y más diestro con la espada que cualquier otro guerrero que ella hubiera conocido, incluyendo los centauros.

Sin embargo, aquella seguridad la atemperaba con un gran sentido del humor. Cuchulainn sabía reírse de sí mismo, y aquella virtud impedía que su arrogancia se convirtiera en algo insoportable. Su risa... La sonrisa de Brighid aumentó. ¡Cuchulainn se reía con la exuberancia de un niño!

Fue aquel recuerdo de la risa de Cuchulainn lo que permaneció con ella durante el transcurso de la noche, hasta que despertó al guerrero para que él hiciera su turno de vigilancia por el campamento. Y mientras ella se acomodaba en la tienda que compartían, y mientras se quedaba dormida entre la ropa de cama que todavía tenía el calor y el olor del cuerpo de Cuchulainn.

Comenzó como comenzaban muchos de sus sueños. Estaba observando el viento soplar por encima de la hierba alta de sus amadas Llanuras de los Centauros. Era primavera, y la pradera verde estaba salpicada de flores blancas, azules y amarillas. En sueños, ella sentía la suave caricia de la brisa en la cara, tan distinta al viento horrible de las heladas Tierras Yermas. En las Llanuras de los Centauros el viento era calmante, y portaba olor a hierba y a flores. Brighid respiró profundamente y dejó que sus sueños se empaparan de las fragancias y los sonidos de su tierra natal.

En el viento oyó risas. Se dio la vuelta, instintivamente, hacia aquel sonido. Sonrió al darse cuenta de que estaba soñando con uno de sus lugares favoritos, una zona boscosa cercana al asentamiento de verano de su familia. Siguió las risas hasta el riachuelo que discurría musicalmente entre un bosque de robles, fresnos y almeces. Trotó siguiendo el curso de la corriente hasta que se detuvo en seco. Cuchulainn estaba sentado en la orilla, con los pies descalzos en el agua, riéndose.

Brighid debió de emitir involuntariamente una exclamación de sorpresa, porque él se dio la vuelta y miró hacia atrás.

—¡Brighid! Me estaba preguntando si te iba a ver por aquí —dijo, y le hizo un gesto con la mano para que fuera a sentarse a su lado—. Ven, ven. El agua está fría, pero es tan clara y tan agradable que merece la pena el frío.

—Cuchulainn, ¿qué estás haciendo aquí?

—¡No tengo ni idea! —respondió él con una carcajada. Entonces, se puso en pie de un salto, le hizo una caballerosa reverencia y sonrió encantadoramente, como antes—. ¿Os gustaría sentaros a mi lado, gentil Cazadora? —preguntó, imitando el acento del oeste de Partholon.

Ella intentó contener la sonrisa.

—Lo haría si dejaras de comportarte como si se te olvidara que soy medio equina.

—¿Acaso un hombre no puede demostrar su apreciación de la belleza femenina, aunque sea de caballo?

Brighid lo miró con severidad fingida.

—Los centauros no somos caballos.

—¡Me disculpo, mi bella Cazadora!

—Oh, vuelve a sentarte. Por la Diosa, se me había olvidado lo molesto que puedes llegar a ser.

Cu obedeció, riéndose, y con cautela, Brighid se sentó a su lado.

—Relájate, no te voy a morder —dijo él—. Y seguramente no te besaré, aunque me lo estoy planteando.

—¡Cuchulainn!

—¡Lo dices exactamente igual que Elphame! Lo cual no tiene por qué ser un cumplido. Ya sabes lo estirada que puede llegar a ser mi hermana.

Ella cabeceó.

—Compórtate. Es mi sueño.

—Estamos en tu sueño, ¿eh? Bueno, eso explica qué es lo que estoy haciendo aquí. Debías de estar pensando en mí cuando te has dormido, y como si fueras una Chamán, me has conjurado. ¿Qué es lo que quieres de mí, Brighid? ¿Son honorables tus intenciones? —le preguntó él, moviendo las cejas. La expresión de asombro de Brighid hizo que volviera a reírse con ganas.

Y allí estaba: aquella risa contagiosa, completamente feliz, encantadora, que resonaba por el Castillo de MacCallan con frecuencia, y que hacía que las mujeres se volvieran a mirarlo y sonrieran con sus pensamientos secretos, y que los hombres quisieran unirse a él en cualquiera de las tareas que le encargara Elphame, por muy sucia y difícil que fuera.

Por la Diosa, él estaba relajado y feliz. Entonces, con un respingo de estupefacción, Brighid asimiló sus palabras.

Ella lo había conjurado, como una Chamán. Pero ¿qué había conjurado? Ciara le había dicho que durante el sueño, las personas estaban más cerca del Otro Mundo. ¿Acaso aquella aparición era algo más que una creación de su propia mente?

—¿Qué ocurre? —preguntó Cuchulainn, sin dejar de reírse suavemente—. ¿Desde cuándo te has vuelto tan seria como para no bromear con un amigo?

—No, no es eso —respondió ella, sin saber qué decir. Entonces, soltó lo primero que se le pasó por la mente—. ¡Es que me alegro mucho de verte!

—Ah, ¿lo ves? Mis encantos no se pierden completamente contigo —dijo él.

Brighid resopló.

—No seas tan engreído. Me sorprende el hecho de haberte echado de menos, con tu encanto incluido.

Él le devolvió el resoplido.

—Cazadora, eres una criatura desconcertante. Muy bella, pero desconcertante.

Brighid arqueó las cejas.

—Bueno, eres tú la que has dicho que me has echado de menos, pero ¿cómo es posible eso? Hemos pasado días juntos, trabajando codo con codo en la restauración de esa ruina que mi hermana llama «castillo» —repuso él, y le guiñó un ojo—. ¿O es tu manera sutil de decirme que te gustaría estar más tiempo conmigo? —suspiró exageradamente y añadió—: No seas tan dura conmigo, Cazadora, solo soy un hombre.

La sonrisita de Brighid se transformó en un gesto de miedo.

—¿Brighid? —dijo él, y le tocó el brazo con suavidad—. ¿Te he ofendido? Solo estaba bromeando.

—No... Yo...

¿Qué podía decir? Miró al hombre que estaba sentado a su lado. Era un hombre despreocupado, bueno y carismático, todo lo que no era el Cuchulainn que estaba cumpliendo su turno de vigilancia en aquel momento. Y supo que no era una imaginación suya: él era la parte de Cuchulainn que se había quedado atrapada en el tiempo antes de la tragedia.

Brighid buscó desesperadamente dentro de sí. ¿Qué debería decirle?

—¿Brighid? ¿Qué te pasa?

—Cu, ¿sabes que estás en mi sueño?

El guerrero asintió.

—En el mundo real, ya no estamos en el Castillo de MacCallan.

Cuchulainn se irguió.

—Eso no es posible. Esta misma noche hemos estado limpiando las habitaciones de la Jefa del Clan para darle una sorpresa a Elphame —dijo. Sin embargo, su sonrisa vaciló ligeramente—. No podemos estar viajando. Tenemos mucho trabajo.

—¿Quiénes? ¿Quiénes estamos trabajando en la habitación de Elphame, Cuchulainn?

—¿Es que has bebido demasiado vino de mi hermana? —le preguntó él, aunque con un buen humor forzado—. Brenna, tú y yo.

Brighid tomó aire.

—Cu, lo que estás recordando... ocurrió en el pasado, hace dos ciclos de luna.

—¡No! —dijo él, y se puso en pie con un movimiento brusco—. No... —Se apartó de ella.

—¡Cu, espera! —Brighid intentó agarrarlo, pero solo tocó la oscuridad de su tienda mientras abría los ojos.

En aquel momento fue cuando comenzó el terrible dolor de cabeza. La lluvia fría de la mañana no había mejorado las cosas. Se dio cuenta de que necesitaba hablar con la Chamán sobre su sueño. Sin embargo, la Chamán estaba ocupada guiando a las cabritas.

—Vas muy rápida en un día tan triste.

La voz ronca de Cuchulainn interrumpió sus pensamientos. Ella miró a su

alrededor y tuvo la sensación de que se estaba despertando de otro sueño.

—Lo siento —dijo—. No me había dado cuenta de que me he adelantado tanto.

Él respondió solo con otro gruñido. Brighid pensó que iba a darse la vuelta y alejarse, pero cuando aminoró la velocidad, Cu se mantuvo a su lado. Tenía el pelo húmedo y demasiado largo. Parecía una de las cabras medio salvajes con las que tenía que luchar Ciara.

—Tienes que cortarte el pelo.

Él la miró con los ojos entornados.

—No me importa mi pelo.

—Es evidente. Lo tienes horrible —respondió ella—. También tienes que afeitarte, y cambiarte de... —le señaló la falda escocesa manchada, que apenas se veía bajo la piel de cabra que se había echado por encima de los hombros—. De eso que llevas puesto.

—Los aspectos más delicados de la higiene de un caballero no han sido lo que más me ha interesado durante estos últimos ciclos de luna —replicó él con sarcasmo.

—Tal vez deberías revisar esa actitud tan displicente —le advirtió—. Mañana, a estas horas, estaremos entrando en el Paso de la Guardia. Los niños, por muy molestos que sean, se merecen nuestra ayuda para entrar en Partholon. Nuestra ayuda, Cuchulainn. Eso no significa que yo haga de Cazadora y tú hagas de Guerrero Sufridor. ¡Mírate! Tu hermana no te reconocería.

—Cazadora, te lo advierto, no estoy de humor para...

—¡Ahórrate la advertencia! Intenta recordar que lo que estamos haciendo no es para ti, ni para mí. Es por ellos —dijo Brighid, y señaló con la cabeza hacia atrás—. Compórtate con fortaleza, y no les falles.

—¿Creéis que este es un buen lugar para parar a comer? —Ciara se acercó a ellos moviendo las alas húmedas a causa de la lluvia. Si notó la tensión que había entre el guerrero y la mujer centauro, no lo demostró.

—Sí —respondió Cuchulainn secamente.

—Para mí está bien —añadió Brighid.

—¡Estupendo! Se lo diré a los niños. Pero no deberíamos parar mucho tiempo. Estamos muy emocionados con la posibilidad de llegar mañana mismo al Paso de la Guardia. No queremos retrasarnos.

Ciara se alejó, y Brighid oyó que les daba órdenes a los niños y organizaba la breve parada. La Cazadora se detuvo.

Irguió los hombros y se volvió hacia el guerrero con intención de seguir la batalla. Sin embargo, en vez de sarcasmo o ira, Cuchulainn solo tenía cansancio en el semblante. Y muchos más años de los que le correspondían.

—Entonces, ¿tengo muy mal aspecto? —preguntó él.

—Sí.

—¿Y esto es parte del arreglo del alma que tienes que hacerme?

—Puede que sí. O tal vez no. No sé exactamente lo que estoy haciendo.

—Bueno, lo que estás haciendo es ser muy molesta.

—Y tú también.

—Entonces, ¿somos un equipo?

—¿Te parece que juntos no somos tan irritantes ni tan patéticos como tú? —le preguntó Brighid.

—Lo que me parece es que tienes que mejorar tu comportamiento con tus pacientes.

—Probablemente. Yo mato a mis pacientes.

—Puede que ese sea el problema.

—Sí, pero solo es uno de ellos.

Capítulo 13

La llovizna no cesó en todo el día, hasta que incluso los niños se quedaron callados y apagados, mientras montaban el campamento para pasar la noche. Cuando Ciara terminó la oración de la noche, Brighid se sintió aliviada de poder descansar.

El calor acogedor del campamento era como un encantamiento mágico. Pronto hubo calderos en los que hervía el estofado de aquella noche, preparado con varias ocas que Brighid había cazado antes de que se detuvieran. La Cazadora estaba reposando junto al fuego, y el olor del combustible y del estofado le sirvió para relajarse. Por la Diosa, estaba muy fatigada. A causa del sueño de la noche anterior, no había podido descansar bien, y aunque estaba acostumbrada a pasar varios días sin dormir, porque algunas veces la caza era agotadora, y la resistencia de un centauro siempre era mucho mayor que la de cualquier humano, el hecho de pasar una noche tan cerca del Otro Mundo la había agotado como si llevara cazando una semana sin parar.

—Toma, come un poco. Tú tienes tan mal aspecto como el que dices que tengo yo —dijo Cuchulainn, mientras le entregaba un cuenco de estofado y se sentaba a su lado.

Ella pestañeó y lo miró con sueño.

—¿Es seguro?

—¿Es que crees que iba a envenenarte? Tendría que arrastrar tu cadáver hasta Partholon.

Brighid olisqueó el estofado aprensivamente.

—Seguramente no tienes fuerza suficiente como para arrastrarme.

—No me subestimes.

Brighid lo miró a los ojos. Había algo detrás de aquella rotundidad, una chispa de algo nuevo, y aquella chispa alivió un poco el cansancio que sentía. Cuchulainn estaba hablando con ella. En realidad, estaba tomándole el pelo.

Aquello tenía que ser un paso en la buena dirección.

—¡Me gusta la oca, Brighid! —exclamó Liam, mientras se sentaba a su lado con una sonrisa pícar—. Kyna dice que la oca sabe a grasa, pero no es verdad.

—Bueno, la grasa también es buena —dijo ella.

—¡Lo sabía! —exclamó el niño, y se puso a comer.

Cu y Brighid hicieron lo mismo, y después tomaron un poco de vino. Ella estaba a punto de decirle a Cuchulainn que hiciera el primer turno de vigilancia para poder dormir un poco, cuando Nevin y Curran se pusieron en pie. Se oyeron murmullos de impaciencia, y después todos quedaron en silencio. Entonces, los dos contadores de historias comenzaron a hablar.

—Continúa nuestro viaje a la tierra de nuestras antepasadas —dijo Curran, mirando de un lado a otro.

—Hoy sentimos un placer ancestral en las lágrimas de alegría que nos mandan

desde el cielo —siguió Nevin.

Brighid resopló suavemente para sí. Si aquella endemoniada llovizna era de lágrimas de alegría, entonces ella hubiera preferido que sus antepasadas contuvieran la felicidad. Notó que alguien la estaba mirando y se dio cuenta de que era Ciara, que tenía una sonrisa de diversión, con lo que supo que le estaba leyendo el pensamiento otra vez. Apartó rápidamente la mirada.

—Para celebrar esa aprobación ancestral, nuestro cuento de hoy evoca un tiempo muy antiguo.

—Comienza en un lugar de leyendas, famoso por la belleza, la sabiduría y la integridad de las mujeres que allí se educaban —continuó Nevin.

Brighid sintió curiosidad y se despabiló un poco. Tenían que estar hablando del Templo de la Musa, porque no había otro lugar en Partholon que respondiera a esa descripción.

—Decidnos, niños —pidió Curran—, ¿cuáles son los nombres de las Encarnaciones de las Musas que vivían en el Templo de la Musa?

—¡Erato! —exclamó Liam—. ¡La Musa del Amor!

Kyna dijo rápidamente el nombre de la siguiente diosa.

—¡Calíope! La Musa de la Poesía Épica.

Y así fueron saliendo los siete nombres restantes y sus títulos, en boca de los niños.

—La Musa de la Historia es Clío.

—Euterpe, la Musa de la Poesía Lírica.

—Melpómene, la Musa de la Tragedia.

—Polimnia, La Música de las Canciones, las Oraciones y las Matemáticas.

—¡Mi abuela! —exclamó una niña pequeña, moviendo las alitas—. Talía, la Musa de la Comedia.

—Urania, mi tía abuela, y es la Musa de la Astronomía y la Astrología —dijo un hombre joven, al que Brighid reconoció. Era Gareth.

—Y no olvidemos a la abuela de Ciara, Terpsícore, la Musa de la Danza —dijo Kyna.

—No olvidaríamos a Terpsícore, pequeña —dijo Curran.

—Ella es la protagonista de la historia de esta noche —añadió Nevin.

Aquel anuncio fue seguido de aplausos y exclamaciones de deleite de los niños. Brighid miró a Ciara. La mujer alada estaba sonriendo con alegría, junto al resto de los Nuevos Fomorianos. ¿Cuánto tiempo había pasado desde la muerte de Terpsícore? ¿Y cuánto tiempo había transcurrido desde que la madre de Ciara, la hija de la Encarnación de la Musa, se había suicidado? Brighid se dio cuenta, con asombro, de que no sabía qué edad podía tener Ciara. Sabía que los híbridos habían heredado la capacidad de vivir muchos años de sus padres, los demonios; el compañero híbrido de Elphame, Lochlan, parecía un hombre joven, pero tenía más de ciento veinticinco años. La Chamán no aparentaba más de veinte años, pero debía de ser mucho mayor.

Tenía la misma seguridad que la madre Chamán de Brighid.

Las palabras de Curran llamaron la atención de la Cazadora nuevamente.

—Todas las Musas eran encantadoras, cada una a su manera, pero Terpsícore tenía una belleza única incluso entre las divinidades que eran sus compañeras. La recuerdo bien de cuando era niño. Su belleza no se basaba solamente en la perfección de su rostro y de su figura.

Nevin continuó.

—La belleza de Terpsícore estaba en la gracia mágica con la que se movía. Aunque la fragilidad de su cuerpo maltrecho le impedía bailar para adorar a su Musa, nunca perdió aquel modo especial de moverse, que la marcaba como una de las Elegidas de la Musa.

¿Cuerpo maltrecho? Brighid se sintió intrigada. En Partholon se creía que después de que el ejército de Partholon hubiera sido derrotado en la batalla del Templo de la Musa, los Fomorianos habían asesinado a todas las Encarnaciones de las Musas y a sus pupilas. Pensó en la maravillosa belleza de las pinturas y las tallas que había visto en el campamento de los Nuevos Fomorianos. Pasó la mirada por el círculo de gente alada y se dio cuenta de la delicadeza que tenían los rasgos y los cuerpecitos de los niños, y pensó que los historiadores iban a tener que escribir de nuevo algunas cosas.

Sonrió. Aquella era solo una de las muchas sorpresas que iba a tener Partholon.

—Ah, pero nos hemos adelantado —dijo Curran—. Terpsícore fue la primera de nuestras antepasadas en morir, pero no antes de haber dejado un legado de vida desde la muerte.

—Eso no tiene sentido...

El gruñido de Cuchulainn fue como un eco del pensamiento de Brighid, pero ella frunció el ceño y le indicó que se callara, porque no quería perderse ni un detalle de la historia.

—Era un día de verano como cualquier otro en el Templo de la Musa. Los árboles daban una sombra fresca en los muros de mármol mientras las mujeres iban de un templo a otro para asistir a sus clases de danza, de poesía y de astronomía, y la dulce fragancia de la madreselva lo perfumaba todo.

Los pájaros cantaban y revoloteaban por los techos decorados con frescos, que parecían vivos.

—La hiedra verde y las enredaderas de flores caían como cascadas desde los tejados de los templos —prosiguió Nevin mientras sonreía a los niños—. Incluso en las habitaciones dedicadas al aprendizaje de la medicina y del cuidado de los enfermos había alegría y comodidades. El Templo de la Musa era un lugar de gran belleza.

—También era un lugar de paz —siguió Curran—. Al contrario que la patrona de Partholon, Epona, las Musas no eran diosas de la guerra, así que sus templos no estaban bien equipados para soportar una batalla. Terpsícore estaba atendiendo a unas jóvenes pupilas que habían caído enfermas de viruela. Los que la conocimos

entendemos que la Encarnación de la Musa usara su talento para proporcionarles a otros alegría y para honrar a su Musa, aunque al hacerlo pusiera en peligro su salud. Así que no es extraño que ella también cayera enferma.

La expresión de Nevin se volvió sombría al aprovechar la pausa de su hermano para tomar el hilo de la narración.

—Y aquellos que la conocimos entendemos que el día de la gran batalla, cuando tenía la oportunidad de huir de aquellos demonios, en vez de salvarse prefiriera permanecer con aquellas que estaban más enfermas que ella.

—¡Como mi tía abuela, Urania! —gritó Gareth.

—¡Y mi abuela! —dijo otro niño.

—¡Y la mía!

Las vocecitas se sucedieron en la noche. Los narradores esperaron pacientemente, asintiendo a cada uno de los pequeños, hasta que Brighid tuvo ganas de pedirles que guardaran silencio para conocer el resto de la historia. Pero los niños pronto volvieron a quedar callados y, una vez más, Curran habló.

—Los demonios arrasaron el Templo de la Musa. Los centauros y los guerreros de Partholon no pudieron contener a la horda invasora. Muchas mujeres llenas de talento y de belleza, las Encarnaciones de las Musas y sus estudiantes, fueron capturadas, y los demonios las violaron y las utilizaron para satisfacer sus deseos retorcidos.

—La incomparable belleza de Terpsícore llamó la atención del líder de los demonios, Nuada, y aquella noche ordenó que bailara. Nuada pensaba que bailaba para él, pero en realidad, ¿para quién bailaba?

—¡Para su Musa! —gritaron con entusiasmo los espectadores.

—Es cierto, y mientras danzaba aquel precioso baile que estaba destinado a celebrar la ceremonia de casamiento en Partholon, recorrió girando el campamento de los demonios, tocando a todos los que podía y extendiendo entre ellos la enfermedad, en vez de la bendición de su Musa.

—Esto lo sabemos —dijo Nevin—, porque aunque ella había sufrido la horrible viruela y había engendrado un hijo de un demonio, pudo sobrevivir.

—Sobrevivió lo suficiente como para darle a su hija las enseñanzas de la Musa, y después, su hija sobrevivió lo suficiente como para transmitirles esos conocimientos a sus hijas.

Curran hizo una pausa, y su hermano y él se giraron hacia Ciara.

Curran le hizo una reverencia a su Chamán, la nieta de la Encarnación de la Musa Terpsícore.

—Las mujeres de Terpsícore son todas ellas como llamas.

Es una triste verdad que algunas han ardidado demasiado deprisa.

Entonces, su gemelo se inclinó también hacia Ciara, y habló.

—¿Nos harías el honor esta noche, Ciara, de danzar como tu antepasada?

Los niños exhalaban un suspiro colectivo de placer. Y, mientras su Chamán se

ponía en pie, Brighid oyó cómo arrastraban los pies y movían sus cuerpecitos. ¿Qué estarían tramando?

Ciara inclinó la cabeza en señal de agradecimiento por la historia que habían contado los gemelos. Entonces se quitó la capa gruesa de piel, se despojó de los pantalones y se descalzó. Se acercó a la hoguera llevando solo una túnica que le llegaba a la mitad de los muslos. Brighid abrió unos ojos como platos. ¡Los pies de Ciara no terminaban en garras! Tenía los pies de humana, pero perfectos, suaves y delicados.

—Esta noche le doy las gracias a la Musa Terpsícore por haberme transmitido la fuerza de mi abuela, y a Epona por nuestra victoria sobre la oscuridad. Como celebración, dedico esta danza al recuerdo de aquellos a quienes hemos amado, y a aquellos que han muerto, y con su muerte nos han dado el legado de una vida.

Brighid hubiera jurado que Ciara se estaba dirigiendo a Cuchulainn.

Alguien empezó a tocar un tambor, y pronto, a su sonido se sumó el de otros. Entonces se oyó una gaita. Era evidente que los niños a quienes había oído moverse habían ido por sus instrumentos.

Ciara desplegó las alas como si fueran un velo negro, y comenzó a bailar. Antes de aquella noche, si alguien le hubiera pedido a Brighid que describiera a la Chamán, lo hubiera hecho con las palabras «esbelta» y «delicada», pero al ver a Ciara girar y saltar, y trazar complicados dibujos en el aire con sus manos y sus brazos delicados, se dio cuenta de lo equivocada que había estado. Ciara tenía miembros largos, delicados, con músculos femeninos perfectos y ágiles. No era pequeña ni blanda, aunque pareciera una ninfa, con su piel luminosa y sus alas y su pelo oscuros. Sin embargo, una mujer delicada no habría podido conseguir que su cuerpo ejecutara aquellos movimientos perfectos y atléticos que Ciara completaba con tanta felicidad.

Brighid no podía apartar la mirada de la danza de aquella mujer. Era sensual y elegante. Reconoció muchos de los movimientos de Ciara; eran pasos que conocían todos los niños de Partholon; incluso los centauros habían adaptado muchos de ellos a sus cuerpos equinos, para sus danzas de celebración.

Sin embargo, nunca había visto nada igual a la actuación de Ciara. No solo se movía al ritmo de la música; la mujer alada era la música. Parecía que brillaba. Al principio, Brighid pensó que se debía al sudor de su piel, pero entonces se dio cuenta de que Ciara brillaba desde dentro. En el momento climático de la música, cuando la Chamán comenzó a girar a una velocidad hipnótica, su pelo oscuro chasqueó e irradió luz sobrenatural.

—Nunca lo había visto —le dijo Brighid a Cuchulainn, sin apartar la mirada de Ciara.

Él no respondió con su típico gruñido, y ella lo miró de reojo. Él estaba observando fijamente, con intensidad, a la bailarina. Brighid intentó identificar su expresión. ¿Era de deseo? ¿Obsesión? Su rostro tenía más animación que la que ella había percibido en él desde que...

Los aplausos y los vítores interrumpieron las hipótesis de Brighid. Volvió a mirar a Ciara, que estaba haciendo una reverencia, y que sonreía a su público. Brevemente, su mirada se cruzó con la de Brighid; la Chamán la saludó con la mano antes de volver a su lugar, entre los niños que la aplaudían.

—Un legado de vida —dijo Nevin.

—Desde la muerte —añadió Curran—. Mañana continuamos nuestro viaje a Partholon, y hacia el futuro que nuestras antepasadas soñaron para nosotros.

Curran y Nevin hicieron una reverencia, y los adultos comenzaron a rodear a los niños para acostarlos. En aquella ocasión, cuando Liam se lanzó a sus brazos, Brighid estaba un poco más preparada.

—¡Buenas noches, Cazadora! —le dijo, abrazándola con fuerza.

—Que duermas bien —le dijo ella distraídamente, a sus alitas, cuando el niño se alejaba.

No estaba pensando en el pequeño, sino en Cuchulainn.

El guerrero estaba muy callado, mirando fijamente la hoguera. De nuevo su rostro tenía una máscara sin expresión, aunque sus ojos no se habían vuelto completamente sombríos.

Estaba contemplativo, como si reflexionara sobre un problema muy difícil.

Ella debería preguntarle en qué estaba pensando, pero, por la Diosa, ¡no quería! No quería entrometerse... No quería fisgar... Y entonces, con un sobresalto, se dio cuenta de que no quería saber que Cuchulainn deseaba a Ciara.

Capítulo 14

—Nosotros tres deberíamos hablar sobre la mejor manera de hacer las cosas mañana —dijo Cuchulainn.

—¿Nosotros tres? —preguntó Brighid, arqueando una ceja.

Él no se dio cuenta porque tenía la vista fija en Ciara.

—Ciara, tú y yo —dijo.

—Creo que deberíamos incluir a todos los adultos —repuso Brighid.

Cuchulainn la miró por fin, con el ceño ligeramente fruncido.

—No es práctico reunirse con todos los adultos. Están ocupados acostando a los niños. Y ya hemos hablado de cómo va a ser entrar a Partholon con todos ellos, muchas veces durante las dos pasadas lunas.

—Pero ahora vamos a entrar a través del Paso de la Guardia, y por el mismo Castillo de la Guardia. Eso cambia las cosas.

Cuchulainn frunció el ceño completamente.

—No lo suficiente como para perturbar la dinámica de la noche.

Brighid resopló.

—¿Perturbar? ¿No exageras un poco?

—¿Quieres acostarlos tú, o vértelas mañana con setenta niños que no han dormido lo suficiente?

—No tardaríamos mucho en hablar con los adultos —insistió Brighid—. Tienen que estar preparados para afrontar el hecho de que uno de los suyos está prisionero allí.

—Ya lo saben —dijo Cuchulainn, cuyo semblante se había ensombrecido.

—Sí, pero creo que deberíamos hablar sobre ello otra vez.

—¿Por qué eres tan difícil?

—¿Y tú por qué eres tan terco?

—¿Hay algún problema? —preguntó Ciara, sonriéndoles con dulzura.

—¡No! —respondieron los dos al unísono.

—Bien. Creo que deberíamos hablar sobre mañana.

—Estoy de acuerdo —dijo Cu, mirando a Brighid de reojo.

Brighid lo ignoró y se dirigió a Ciara.

—Es importante que los niños y los adultos permanezcan juntos. Nadie debe echar a correr, ni quedarse atrás.

—Es exactamente lo que llevo diciendo dos lunas —dijo Cuchulainn—. Y también recuérdales que contengan su... entusiasmo. La gente de Partholon sabe que existís, y no solo porque Fallon esté prisionera en el Castillo de la Guardia. Mi madre, la Elegida de Epona, habrá transmitido la noticia de vuestro descubrimiento y vuestra inminente llegada por todo el país. Partholon se ha preparado para vosotros... en teoría. Pero oír hablar sobre unos niños alados y ver a un grupo de ellos... —Cu se encogió de hombros.

—Son cosas diferentes —dijo Brighid.

Estaba pensando de nuevo en las pequeñas sorpresas aladas que pronto llegarían a Partholon. Los humanos no tenían ni idea de lo que los esperaba. Miró a Cuchulainn. Su rostro era de nuevo inexpresivo, pero ¿por qué tenía los ojos tan brillantes y miraba con tanta intensidad a Ciara?

Brighid sintió un escalofrío por la espalda, algo que le recorrió la piel e hizo que se sintiera sobrenaturalmente consciente de las vastas Tierras Yermas que la rodeaban.

—Bien, entonces está claro —dijo, y se levantó con inquietud—. Mañana permaneceremos juntos, y mantendremos vigilados a los niños. Nada de alejarse, ni de explorar.

—Y entraremos en Partholon —dijo Ciara, como si fuera una plegaria.

—Con cuidado —dijo Brighid, con más aspereza de lo que hubiera querido.

—¿Qué ocurre, Cazadora? —preguntó Ciara—. ¿Has recibido algún aviso de que vaya a ocurrir algo?

—¡No! —exclamó Brighid. No había recibido ninguna advertencia; lo único que ocurría era que la reacción de Cuchulainn a la danza de Ciara la había tomado por sorpresa. Y en aquel momento, la Chamán la estaba observando con su mirada perspicaz—. No —repitió más calmadamente—. Es que estoy cansada. Y yo nunca tengo premoniciones, de todos modos. Eso es cosa de Cuchulainn, no mía.

El guerrero la miró con los ojos entornados.

—Yo ya no tengo premoniciones.

—Eso no tiene por qué ser beneficioso —replicó Brighid.

—Estás cansada, Cazadora —dijo Ciara, en el silencio cargado de tensión—. Tal vez quieras dormir la primera.

Brighid asintió con tirantez.

—Entonces te deseo buenas noches. Hablaré con los demás adultos sobre las precauciones que debemos observar mañana. Cuchulainn hará el primer turno.

Brighid asintió de nuevo. Sin hablar con Cuchulainn, se retiró a la tienda que compartían y se tendió entre las pieles.

Cerró los ojos y respiró profundamente.

¿Qué demonios le ocurría?

Estaba enfadada, y no tenía ningún motivo para estarlo.

Cuchulainn había respondido al baile de Ciara. ¿Qué tenía eso de malo? Nada. Sería maravilloso que Cu pudiera amar de nuevo. En realidad, sería milagroso.

«Cuando su alma ya no esté hecha añicos, el guerrero no elegirá la muerte».

«Cuando Cuchulainn esté completo, volverá a amar».

Cuando Ciara le había dicho aquello, Brighid había pensado que sería imposible que Cuchulainn amara de nuevo.

No había pensado en que Ciara pudiera estar hablando de sí misma.

Cu era su amigo. Ella había decidido ayudarlo a que recompusiera su alma porque

se preocupaba por él. Quería que estuviera completo de nuevo. Todavía no había hecho el viaje de recuperación de su alma, pero ya lo veía más animado. Había bromeado con ella, y se había dado cuenta de que estaba cansada. Debería estar contenta también porque mostrara interés en Ciara. La mujer alada era bella y bondadosa. Elphame lo aprobaría.

Se alegraba por él, pensó con firmeza. Lo único que pasaba era que todo aquello la había pillado por sorpresa. Eso era todo. Y que estaba cansada. El sueño de la noche anterior le había arrebatado toda la energía. También había hecho mella en su paciencia. Necesitaba dormir. Después volvería a ser ella misma.

Brighid respiró profundamente de nuevo y se concentró en relajar la tensión de su cuerpo. Pronto concilió el sueño; su último pensamiento coherente fue que debía hacer un esfuerzo consciente por aceptar la relación que se estaba formando entre Ciara y su amigo. Cuchulainn se merecía ser feliz...

Su sueño comenzó con un movimiento.

—¡Te echo una carrera, Brighid! —gritó Cuchulainn mientras la adelantaba con su caballo. Tenía una sonrisa burlona en los labios—. ¡O por lo menos intenta alcanzarme!

Automáticamente, Brighid empezó a cabalgar con furia, comiéndose el terreno suave de las Llanuras de los Centauros con los cascos. Rápidamente, sus zancadas acortaron la distancia que la separaba del caballo de Cuchulainn. Se puso a su altura; Cu iba agachado sobre el cuello del animal. Al sentir que ella se acercaba, el caballo aceleró de nuevo, pero Brighid, con una sonrisa feroz, lo adelantó con facilidad.

Cuchulainn giró la cabeza y le sonrió.

—¡Yo te enseñaré si puedo alcanzarte! —le gritó Brighid al viento.

Entonces utilizó su profunda reserva de fuerza de centauro. Dejó atrás al caballo y al jinete como si fueran un niño y un poni.

Corrió solo por el puro disfrute de hacerlo.

Tenía la sensación de que iba flotando sobre un mar de hierba. El viento era cálido, pero contra su piel sofocada le parecía un bálsamo fresco. Le ardían los músculos equinos y poderosos de las piernas, pero era un sentimiento bienvenido. Su respiración se hizo mucho más profunda, y sus pulmones, mucho más fuertes que los de un humano, se llenaron y se expandieron para apoyar un cuerpo que era la mezcla perfecta de belleza humana y fuerza equina.

¡Por la Diosa, había olvidado lo mucho que le gustaba correr por sus llanuras! Partholon era una tierra próspera y bella, pero no llamaba tanto a su alma como las Llanuras de los Centauros. Se sentía como si pudiera seguir corriendo siempre, olvidándolo todo y a todos...

Tal vez si corriera lo suficiente encontraría el modo de volver a casa y reconciliar sus creencias con las de su familia. Si lo hacía, podría liberarse de aquella sensación de vivir como una intrusa, como si la hubieran cambiado por otra no en el momento de su nacimiento, sino cuando había encontrado a la niña humana después del

accidente.

A Brighid le falló el paso.

No podía pensar en eso. No iba a pensar en eso ni siquiera en un sueño. Y de todos modos, ¿no se suponía que debería concentrarse en ayudar a Cuchulainn? Frunció el ceño.

¿Dónde estaba el guerrero? Brighid miró hacia atrás. La pradera estaba vacía salvo por la hierba alta, que la brisa mecía suavemente.

Se detuvo en seco. Estupendo; ella tenía que ayudar a Cuchulainn, pero se había quedado tan absorta en su propio sueño que lo había perdido. Suspiró con frustración. «¡Piensa en Cuchulainn!». Cerró los ojos y se concentró en él, o más bien, en la parte despreocupada y feliz del alma de su amigo que la visitaba en sueños.

Oyó su risa y un chapoteo de agua antes de abrir los ojos.

—¡Cazadora! Ojalá te decidieras ya sobre dónde estamos. Es un poco desconcertante ir de un sitio a otro.

Brighid pestañeó y abrió los ojos. Había pasado de las praderas al bosque en un instante. El día era cálido, y el sol se filtraba entre las hojas de los árboles, así que el suelo del bosque, cubierto de hojarasca, estaba moteado de luz y neblinoso. Pasó un momento antes de que su visión se adaptara. Oyó más chapoteos, que provenían del otro lado de unas rocas cubiertas de musgo. Caminó hacia delante y vio la laguna; Cuchulainn estaba en medio de ella, con el agua por la cintura. Tenía el pecho desnudo, y estaba empapado, con el pelo aplastado sobre la cabeza.

Brighid estaba a punto de reírse de él cuando reconoció el lugar en el que se encontraban. Era la poza que habían descubierto Elphame, Brenna y ella durante la reforma del Castillo de MacCallan. Las tres se habían bañado allí a menudo y Brenna les había contado que era un sitio especial de encuentro para Cuchulainn y para ella.

A Brighid se le encogió el estómago.

—Brenna había sido asesinada allí —dijo Cuchulainn—. Deberías saber que iba a adivinar tu intención secreta. Tenías miedo de perder la carrera contra mí, así que has soñado que estábamos aquí.

—¿Miedo de perder la carrera? ¿Contigo y ese caballo gordo que tienes? —preguntó Brighid, valiéndose del desdén para disimular la tensión que sentía—. Tonterías.

—Ah, muy bien, entonces solo puede haber otro motivo por el que has soñado con nosotros aquí. Querías verme desnudo.

Brighid lo miró con disgusto.

—Cuchulainn, te engañas a ti mismo.

—Eh, es tu sueño.

—Y no estás desnudo. O al menos, muy pronto no lo estarás —dijo ella, y señaló hacia las rocas, donde él había dejado la ropa—. Vístete —le ordenó, y se dio la vuelta—. ¿Te ha dicho alguien alguna vez que estás demasiado preocupado con el sexo? —le preguntó, por encima del ruido que él estaba haciendo al salir del agua.

—Puede que Elphame me lo haya mencionado una o dos veces. Pero, por supuesto, se equivoca —dijo él, mientras se secaba el cuerpo con el kilt.

—¿De verdad? —preguntó Brighid con sarcasmo.

—De verdad. Ella no entiende que mi pasión por la vida y mi pasión por las mujeres son partes de lo mismo. Yo quiero vivir la vida plenamente, disfrutando de toda su riqueza y su belleza. Las mujeres, o el sexo, son una parte natural de una vida bien vivida.

Aquellas palabras le produjeron un escalofrío a Brighid.

—Si dejaras de desear a las mujeres... ¿Qué significaría eso? —preguntó.

—¡Que Dios me ayude! ¡Eso significaría que estoy muerto! —respondió él con una carcajada—. Ya puedes darte la vuelta, Cazadora.

Brighid se giró hacia él con cara de preocupación.

—En serio, Cu. ¿Me estás diciendo que tu amor por las mujeres es un reflejo de lo mucho que amas la vida?

—Sí. ¿Por qué me haces tantas preguntas?

—Es mi sueño. Puedo preguntar lo que yo quiera.

—¡Me sorprendes, Brighid! —exclamó el guerrero—. Creía que te relajarías un poco en sueños. Pero supongo que esto solo demuestra que los sueños son un reflejo de la vida.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Siempre eres muy rígida. Me recuerdas a un centinela que está perpetuamente de guardia.

—¡Eso es absurdo! —tartamudeó Brighid.

—Admítelo —dijo Cu. Se sentó en el suelo y apoyó la espalda en una de las rocas cubiertas de musgo—. Nunca te relajas.

—Cu, no estamos hablando sobre mí. Estamos hablando de ti.

—Muy bien, muy bien —dijo él, y alzó las manos haciendo un gesto de rendición, con una sonrisa—. Pero por lo menos, me gustaría saber por qué estás tan empeñada en hablar de mí.

—¡Porque tú eres el que aparece en mis sueños!

—¿Y crees que sé por qué? No tengo nada que ver con ello. Admito que eres una belleza, Brighid, pero si quisiera entrar a propósito en los sueños de una doncella, creo que elegiría a una menos... —Cu pasó los ojos, que le brillaban de picardía, por su cuerpo equino—. Peluda.

Brighid se puso rígida.

—No soy peluda.

Cuchulainn volvió a reírse.

—¡Tenías que ver la cara que se te ha puesto! Como si te hubiera dicho que he visto un ciervo con alas y que tienes que seguirlo por el cielo.

—Yo no puedo seguir el rastro de algo que vuela —respondió ella automáticamente.

La sonrisa abierta de Cuchulainn se apagó como una llama.

—Yo... tengo que irme —dijo. Se puso en pie y miró a su alrededor, como si no supiera dónde estaba.

—¿Qué te pasa, Cu? —preguntó ella. Sin embargo, no necesitaba preguntar nada. Sabía lo que le ocurría.

El fragmento alegre de Cuchulainn que tenía ante sí estaba recordando.

—No...

Comenzó a darse la vuelta lentamente, y se alejó de la poza, dirigiéndose hacia el camino que llevaba hacia el Castillo de MacCallan. Dio dos pasos pero se detuvo. Al mirar a Brighid de nuevo estaba muy pálido, y por primera vez, parecía más un espíritu que un hombre.

—Esto es solo un sueño. Mañana por la mañana me despertaré en el Castillo de MacCallan. Estamos preparando las habitaciones de la Jefa del Clan para Elphame. Brenna, tú y yo.

Brighid se acercó al espíritu de Cuchulainn despacio. Él se había quedado ante un espacio lleno de plantas en forma de paraguas y de flores silvestres, y Brighid lo reconocía. Allí era donde la híbrida enloquecida, Fallon, había matado a Brenna mientras la pequeña Sanadora estaba esperando a Cuchulainn. Dos lunas antes, Brighid había dirigido a la partida de rescate desde aquel mismo punto. Había seguido el rastro de Fallon hacia lo más profundo del bosque, hasta que sus huellas habían desaparecido porque la híbrida usaba sus alas para aprovechar las corrientes de aire y deslizarse. Tal y como Brighid le había explicado al angustiado guerrero aquel día, una Cazadora no podía seguir el rastro de algo que volara...

—Amigo mío, nosotros... —comenzó Brighid.

—¡No! —dijo Cuchulainn. Se apartó de ella, y su expresión de espanto cambió. Se rio forzosamente y añadió—: Esto ha sido un error por mi parte. No he visitado tu sueño, sino que me he quedado atrapado en tu pesadilla.

—¡Cuchulainn! —Brighid extendió la mano hacia él, pero él se alejó con un escalofrío y siguió dirigiéndose hacia el bosque.

—No. No puedo. Es hora de despertar, Cazadora...

La figura del guerrero se desvaneció.

—Cazadora...

Brighid abrió los ojos.

—¡Cuchulainn, espera! —exclamó ella. En aquella ocasión pudo agarrarlo.

Por instinto, él se giró como un rayo mientras sacaba la daga de la funda de su cinturón y adoptaba una posición defensiva. Al darse cuenta de qué era lo que le había atacado la pierna, bajó el cuchillo.

—¡Por la Diosa, Brighid! He estado a punto de apuñalarte.

—Lo siento —murmuró ella, intentando orientarse. ¿Qué había ocurrido? ¿Dónde estaban en aquel momento?

—¿Te importaría soltarme?

Ella se miró la mano, que todavía estaba aferrada a la bota de cuero del guerrero.

—¿Brighid? —Cuchulainn se agachó junto a ella y la miró atentamente. La Cazadora tenía los ojos abiertos como platos y una expresión de desconcierto—. ¿Te encuentras bien?

—¿Estamos con los híbridos, cerca del Paso de la Guardia? —preguntó con la voz entrecortada, como si acabara de terminar una carrera—. ¿Y estamos despiertos?

—Sí, por supuesto. ¿Qué te ocurre?

Brighid le soltó la pierna, se frotó los ojos y se apartó el pelo de la cara.

—He tenido una pesadilla. Me has despertado en mitad de ella.

Todavía medio adormilada, se deslió de las pieles y salió de la pequeña tienda. Se sacudió un poco y miró al cielo.

—Deberías haberme despertado antes. La luna ha recorrido mucho más que la mitad del cielo.

Cuchulainn le lanzó una última mirada de escrutinio y se encogió de hombros. Después pasó a la tienda y comenzó a quitarse las botas.

—Hay que alimentar el fuego. Todo lo demás está tranquilo y en orden.

—¿Has hablado con Ciara? ¿Los adultos están preparados para el día de mañana?

—Ciara y yo hemos hablado brevemente. Todo está en orden.

Brighid intentó ver la expresión de Cuchulainn en la oscuridad de la tienda. Su voz no tenía rastro de emociones.

Parecía cansado, pero no más interesado en Ciara que en alimentar el fuego.

Sin embargo, parte de su alma le había dicho que para él, el amor por las mujeres y el amor por la vida iban unidos.

Sabiéndolo, Brighid no necesitaba valerse de su instinto de Chamán para saber que una muestra de interés por una mujer era un paso en la dirección correcta.

—Entonces, ¿has hablado con Ciara?

Cuchulainn gruñó una afirmación y se quedó callado.

Brighid suspiró con resignación.

—¿Y cree que el campamento está listo para entrar en Partholon?

Otro gruñido afirmativo.

La Cazadora permaneció en la entrada de la tienda, escuchando los sonidos que hacía Cuchulainn al acostarse. Debería decirle algo. Animarlo a que hablara más a menudo con Ciara. Decirle que...

—Brighid, ¿qué haces husmeando ahí fuera?

Su voz ronca hizo que ella diera un respingo.

—¡No estoy husmeando!

—Entonces, ¿qué?

—La danza de Ciara fue muy bonita —dijo ella, aunque se sentía torpe y poco sutil.

—Tiene muchos de los dones de la Musa —respondió él.

—No creo que nunca haya visto a alguien bailar tan bien.

Cuchulainn volvió a gruñir.

—¿Y tú? —preguntó ella.

—Fue un homenaje adecuado para Epona y Terpsícore —respondió él con un bostezo.

—Fue precioso.

—Ya me lo has dicho —dijo Cu, y volvió a bostezar—. Brigid, ¿esto es otro intento de curar mi alma?

—No estoy segura.

—¿Y puedo dormir un poco mientras lo averiguas?

—Sí —dijo ella—. Que descanses bien, Cuchulainn.

Brigid se retiró hacia el fuego. Mientras lo alimentaba con pedazos de combustible, se llamó a sí misma varias cosas creativas relacionadas con el hecho de ser boba y torpe.

Capítulo 15

—Es raro que estén tan callados —le dijo Brighid a Cuchulainn.

El guerrero miró hacia atrás, hacia el apagado grupo de viajeros.

—Nunca los había visto así —dijo él.

—No han cantado ni una sola vez en toda la mañana.

—Y apenas han dicho una palabra durante el desayuno.

—¿Crees que estarán asustados? —preguntó Brighid.

—No tienen por qué. No vamos a permitir que les ocurra nada.

—Eso lo sabemos tú y yo. Pero tal vez debiéramos decírselo a ellos.

Cu gruñó y frunció el ceño.

—No quiero preocuparlos.

Ella resopló y volvió a mirar a la callada multitud.

—Están callados. Nunca están callados. Creo que podemos asumir que ya están preocupados.

—Seguramente tienes razón.

Él no dijo nada más, y ella insistió:

—Deberíamos hablar con ellos. Antes de que estén cara a cara con los guerreros del Castillo de la Guardia.

—De acuerdo. Los reuniremos a la entrada del Paso de la Guardia. Podrás hablar con ellos allí.

—¿Yo? ¡Yo no voy a hablar con ellos!

—Pero si acabas de decir que...

Brighid lo interrumpió con un movimiento de la mano.

—¡No! Yo no. A mí solo me conocen desde hace unos días. Tú has vivido con ellos. Los niños te idolatran. Si tú les dices algo, te van a creer. Yo solo soy la Cazadora, tú eres su guerrero, su Cuchulainn.

Cuchulainn puso cara de pocos amigos.

—Si no lo crees, pregúntale a Ciara.

Él siguió en silencio con el ceño fruncido. «Como un oso grande y malhumorado», pensó Brighid. El hecho de estar con la parte alegre de su alma en sueños había conseguido que se diera cuenta de lo mucho que echaba de menos al viejo Cuchulainn. Aquel guerrero era tan sombrío, silencioso y...

—Estirado —dijo ella en voz alta, y Cuchulainn la miró con curiosidad—. Eso es lo que eres, un estirado. Y has dicho que yo nunca me relajo. En eso te equivocas.

—¿De qué estás hablando? Yo no he dicho eso de que tú nunca te relajas.

—Sí lo has dicho. Ayer por la noche.

—Anoche apenas hablamos.

—En realidad, hablamos un poco. Y la noche anterior —dijo Brighid, y respiró profundamente, con la esperanza de que su instinto la estuviera guiando por buen camino, porque no tenía ni idea de por qué había decidido, de repente, contarle sus

sueños a Cuchulainn.

—Me has visitado dos veces. En sueños.

Cuchulainn se puso muy rígido, aunque intentó mantener una fachada de indiferencia.

—No era yo.

—Sí, sí lo eras. O, más bien, eras el «tú» que existía antes de la muerte de Brenna.

El guerrero palideció.

—Entonces, la has encontrado. Has encontrado la parte de mi alma que se perdió. ¿No se supone que tenías que traer ese trozo aquí?

—Para empezar, Cu, no es un trozo. Eres tú.

—Yo soy yo.

—No. No, Cu, tú no lo eres. Ahora solo eres una parte de ti mismo.

El guerrero volvió a gruñir y fijó la mirada en el camino rocoso que tenían por delante.

Brighid suspiró.

—Y el hombre que me ha visitado en sueños también es solo una parte de ti. El Cuchulainn de mis sueños cree que todavía estamos en el Castillo de MacCallan. Cree que es la noche siguiente a que empezáramos a arreglar las habitaciones de la Jefa del Clan.

Al oír aquello, Cuchulainn vaciló, y su voz sonó ronca por el esfuerzo de dominar sus emociones.

—¿Piensa que Brenna todavía está viva?

Brighid sonrió con tristeza.

—No, en realidad no. Una parte de él sabe que no lo está. Solo lo está negando. Sin la fuerza que tú tienes ahora, él es solo un joven que quiere divertirse, y que es incapaz de enfrentarse a la decepción, ni al dolor ni a la tristeza. No está completo. Solo es una parte de ti.

—Y sin él, yo no puedo soportar el hecho de vivir.

—Tienes que desear recuperar esa parte, Cu. Yo no puedo alcanzarlo sola. Cada vez que lo intento, se desvanece.

—Pero puede que esa parte de mí no quiera volver a la realidad. Y no puedo culparlo. Si yo pudiera negar la muerte de Brenna también lo haría.

—No. Yo no lo creo. Esa parte llena de vida de ti no solo niega la muerte de Brighid, sino que también ha decidido olvidar el amor que encontraste con ella. ¿Es eso lo que quieres tú, Cuchulainn? ¿Olvidar completamente a Brenna?

—¡Claro que no! Tú me conoces demasiado bien como para preguntar eso.

—¡Entonces tienes que intentarlo más y más!

—¡Estoy haciendo lo que puedo! —bramó él.

Un aleteo anunció la llegada de Ciara, y Brighid cerró la boca. La Chamán miró a la Cazadora y a Cuchulainn.

—Discutís como si llevarais años siendo pareja —comentó.

—¡Que la Diosa no lo quiera! —exclamó Brighid.

El gruñido de Cuchulainn fue mucho más intenso de lo habitual. Ciara se echó a reír.

—Incluso protestáis como una pareja. Pero no he venido a hablar con vosotros de vuestra relación. Nos estamos acercando a la entrada del Paso de la Guardia. Antes de comenzar a atravesarlo de camino a Partholon, deberíamos dedicar un momento a pedirle a Epona su ayuda y su protección.

—¿Cómo sabes que estamos cerca del paso? ¿Habías estado aquí ya? —le preguntó Brighid.

—No, claro que no. Lo sé por las historias de nuestras madres y abuelas. Nos dijeron que las rocas se iban haciendo más rojas, más parecidas a la sangre, a medida que uno se acercaba al Paso de la Guardia. Nos advirtieron de que nos mantuviéramos alejados del este, que huyéramos de las rocas escarlata y del paso que las separaba de Partholon.

Cuchulainn miró a su alrededor. Se sintió enfadado consigo por haber estado discutiendo con Brighid y no haberse dado cuenta de que las piedras afiladas que flanqueaban las montañas iban cambiando. Sabía que aquella intensidad del color de las rocas significaba que el paso estaba muy cerca.

—Tiene sentido —dijo Brighid pensativamente—. Es lógico que las mujeres os dijeran que os mantuvierais alejados del Paso de la Guardia. Temían que os capturaran.

—O que muriéramos —dijo Ciara.

—Ahora será distinto —zanjó Cuchulainn.

Ciara volvió a sonreír.

—¡Claro que sí! Os tenemos a vosotros dos, y tenemos el sacrificio de vuestra hermana. Todo saldrá bien Cuchulainn volvió a gruñir. Ojalá Ciara no fuera tan idealista y tan ingenua. Partholon había pasado todo un siglo odiando a los Fomorians, y haría falta algo más que la palabra de su hermana y la presencia de un guerrero y una Cazadora para ganarse a su gente, que todavía recordaba bien la matanza que habían perpetrado los demonios alados.

—Justo ahora, Cu y yo estábamos hablando del pasado. Creemos que Cu debería hablar con los niños, para darles ánimos, antes de que continuemos.

La sonrisa de Ciara se volvió resplandeciente.

—¡Eso les va a encantar, Cuchulainn! Iré a decírselo.

La mujer alada le apretó suavemente el brazo al guerrero antes de alejarse.

—Parece que esa ha sido la decisión más correcta —dijo Brighid, con una despreocupación fingida. «La sonrisa de Ciara y la manera íntima de tocarle el brazo han sido algo bueno», se dijo. «Cu necesita el roce de una mujer para sentir la plenitud de la vida».

—Ahí —dijo el guerrero, tirando de las riendas del caballo, y señaló una abertura

entre dos rocas rojo oscuro. No crecía vegetación cerca. Los bordes de las piedras eran afilados, y el viento aullaba por el agujero—. Esta es la entrada del Paso de la Guardia hacia Partholon.

Cuchulainn estaba en la boca del paso, de cara a los Nuevos Fomorianos, que lo observaban atentamente. Miró al cielo. El sol había pasado ya del mediodía, pero todavía estaba muy alto en el cielo azul. Tendrían tiempo para llegar al Castillo de la Guardia antes del anochecer. Se fijó en la multitud silenciosa. Pensó que tal vez fueran imaginaciones suyas, pero incluso las cabras estaban calladas.

—Adelante —susurró Brighid mientras se colocaba a su lado—. Están esperando, y se nos echa el tiempo encima.

Él puso cara de pocos amigos, aunque sabía que lo que le estaba diciendo Brighid era cierto. En realidad, la Cazadora estaba demostrando que tenía razón en muchas cosas. «La parte perdida de mi alma la ha estado visitando en sueños».

Aquello todavía no había dejado de asombrarlo. «Así que también tenía razón en eso. Por eso no puedo superar la muerte de Brenna. Por eso me siento tan vacío y tan perdido». Lo cual significaba que, si Brighid tenía razón en eso, seguramente también tenía razón al decir que se curaría cuando su alma estuviera entera otra vez. Entonces podría vivir sin Brenna. Tal vez, incluso pudiera aprender a ser feliz de nuevo.

¿Era eso lo que quería?

—¡Cu! —susurró Brighid.

¡Por la Diosa! Se había quedado ensimismado mientras el grupo lo miraba esperando a que hablara. Carraspeó y dio un paso hacia delante.

—Habéis sido estupendos durante nuestro viaje. La Cazadora y yo estamos orgullosos de vuestra resistencia y vuestra fuerza.

Hubo unos aleteos de felicidad, y los niños lo miraron con los ojos brillantes. Él continuó:

—¿Sabéis que Fallon se volvió loca y mató a Brenna?

Los niños asintieron vigorosamente.

—¿Y que Fallon está esperando su ejecución en el Castillo de la Guardia? —prosiguió él, y esperó a que asintieran de nuevo.

—Entonces, debéis estar preparados para la desconfianza de los guardias del castillo. Pero no quiero que tengáis miedo.

Brighid estaba observando a los niños mientras hablaba Cu, pero sus últimas palabras hicieron que lo mirara a él. Hablaba con delicadeza, como el antiguo Cuchulainn, el hombre que era mucho más que un guerrero diestro. Tenía mucha más profundidad, y ese era el motivo por el que Brenna se había permitido amarlo. Y Brighid pensó que cuando él estaba tan cansado, y tenía el alma tan triste, pero era capaz de hablar con tanta ternura a unos niños, ella podía entender el motivo por el que su amiga no había podido resistirse al guerrero.

—Yo estaré con vosotros, y Brighid también. Pero tendréis algo más que nuestra protección. Tendréis vuestra propia bondad, todo lo bueno que lleváis dentro, y los guerreros del castillo podrán verlo. Lo sé, porque una vez yo fui como ellos, peor incluso. Cuando vine a buscaros, estaba buscando alguien a quien poder culpar de la muerte de Brenna. Quería encontrar criaturas bárbaras con las que desahogar mi odio —dijo, y su expresión dura se suavizó—. En vez de eso, os encontré a vosotros. Y... Y yo...

—¡No te preocupes, Cu! —dijo una vocecita, y Kyna dio un salto hacia delante desde la primera fila del grupo—. Lo entendemos. Entonces no nos conocías.

—Sí, no nos conocías —repitió Liam.

Y entonces, como una marea, todos los niños se acercaron corriendo al guerrero. Brighid resopló y se echó hacia atrás rápidamente cuando lo rodearon, dándole palmaditas con las manos y ofreciéndole palabras infantiles de consuelo. Cuchulainn se quedó inmóvil durante un momento, como un gigante en medio de todas aquellas formas aladas, mirándolos sin saber qué hacer. Y entonces, con un profundo suspiro, se agachó y abrió los brazos hacia ellos. Brighid, sin dar crédito, observó las lágrimas silenciosas que se deslizaban por las mejillas del guerrero.

—Así comienza —dijo Ciara.

—¿Qué es lo que comienza? —le preguntó Brighid volviéndose hacia ella.

—La curación. Se está permitiendo sentir de nuevo.

—La parte perdida de su alma me ha estado visitando en sueños.

—No me sorprende. Cuchulainn y tú tenéis un vínculo muy fuerte. Es fácil que él haya oído tu llamada, y es natural que haya respondido.

—¿Y qué pasa contigo y con él? ¿Qué tipo de vínculo tenéis vosotros?

Ciara sonrió.

—Yo no lo llamaría un vínculo. Cuchulainn aprecia la elegancia y la belleza femenina, eso es todo.

Brighid la miró con los ojos entornados.

—No le hagas daño.

Ciara se echó a reír.

—No tienes por qué temer que yo le haga daño al guerrero, Cazadora, y algún día te darás cuenta —dijo, y sin dejar de reír, dio unas palmadas para llamar al orden a los niños—. Vamos a rogarle a Epona que nos dé su bendición.

Los niños se alejaron y Ciara se colocó junto al guerrero.

Cu le hizo un asentimiento respetuoso y retrocedió para situarse al lado de Brighid. Se secó las lágrimas y se pasó las manos húmedas entre el pelo.

—¿Estás bien? —le preguntó ella.

Él la miró y se encogió de hombros con algo de timidez.

—No tenía pensado ponerme tan emotivo.

—Creo que era exactamente lo que necesitaban los niños.

Él arqueó una ceja.

—¿Y yo? ¿Esto es también lo que necesitaba yo?

Cuando Brighid abrió la boca para responder, Ciara levantó la cara hacia el cielo y pronunció el nombre de la Diosa.

—¡Bendita Epona!

El nombre de la Diosa pasó por el cuerpo de Brighid, como si fuera llama y hielo, que la llenaron a la vez. La Cazadora jadeó, y cuando volvió a hablar, supo que las palabras eran más de Epona que de sí misma.

—Sí, lo que tú necesitas también está aquí. Con el tiempo te darás cuenta.

Cuchulainn miró fijamente a la mujer centauro. El poder de sus palabras casi era visible entre ellos. «Como cuando Elphame actúa en nombre de la Diosa», pensó.

De repente, como un retablo que cobrara vida, Ciara levantó los brazos y desplegó las alas por encima de la cabeza, y comenzó a orar con una voz clara, dulce.

—Hoy entramos en Partholon, con la fuerza de Epona, con la luz de su sol, el resplandor de su luna, el esplendor de su fuego, la rapidez de su viento, la profundidad de su mar, y la estabilidad de su tierra. Caminamos con nuestra Diosa, que nos rodea y nos toca, nos protege y nos ama. ¡Ave, Epona!

—¡Ave, Epona! —gritaron los niños—. ¡Ave, Epona!

Cuchulainn sintió el calor de la magia en la espalda, pero no se volvió para unirse a la Chamán y a su pueblo en su plegaria. Siguió mirando a la Cazadora, como hipnotizado por la luz plateada que habían irradiado sus palabras, y que envolvía su cuerpo como un velo de gasa. Brighid le devolvía la mirada con los ojos llenos de asombro.

—He dicho sus palabras —susurró Brighid.

—Lo sé. Todavía percibo la mano de la Diosa sobre ti —dijo él.

Brighid se estremeció, y entonces, la presencia de Epona se desvaneció.

—¿Por qué? —preguntó Brighid con emoción—. ¿Por qué me ha usado Epona a mí, y no a Ciara, para decirte esas palabras? ¡Yo no soy una Chamán, Cu!

—No lo sé, Brighid. No voy a fingir que comprendo los caminos de Epona.

Sin embargo, en lo más profundo del guerrero se despertó algo. Un pequeño pensamiento, casi tan insustancial como la niebla, fue susurrado en su alma hecha añicos. «Si pudiera, yo elegiría a Brighid para que me transmitiera todas las palabras de Epona».

Tal vez estuviera empezando a entender los misteriosos caminos de la Diosa...

Capítulo 16

Aunque era más ancho y más fácil de recorrer que el paso secreto que habían descubierto Lochlan y su gente, el Paso de la Guardia era un terreno difícil. Entrar en aquella enorme boca roja había sido como entrar a una caverna o, como había pensado Brighid, a una tumba enorme empapada de sangre. El paso tenía distintas anchuras, desde la estrechez por la que solo podía transitar un caballo, hasta la amplitud de algunas zonas por las que hubieran podido avanzar varios guerreros a montados. Pero, estrecho o ancho, el paso era todo un desafío. Su trazado era serpenteante, y su suelo de pizarra, lleno de rocas afiladas, era resbaladizo y duro. Brighid tenía que concentrarse mucho para no dar un mal paso. Y le resultaba difícil concentrarse. Todavía estaba intentando asimilar la impresión que le había causado el hecho de que Cuchulainn hubiera hablado a través de ella. Sin embargo, por mucha incredulidad que sintiera, no había manera de malinterpretarlo: lo que le había dicho Brighid a Epona no había sido cosa suya, y el poder que había sentido a través de su cuerpo era resultado del toque de la mano de la Diosa.

Ojalá hubiera estado con ellos Elphame. Su amiga sabía cómo canalizar el poder de Epona con facilidad, con naturalidad. Elphame podría aconsejarla, o mejor todavía, si ella hubiera estado allí, Epona la habría elegido como medio de comunicación, en vez de elegir a una Cazadora que no tenía ni el más mínimo deseo de ser boca de la Diosa.

Brighid frunció el ceño y miró rápidamente a su alrededor, temiendo que alguien pudiera leer sus pensamientos blasfemos. No quería serle desleal a Epona. Sin embargo, apenas podía manejar bien los problemas de su propia vida, por lo que sería una mala elección para actuar como médium de la Diosa. Era demasiado imperfecta.

—Las rocas están cambiando de color. Debemos de haber cruzado el punto medio —dijo Cuchulainn.

El paso se había ensanchado nuevamente, y ambos pasaron juntos por aquel punto. Brighid miró hacia arriba, hacia los altos muros que los flanqueaban. El color rojo iba dejando a la vista algunas vetas marmóreas grises.

—Esta vez no estaba distraído discutiendo contigo y me he dado cuenta del cambio —dijo él con una sonrisa débil—. Cuando haya desaparecido todo el rojo, habremos llegado al Castillo de la Guardia.

—No sabía que las rocas cambiaran de color otra vez.

—Es raro. Las Montañas Tier son muy rojas, salvo en la parte que rodea el Castillo de la Guardia. Allí todo es gris. Me entrené en ese castillo durante cuatro años, y durante todo ese tiempo no conseguí acostumbrarme a la sobriedad de la edificación ni del terreno que la rodea.

Brighid arqueó una ceja.

—Ya sé que supuestamente los guerreros prosperan y avanzan más en su adiestramiento si están en un entorno austero. Oficialmente es bueno para alcanzar y

mantener la concentración en el arte de la espada y en las exigencias físicas de la batalla —gruñó Cuchulainn—. Sin embargo, a mí me parecía triste y vacío, y solo conseguía que trabajara muy duro para ganarme frecuentes permisos y poder ir a casa de visita, donde había beneficios más agradables estéticamente —dijo, y se rio—. Supongo que le debo mi legendaria habilidad con la espada a mi desagrado juvenil por el paisaje.

—Eso es algo que diría el antiguo Cuchulainn —comentó Brighid.

Él exhaló un suspiro.

—Lo sé. Estoy... Desde que me contaste lo de tus sueños me siento distinto. Has hecho que la idea del alma hecha añicos sea algo tangible para mí. Y si creo en eso, tal vez pueda arreglarla. Es decir, tal vez podamos arreglarla. Daría cualquier cosa por volver a sentirme normal. Había empezado a creer que solo iba a poder escapar de este dolor quitándome la vida. Y hoy, por primera vez desde la muerte de Brenna, creo que hay un modo de que vuelva a vivir.

Brighid sintió un inmenso alivio.

—Me alegro, Cu.

—¡Cuchulainn! ¡Brighid! —exclamó Ciara a su espalda, y ellos aminoraron la velocidad para esperar a que la mujer alada los alcanzara—. Sé que tenemos poco tiempo, pero a los niños les vendría bien un pequeño descanso. Están muy cansados.

—De acuerdo. Pero tiene que ser corto. Diles que hemos pasado ya el punto medio del camino. Eso les dará ánimos.

Ciara asintió con una sonrisa.

—Mejor será que se lo digas tú, Cuchulainn. Viniendo de ti los va a animar mucho.

—Vamos, ve —le dijo Brighid—. Yo me adelantaré para explorar. He visto la huella de una cabra montesa. Sería agradable que entráramos al Castillo de la Guardia con algo más que bocas hambrientas.

—Buena idea —respondió él. Cuando la Cazadora se daba la vuelta para marcharse, él le tocó el brazo—. Ten cuidado. Las rocas están resbaladizas. Mi caballo ha estado a punto de caerse varias veces.

Brighid disimuló la sorpresa que le causaron su roce y sus palabras arqueando delicadamente una ceja y frunciendo el ceño.

—Yo no soy tu caballo gordo y cabeza hueca.

Después se echó el pelo hacia atrás y se alejó al trote.

—¡Mi caballo no está gordo! —protestó Cuchulainn, pero estaba sonriendo.

—Eres protector con ella, Cuchulainn —dijo Ciara suavemente.

Él se volvió hacia la mujer esbelta que estaba a su lado.

Era una de las féminas más bellas que había visto en su vida, pero no se había dado cuenta de ello hasta que la había visto bailar, el día anterior. Entonces, su mente procesó lo que ella le había dicho, y su reacción fue automática.

—Sí, soy protector con ella. Es parte del Clan MacCallan. Sin embargo, eso no

significa que la Cazadora no sepa cuidarse sola. Es una magnífica guerrera.

Ciara sonrió.

—Y tú respetas eso.

—Por supuesto.

—Muy bien. Me alegro de que te tenga como amigo. En el futuro va a necesitar amigos a su lado.

Cuchulainn entornó los ojos.

—¿Qué es lo que quieres decirme, Chamán? ¿Has visto peligros para la Cazadora?

—Mi don no es el de la premonición. Por lo que tengo entendido, cuando fuiste tocado por el Reino de los Espíritus, tu don era muy fuerte. Muchas veces conocías los acontecimientos antes de que se produjeran.

Cuchulainn respondió que sí con la voz ronca. Si lo que Ciara le había dicho sobre Brighid no le hubiera inquietado tanto, habría cortado radicalmente aquella conversación.

Bella o no, Ciara era una Chamán. Y Cuchulainn no quería tener relación con el mundo espiritual ni con sus emisarios.

Ya tenía suficiente con Brighid y todo aquel asunto de su alma hecha añicos. Pero aquello era distinto. Brighid era como él. Ella tampoco estaba cómoda relacionándose con el Reino de los Espíritus.

Ciara no se dejó amedrentar por su respuesta arisca ni por su actitud defensiva.

—Mis premoniciones no han sido nunca tan claras como las tuyas. Yo solo tengo sentimientos vagos, y algunas veces el instinto me impulsa a decir o hacer cosas, aunque los motivos solo queden claros en el futuro. Y he tenido un sentimiento acerca de la Cazadora: creo que la lealtad y el afecto de sus amigos tendrá mucha importancia en los cambios de su vida.

—Entonces, ¿va a tener problemas?

—No lo sé. Solo siento que necesitará a sus amigos, o por lo menos a un amigo especial, a su lado.

Cuchulainn asintió con tirantez.

—Lo recordaré, Chamán.

—Le he tomado mucha estima a tu Cazadora. Es una mujer centauro honorable.

Cuchulainn volvió a gruñir.

—Ven, volvamos con los niños. Van a ponerse muy contentos al saber que estamos tan cerca de Partholon.

Cuchulainn desmontó y guio a su caballo hacia los pequeños. Sin embargo, no estaba pensando en lo que iba a decirles. Estaba pensando en la Cazadora. Vigilaría con toda su atención para que no le ocurriera nada. Su hermana podría despellejarlo si su amiga sufría algún daño.

Se estremeció. No. A Brighid no iba a ocurrirle nada. Él se iba a asegurar de que así fuera.

Del altísimo muro de piedra que había a su derecha se desprendían chinitas. La Cazadora frunció el ceño. Demasiado empinado. Y las cabras estaban allí arriba, en lo alto de aquellas laderas; Brighid lo sabía por instinto y por las pelusas y las huellas que había estado siguiendo. Sin embargo, no podía llegar hasta ellas. Era frustrante.

La Cazadora siguió trotando por el paso, explorando todos los senderos que ascendían por las paredes, intentando encontrar alguno que le diera acceso a las crestas. Cayeron más piedrecitas según avanzaba, pero en aquella ocasión fueron acompañadas por un «¡ay!».

No era el balido de una cabra. Brighid se detuvo. Con su aguda mirada escudriñó las sombras que proyectaban las protuberancias rocosas, hasta que descubrió una figura familiar. Suspiró. Aquella era una de las muchas razones por las que una Cazadora no debía tener progenie. Los niños eran molestos.

—Te estoy viendo, Liam. ¡Baja ahora mismo de ahí!

Su cabecita apareció detrás de uno de los salientes de roca más anchos. En el entorno sombrío del paso, su sonrisa infantil era todavía más brillante e impetuosa.

—¡Llevo siguiéndote un buen rato, y ni siquiera te has enterado! ¡Y es porque he estado practicando las habilidades de Cazadora!

Brighid resopló. No se había dado cuenta porque estaba demasiado preocupada con los problemas de Cuchulainn, y con el roce inesperado de Epona, y con el hecho de guiar a un grupo numeroso de niños hacia un lugar que no quería tener nada que ver con ellos.

—Muy bien. Buen trabajo —dijo ella—. Ahora, baja. Tienes que volver con el resto de los niños.

Liam no se desanimó. Allí arriba parecía un pajarito que se asomaba por el borde de su nido.

—No puedo volver todavía. ¡Tengo que ayudarte!

A Brighid se le encogió el estómago al ver que el niño se movía. Ella odiaba las alturas. Verlo allí, colgado del saliente, hizo que se sintiera muy inquieta.

—Liam —dijo ella con severidad—. No te cuelgues así de la roca. Puedes caerte.

—¡No te preocupes, Brighid! No tengo miedo. Y vuelo.

Liam desplegó las alas y se meció hacia delante. Se balanceó con facilidad en las corrientes de aire, pero manteniéndose recto.

—Muy bien. Bien. Ya veo que se te da muy bien balancearte.

—¡Y estar callado!

—Por supuesto. Así que creo que ya has hecho suficiente por hoy. Baja y vuelve con los demás.

La sonrisa de Liam se debilitó igual que sus alas.

—Pero si todavía no hemos cazado a la cabra.

—Bueno, una de las primeras lecciones que aprende una Cazadora es que no siempre se puede cazar a la cabra —dijo ella, aunque no sabía por qué.

—¿De verdad?

Brighid suspiró.

—Las cabras están ahí arriba. Yo estoy aquí abajo. Creo que hoy no voy a poder cazar ninguna.

Liam volvió a sonreír con fuerza.

—¡Yo puedo hacer bajar a las cabras!

—No, tú tienes que bajar de ahí y... —Brighid se quedó callada. Aquello tenía sentido, porque ella no iba a poder subir por la ladera resbaladiza y empinada.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Yo haré que las cabras bajen hacia ti!

—¿Crees que podrías encontrarlas?

—¡Sí! ¡Sí! Cuando sopla el viento las oigo. Tengo muy buen oído. Y las huelo. Huelen a cabra —dijo el niño, y con un esfuerzo, se calmó—. Están por allí —dijo, y señaló hacia delante.

Bueno, parecía una locura, y no era un método muy ortodoxo de cazar una cabra montesa, pero podría funcionar.

—De acuerdo. Pero solo si me prometes que vas a hacer lo que yo te diga.

—¡Te lo prometo! ¡Te lo prometo! —exclamó Liam.

El niño extendió las alas y comenzó a revolotear por el borde del saliente, saltando y danzando alegremente.

—¡Liam! —exclamó Brighid en un tono muy agudo, y el niño se quedó inmóvil—. Una Cazadora debe aprender rápidamente a controlar sus sentimientos. Sobre todo, en mitad de una caza —le dijo. Por supuesto, el niño era un niño, no una niña, ni una mujer centauro, ni una Cazadora... Brighid agitó la cabeza, más para sí misma que para el niño, que seguía observándola con atención—. Esto es lo que quiero que hagas: lenta y cuidadosamente, sigue por el camino que has descubierto, intentando oír los sonidos de las cabras y buscando señales de que ellas hayan recorrido el mismo sendero.

—Iré lentamente, y con cuidado. Haré como si fuera una Cazadora. Salvo que fingiré que tengo cascos mágicos que no hacen ruido cuando camino.

Brighid tuvo que contenerse para no mirar al cielo con resignación. El chico pensaba que era un centauro. Tenía alas y garras en los pies, y quería tener cascos. Y mágicos, encima. Claramente, tenía alucinaciones, lo cual no debía de ser bueno para su desarrollo futuro, ¿verdad? Brighid tenía la sensación de que, cuanto más tiempo pasaba con los niños, menos sabía de ellos.

—Ve en silencio. Lo único que tienes que hacer es encontrar a las cabras. Cuando las hayas visto, te vuelves hacia mí, también en silencio. Cuando te diga que estoy lista, dejas de fingir que tienes cascos mágicos y te pones a saltar y a gritarles. Pero no te acerques al borde, o las espantarás hacia el interior de la montaña —le dijo Brighid. Además, notó que se le encogía el estómago al pensar en que el niño se acercara al borde del barranco mientras las cabras corrían como locas a su alrededor—. Lo que tienes que hacer es colocarte detrás de ellas y gritar.

—Lo entiendo —dijo él, y asintió varias veces—. Quieres que las conduzca hacia ti.

—Exacto. Yo te iré siguiendo por aquí debajo, por el paso, y si tenemos suerte, las cabras correrán para huir de ti y bajarán aquí, directamente hacia mí.

—¡Y entonces tú cazarás una para la comida! —dijo él triunfalmente.

—Eso espero.

—Y si pasa eso, ¿seré tu aprendiz?

—Ya veremos. Ser aprendiz de una Cazadora es un proceso completo.

Liam se mordió el labio.

—Lo entiendo —dijo, pero después se animó—. Voy a hacerlo lo mejor que pueda. Ya lo verás. ¡Seré la Cazadora perfecta!

—Hacer las cosas lo mejor que uno puede es siempre la mejor decisión —dijo Brighid, sin saber qué responder.

Y entonces, con un aleteo muy poco propio de un centauro, el niño comenzó a caminar con la cara hacia el viento.

—¡Ten mucho cuidado de no acercarte al borde! —insistió Brighid.

Capítulo 17

Por lo menos, el niño estaba siendo muy silencioso. Salvo cuando desprendía algunas piedrecitas que rodaban por la ladera con sus supuestos cascos mágicos, la Cazadora tenía que admitir que Liam se movía con sigilo por el estrecho camino que había sobre ella. No se reía, ni aleteaba, ni hacía preguntas. Tal vez, el hecho de mantener a los pequeños ocupados era la clave de poder controlarlos. Brighid miró hacia arriba justamente a tiempo para ver desaparecer una alita delante de ella, justo cuando ambos lados del paso viraban bruscamente hacia la derecha, y Liam seguía el camino de las cabras por aquella curva.

No, Brighid debería saber que no tenía ningún control sobre el niño. Él estaba en su propio mundo, donde pensaba que era una Cazadora de los centauros, y de ahí que se mantuviera en silencio. ¿Habría sido ella así de niña? ¿Llena de fantasías, hablando y saltando sin cesar? Suspiró. No recordaba haber sido nunca tan pequeña, le parecía que había nacido vieja, aplastada por el peso de la responsabilidad de la tradición y de las expectativas de su madre.

Miró hacia arriba, pero no vio al niño, y se estremeció mientras recorría con los ojos los muros de piedra gris. ¿Adónde había ido Liam? No podía ver nada más allá de la curva brusca del camino. ¡Maldición! El niño no debería ir tan adelantado a ella.

Brighid se detuvo y escuchó el viento. ¿Era aquello el eco del balido de una cabra? Se concentró más intensamente...

El graznido agudo que oyó por encima de su cabeza hizo que sacara una flecha de su carcaj e inclinara el arco hacia arriba, tan rápidamente que cualquiera que lo hubiera visto solo habría percibido un borrón de movimiento. Apuntó hacia el sonido, y se le cortó la respiración.

Volando por encima de ella, dibujando en círculos, había un halcón plateado con las puntas de las alas doradas.

Estaba como esperando a que ella le dedicara su atención; cuando la obtuvo, aprovechó una corriente de aire y se lanzó en picado hacia ella. La Cazadora se quedó paralizada, inmóvil como una estatua, sin poder hacer otra cosa que mirar al bellissimo pájaro que surcaba el aire. El ave la miró a los ojos, y en ellos, Brighid vio el reflejo de su propia alma.

Sintió el vínculo con el pájaro. «Libertad... poder... valor... justicia que una guerrera debe usar bien». Aquellas palabras resonaron en su mente con una voz clara que a ella le resultó familiar. «Te pertenezco, y tú me perteneces a mí. Ya es hora de que reconozcas nuestra conexión, hermana». El halcón volvió a graznar y pasó por encima del cuerpo de Brighid, tan cerca que sus alas casi le rozaron el pelo.

Entonces notó algo en el lomo equino, algo como el picotazo de una molesta mosca negra de las llanuras.

«Un regalo. Algo que lleva escondido demasiado tiempo... como nuestro vínculo, y el poder que te ha transmitido tu herencia».

Brighid se dio la vuelta y miró al pájaro, sin dejar de notar todavía el dolor agudo en el lomo. ¿Aquel bicho la había picado?

«Mira hacia abajo».

Brighid lo hizo, y vio la piedra. Su color azul verdoso resaltaba contra el gris apagado del camino de pizarra. La mujer centauro la recogió. Se sentía intrigada por la fuerza de su color y por su suavidad, y también porque irradiaba calor.

Le recordaba a algo...

El halcón volvió a graznar, y Brighid miró hacia arriba.

«Te necesita».

—¿Quién?

«¡Liam!».

¿Liam? Brighid empezó a galopar controladamente mientras se guardaba la piedra en el bolsillo interior del chaleco.

Recorrió con la mirada las paredes grises de roca que había a su alrededor, pero no vio al niño.

—¡Liam! —gritó.

El nombre del niño reverberó por el cañón de un modo extraño, y Brighid comenzó a arrepentirse profundamente de haber dejado que se separara de ella y del resto del grupo. ¿Quién sabía cuántos peligros ocultos podían albergar aquellas montañas? El mismo halcón plateado le había advertido que Liam la necesitaba.

De nuevo el camino dibujaba una curva brusca hacia la derecha. Ella derrapó al tomarla y estuvo a punto de perder el equilibrio sobre el suelo de pizarra. Allí, el paso se ensanchaba y concedía espacio suficiente para varios centauros.

Había pedruscos de diversos tamaños por el terreno, así que tuvo que aminorar la velocidad para recorrer el camino entre ellos.

Lo sintió. Sintió que alguien la estaba observando. Instintivamente alineó el arco con su mirada, y sintió alivio. Más adelante, por encima de ella, vio la inconfundible forma de la cabecita y las puntas de las alas de Liam, que asomaban por el borde del barranco. Al ver que la Cazadora lo estaba mirando, la saludó alegremente con la mano. Brighid suspiró y bajó el arco. Él estaba demasiado lejos como para oírla, así que comenzó a agitar el brazo para indicarle que fuera con ella.

¿Cuál era el problema del que había querido advertirle el halcón? Liam estaba bien. ¿O acaso lo que había oído no era en absoluto la voz del pájaro? Miró con cautela a su alrededor. ¿Quién sabía qué peligros podían acechar en aquellas montañas? Ciara había sentido algo que le había causado inquietud. Tal vez los espíritus de su gente estuvieran allí escondidos. A Brighid le parecía posible que quisieran causar problemas. Notó la presión de la piedra turquesa contra el pecho. ¿Estaba imaginándose que desprendía calor?

Se apartó toda aquella confusión de la mente. Más tarde, cuando los niños estuvieran a salvo en el Castillo de MacCallan pensaría en todas las dudas y en la rareza de aquel día, y también en las ocasiones en las que había vislumbrado el Reino

de los Espíritus durante aquel viaje.

De repente, sintió una punzada, casi como si hubiera caído otra piedra del cielo. Ciara le había dicho que tuviera cuidado con lo que le pedía al Reino de los Espíritus... La piedra azul le presionó suavemente contra el pecho y le envió una ráfaga de conocimiento.

Era una piedra para atrapar almas que le había regalado su guía espiritual. Al pensarlo se sintió casi mareada.

«¡Más tarde!», se repitió severamente. Agitó la cabeza y miró nuevamente hacia Liam. No lo vio con claridad, porque el niño iba moviéndose entre la luz y las sombras de las piedras. Por el momento iba a tener que olvidarse de las cabras para poder llevar al niño con el resto del grupo. Se estaba haciendo tarde; ellos estarían preocupados por Liam, puesto que seguro que ya habrían descubierto la ausencia del pequeño.

Brighid hizo un mohín al imaginarse la escena con Cuchulainn cuando volviera con Liam y el niño empezara a contarle todo acerca de su primera caza como aprendiz de Cazadora.

Detectó otro movimiento junto al saliente de piedra.

Liam era de nuevo visible; su silueta alada se dibujaba perfectamente contra el azul del cielo por encima de la ladera mientras seguía descendiendo para reunirse con ella.

Brighid abrió la boca para recordarle que tuviera cuidado, aunque era evidente que el niño estaba tan cómodo escalando las alturas como aquellas esquivas cabras. Sin embargo, ella no tuvo oportunidad de pronunciar las palabras.

El día explotó en violencia.

Brighid oyó el sonido familiar de la cuerda de un arco al impulsar una flecha, e instintivamente se inclinó hacia delante.

—¡Liam! ¡Agáchate!

El niño se quedó petrificado, con las alas abiertas mientras se balanceaba sobre la roca. Era como una estatua paralizada por el pánico. Un blanco fácil. Una flecha negra le atravesó el ala derecha.

—¡No! —gritó Brighid, pero su voz fue ahogada por el aullido de dolor de Liam.

El niño se desplomó. El ala herida se le quedó extendida por el borde del barranco, junto a la parte superior del cuerpo de Liam. «¡Oh, por la Diosa, se va a caer!». La Cazadora echó a correr entre las rocas del camino, sin apartar la vista de Liam, mientras rezaba fervientemente, en silencio, pidiéndole a Epona que no hubiera más flechas, que el niño no cayera hacia la muerte.

—¡Aguanta! ¡Ya voy! ¡No te muevas!

El halcón volvió a graznar desde la pared contraria del muro, y Brighid vio que se lanzaba como una flecha de oro hacia un guerrero vestido de negro. El hombre abatió el arco y se tapó la cabeza con las manos para protegerse de las garras del ave.

—¡Solo es un niño, idiota! —gritó Brighid.

Vio que el guerrero giraba la cabeza hacia ella y se sorprendía, pero Brighid no tenía más tiempo para él. Tendría que confiar en que el halcón pudiera impedir que volviera a disparar. Liam la necesitaba.

Se detuvo en seco bajo el niño.

—Todo va a salir bien —le dijo, mientras buscaba frenéticamente el camino de las cabras por la pared de roca. Los sollozos de Liam resonaban a su alrededor. ¡Allí! El camino de las cabras no tenía más de dos palmos de anchura, pensó mientras lo seguía con la mirada. Ella no iba a poder subirlo, pese a toda su fuerza y su agilidad. Solo podría hacerlo un escalador humano.

Brighid miró al niño y sintió que se le encogía el estómago. Había conseguido arrastrarse para alejarse del borde, pero el ala herida le sangraba y manchaba de escarlata las piedras grises que había a su alrededor.

«Llama al guerrero», le dijo una voz interior. «Usa tu vínculo con él y llámalo».

Brighid no tuvo que mirar hacia arriba. Oyó los gritos de furia del arquero y los gritos de depredador del halcón. Sabía que la voz era del pájaro, de su espíritu aliado.

—¡Brighid! —sollozó Liam.

—Estoy aquí, Liam —dijo la Cazadora, mirando al niño herido—. No tengas miedo. Te vas a poner bien. Solo tienes que ser valiente durante un rato más. ¿Puedes ser valiente, verdad?

Liam empezó a asentir, pero se detuvo de repente con un gemido.

—Me duele —dijo, y se mordió el labio para no seguir sollozando.

—Lo sé, pequeño, lo sé. Pero voy a conseguir ayuda.

—¡No me dejes solo!

—No voy a hacerlo —le aseguró ella—. No tengo por qué.

Liam miró a los ojos a la Cazadora.

—¿Magia?

—Magia —dijo ella.

Oh, por la Diosa, eso esperaba con todo su corazón. Cerró los ojos e hizo lo único que podía hacer: seguir los dictados de su instinto. Él había acudido a ella en sueños... sueños que solo eran parte de la conciencia... siempre estaban allí, pero eran más esquivos cuando uno estaba despierto...

Pensó en su amigo, en el guerrero feliz de risa contagiosa y que era capaz de atraer a la gente como las flores a las abejas.

«¡Maldita sea, Cuchulainn! ¡Necesito tu ayuda! ¡Ven conmigo!».

¿Era su imaginación, o acababa de oír el susurro de la risa de Cuchulainn?

Ciara iba corriendo junto al caballo de Cuchulainn. Con las alas extendidas, se valía del paso deslizante de los Fomorians para seguir con facilidad el ritmo del guerrero.

—Liam no está con los animales, y ninguno de los adultos lo ha visto desde el último descanso —dijo—. Es como si se hubiera desvanecido.

Cuchulainn gruñó y miró hacia delante con el ceño fruncido.

—Yo tengo una ligera idea de adónde ha podido ir el niño.

El alivio de Ciara fue evidente.

—¡No lo había pensado! Sí, debe de haber seguido a la Cazadora.

—Yo no me pondría tan contenta. Brighid es muy desagradable cuando se enfada.

Es probable que el niño aprenda la lección de lo que es ser el aprendiz de una vieja Cazadora malhumorada.

—¿Vieja? —Ciara se echó a reír—. Brighid es joven y atractiva.

Cu volvió a refunfuñar.

—Por dentro es vieja. Vieja y arisca.

Fue durante la risa de respuesta de Ciara cuando Cuchulainn lo sintió. Tiró de las riendas del caballo y lo detuvo en seco. Sintió una alegría, una felicidad juvenil que lo atravesó y lo hizo jadear de la sorpresa.

—Cuchulainn, ¿qué...?

El guerrero no oyó nada más de lo que le decía la mujer alada. Con la felicidad llegó otra cosa, algo que no había experimentado desde hacía varios ciclos de luna. De repente tuvo una visión de lo que estaba ocurriendo; vio a Brighid, con las manos posadas contra una de las paredes del paso, junto a un hilo de sangre que caía por la piedra. «¡Maldita sea, Cuchulainn! ¡Necesito tu ayuda! ¡Ven conmigo!». Las palabras reverberaron en su cabeza.

—¡Brighid! —gritó.

La visión desapareció. La sensación de felicidad se esfumó y el mundo real volvió a rodearlo en un instante.

Ciara lo agarró del brazo y lo miró a la cara.

—¿Qué has visto? ¿Qué le ocurre a Brighid?

—Me está llamando. Diles a los adultos que no dejen alejarse a los niños y que tengan precaución.

—No te preocupes por nosotros. Ve con ella.

En vez de responder, Cuchulainn clavó los talones en los flancos del caballo.

Capítulo 18

El viento había cesado. Incluso los gemidos suaves de Liam y los murmullos de ánimo de Brighid sonaban de repente muy altos en el silencio del paso, así que ella oyó a Cuchulainn mucho antes de verlo.

—Gracias a la Diosa —susurró Brighid—. Lo estás haciendo muy bien, valiente —le dijo a Liam con una sonrisa.

—Quiero ser valiente. Las Cazadoras son valientes.

—Estás siendo una Cazadora excelente, Liam.

¿Qué otra cosa podía decirle? Si pensar que era un centauro lo ayudaba a soportar el dolor de la herida y a evitar que cayera por el borde del barranco, entonces ella lo pensaría también.

Antes de volverse hacia Cuchulainn, Brighid miró hacia el extremo contrario del camino. Estaba vacío. Allí ya no había ningún guerrero vestido de negro con un arco. Ni tampoco ningún halcón que lo atacara en picado. ¿Adónde habían ido?

No podía ser que solo se hubiera tratado de una alucinación, ni de apariciones fantasmales. La herida de Liam era real, y era la prueba de que ella no se lo había imaginado todo.

Cuchulainn apareció al galope sobre su caballo, y al ver a Brighid tan cerca del muro de piedra, de manera tan parecida a la visión sangrienta que había tenido, desenvainó la espada con la velocidad de un rayo.

—¡Es Liam! —exclamó ella, señalando hacia la pequeña forma acurrucada junto al borde.

El semblante del guerrero se suavizó. Rápidamente llegó junto a Brighid y desmontó.

—¿Qué ha ocurrido?

—No te enfades conmigo, Cuchulainn —pidió Liam lastimeramente.

—Dile que no estás enfadado con él —le susurró Brighid.

Cu la miró con el ceño fruncido, pero después se dirigió al niño.

—No estoy enfadado, Liam.

—Cu ha venido a ayudarte, valiente —le dijo Brighid—. Tú solo estate quieto, y él te bajará.

La Cazadora se giró hacia Cuchulainn:

—Le ha disparado un guerrero —le dijo en voz baja, y señaló hacia el lugar que había ocupado el guerrero vestido de negro pocos momentos antes—. Desde allí. Pero se ha marchado. No sé adónde.

—¿Vio que tú estabas con el niño?

—No hasta después de haberle disparado. Se quedó asombrado al verme.

Cuchulainn frunció el ceño.

—¿Cómo iba vestido?

—De oscuro.

—¿Viste la flecha?

—Sí. Negra. Era oscura como... —De repente, Brighid se dio cuenta de algo—: Era un guerrero del Castillo de la Guardia.

—¿Y en qué estaba pensando? ¡Podía haber matado a Liam!

—Seguramente estaba pensando que protegía a Partholon de un diablo alado.

—Pero si ellos saben que vamos a llevar a los niños a Partholon —repuso Brighid.

—Pero no sabían que íbamos a hacerlo a través del Paso de la Guardia —dijo Cuchulainn—. Todo el mundo creía que íbamos a atravesar las montañas por el paso escondido, que está al oeste de aquí. El guerrero solo estaba cumpliendo con su deber.

Brighid resopló, pero la voz de Liam interrumpió la conversación.

—Fuego —les dijo a la Cazadora y al guerrero.

—Lo sé, valiente. Debe de ser como el fuego —dijo ella, consolando automáticamente al niño.

—No —respondió Liam, y señaló débilmente hacia el muro contrario—. Allí. Hay fuego.

Ellos siguieron con la mirada el dedo del niño. Más adelante, en el mismo lado desde el que el guerrero había disparado a Liam, había unas llamas amarillas que ardían contra el cielo cada vez más oscuro.

—¿Qué es? —le preguntó Cuchulainn al niño—. ¿Lo ves?

Liam se mordió el labio y se irguió un poco. Brighid iba a decirle que no se moviera, pero Cuchulainn le puso una mano sobre el brazo para interrumpirla. Liam luchó un poco más, y con un pequeño gemido consiguió sentarse, con el ala rota cayéndole sobre el regazo.

—Es como la hoguera del campamento, pero es la hoguera más grande que he visto en mi vida. Y no hay nada alrededor.

—Buen trabajo, Liam. Aguanta. Ahora mismo subo —dijo Cuchulainn, que se acercó a la ladera mientras se ponía los guantes. Después le dijo a Brighid—: Es la señal de los Guerreros de la Guardia. Las piras se encienden para llamar a los guerreros. Significa que se ha violado el paso.

—¡Pero nosotros no vamos a luchar contra los guerreros de Partholon!

—No, claro que no. Dame impulso. Tengo que bajarlo de ahí. Ellos no van a tardar en llegar hasta aquí.

—No me gusta nada esto —dijo Brighid, mientras se agachaba con las manos entrelazadas para impulsar al guerrero hacia arriba. Cuando estuvo sobre el camino, Brighid le dijo—: Ten cuidado. Es muy estrecho.

Él murmuró algo ininteligible.

Mientras Cuchulainn trepaba por la empinada ladera, Brighid miraba al guerrero, al niño herido y después hacia el final abierto del paso. El arquero era uno de los famosos Guardianes de la Guardia. Ella debería haberse dado cuenta, y lo habría hecho de no haber estado pensando en niños heridos y en pájaros que hablaban. Ella

nunca había estado en el Castillo de la Guardia, pero sabía que los guerreros destacados allí siempre estaban vigilantes, y que vestían de negro para mostrar su eterno llanto por los errores del pasado.

Más de cien años antes, los Guerreros de la Guardia se habían vuelto negligentes. Partholon llevaba en paz muchos siglos. Los Fomorianos no eran más que una antigua historia que se había transformado en las pesadillas de los niños.

Nadie podía suponer que aquellos demonios habían estado preparándose durante generaciones para volver a Partholon como conquistadores y amos. Los Guerreros de la Guardia no estaban preparados y los demonios los vencieron con facilidad, y de ese modo, la muerte y la maldad entraron en Partholon.

Los uniformes negros que llevaban los soldados eran su juramento visible de que nunca volverían a fallar. Eran formidables, y Brighid no quería enfrentarse a ellos. Sobre todo, teniendo en cuenta que sus aliados eran un guerrero con depresión y un niño herido.

Su hermano diría que no tenía posibilidades. Ella casi nunca estaba de acuerdo con su hermano, pero en aquella ocasión sí.

De repente oyó un grito y se dio la vuelta. Ciara estaba a la cabeza del grupo de los Nuevos Fomorianos, que avanzaban hacia ellos por el paso. Tenía una expresión de horror y estaba mirando a Liam. Pronto, su grito fue amortiguado por las exclamaciones de consternación de los demás.

Brighid se acercó rápidamente a ella.

—Liam está bien —le dijo, y alzó la voz para que pudieran oírla el resto de los niños—. Está herido, pero Cuchulainn lo va a bajar. Entre tanto, ¿por qué no hacemos un descanso mientras Ciara enciende una hoguera para que todos nos calentemos?

Ciara se había quedado helada, y seguía mirando a Liam.

—¡Ciara! —siseó Brighid—. ¡Reacciona!

La mujer salió de su trance y asintió. Después pidió combustible para encender el fuego.

La Cazadora buscó una cara familiar entre los niños.

—Kyna, creo que no recuerdo el nombre de vuestra Sanadora. ¿Cómo se llama?

La pequeña pestañeó para que se le diluyeran las lágrimas de los ojos y se secó las mejillas.

—Nara —dijo. Se puso de puntillas hasta que vio una figura adulta que estaba abriéndose paso hacia Brighid desde el final del grupo—. Allí está.

—Gracias, Kyna —respondió Brighid. «Mantenlos ocupados», se dijo—. Y, Kyna, necesito que me ayudes. ¿Podrías tú, y algunos de los otros niños, ocuparos del caballo de Cuchulainn? Creo que deberíais darle un masaje para que descansa y esté listo para viajar de nuevo —en aquel momento, oyó unos aullidos lastimeros y recordó algo más—: Y ocupaos de *Fand*. Ya sabes cómo se pone cuando Cuchulainn está demasiado ocupado como para prestarle atención.

—¡Claro, Brighid! —dijo Kyna, asintiendo vigorosamente, y al instante comenzó

a darles órdenes a varios de los otros niños.

—Yo soy Nara, la Sanadora —dijo la Nueva Fomorian. Era alta y esbelta, y tenía el pelo rubio muy claro, y los ojos de un color verde muy poco común.

Brighid seguía muy inquieta. No podía dejar de imaginarse a una horda de guerreros vestidos de negro que se cernía sobre ellos con los arcos tensos. Habló rápidamente con la Sanadora, con cuidado de mantener la voz baja para que los niños no pudieran oírla.

—Le han atravesado el ala con una flecha. No ha sido hace mucho tiempo, pero creo que Liam ha perdido bastante sangre. Yo no pude subir ahí para detener la hemorragia, y él estaba demasiado débil como para bajar. Tiene mucho dolor.

La Sanadora le tocó el brazo a Brighid.

—Yo puedo ayudarlo.

Brighid miró hacia arriba. Cuchulainn estaba ya agachado junto al niño. El guerrero se había quitado la camisa y le estaba vendando el ala a Liam contra el costado, para inmovilizársela.

—Ayudaré al guerrero a bajar al niño —dijo Nevin, y Brighid volvió a centrar su atención en el suelo.

—Y yo —dijo Curran.

—No, os necesito aquí abajo. Nara, ve a ayudar a Cuchulainn con Liam, y daos prisa.

La Sanadora asintió y, con las alas extendidas, comenzó a ascender con facilidad por el camino. Brighid se volvió hacia los gemelos.

—Quien disparó a Liam era uno de los Guerreros de la Guardia —dijo sin rodeos—. Han encendido una hoguera como señal de aviso. Los guerreros vienen hacia aquí.

El primer impulso de Brighid hubiera sido decirles a los gemelos que armaran a los adultos y que los colocaran en primera línea para proteger a los niños. Sin embargo, el hecho de pensar en la gente alada recibiendo a los guerreros de Partholon con armas le encogía el estómago. Aquella no era la forma. Si los Nuevos Fomorianos recibían con armas a los soldados, ¿en qué se diferenciarían de sus padres? La Cazadora respiró profundamente. «Epona, por favor, ayúdame a tomar la decisión correcta».

—Decídselo a los demás. Que se coloquen entre los niños, y que se sienten para mezclarse con los pequeños —dijo.

Los gemelos asintieron.

—Entendemos. No somos nuestros padres.

—No, no lo sois. Y esto no será el comienzo de otra guerra —respondió ella con firmeza.

Capítulo 19

Los niños se habían quedado tan callados que Brighid estaba empezando a entender que aquella era su manera de reaccionar ante el miedo. No gimoteaban, ni lloraban como la mayoría de los niños. Se quedaban muy quietos y muy atentos. La Cazadora respetaba aquel rasgo de ellos, y le dio las gracias a Epona por su madurez. Estaban pacientemente sentados en semicírculo alrededor de la hoguera que había prendido Ciara, mirando a la Sanadora, que mantenía inmóvil el ala de Liam mientras Cuchulainn lo bajaba del saliente rocoso.

Brighid tuvo que contenerse para no gritarle a Cuchulainn que se diera prisa. Tenía los ojos fijos en el paso. Cuchulainn y ella tenían que ir rápidamente al Castillo de la Guardia para hablar con los soldados y explicarles el motivo por el que habían decidido utilizar aquella ruta, para explicarles que los Nuevos Fomorianos no eran una horda invasora de las Tierras Yermas y que solo eran un grupo de niños y de adultos esperanzados a quienes la Jefa del Clan MacCallan había prometido un hogar.

Seguramente, los Guerreros de la Guardia ya sabían casi todo aquello. La madre de Cuchulainn había transmitido la noticia por todo el reino. Aunque no fueran muy bienvenidos en Partholon, al menos la gente esperaba a los Nuevos Fomorianos.

Etain era la Elegida de Epona, y Elphame era reverenciada porque estaba tocada por la mano de la Diosa. Aquello garantizaba que los habitantes de Partholon no se levantarán en armas contra los híbridos. Hacer eso sería desafiar a la misma Epona.

Y sin embargo, Liam había sido atacado.

—Nara, he preparado un lecho para él junto al fuego —dijo Ciara.

Brighid se volvió y vio a Cuchulainn caminando hacia la hoguera con Liam en brazos. El niño estaba muy pálido, y gimió de dolor cuando Cu lo depositó con sumo cuidado sobre la pila de pieles. Nara pidió agua hirviendo y comenzó a mezclar hierbas curativas mientras hablaba en voz baja con el niño para consolarlo.

Cuchulainn se acercó a Brighid.

—Debemos interceptar a los guerreros y explicar la situación antes de que ocurra algo peor —dijo.

—Totalmente de acuerdo. Quiero hablar con el guerrero que confundió a un niño con un demonio.

—Reprender a un guerrero del Paso de la Guardia no es la mejor manera de calmar la situación.

—Reprenderlo es lo menos que me gustaría hacer —replicó ella.

Cuchulainn comenzó a refunfuñar, cuando percibió un movimiento por encima del hombro de la mujer centauro, un movimiento que hizo que se pusiera rígido. Brighid se dio la vuelta y se quedó sin aliento. El final del paso ya no estaba vacío. En silencio, docenas de guerreros vestidos de negro avanzaban hacia ellos.

—Quédate a mi lado. No saques el arco —le dijo él.

—¿Cuchulainn? —preguntó Ciara con la voz trémula.

El guerrero la miró brevemente.

—Todo va a ir bien —dijo. Miró a los niños e insistió—: Todo va a salir bien.

—¿Conoces a alguno de ellos? —le preguntó Brighid.

—Todavía no lo sé. Debería. Me adiestré aquí, pero fue hace varios años... —Sus palabras se interrumpieron cuando la línea de soldados dejó de moverse. Un guerrero muy alto se separó de ellos.

Brighid miró a Cu de reojo, y sintió alivio al comprobar que su semblante se había relajado. Se acercó al guerrero y le tendió el brazo para ofrecerle el saludo tradicional entre camaradas.

—Maestro Fagan, bienhallado —dijo Cuchulainn con verdadero afecto.

El guerrero vaciló un instante, pero después agarró el brazo a Cu para devolverle el saludo.

—Bienhallado, Cuchulainn MacCallan. Conocíamos tu misión en las Tierras Yermas. Al ver la primera señal de fuego tuve la esperanza de que te descubriéramos a ti, y no a una horda invasora.

La voz de Fagan era grave, y su rostro estaba surcado de arrugas, pero ambos estaban llenos de familiaridad, la misma que Cu le había demostrado con su saludo.

Cu se echó a reír.

—¿Una horda invasora? No. Solo estoy guiando a unos niños de vuelta a la tierra de sus antepasados.

El viejo guerrero observó el grupo de seres alados y silenciosos.

—Eso teníamos entendido. Pero creíamos que ibas a conducirlos por el paso secreto que se descubrió en el oeste. No sé por qué se ha producido el cambio de planes.

—Teníamos intención de usar el paso del oeste, pero hubo una tormenta de nieve hace dos lunas. La nieve lo ha convertido en un camino muy difícil para los niños, así que decidimos traerlos por el Paso de la Guardia.

—Es una lástima que no fuéramos informados del cambio de planes. Me parece que uno de los Fomorianos ha resultado herido por la flecha de uno de mis hombres.

—No hirió a un Fomorian. Hirió a un niño, no a un demonio. Hay diferencia entre ambas cosas —dijo Brighid con tirantez, con dureza, y pensó, con satisfacción, que su voz sonaba tan imperiosa como la de su madre.

Fagan observó a la mujer centauro.

—Tú debes de ser Dhianna, la que dejó a su clan para unirse a los MacCallan.

Brighid entrecerró los ojos peligrosamente antes de que Cuchulainn se apresurara a hacer las presentaciones.

—Maestro Fagan, te presento a la Cazadora del Clan MacCallan, Brighid Dhianna.

—Supongo que el halcón es tuyo, Cazadora —dijo Fagan.

Brighid hizo caso omiso de la sorpresa que se reflejó en los ojos de Cuchulainn.

—El halcón no es mío, pero le agradecí a Epona que lo enviara en mi ayuda. Le

salvó la vida al niño.

Fagan la miró larga, contemplativamente.

—Sería una tragedia el haber acabado con una vida tan joven e inocente. Si ese joven es, de verdad, inocente.

—Este niño en concreto es mi aprendiz —dijo Brighid—. Si cuestionas su honor, cuestionas el mío.

—Entendido, Cazadora —dijo el Maestro de la Espada, manteniendo la mirada de Brighid sin inmutarse.

A Brighid no le gustó su tono de voz, pero antes de que pudiera decírselo Cuchulainn había hecho un gesto con el brazo, con el que abarcó a los Nuevos Fomorianos.

—Ven, Maestro. Deja que te presente a los Nuevos Fomorianos y a sus niños.

De mala gana, el Maestro de la Espada apartó la mirada de la Cazadora y, con evidente incredulidad, repitió:

—¿Nuevos Fomorianos?

Brighid se sintió agradada al ver que la expresión de Cuchulainn se endurecía, y que su tono de voz perdía calidez.

—Estos no son los demonios que nuestros antepasados combatieron y expulsaron de Partholon. Son inocentes. Pensaba que un hombre tan sabio como mi antiguo Maestro no prejuzgaría a nadie.

—Y yo pensaba que un guerrero que ha perdido recientemente a su prometida por culpa de la locura de una de esas criaturas tendría más cuidado al depositar su confianza en alguien.

—No olvides, Fagan, que ya no soy uno de tus jóvenes estudiantes. La muerte de mi prometida tuvo lugar antes del sacrificio de mi hermana, que lavó los vestigios demoníacos de la sangre de los híbridos.

Brighid intervino:

—Maestro Fagan, tú conoces a Cuchulainn. También sabes lo que ha perdido. Si él los ha perdonado y los ha aceptado, ¿no es eso un punto a favor de los híbridos? ¿Acaso no puedes, como mínimo, demostrarles respeto?

Fagan la miró pensativamente.

—Vamos, Cazadora —dijo, y en sus labios apareció una sonrisa repentina que ahuyentó la severidad de su rostro—. Deja que conozca a estos Nuevos Fomorianos que han encantado tanto a mi alumno favorito como a una famosa Cazadora de los centauros.

Brighid inclinó la cabeza como pequeña muestra de agradecimiento, pero miró con dureza a los guerreros que llenaban el paso, y que continuaban armados y en guardia.

—Nunca había conocido a un Guerrero de la Guardia, pero teniendo en cuenta lo que había oído decir, me sorprende que permanezcan en una posición tan amenazante contra un grupo de niños —dijo con sarcasmo.

—Los Guerreros de la Guardia no luchan contra niños —dijo Fagan.

Brighid arqueó una ceja.

En respuesta, Fagan movió un brazo hacia los soldados:

—¡Mi guardia, a mí! —ladró, y seis guerreros salieron de la línea frontal para unirse a ellos.

Brighid sonrió ferozmente.

—Yo también estaba nerviosa cuando conocí a los niños. Claro que solo soy una Cazadora, y no Maestro de la Espada de los Guerreros de la Guardia.

—¿Cuál fue la primera lección que aprendiste como discípulo mío, Cuchulainn? —preguntó Fagan.

—Permanecer siempre vigilante —respondió Cu.

—Mi guardia se queda a mi lado —dijo Fagan.

Brighid soltó un resoplido.

—Como deseas, Maestro Fagan —dijo Cuchulainn—, pero indícales que enfunden las espadas. No hay necesidad de asustar a los niños.

Fagan les dio la orden a sus hombres. Después, ellos tres, seguidos por los espadachines de la guardia de elite, caminaron hacia los Nuevos Fomorianos.

Brighid y Cuchulainn se miraron con una expresión de buen humor.

—Tal vez debas prepararte, Maestro —dijo Cu.

Fagan arqueó las cejas.

—Un Guerrero de la Guardia siempre está preparado.

—En circunstancias normales sí —repuso Cu.

—Pero estas no son circunstancias normales —dijo Brighid.

Se acercaron a la hoguera. Nara estaba arrodillada junto a Liam. No necesitaron ver su rostro porque su cuerpo estaba tenso de concentración. Movía las manos con rapidez, y Brighid atisbó una aguja curva de hueso con la que la Sanadora estaba cosiéndole el ala al niño. A Brighid se le encogió el estómago. Nara ocultaba la mayor parte del cuerpo de Liam con el suyo, pero Brighid se dio cuenta de que el niño estaba inmóvil, y sintió miedo. ¿Se había quedado inconsciente? ¿Eran sus heridas más graves de lo que ella había pensado?

—Está dormido, Cazadora —dijo Nara, sin apartar su concentración del niño—. Le he dado un bebedizo para aliviarle el dolor y dormirlo. No se despertará hasta mañana.

—Gracias —dijo Brighid, y se sorprendió de que su voz sonara tan normal, porque se sentía como si alguien le hubiera estrujado las entrañas. Entonces, se volvió hacia Fagan, y en voz baja, de ira, le dijo—: Este es el niño al que disparó tu guerrero. Mira bien al ser que creíste un demonio —añadió, y se giró hacia los soldados—: Acercaos a vuestro Maestro. Vosotros también debéis ver a quién habéis querido destruir.

Los hombres vacilaron, pero todos se acercaron y rodearon a Nara para mirar a Liam. El pequeño tenía un aspecto frágil. Estaba muy pálido y tenía el ala rota. Su

carita estaba manchada de lágrimas y de barro, y se le había caído el pelo rubio por los ojos. La herida del ala le estaba sangrando, aunque Nara estaba cosiéndolo minuciosamente.

—Si no cesa la hemorragia, tendré que cauterizársela —dijo la Sanadora—. Aunque preferiría no hacerlo. Eso perjudicaría para siempre el crecimiento de las membranas del ala. Es demasiado joven como para llevar la carga de quedar lisiado.

—¿Va a curarse? —preguntó Cuchulainn.

—Solo la Diosa lo sabe. Pero es joven y fuerte —dijo Nara. Después miró a Fagan a los ojos. Su voz era amistosa—. ¿Tienes hijos, guerrero?

—No, no he tenido esa fortuna —respondió Fagan.

La Sanadora miró al resto de los soldados.

—¿Y vosotros, sois padres?

Cuatro de ellos asintieron lentamente.

—¿Hijas o hijos?

Los cuatro miraron a su Maestro, que asintió. Después respondieron.

—Yo tengo dos hijos.

—Tengo una hija.

—Tengo tres hijas y un hijo.

—Tengo tres hijos.

Nara sonrió a cada uno de ellos.

—Habéis sido bendecidos con generosidad. Decidme, ¿habéis cometido alguna vez un error?

Los hombres asintieron.

—¿Y no os haría mucho daño que vuestros hijos recibieran la culpa de ese error?

—Sí —dijo el padre de los tres hijos. Los demás asintieron de nuevo.

—Ruego a Epona que nunca conozcáis ese dolor —dijo Nara con seriedad. Después volvió a mirar a Fagan.

—Guerrero, ¿crees tú que este niño debería pagar el precio de los pecados de su padre?

—No. No lo creo.

—Esperemos entonces que el niño se cure, porque de lo contrario, ocurrirá exactamente eso: habrá pagado el precio de los pecados de un abuelo a quien nunca conoció.

—Rezaremos para suplicarle a Epona que Liam se cure y se recupere rápidamente —dijo Ciara. Su melodiosa voz llamó la atención de los guerreros. La Chamán se acercó a ellos con gracilidad e hizo una reverencia ante Fagan—: Bienhallados, Guerreros de la Guardia. Soy Ciara, nieta de la Encarnación de la Musa Terpsícore. También soy la Chamán de los Nuevos Fomorianos, y os saludo en nombre de mi pueblo.

Fagan se había quedado asombrado con aquella presentación, y tenía los ojos abiertos como platos mientras miraba a la bella mujer que le sonreía abiertamente.

—Yo... No nos esperábamos... —balbuceó, y agitó la cabeza como si tuviera que aclararse la mente—. Todos los Guerreros de la Guardia están bien versados en la historia de las Guerras Fomorianas. Se dice que la Encarnación de Terpsícore murió después de extender la epidemia de viruela en el ejército de los demonios.

—Mi abuela infectó a los demonios con la viruela, pero sobrevivió a la enfermedad. También sobrevivió al nacimiento de mi madre. Muchas de las Encarnaciones de las Musas y sus pupilas sobrevivieron también.

—Son noticias inesperadas —dijo Fagan.

—¿Te gustaría conocer a algunos de los descendientes de las Nueve Musas?

—Yo... —Fagan miró a Cuchulainn.

—Las cosas no siempre son como uno se espera, Maestro —dijo suavemente Cuchulainn—. Creo que deberías conocer a los niños.

—¡Ah! Eres un Maestro —dijo Ciara—. ¿Cuál es tu arma?

—La espada.

—A los niños les va a encantar. —Ciara se rio con alegría.

Después se volvió hacia el grupo silencioso, que seguía esperando, pero con los ojos muy brillantes clavados en los extraños.

Brighid no podía creer que los niños se estuvieran portando tan bien. Se dio cuenta de que movían las alitas, y casi podía ver su energía nerviosa. Pero ninguno de ellos parloteaba ni saltaba. La Cazadora se sintió orgullosa.

La voz de Ciara sonó de nuevo, y Brighid se dio cuenta de que el descanso temporal de la exuberancia de los niños iba a terminar pronto. Miró a los soldados. Bueno, por lo menos había cuatro de ellos que tenían hijos, y tal vez estuvieran preparados para...

La Chamán hizo una reverencia y anunció:

—¡Que los descendientes de las Nueve Musas saluden al Maestro Fagan, de los Guerreros de la Guardia!

Con una enorme satisfacción, Brighid vio a los niños ponerse en pie de un salto, como pajaritos enjaulados a los que de repente alguien había liberado, y vio a Fagan dar un paso hacia atrás. Cuchulainn estaba observando a su antiguo maestro con una sonrisa. La miró a ella también, y Brighid tuvo que contener una carcajada. Afortunadamente, Ciara dio una palmada y los niños se quedaron callados.

—Se entusiasman demasiado cuando conocen a alguien nuevo —dijo Ciara a modo de disculpa.

—¿Y no hay más adultos, salvo la Sanadora y tú? —preguntó Fagan.

—Oh, sí, pero no muchos —dijo Ciara, y miró hacia la multitud de niños—. Adultos, por favor, levantaos.

Los Nuevos Fomorianos adultos se pusieron en pie entre los pequeños.

Fagan agitó la cabeza mientras contaba.

—Pero esto no puede ser. Hay muy pocos.

—Hay veintidós adultos Nuevos Fomorianos —dijo Cuchulainn—. Eso es todo.

—¿Y cuántos niños hay?

—Setenta.

—¿Y cómo puede haber tantos niños y tan pocos adultos?

—Maestro, si nos ofreces refugio esta noche en el Castillo de la Guardia, te lo explicaremos todo gustosamente —dijo Cuchulainn.

Fagan miró a su antiguo estudiante, y después al pequeño del ala rota, y después, al grupo de niños que esperaba con impaciencia.

—El Castillo de la Guardia os ofrece refugio a los Nuevos Fomorianos —dijo, trabándose solo un poco con la palabra—, y a vosotros.

Capítulo 20

—Hubiera preferido llevarlo yo —le dijo Brighid a la Sanadora por quinta o sexta vez. Estaba caminando junto a la camilla de Liam, que iba amarrada a un par de cabras domesticadas. El niño seguía dormido, y cada vez que su cuerpecito sufría un movimiento brusco, la Cazadora se estremecía.

—Lo mejor para su ala es que vaya tumbado e inmóvil.

Brighid frunció el ceño de preocupación.

—Cazadora —dijo Nara suavemente—. La hemorragia ha cesado. El niño se va a recuperar.

Brighid vio la verdad reflejada en la mirada de la Sanadora, y sintió un poco de alivio.

—¡Brighid!

Cuchulainn la llamó desde la cabeza del grupo, que en formación de columna, avanzaba lentamente por el paso.

—Puedes estar tranquila. Liam estará bien atendido. Va a dormir toda la noche, y mañana se despertará y se decepcionará mucho al saber que se perdió el primer encuentro con los Guerreros de la Guardia —le dijo la Sanadora.

—Tendré que recordarle que él fue quien tuvo ese primer encuentro con los guerreros —respondió Brighid. Antes de alejarse del niño, se inclinó hacia él y le apartó el pelo de la cara. No sabía por qué, pero tenía la necesidad de acariciarlo, de saber que estaba cálido, que respiraba y vivía.

¿Cómo era posible que un niño tan pequeño causara tanta inquietud?

«Los niños... No es de extrañar que los padres, que si no tuvieran hijos serían jóvenes y saludables, tengan un aspecto tan demacrado y estén tan distraídos».

Echó una última mirada a Liam antes de ir junto a Cuchulainn. Observó la mezcla de guerreros y niños mientras se abría paso hacia el comienzo de la columna. Los niños parloteaban incansablemente. Llevaban caminando dos horas, y las preguntas infantiles no se habían acallado. Eran como bolitas brillantes de curiosidad insaciable envueltas con alas. Le pareció que el sonido de sus voces felices, junto a las respuestas mucho menos exuberantes de los soldados, era muy satisfactorio.

Aquellos guerreros no dirigirían sus armas contra los niños después de haber marchado con ellos y verlos como individuos. «Cierto», pensó mientras contenía la sonrisa. «Tal vez huyeran de uno de estos niños alados si se lo encontraron en un pasadizo oscuro de montaña, pero no le dispararían una flecha».

—¡Brighid! —volvió a exclamar Cuchulainn, haciéndole una seña para que se reuniera con él.

Cuando la Cazadora llegó a su lado, comprobó con diversión que Fagan y Cu se habían alejado un poco del grupo principal para escapar del interrogatorio de los niños.

—El Castillo de la Guardia está después de la siguiente curva. Fagan ha enviado

emisarios para que informen al castillo.

—Cuchulainn me ha descrito las tiendas únicas que llevan los híbridos. El patio del Castillo de la Guardia será un lugar muy apropiado para que las monten esta noche —dijo Fagan.

Brighid se irritó y miró al Maestro de la Espada con desdén.

—¿Tienes tan pocas ganas de alojar a los Nuevos Fomorianos en tus habitaciones de invitados como para dejar a los niños fuera, con el frío nocturno?

Cuchulainn iba a responder, pero Fagan alzó una mano para impedirlo.

—Me has malinterpretado, Cazadora. El Castillo de la Guardia no tiene alojamientos lujosos para los invitados. Somos un castillo militar con el único propósito de defender Partholon. He pensado que los niños Maestro van a estar mucho más cómodos en sus tiendas, que podrán montar en el recinto interior del castillo, donde hay seguridad y calor. Mi ofrecimiento de refugio ha sido verdadero.

—Como la flecha que le atravesó el ala a Liam —dijo Brighid.

En vez de reaccionar con enfado a la contestación de la mujer centauro, el Maestro la miró pensativamente.

—Tu ira es comprensible, Cazadora —dijo—. Los niños son afortunados por haber encontrado a una protectora tan feroz.

—Solo son niños, Maestro Fagan.

—Y tú te has comprometido a llevarnos sanos y salvos hasta la Jefa del Clan.

—Los dos nos hemos comprometido a hacerlo —intervino Cuchulainn con firmeza.

—Entendido —respondió Fagan—. Penséis lo que penséis, yo respeto vuestra promesa y la diligencia con la que la estáis cumpliendo.

El Maestro miró hacia atrás, a los guerreros que marchaban en formación, aunque los grupos de niños que se reían, hablaban y hacían preguntas estuvieran entremezclados en sus filas. Fagan se echó a reír, aunque rápidamente carraspeó.

—Cuando recibimos la noticia de que los descendientes de los Fomorianos habían sobrevivido a la guerra y habían sido descubiertos en las Tierras Yermas, al instante puse a todos mis guerreros en estado de alerta —continuó—. Esperamos cautelosamente a ver si Partholon iba a necesitar nuestras armas. Y cuando la asesina, Fallon, llegó al castillo... —El Maestro apretó los dientes y eligió cuidadosamente las palabras—: Está loca, y es una criatura vil, llena de odio. Sabéis que su compañero decidió permanecer a su lado durante el cautiverio. Keir no está loco, pero Fallon lo ha envenenado. Se ha convertido en una persona triste y retraída, en quien no se puede confiar. Los dos fueron nuestra presentación a los miembros de esa raza que se hacen llamar los Nuevos Fomorianos. ¿Cómo íbamos a esperar algo diferente a ellos dos? Sin embargo, estos niños con alas... Su Sanadora... y su bella Chamán... No esperábamos nada similar —prosiguió, y agitó la cabeza—. Creo que Partholon se llevará una sorpresa tan grande como la que nos hemos llevado mis guerreros y yo en el día de hoy.

—Nadie esperaba a los niños, Fagan —dijo Cuchulainn—. Y los adultos son honorables, son seres que solo desean volver a la tierra de sus antepasados y vivir en paz.

—Creo que el futuro va a ser... —El viejo Maestro de la Espada fue interrumpido por una explosión de risitas a su espalda—. Interesante.

Al tomar la curva del paso rocoso, el Castillo de la Guardia apareció imponente ante ellos. A la luz del sol del atardecer parecía un gran fantasma gris. Había una inmensa puerta de hierro forjado que taponaba el paso, y la gruesa muralla del castillo, tallada de la misma montaña, bloqueaba la entrada definitiva a Partholon.

—¡Ooooh! ¡Qué grande! —exclamó Kyna, y varios de los soldados se echaron a reír.

—Me gusta el color —dijo otra vocecita—. Me recuerda a los días lluviosos.

—A mí no me gustan los días de lluvia. Sería más bonito si pintaran cosas en las murallas. Flores y niñas —dijo Kyna, lo cual provocó más carcajadas.

Fagan elevó el brazo para indicarle al guardia de la puerta que subiera la barrera de hierro. Sus hombres comenzaron a guiar a los niños hacia el interior de las murallas.

Una vez dentro, Brighid y Cuchulainn se hicieron a un lado para animar a los niños a que entraran en el patio. Fagan los dejó momentáneamente para poder reunir a los demás Maestros de Armas. Cuchulainn le explicó a Brighid que el Castillo de la Guardia no se gestionaba como el típico castillo de un clan. El puesto de jefe estaba repartido entre los diversos Maestros de Armas, puesto que las funciones del castillo eran las de la defensa y el adiestramiento militar.

Brighid lo escuchó, aunque sin apartar los ojos de los arqueros que se alineaban en las murallas. Había sentido su presencia opresiva desde que había atravesado la puerta de hierro.

—Fagan es digno de confianza —dijo Cuchulainn—. Nos ha ofrecido refugio. No romperá su juramento de protección.

—No estoy tan preocupada por Fagan como por ellos —dijo Brighid, y señaló con la barbilla hacia los arqueros silenciosos.

—Míralos bien, y lee la expresión de su rostro.

Brighid apartó la mirada de sus arcos y espadas y observó sus caras. Se sorprendió. Los hombres y mujeres del Castillo de la Guardia estaban mirando con fascinación a los pequeños.

—Están muy intrigados con los niños —le susurró Cuchulainn.

—Porque pensaban que iban a ser monstruos —replicó ella, a la defensiva.

—¿Y no era eso lo que pensábamos nosotros antes de conocerlos?

La Cazadora abrió la boca para negarlo, pero se dio cuenta de que solo podía soltar un resoplido de desagrado.

—Si una Cazadora gruñona puede aceptar a un niño alado de aprendiz, tal vez los Guerreros del Castillo de la Guardia puedan ver algo más en ellos —dijo Cu.

—Hablas como si tu alma ya se sintiera mejor —refunfuñó ella.

—Estoy mejor. No estoy completo, pero estoy mejor —respondió Cuchulainn. Paseó la mirada por la multitud mientras añadía—: No me has preguntado por qué he sabido que tenía que acudir a tu lado hoy.

—No he tenido tiempo. He pensado que no estabas muy lejos de nosotros, y que nos has oído a mí o a Liam y te has dado cuenta de que ocurría algo.

—Te oí, pero solo en mi cabeza.

—¿Cómo? No te entiendo... —Pero Brighid sí lo entendía—. Tú fuiste tocado por el Reino de los Espíritus. Ellos te enviaron una premonición.

—Más concretamente, creo que la parte de mi alma que te ha estado visitando en sueños me tocó, y me dio un empujón hacia delante por el paso.

Brighid arqueó las cejas.

—Él... o yo... —Cuchulainn exhaló un suspiro de exasperación—. No sé cómo tengo que llamar a esa otra parte de mí, pero lo cierto es que no se quedó. Y no entiendo por qué no lo hizo. Sería todo mucho más fácil. Tú no tendrías que viajar al Otro Mundo, y podrías librarte de cargar con la responsabilidad de curar mi espíritu.

La Cazadora se encogió de hombros.

—No es una carga, Cu. En realidad, he empezado a considerarlo como la caza de una presa poco común. Solo tengo que encontrar esa parte ausente de tu alma y traerla de vuelta.

—Entonces, ¿le estás siguiendo el rastro?

La diversión que brillaba en los ojos turquesa de Cuchulainn le recordó a Brighid al Cuchulainn despreocupado que acudía a sus sueños. «¡Va a curarse!». Lo vio de repente con tanta claridad que sintió una fiera ráfaga de alegría. Sin embargo, no quería permitir que Cu se diera cuenta de lo preocupada que había estado, no quería que él mirara atrás y se quedara atrapado en una red de dudas y recuerdos sombríos.

Así que contuvo su placer y arqueó una ceja.

—Una Cazadora bien entrenada ha de aceptar cualquier misión de rastreo para su clan, por muy horrible o desagradable que sea —explicó con voz de resignación.

Afortunadamente, Fagan los interrumpió antes de que Cuchulainn pudiera dar con una respuesta apropiada y molesta.

—Los Maestros de Armas quieren reunirse con vosotros dos y el líder de los híbridos —dijo Fagan.

—¿En el salón principal? —preguntó Cuchulainn.

Fagan asintió.

—Avisaré a Ciara —dijo Cu.

«Claro, él tenía que ofrecerse voluntario para ir a buscarla», pensó Brighid con el ceño fruncido, mientras observaba a su amigo moverse entre los guerreros y los niños en busca de la Chamán. «Está curándose, y para Cuchulainn, la vida no está

verdaderamente completa sin una mujer bella».

Aquella idea debería ser una gran satisfacción para ella, puesto que significaba que su amigo estaba recuperándose.

—Cazadora —dijo Fagan.

—Disculpa, Maestro Fagan —dijo Brighid, y se volvió hacia el guerrero—. Es mi primer viaje al Castillo de la Guardia. Me he distraído contemplando su... —Pasó la mirada por la fila de arqueros que había sobre las murallas y terminó—: arquitectura.

—Siempre vigilantes, Cazadora. Siempre permanecemos vigilantes —dijo él con una sonrisa.

La mujer centauro no respondió con otra, y el Maestro de la Espada la miró a los ojos.

—Te he dado mi palabra de que si tus Nuevos Fomorians son lo que parecen, ninguno debe temer nada de los Guerreros de la Guardia.

—Son exactamente lo que parecen, pero no son «mis Nuevos Fomorians» —replicó Brighid.

—Bueno, uno de ellos sí —dijo Fagan, sonriendo de nuevo, y se echó a reír—. Una Cazadora de los centauros ha aceptado a un niño como aprendiz, y además de niño, tiene alas.

Brighid cerró la boca. Aquel maldito Maestro de la Espada tenía razón. Su pequeño aprendiz tenía alas, y en aquel momento solo una de ellas funcionaba bien.

Y ella que había pensado que su vida sería más fácil cuando volvieran al Castillo de MacCallan...

Capítulo 21

Había otros tres Maestros de Armas esperándolos en el salón principal. Estaban sentados en tres sillas parecidas a tronos colocadas sobre un estrado. Fagan dejó a Brighid para ocupar su sitio junto a ellos. Cuchulainn y Ciara aparecieron también, y comenzaron las presentaciones.

—Dejad que os presente al resto de los Maestros de Armas —dijo Fagan, y señaló a una mujer de mediana edad, de rasgos afilados, que estaba sentada en el trono que tenía tallados unos caballos en el respaldo—. Glenna es nuestra Maestra de Equitación.

La mujer asintió. Sus ojos, llenos de inteligencia y curiosidad, estaban fijos en Ciara.

—Bain es nuestro nuevo Maestro de Combate —prosiguió Fagan.

Bain era el más joven de los cuatro, y tenía una figura atlética. Tenía el pelo negro, sin sombra de canas.

—Y Ailis es nuestra Maestra del Arco.

La mujer asintió brevemente. Tenía una edad indeterminada; su piel tenía arrugas, pero su cuerpo era firme y musculoso. Tenía el pelo rubio y corto, y aquello acentuaba la línea de su mandíbula y sus pómulos altos.

Los cuatro Maestros estaban vestidos de negro, como los guerreros, pero tenían un aire de autoridad que los diferenciaba de ellos. Cuchulainn dio un paso hacia delante e hizo una reverencia formal.

—Me alegro de verte de nuevo, Cuchulainn —dijo la Maestra de Equitación, con una voz agradable y femenina, llena de calidez. Brighid observó a Glenna con más atención, mientras se preguntaba hasta qué punto se había llevado bien con Cu mientras él estudiaba en el castillo.

—Bienhallada, Maestra Glenna —dijo Cu, y después hizo una reverencia para cada uno de los Maestros. Aunque ellos fueron amables, era evidente que su atención estaba centrada en la mujer alada que estaba junto a él.

—Me agrada poder presentaros a la Cazadora del Clan MacCallan, Brighid Dhianna —prosiguió Cuchulainn.

Brighid se inclinó hacia delante.

—Y también me gustaría presentaros a Ciara, Chamán de los Nuevos Fomorian y nieta de la Encarnación de la Musa Terpsícore.

Ciara dio un paso hacia delante e hizo una reverencia elegante.

—Me siento honrada de conoceros, y os doy las gracias por haberle ofrecido refugio a mi gente.

—¿Eres la líder, además de la Chamán de tu pueblo? —preguntó Glenna.

—No, Maestra Glenna. El líder de nuestra gente es Lochlan, que está unido a Elphame, la Jefa del Clan MacCallan.

Yo solo ocupo temporalmente esa posición, y me sentiré muy contenta cuando

pueda abdicar en él, al llegar a nuestro nuevo hogar.

—¿Y dónde está el resto de los adultos Fomorian? —preguntó Bain, en un tono acusatorio.

La sonrisa de Ciara no vaciló. Miró al joven Maestro sin amedrentarse y respondió:

—La raza Fomorian ya no existe, Maestro Bain. El último Fomorian pereció hace cien años. Mi pueblo prefiere llamarse el de los Nuevos Fomorian, porque nosotros hemos roto con la forma de vida de nuestros ancestros demoníacos —explicó. Miró a cada uno de los Maestros de Armas, y su voz adquirió una cadencia musical—. Pensadlo, Maestros.

Existimos gracias al amor que nuestras antepasadas sintieron por nosotros, que fue tan profundo como para empujarlas a vivir fuera de su tierra natal. Y por la fe de aquellas mujeres, sus hijos alados fueron más humanos que demonios. ¿Cómo no iba a ser una raza nacida en el amor, la fe y la esperanza, diferente a la de los demonios que la engendraron?

—Puede ser —dijo Ailis—, pero nuestra experiencia con tu gente ha demostrado que hay poca diferencia entre los antiguos y los nuevos Fomorian.

A Ciara se le borró la sonrisa de los labios, pero no se puso a la defensiva, y su expresión permaneció abierta.

—Hablas de Fallon y Keir. Ellos no son un buen ejemplo de nuestro pueblo, como creo que podrán asegurarte Cuchulainn y Brighid, e incluso el Maestro Fagan, creo. Fallon eligió la locura, y ni siquiera el sacrificio de Elphame pudo borrar la mancha del demonio de su alma después de que ella lo aceptara. Keir es su compañero. Él no puede evitar que la oscuridad de Fallon lo alcance. Son versiones tristes y distorsionadas de lo que nuestras antepasadas soñaron para nosotros.

—¿Nos pides que ignoremos que son de tu pueblo? —preguntó Bain.

—Solo pido que no nos juzguéis basándoos en sus errores.

Antes de que Bain pudiera responder, Cuchulainn intervino.

—Fallon asesinó a mi prometida. Tengo todos los motivos posibles para desconfiar de Ciara y de su gente, pero durante las dos pasadas lunas he llegado a conocerlos y a confiar en ellos. Dadles una oportunidad, y creo que pensaréis lo mismo que yo.

La Maestra del Arco se dirigió a Brighid.

—Cazadora, tengo entendido que has aceptado a uno de estos Nuevos Fomorian como aprendiz.

—Sí.

—Eso parece algo muy poco común.

—Ellos son gente muy poco común, Maestra Ailis —respondió Brighid.

—Ya veremos... —murmuró la Maestra Ailis.

—Fagan nos ha dicho que hay muchos más niños que adultos. ¿Cómo se explica eso? —preguntó Glenna a Ciara.

—Los otros adultos están muertos —respondió Ciara sin rodeos—. Algunos prefirieron terminar con su propia vida cuando la locura que había en su sangre se convirtió en algo demasiado difícil de contener. Otros, como Fallon, aceptaron la locura voluntariamente. A ellos los expulsamos del campamento; perecieron en las Tierras Yermas.

—¿Y dices que esa locura ha sido eliminada de vuestra sangre?

Brighid percibió la incredulidad en el tono de voz del Maestro del Arco, y se irritó. Ciara tenía que conservar la calma y ser la amabilidad personificada. Ella no.

—El sacrificio de mi Jefa de Clan lavó todos los vestigios demoníacos de su sangre —dijo—. Ya lo sabes. Creo que la misma Elegida de Epona os mandó las noticias. ¿Acaso estás cuestionando la palabra de Etain?

—Nosotros no dudaríamos de la palabra de la Elegida —dijo Ailis rápidamente.

—Entonces, ¿es a mi hermana a quien estáis cuestionando? —preguntó Cuchulainn.

—La veracidad de tu hermana está bien demostrada. Ella fue tocada por Epona antes de nacer —respondió Ailis en tono conciliador.

—Entonces, no debería haber más preguntas sobre la locura que pudiera quedar en la sangre de los Nuevos Fomorianos. Cuestionar eso sería cuestionar el honor de mi madre y mi hermana.

—Y del resto del Clan MacCallan.

Fagan, que había escuchado en silencio la conversación, intervino en el silencio tenso que había seguido a las palabras de Brighid y de Cuchulainn.

—¿Cuánto tiempo requerís refugio, Chamán?

Ciara respondió con una sonrisa suave.

—Solo esta noche, Maestro Fagan.

—¿Una noche solo? ¿No deberían descansar un poco más los niños?

—Estamos deseosos de llegar a Partholon, Maestro. Es como si la presencia jubilosa de nuestras antepasadas nos empujara. Llevamos más de cien años esperando para poder volver a nuestra tierra de origen, y no queremos esperar ni un día más.

—Entonces, tendréis una noche de refugio —dijo Fagan.

Ciara sonrió al resto de los Maestros y dijo:

—El Maestro de la Espada y los guerreros ya conocen a los niños. ¿Os gustaría conocerlos a vosotros también?

Glenna fue la primera en ponerse en pie.

—A mí sí, Chamán. Siento mucha curiosidad por esos pequeños que se han ganado con tanta facilidad la protección de Cuchulainn MacCallan.

—Yo no diría que fue fácil ganarse a Cuchulainn, Maestra Glenna —respondió Ciara con una sonrisa, mientras los demás Maestros se levantaban y dejaban el estrado para seguir a la Chamán fuera de la sala—. Es que los niños son... bueno, diligentes y decididos como hormigas obreras cuando se concentran en algo o... en el caso de Cuchulainn, en alguien. Venid a comprobarlo en persona.

Brighid y Cuchulainn siguieron al pequeño grupo.

—¿Ves por qué ella es tan buena Chamán, y por qué yo no? Yo los habría descrito como unos seres irritantes e insaciables, como moscas de los pantanos —le susurró Brighid a Cuchulainn.

—O como pulgas —dijo él—. Las pulgas son pequeñas, molestas e incansables.

Brighid sonrió a Cuchulainn, y se dio cuenta de que, aunque todavía tenía unas profundas ojeras de agotamiento, su expresión era animada.

—Vamos a dejar que avancen sin nosotros —le dijo—. Creo que a los Maestros les irá bien experimentar la fuerza de la curiosidad de los niños, sin que nosotros fracturemos su atención.

Cu sonrió.

—No tenía ni idea de que podías llegar a ser tan cruel, Cazadora.

Brighid sonrió. Sin embargo, no pudo sonreír, puesto que se oyó un terrible grito.

—¡No!

La Cazadora y el guerrero salieron corriendo al patio. El enorme espacio estaba lleno de niños alados y guerreros vestidos de negro. Los dos grupos se habían mezclado y estaban erigiendo las tiendas, pero todo el trabajo se interrumpió al oírse aquel alarido.

—¡Los niños no! ¡No pueden ser los niños!

Aquellas palabras llenas de odio fueron pronunciadas desde arriba, y todos alzaron la cabeza y vieron una espantosa silueta alada en la ventana de barrotes de la torre.

—Es Fallon —dijo Cuchulainn, con una voz que se había vuelto apagada y fría de nuevo.

—¡Abrazad al enemigo! ¡Mezclaos con él! ¡Acostaos con la prostituta Partholon! —siguió gritando la híbrida.

Varios niños comenzaron a gemir de miedo, y eso hizo reaccionar a los guerreros.

—¡Que se lleven a esa criatura a una habitación interior! —ordenó Fagan.

Media docena de guardias se apresuraron a entrar al castillo para cumplir las órdenes de su Maestro. Cuando pasaron junto a Brighid, Cuchulainn los siguió rápidamente. La Cazadora caminó a su lado.

—Tal vez esto no sea buena idea —le dijo.

Cuchulainn no respondió, y Brighid no tuvo tiempo para decirle nada más. Tuvo que concentrarse en seguir por los pasillos sin chocarse con nadie. La Cazadora frunció el ceño y se quedó detrás de Cuchulainn. Los corredores del Castillo de la Guardia no se habían diseñado, claramente, teniendo en cuenta a los centauros.

Brighid se detuvo en seco a los pies de la escalera de la torre y soltó un resoplido al ver que se trataba de una escalera de caracol, de piedra, estrecha y empinada. Cuchulainn desapareció por ellas, pero Brighid no pudo seguirlo. Así que esperó.

Gracias a la Diosa, la espera no fue demasiado larga.

Oyó pasos arriba, y el tintineo de unas cadenas, y voces ahogadas. Después

comenzó a oír carcajadas. El sonido le provocó un escalofrío. Era el sonido de la locura. Lo había oído antes, cuando Fallon se enfrentó a Elphame en el Castillo de MacCallan. Entonces la había estremecido hasta lo más profundo de su alma, y en aquel momento tuvo el mismo efecto.

Apareció un guerrero vestido de negro. Llevaba la espada desenfundada y tiraba del extremo de una cadena. Después apareció otro guardia, en la misma situación. Fallon emergió de la escalera, y Brighid se quedó paralizada al ver cuánto había cambiado. Estaba muy delgada, salvo por el abdomen hinchado. Tenía el pelo enmarañado alrededor de la cara, de una cara que pertenecía a una pesadilla. Fallon ya no parecía más humana que Fomorian. Incluso después de haber sido atada y golpeada en el Castillo de MacCallan, seguía siendo bella, pero en aquel momento la belleza había desaparecido. Sus rasgos pálidos se habían convertido en los mismos que aparecían en los libros de historia. Le habían atado las alas al cuerpo, pero ella luchaba por desplegarlas. Y su olor era horrible. Estaba segregando una esencia acre llena de odio y rabia. Automáticamente, Brighid sacó su daga, y la criatura fijó sus ojos inyectados en sangre en ella, y enseñó los colmillos.

—¡Otra furcia de los MacCallan! —Escupió—. Debería saber que donde estuviera el hermano de Elphame también estaría la mujer centauro, como el día en que me capturaste injustamente —dijo, y movió la cabeza para mirar hacia atrás como lo hubiera hecho un insecto. Más risas enloquecidas salieron de su boca—. Pero llegaste demasiado tarde, ¿a que sí, Guerrero? ¿Quieres que te explique lo dulce que sabía la sangre de Brenna?

Cuchulainn se lanzó hacia ella desde la escalera, pero varios guardias lo sujetaron cuando todo el grupo bajó al pasillo. Brighid se acercó rápidamente a él, empujando a los guerreros. En lugar de ellos, fue la Cazadora quien bloqueó el camino de su amigo y usó la fuerza de su cuerpo de centauro para impedirle que llegara a Fallon.

—¡Cuchulainn! ¡Accediste a dejarla vivir hasta que tuviera al niño! —gritó Keir.

Él estaba en el arco de la escalera, y también había cambiado mucho. Tenía los ojos hundidos y el pelo lacio y mate.

Seguía pareciendo humano, pero había envejecido mucho.

No llevaba las alas atadas, como Fallon, pero las tenía plegadas contra la espalda. Tampoco iba encadenado, aunque había un soldado a su lado, con el arma preparada.

—Eso es. ¡No olvidéis que estoy embarazada! —dijo Fallon, acariciándose el vientre con unos dedos que se habían convertido en garras.

—¡No lo olvidaremos! —le respondió Brighid, sin dejar de contener a Cuchulainn—. Estaremos aquí para recibir a tu hijo, porque ese mismo día será el de tu muerte.

La astuta expresión de Fallon cambió por completo. Se tambaleó como si de repente se sintiera muy débil, y Keir fue corriendo hacia ella y la sujetó entre sus brazos para que no se cayera.

—¡Nuestro hijo! ¡No les permitas que hablen de nuestro hijo, querido mío! —

sollozó Fallon.

—Sacadla de aquí —dijo Brighid, que notó bilis en la garganta al presenciar la actuación teatral de la criatura.

Los guerreros se llevaron a las dos figuras aladas por el pasillo, y Cuchulainn y Brighid se quedaron observándolos mientras se alejaban hacia las entrañas del castillo.

—Había olvidado su maldad y su odio —dijo Cuchulainn con la voz tirante—. ¿Cómo es posible?

—Tal criatura es difícil de imaginar —comentó Brighid, agitando la cabeza—. No es de extrañar que los Guerreros de la Guarda estuvieran dispuestos a disparar a cualquier cosa con alas. No puedo culparlos, después de ver la transformación de Fallon.

—Es una Fomorian.

—La última de su raza. Cuando dé a luz, la ejecutaremos, y su raza de demonios morirá con ella —dijo Brighid.

—Me pregunto si... —murmuró Cu, mirando todavía hacia el final del corredor.

Brighid observó su rostro. Se había convertido de nuevo en la máscara dura e impenetrable que ella llevaba días sin ver. Le puso la mano en el hombro con un gesto de amistad.

Él se había vuelto en un extraño peligroso y frío, pero lo miró a los ojos de todos modos.

—No dejes que te lleve allí otra vez, Cu. Si lo consigue, gana. No dejes que gane su odio.

—Debemos volver junto a los niños —dijo Cuchulainn.

Se giró bruscamente y se alejó de la calidez de la mano de Brighid, y sin decir una palabra más, se marchó hacia el patio.

Capítulo 22

En cierto sentido, la aparición de Fallon había sido positiva para los Nuevos Fomorianos. A Brighid no le gustaba que los niños se hubieran asustado tanto, pero nunca había conocido a un guerrero que pudiera permanecer impertérrito e inmovible ante unos pequeños indefensos que necesitaban consuelo. Y era evidente que los niños necesitaban que los reconfortaran.

Cuando Brighid y Cuchulainn salieron al patio, encontraron a los niños con los ojos muy abiertos, apiñados alrededor de los Nuevos Fomorianos adultos y, según constató Brighid con cierta sorpresa, alrededor de los guerreros oscuros que los habían acompañado por el paso. Los niños alados no habían caído en la histeria y mantenían un silencio absoluto y terrible, y no se movían de su sitio junto al adulto más cercano.

La reacción de los soldados, que habían preparado sus arcos y espadas y se habían colocado ante los niños, alivió inmensamente a Brighid. Aunque los Maestros de Armas tuvieran dudas, los guerreros habían aceptado la inocencia de los pequeños, y ya se mostraban protectores con ellos.

—Se acabó. Se la han llevado a las mazmorras —dijo Cuchulainn al unirse a Fagan y a los demás Maestros en el patio. Después se giró hacia el Maestro de la Espada—. ¿Por qué no estaba ya en un calabozo?

—Normalmente está allí —respondió Fagan—, pero las celdas interiores del castillo son húmedas y frías, muy insanas, y ella está embarazada. Le permitimos que tome el aire y haga un poco de ejercicio por eso.

—No se merece ninguna de las dos cosas —soltó Cuchulainn.

—Claro que no, pero ella está todavía con vida por su hijo. Si le causamos la muerte, o le provocamos un aborto, ¿no sería eso negar el motivo por el que la enviaron aquí?

—Es un demonio —repuso Cuchulainn en voz baja y peligrosa—, y hay que destruirla, aunque lleve en el vientre ese descendiente demoníaco.

Brighid se acercó rápidamente a su amigo.

—Ya basta, Cuchulainn —le dijo, y él entornó los ojos. Sin embargo, antes de que pudiera gruñirle, Brighid hizo un gesto cortante—. Basta, y piensa antes de hablar. Los estás asustando, y ya han tenido suficiente miedo hoy.

Cu miró a los niños. Los que lo habían oído estaban mirándolo con miedo, y algunos de ellos, los mayores, con una expresión de dolor.

Brighid se acercó más a él y le habló en voz baja.

—Lo que menos necesitan, además de todo lo que ya tienen encima, es la carga de dudar si su héroe los odia. Ellos también pueden ser considerados como la descendencia de un demonio. ¿También te gustaría que los destruyeran a ellos?

Cuchulainn seguía mirando a los niños mientras Brighid susurraba. Ella se percató del momento en el que sus palabras traspasaban su barrera de ira. A él se le

hundieron los hombros mientras se pasaba la mano por la frente.

—Hay mucho que hacer —dijo Ciara en aquel silencio incómodo—: Los niños tienen hambre, y están cansados.

—Sí, claro —respondió Cuchulainn con la voz entrecortada—. No debemos perder el tiempo. ¡Gareth! ¡Cullon! —exclamó, llamando a dos de los niños mayores. Vaciló un instante, y añadió—: ¡Kyna! Ayúdame a atender a los animales mientras se montan las tiendas —dijo. Los aleteos fueron la respuesta a su orden, cuando los tres niños, y la lobezna, se apresuraron a seguir al guerrero.

Entonces, los híbridos retomaron su trabajo ayudados por los guardias, y Brighid sonrió a los niños que seguían mirándola para darles ánimos. Ciara apareció junto a la Cazadora.

—Es solo un golpe pasajero.

—¿Cómo es que estás tan segura?

—El guerrero ha comenzado a sentir la chispa de la vida otra vez. Su cuerpo, su corazón y su espíritu recuerdan lo que es estar completo y experimentar la alegría de vivir. A eso no podrá darle la espalda fácilmente.

Brighid miró a Ciara a los ojos. Quería preguntarle a Ciara si eso significaba que Cuchulainn se estaba enamorando de ella, y ella de él, pero no le salieron las palabras. Le parecía algo ridículo e infantil, ¿y no empeorarían más si las pronunciaba en voz alta? ¿Y era eso asunto suyo? No, no lo era.

Que Elphame arreglara la vida amorosa de su hermano. Ella solo había aceptado el trabajo de ayudarlo a arreglar su espíritu. Eso era todo.

La sonrisa de Ciara se hizo muy cálida, y Brighid tuvo la inquietante sensación de que la mujer alada le estaba leyendo el pensamiento. Otra vez.

—¡Ciara!

El Maestro Fagan se acercó a ellos entre los soldados y los niños. Iba acompañado de una mujer de mediana edad, a la que presentó como Kathryn, la cocinera del castillo. Después se alejó hacia la actividad. La cocinera, una mujer recia, miraba a los niños con fascinación e incredulidad.

—Hemos traído provisiones —le aseguró Ciara, pero la cocinera descartó aquel ofrecimiento con un gesto de la mano.

—Los huéspedes del Castillo de la Guardia no necesitan comer su propia comida —dijo Kathryn—. Añadiremos unas cuantas raciones más al guiso. ¿Cuántos niños hay, exactamente?

—Setenta —dijo Brighid, y se rio por dentro al ver la cara de horror de la cocinera—. Y veintidós adultos, más Cuchulainn y yo.

—Es un buen número. ¡Por la Diosa! ¡Qué de boquitas! —exclamó la cocinera, y se plantó las manos en la gruesa cintura.

En aquel mismo instante, los guerreros comenzaron a prender las antorchas de los muros del patio interior. La zona se llenó de luz dorada.

Brighid arqueó una ceja.

—Está atardeciendo, y no conozco bien el territorio, pero seguramente podré cazar algo. Aunque seguramente no lo suficientemente rápido como para prepararlo para la cena.

—¡El Castillo de la Guardia tiene muchas provisiones! —respondió Kathryn.

—¿Querrías considerar el ofrecimiento de Brighid como un regalo para vosotras? —le preguntó Ciara.

La cocinera la miró con curiosidad.

—¿Un regalo?

—Sí, de nuestra Cazadora a la vuestra.

—Bueno, supongo que un regalo de un venado para el desayuno no nos vendría mal. Pero no se lo estaríais regalando a nuestra Cazadora, sino al castillo en general. La Cazadora se marchó hace unos días.

Brighid se quedó muy sorprendida.

—¿No es vuestra Cazadora Deirdre, del Clan Ulstan?

—Sí, y la echamos mucho de menos. Aunque no porque nos falte comida. Los guerreros no están a la altura de una Cazadora, pero no permitirían que el castillo, ni sus invitados, pasaran hambre.

¿Se habían quedado sin Cazadora? ¿Cómo era posible eso?

—No lo entiendo. ¿Vuestra Cazadora os ha dejado sin que hubiera otra para sustituirla?

—Su partida fue inesperada. Un día llegó un centauro mensajero con un aviso de las Llanuras de los Centauros. Al día siguiente se había marchado.

—¿Y cuándo va a volver?

—Esperamos que sea pronto, aunque no nos lo dijo —contestó Kathryn, encogiéndose de hombros—. Como ya he dicho, la echamos de menos, pero nos estamos adaptando bien. Mis pucheros no han estado vacíos ni un día, ni van a estarlo.

—Será un placer traer una pieza de caza para el castillo —dijo Brighid formalmente, conteniendo las emociones que le había causado el anuncio de la cocinera.

Kathryn titubeó un momento, y después hizo una reverencia.

—Acepto tu generoso regalo, Cazadora del Clan MacCallan.

—Me pondré manos a la obra —respondió Brighid.

Se despidió de Ciara y de la cocinera y se alejó rápidamente, dando gracias a la Diosa por tener un motivo para escapar del caos controlado que había en el patio del castillo. Necesitaba tiempo para pensar en lo que podía significar la ausencia repentina de la Cazadora del castillo.

Una Cazadora no abandonaba sus responsabilidades y dejaba sin caza a su castillo o su aldea sin dejar provisiones suficientes para su ausencia. Era cierto que ella se había marchado de un día para otro del Castillo de MacCallan, pero los venados y demás animales que había en el bosque circundante eran tan fáciles de cazar que

resultaba casi patético.

Incluso un guerrero cabeza hueca podría atravesar a un ciervo que se había quedado inmóvil mirándolo como un ternero. De lo contrario, ella no se hubiera marchado del castillo sin conseguir antes los servicios de otra Cazadora.

Sin embargo, a Deirdre le había llegado un mensaje, y la Cazadora se había marchado del Castillo de la Guardia enseguida. ¿Por qué?

Se estremeció. Todo aquello olía a política e intriga de los centauros. ¿Qué estaba ocurriendo en las Llanuras de los Centauros como para que una Cazadora tuviera que ignorar sus responsabilidades?

De repente, sintió un nudo de angustia en el estómago.

Solo la enfermedad, o la muerte repentina de un Sumo Chamán, podría causar tal reacción.

¡No! Seguramente Deirdre había recibido un mensaje de su clan. Un problema familiar... No. Brighid tenía la sensación de que era algo peor...

—Cazadora, ¿deseáis dejar el castillo?

Desde arriba sonó una voz grave contra las murallas grises. Brighid se detuvo y miró a su alrededor. Se hallaba frente a las enormes puertas de hierro forjado, que le impedían la salida. ¡Por la Diosa! Había llegado a la entrada del castillo sin darse cuenta. Miró al centinela, y disimuló su desconcierto con irritación.

—¿Y por qué iba a estar aquí esperando a que me abrieras las puertas si no quisiera salir? ¿Quieres venado fresco para el desayuno o no?

—¡Por supuesto, Cazadora! —dijo el guardia, y les indicó a sus hombres que hicieran girar la rueda que abría el cerrojo del portón.

—No tardaré mucho —dijo ella con la voz ronca—. Vigilad.

—Sí, Cazadora —respondió el centinela, mientras Brighid se alejaba al trote después de salir por la rendija estrecha que abrieron para que ella pudiera salir.

Sin embargo, cuando se hubo alejado un poco de las murallas, se detuvo en seco y respiró profundamente. Aunque estaba pisando un territorio extraño, era territorio de Partholon. Por fin habían dejado atrás las Tierras Yermas. Sus ojos agudos de centauro se empaparon de la visión de aquella tierra que el atardecer estaba bañando en una luz apagada.

Como era de esperar, los terrenos circundantes al Castillo de la Guardia estaban clareados, para que ningún enemigo pudiera sorprender a los guerreros. Sin embargo, el suelo era mucho más blando que el suelo desolado y rocoso del otro lado de las montañas. El bosque de pinos y robles comenzaba a unos doce cuerpos de caballo de distancia de las murallas. Brighid se dirigió rápidamente hacia él por un camino amplio. Estaba impaciente por entrar a aquel bosque tan verde. No era tan espeso como el que rodeaba el Castillo de MacCallan, pero los árboles eran fuertes, rectos y verdes.

Brighid volvió a respirar profundamente. Le pareció que incluso el aire era más puro allí.

Se sentía como en casa. No en su hogar infantil de las Llanuras de los Centauros, sino en el hogar adulto que había elegido por propia voluntad... Su propio camino. Se sentía bien.

Olisqueó la brisa fresca y cuando percibió el olor limpio del agua, salió de la carretera. Se movió silenciosamente e hizo caso a su instinto, y la caza hizo maravillas para calmar sus nervios. Como si fueran escamas, se desprendió del estrés y las preocupaciones de los días anteriores.

Se detuvo, olfateando de nuevo el aire, y cambió ligeramente de dirección hacia la izquierda. Allí encontraría un arroyo, y en sus orillas habría ciervos, bebiendo tímidamente por última vez antes de instalarse para pasar la noche. Los sentía. Eran varios, y no estaban lejos.

¡Por la Diosa, qué bueno era estar a solas, cazando de nuevo para un castillo! Necesitaba la paz y la soledad que le proporcionaba la caza, aunque solo fuera un descanso temporal.

Siguió moviéndose con sigilo entre los pinos y oyó el murmullo del agua. Sonrió. A la luz apagada del atardecer vio los reflejos del arroyo y aminoró el paso. Sacó una flecha del carcaj y la colocó en el arco con un movimiento experto.

Tenía razón. Allí había tres ciervos. Eran tres hembras. Dos estaban preñadas, y la tercera era más delgada y más grande; seguramente acababa de parir a su cervatillo. Un poco más allá había un macho joven. Tenía una cornamenta pequeña que indicaba que todavía no había podido ganarse el derecho de aparearse aquella primavera, pero también tenía una atención fija en las hembras que indicaba que era lo suficientemente mayor como para tener esperanzas de hacerlo.

Brighid disparó una flecha. El zumbido del arco hizo que el animal moviera la cabeza y tensara el cuerpo justo en el instante en el que la flecha se le clavaba en la base del cuello. El ciervo dio dos pasos atrás, cayó de rodillas y se desplomó hacia un lado.

Brighid soltó el aliento que había estado conteniendo y se acercó lentamente al ciervo. Automáticamente comenzó a orar para darle las gracias a Epona por haberle permitido cobrar la pieza. Su oración estaba llena de respeto y agradecimiento.

*Te invoco, oh Gran Cazadora del cielo de verano,
Epona, mi Diosa e inspiración.
Te agradezco el regalo de este bendito ciervo.
Apresura su viaje hacia Ti.
Acéptalo, cuídalo, recompénsalo.
Es mi hermano y mi amigo.
Observa favorablemente la caza,
y a tu gente, y a su Cazadora,
como has hecho durante siglos.
Permite que los espíritus de los animales de esta tierra descansen*

*sabiendo que su Cazadora
los reverencia,
los honra,
y les da las gracias...*

Se detuvo junto al cuerpo del animal e inclinó la cabeza.

... como te reverencio, te honro y te doy las gracias a Ti, mi amada Diosa.

Se quedó en silencio durante un momento y después respiró profundamente tres veces, ritualmente, de manera purificadora, antes de inclinarse para sacar la flecha del cuerpo del ciervo. Cuando la flecha se deslizaba hacia fuera, el pecho del animal explotó hacia fuera y le salpicó de sangre.

Brighid retrocedió tambaleándose y se llevó la mano a la daga que siempre llevaba en la cintura.

Hasta que se dio cuenta de qué era lo que había explotado en el pecho del ciervo. Había un cuervo que revoloteaba a su alrededor manchado de sangre, y que le resultaba muy familiar.

Capítulo 23

—¡Mamá! —exclamó Brighid. Se limpió la sangre de la cara con la mano y miró al pájaro con los ojos entornados—. No sé a qué estás jugando, pero ¡ya basta! Ni siquiera tú puedes interferir en el trabajo de una Cazadora. No tienes por qué aprobar el camino que he elegido, ¡pero respétalo!

El cuervo siguió revoloteando hasta que se posó en el cuerpo del ciervo.

—Déjame en paz —le dijo Brighid.

«Vuelve a casa, hija».

La voz de su madre le llenó la mente.

—Voy a volver a casa. Al Castillo de MacCallan. Es mi hogar, madre. ¡Mi hogar!

«¡Ese no es tu hogar, potranca estúpida!».

—Déjame —respondió Brighid—. Ya no soy una niña, y tomo mis decisiones.

«Tu clan te necesita».

—¿Mi clan o tu orgullo?

«¡Insolente!».

—¡Es la verdad! —replicó Brighid—. No voy a permitir que vuelvas a manipularme. Me he comprometido a ser la Cazadora del Clan MacCallan. Ese es el camino que he elegido.

«Puede ser el camino que has elegido, pero no es tu destino».

La voz de su madre se desvaneció mientras el cuervo, graznando, abría las alas y desaparecía en la oscuridad.

Brighid miró el cuerpo del ciervo. Salvo por la herida de la flecha, estaba limpio. No había salpicaduras de sangre, ni en el animal, ni en el bosque ni en ella tampoco.

—Trucos y manipulaciones de chamán —murmuró ella.

Lo mejor era olvidarlo y concentrarse en su trabajo. Se inclinó a destripar al animal y prepararlo para el corto viaje de vuelta al Castillo de la Guardia. Intentó distraerse con la familiaridad de aquella tarea, pero no lo consiguió. La serenidad del bosque se había roto, como el receso de calma del que ella esperaba disfrutar. Lo único que sentía a su alrededor eran ojos vigilantes, entrometidos.

Había oscurecido por completo cuando los guardias abrieron el portón de las murallas. Manos impacientes descargaron a Brighid del ciervo mientras la gente le daba las gracias. Brighid aceptó sus efusivas muestras de gratitud con incomodidad. Eso hacía que fuera más consciente del triste estado en el que una hermana Cazadora había dejado el castillo. Su madre debería estar prestándoles atención a los hábitos de los centauros errantes en vez de concentrar su tiempo y su energía en una hija díscola.

Frunció el ceño. Ella no era díscola. Por la Diosa, ¿por qué era tan relevante el hecho de que ella hubiera dejado su clan? Sí, tradicionalmente, en el Clan Dhianna la hija mayor de la Suma Chamán seguía los pasos de su madre en el liderazgo de los

suyos, pero eso no ocurría siempre. Algunas veces no había hijas, sino solo hijos, o la Suma Chamán moría sin descendencia. ¿Por qué su madre no podía preparar su sucesión de aquel modo?

Brighid tenía más hermanos... Aunque su hermana nunca había mostrado mucha predisposición al liderazgo. Niam era bella y dorada, y siempre estaba feliz, porque tenía la cabeza hueca como la de una yegua. Pero el hermano de Brighid... El deseo más grande de Bregon hubiera sido seguir a su madre. Los centauros también podían convertirse en Sumos Chamanes. El puesto de Sumo Chamán de Partholon siempre lo ocupaba un centauro que además era señalado por Epona para que fuera el compañero de su Elegida y, junto a ella, dirigiera Partholon. Bregon hubiera recibido con gusto el poder que le proporcionaría ser el Sumo Chamán Dhianna, y tal vez creyera que con eso conseguiría también algo por lo que había luchado durante toda su vida: el amor de su madre.

Brighid frunció el ceño. Pensar en su hermano pequeño siempre le producía dolor de cabeza. Nunca habían estado unidos. O por lo menos, desde que...

—¡Brighid! Muy bien, has vuelto justo a tiempo para la cena.

La Cazadora suspiró y permitió que Ciara la guiara hacia el patio.

«Otra Chamán... otra maldita y entrometida Chamán...».

—Te estaba esperando. Te he guardado un sitio junto al fuego... —le dijo Ciara, y después la miró con preocupación—. ¿Ocurre algo? Parece que...

—¡No! No ocurre nada —respondió. Relajó la expresión del rostro y sonrió. No iba a permitir que su madre le estropeará la amistad con Ciara. Aquella Chamán no era su madre. No la estaba espiando. Estaba preocupada—. Pero tengo hambre. Te agradezco que me estuvieras esperando.

Entraron en el gran patio, y la sonrisa forzada de Brighid se convirtió en una sonrisa auténtica. Las tiendas estaban colocadas en círculo, aunque no tan apretadas como en los campamentos de las Tierras Yermas. Allí ya estaban protegidos del viento frío de la noche por las murallas del Castillo de la Guardia. Los niños estaban sentados por todas partes, hablando animadamente con los Guerreros de la Guardia mientras comían un estofado humeante con pedazos de pan aromático.

—Así que los guerreros no han desaparecido al hacerse de noche —dijo Brighid.

—Oh, no —respondió Ciara, riéndose suavemente—. Parece que los grandes guerreros del Castillo de la Guardia han sido tomados como rehenes.

—¿Como rehenes?

—Sí. Por la curiosidad.

Brighid soltó un resoplido.

—O que están hablándoles tanto y con tanta insistencia que han perdido la capacidad de escapar.

Ciara volvió a reírse.

—No lo dices en serio.

—Claro que sí. No sabes lo peligrosas que pueden ser esas vocecitas para los no

iniciados.

—¿Te refieres a que uno de ellos incluso podría conseguir que una Cazadora lo aceptara como aprendiz?

—Eso es exactamente lo que quiero decir.

Ciara le tocó el brazo a Brighid.

—Liam está descansando cómodamente en la enfermería del castillo. Nara se va a quedar con él esta noche. Me ha asegurado que mañana por la mañana podrá viajar, pero tendrá que ser en la camilla.

—Gracias. Yo... —Brighid tragó saliva para intentar deshacer el nudo que se le había formado de repente en la garganta—. Creo que le he tomado mucho afecto al niño —dijo, y se detuvo agitando la cabeza—. No sé qué es lo que me pasa. Anuncié formalmente que Liam era mi aprendiz antes de hablar con sus padres.

Suspiró. Se sentía muy molesta consigo misma. Ya era lo suficientemente malo haber roto con la tradición al aceptar a un aprendiz masculino, que tenía alas y que no era un centauro. Además, había ignorado el protocolo por completo. En el caso de un niño tan pequeño como Liam, debería haber consultado a sus padres y haber pedido su aprobación. Claro que ella misma era muy pequeña cuando había comenzado su adiestramiento de Cazadora, y su madre no le había dado permiso, y eso no la había detenido, pero...

—No te preocupes. Los padres de Liam están muertos. Si Lochlan estuviera aquí podrías pedirle permiso a él, y estoy segura de que te lo daría —dijo Ciara, y se encogió de hombros—. Yo estoy actuando como líder en su lugar, así que te doy con gusto el consentimiento para que Liam sea tu aprendiz.

—De todos modos debería haberlo tenido en cuenta. No sé por qué...

—No seas dura contigo misma. Aceptaste al niño en una situación fuera de lo corriente; estabas enfrentándote a los guerreros que habían intentado matarlo. Creo que incluso el protocolo de las Cazadoras puede pasarse por alto en un caso como este. Ven —dijo Ciara—. Ven a comer y a descansar. Esta noche puedes dormir plácidamente, sabiendo que hay un ejército de guerreros protegiéndonos.

Brighid volvió a resoplar, y preguntó:

—¿Los mismos que dispararon a mi aprendiz?

—Eso fue antes —respondió Ciara, e hizo un gesto con el que abarcó el campamento donde estaban mezclados niños y guerreros—. Antes de que nos conocieran. Esta noche puedes relajarte, Cazadora. La única malicia que siento dentro de estas murallas viene de una de los nuestros, y está encerrada en las mazmorras de este gran castillo.

En silencio, Brighid siguió a Ciara hacia el círculo que se había formado alrededor de la hoguera. La Chamán la condujo hasta su sitio, y con un suspiro muy parecido a un gemido, Brighid dobló las rodillas y se reclinó en una gruesa piel que alguien le había preparado. Aceptó un cuenco de estofado caliente y un pedazo de pan, y le dio las gracias a la mujer humana que se los había ofrecido. Era una comida

sencilla, pero deliciosa y satisfactoria. «Excelente para los guerreros», pensó. «Para los guerreros y para niños hambrientos que están creciendo». Mientras comía, observaba la luz del fuego reflejada en las caras de los pequeños. Nunca había conocido a una gente, y menos que hubieran pasado por tantas dificultades, que estuviera tan llena de alegría.

¡Y los Guerreros de la Guardia! Aquellos soldados sobrios, bien entrenados, hombres y mujeres que vivían para proteger Partholon, estaban sonriendo y respondiendo la batería de preguntas de los niños.

Al menos, por aquella noche, la esperanza brillaba con el fuego. Tal vez hubiera pasado suficiente tiempo como para que las heridas de la guerra se hubieran sellado. Tal vez Partholon aceptara a aquellos niños desheredados cuyas madres habían muerto hacía tiempo.

La risa de Kyna atrajo la mirada de Brighid. *Fand* estaba a su lado, lamiéndole los dedos y también la cara, y la niña se deshacía en risitas. Brighid no pudo evitar sonreír también.

Qué extraña mezcla eran: una lobezna que nunca debería haber sobrevivido a la muerte de su madre, niños alados cuyos nacimientos deberían haber matado a sus madres, una mujer centauro que había escapado de su madre...

No. Bloqueó los pensamientos negativos. No había escapado. Se había marchado para conocer a gente nueva. Ella pertenecía al Clan MacCallan. Tanto, que la Jefa del Clan la había enviado a buscar a su hermano para llevarlo sano y salvo de vuelta a casa. Brighid cumpliría con el encargo de Elphame, y daría con la manera de conseguir que la parte obstinada del alma de Cuchulainn se reuniera con él en el mundo de los vivos. Ella había hecho algunos progresos.

Debía tener en cuenta que Cuchulainn se había quedado destrozado por la pérdida de Brenna y...

¿Y dónde estaba aquel hombre?

Pasó la mirada por los que estaban reunidos alrededor de la hoguera, y sintió una punzada de preocupación. ¿Y si había decidido que no podía esperar al nacimiento del hijo de Fallon para cumplir la sentencia de muerte?

El guerrero sería despojado de su rango y expulsado del Clan MacCallan.

Brighid buscó a Ciara con la mirada, y la encontró cerca de su tienda, en medio de una conversación animada con dos guerreras. La Cazadora se acercó a ella con una expresión grave. Se disculpó por interrumpir la charla y apartó un poco a la Chamán.

—¿Y Cuchulainn?

—Me estaba preguntando cuándo ibas a notar su ausencia.

—¿Dónde está?

—Le oí preguntarle a Fagan por las tumbas del castillo. Supongo que está allí.

—¿Lo supones? ¿Significa que no lo sabes con seguridad?

—Compruébalo tú misma —dijo Ciara, y señaló con un gesto de la cabeza hacia un pasillo amplio y cubierto de hierba que se cruzaba con el patio—. Fagan lo envió

en aquella dirección poco antes de que tú volvieras de cazar.

Antes de que Brighid pudiera ponerse en camino tras él, la Chamán la agarró con suavidad del brazo.

—No va a matar a Fallon. Sus pensamientos están en otro lugar.

—Ah, ¿es que ahora puedes leer también su mente?

—No. No puedo leer ni su mente ni la tuya. Pero sé que el honor de Cuchulainn le impide matar a Fallon. Y tú también deberías saberlo.

Brighid puso cara de pocos amigos y se apresuró a seguir el pasaje, que estaba iluminado con antorchas. Ciara tenía razón. Ella sabía que Cuchulainn nunca se deshonraría a sí mismo, ni a su clan, violando el mandato de su Jefa. Sin embargo, Cuchulainn no debería estar solo con sus emociones oscuras, y menos después del incidente de Fallon. Volvería a encerrarse en su duro caparazón. ¡Ciara lo sabía!

El pasaje daba entrada a una zona que parecía un huerto de hierbas aromáticas. Había una mujer agachada recogiendo brotes de menta, y miró a la mujer centauro con curiosidad.

—Estoy buscando el cementerio del castillo —dijo Brighid.

—Sigue el muro, Cazadora. Cuando el camino se divida en dos, toma el ramal del este. Las tumbas están cerca de la muralla, en una zona elevada que tiene vistas hacia el resto del castillo.

Brighid asintió para darle las gracias. Salvo por los centinelas que estaban en la parte alta de la muralla, aquella parte del castillo estaba desierta. Las antorchas proporcionaban una luz pálida. Al tomar el camino hacia la derecha, notó que el terreno comenzaba a ascender hasta llegar a una esquina redondeada. Aquella parte estaba elevada e iluminada también con antorchas. No había efigies ni tumbas. Los Guerreros de la Guardia habían preferido enterrar a sus muertos en madrigueras hechas por la mano del hombre.

Sintió curiosidad. Se acercó al primero de los montículos con respeto. A un lado había un arco de entrada, y su piedra gris tenía preciosas tallas en forma de nudos intrincados.

—Fagan dice que en verano están cubiertos de flores azules.

La voz grave de Cuchulainn la sobresaltó.

—¿No podrías darme un pequeño aviso? ¿Qué os pasa a Ciara y a ti? ¿Es que os gusta darme sustos de muerte?

—Disculpa —respondió Cuchulainn—. Pensaba que sabías que estaba aquí.

—Sabía que estabas aquí, pero no aquí precisamente —respondió, y señaló al lugar oscuro del que él había emergido—. ¿Y por qué has venido?

—Por ellos.

Cuchulainn se apartó y dejó a la vista una tumba cuya puerta tenía un solo diseño tallado. Brighid lo reconoció al instante; era el Nudo de la Sanadora, un enorme roble cuyas ramas llegaban a lo más alto del cielo, y sus raíces se hundían profundamente en la tierra. Sin embargo, todas estaban anudadas, y eso significaba que todas las

cosas estaban interconectadas: la tierra, el cielo, la vida y la muerte. Y de repente, Brigid supo qué era lo que había atraído a Cuchulainn hasta allí.

—La familia de Brigid —dijo ella—. Se me había olvidado que ella vivía en el Castillo de la Guardia. Me avergüenza decir que incluso se me había olvidado que sus padres habían muerto.

—Yo nunca le pregunté nada acerca de sus padres, ni sobre el accidente en el que se había hecho las cicatrices. Tenía curiosidad, y quería preguntárselo, pero no me parecía tan importante fijarme en el pasado como mirar hacia nuestro futuro. Me parecía que habíamos enterrado el pasado para siempre... —Las palabras de Cuchulainn se acallaron mientras tocaba el símbolo del árbol—. ¿Sabías que el accidente de Brenna fue lo que causó la muerte de sus padres?

—No —respondió Brigid, sintiendo una oleada de pena por su amiga—. Brenna no hablaba del accidente. Yo ni siquiera supe que sus padres estaban muertos hasta que vosotros dos os comprometisteis y tú tuviste que acudir a Elphame para pedirle permiso para publicar las amonestaciones, porque Brenna no tenía familia.

—Yo tampoco lo sabía. Como no sabía que la madre de Brenna también fue Sanadora. Fagan me contó la historia. Brenna tenía diez años, y había estado ayudando a su madre a preparar cataplasmas para una epidemia de gripe que había en el castillo. Fagan dice que era una niña feliz y lista, pero que nunca prestaba atención a lo que le decía su madre —dijo Cuchulainn, pero en aquel momento se quedó callado y tragó saliva.

—No tienes por qué contármelo, Cu —le dijo Brigid—. No lo hagas si te resulta demasiado duro.

Él la miró con intensidad.

—¡Sí! Tú eres la única a la que se lo puedo contar, y tal vez si lo digo en voz alta, el dolor se mitigue un poco.

Brigid asintió. Entendía que él necesitara desahogarse.

—Brenna mezcló los cubos. Tenía que poner agua en uno y aceite en el otro. Aquel día hacía frío, y ella estaba demasiado cerca del hogar. El extremo del pañuelo que llevaba atado a la cabeza se le prendió, y su madre, instintivamente, tomó el cubo que se suponía lleno de agua y lo arrojó sobre el chal.

—Oh, por la Diosa... —susurró Brigid, al imaginarse la escena espantosa de una madre prendiéndole fuego a su propia hija.

—Su madre se culpó a sí misma. Brenna era su única hija, y estaba muriendo de una forma horrible por lo que ella había hecho. Fagan dice que se volvió loca. Aquel mismo día se empapó de aceite y se prendió fuego. Dejó una carta diciendo que había elegido unirse a su hija.

Brigid cabeceó lentamente.

—Su padre cayó en una profunda depresión. No comía.

No bebía. No dormía. Se negó a visitar a Brenna. Una mañana, poco después del suicidio de su mujer, lo encontraron muerto.

—Pobre Brenna, pobre niña. Haber sufrido aquellas terribles heridas, y al despertar, descubrir que sus padres habían muerto —dijo Brighid, y se estremeció—. Qué horrible saber de niña que tu madre... y tu padre...

—Que tu padre murió por tener el alma hecha añicos —dijo Cuchulainn, y miró a Brighid a los ojos—. Eso fue lo que le ocurrió. Lo sé. Me estaba ocurriendo a mí.

—¿Estaba?

Cuchulainn pasó los dedos ligeramente sobre el símbolo de la Sanadora que estaba tallado en la puerta de la tumba.

—Estaba —repitió con firmeza—. No me ocurrirá más. No puedo permitirlo. ¿Te imaginas el dolor que sentiría Brenna al encontrarme en el Otro Mundo y darse cuenta de que ella había causado la muerte de los dos hombres a los que amó? —preguntó mientras agitaba la cabeza—. No. Vas a tener que conseguir que la parte perdida de mi alma regrese.

—No creo que yo pueda obligarla a volver, Cu. Es igual que tú. Bueno, mucho más feliz. Tendrás que invitarla tú mismo a que vuelva, y asegurarte de que crea que es una invitación verdadera.

Cuchulainn gruñó.

—Trabajaré en ello.

—Tienes tiempo hasta que lleguemos al Castillo de MacCallan. Entonces es cuando haré el viaje al Otro Mundo, con la ayuda de la Diosa.

—Bien, entonces tengo unos pocos días más —dijo él. Acarició por última vez el Nudo de la Sanadora y añadió—: Estoy listo para volver.

¿Se refería al Castillo de MacCallan, o a la vida? Cuando se detuvo a mirar las tumbas por última vez, Brighid se mantuvo en un silencio respetuoso. Aquello era algo que iba a tener que solucionar Cuchulainn. Ella podía ayudarlo a encontrar la parte rota de su alma, pero el resto sería cosa suya.

—Flores azules.

Brighid lo miró con sorpresa, al percibir una carcajada en su voz.

—¿Por qué te resultan tan divertidas las flores azules?

Él tenía los ojos llenos de lágrimas, pero estaba sonriendo.

—A Brenna le encantaban las flores azules. Decía que le recordaban a mis ojos. Incluso coleccionaba cosas que tuvieran el color exacto de mis ojos antes de conocerme.

—¿De veras?

—Las tenía en el altar a Epona. Tenía una pluma de pájaro, una piedra turquesa, e incluso una perla que...

«Una piedra turquesa». De repente, Brighid notó la presión de la piedra en el bolsillo interior de su chaleco.

—¿Qué ocurrió con esa piedra turquesa? —le preguntó a Cuchulainn, interrumpiéndolo.

—La puse dentro de su tumba, con el resto de las cosas del altar.

Lentamente, la Cazadora se llevó la mano al bolsillo, sacó la piedra y se la mostró a Cuchulainn. El guerrero palideció al verla. La tomó con los dedos temblorosos y la estudió.

—¿De dónde la has sacado? —le preguntó con la voz entrecortada por la emoción.

—Me la arrojó un halcón plateado, que creo que es mi guía espiritual. Yo... Se supone que es mi piedra para atrapar almas.

—¿Viene del Reino de los Espíritus? —le preguntó Cuchulainn.

—¿Es la misma piedra que tú depositaste en la tumba de Brenna?

—Sí, estoy seguro —susurró él sin dejar de mirar la turquesa.

—Entonces, sí, viene del Reino de los Espíritus.

—¿Crees que eso significa que Brenna está aquí, observándonos?

—Eso no puedo decirlo, Cu. Pero creo que significa que tu espíritu va a completarse de nuevo, y que yo tengo que ayudarte a que suceda.

Cuchulainn le devolvió la piedra, y ella se la guardó de nuevo en el bolsillo.

—Somos un par muy desconcertado, Cazadora —dijo él.

—Pues sí, amigo mío.

Cuchulainn respondió con un sonido parecido a la risa, y también a un sollozo. Brighid cambió de tema rápidamente.

—Ciara piensa que no es necesario que vigilemos el campamento esta noche. Dice que la única malicia que siente es la de Fallon. Confía en los Guerreros de la Guardia.

—Entonces le diremos que estamos vigilando la hoguera del campamento. Estamos dentro de las murallas, pero sigue haciendo mucho frío. Yo preferiría el segundo turno de guardia —dijo Cuchulainn.

Brighid asintió.

—Yo haré el primero. Así, nuestra hoguera nunca correrá peligro de apagarse.

—De acuerdo.

Mientras volvían al campamento, Brighid notó el calor de la piedra turquesa cerca de su corazón. Y sorprendentemente, le resultó reconfortante.

Capítulo 24

Brighid no quería soñar en el Castillo de la Guardia, que albergaba entre sus muros una historia muy fea. Mientras se acomodaba entre las pieles de la tienda, que todavía estaban calientes del cuerpo de Cuchulainn, que todavía olían a él... dominó firmemente su cabeza.

«Esta noche no», se ordenó. Respiró profundamente tres veces y se concentró. «¡Esta noche no!». Le transmitió a aquel pensamiento toda la fuerza de la sangre de Chamán que corría por sus venas y lo envió al Otro Mundo, dirigido directamente al alma destrozada de Cuchulainn. Al día siguiente, bajo el cielo abierto de Partholon, estaría mejor preparada para tratar con aquella parte carismática de su amigo. Aquella noche, la historia de la tragedia de la vida de Brenna estaba demasiado fresca, y el castillo que la rodeaba demasiado lleno de fantasmas.

Se quedó dormida con la esperanza de que la felicidad que había hallado Brenna al final de su vida la hubiera compensado por el dolor y la pena de su juventud.

Al principio, Brighid no se dio cuenta de que estaba soñando. Tan solo se sentía feliz de haber vuelto al Castillo de MacCallan. ¡Estaba en casa! Todavía no había amanecido por completo, así que el Patio Principal estaba vacío. La estatua de la famosa antepasada de los MacCallan, Rhiannon, vertía agua en una preciosa fuente de mármol rodeada de bancos y macetones con helechos. Los trabajadores del castillo acababan de restaurar la techumbre, pero habían dejado una parte abierta al cielo, de manera que la luz del comienzo del amanecer se mezclaba armoniosamente con la de las antorchas de las paredes, y creaba un brillo suave, rosado.

La escena le resultaba familiar y querida. Normalmente, se levantaba antes que casi todos los demás, desayunaba y se iba a cazar. Sonrió al ver la belleza de las poderosas columnas de mármol del patio, talladas con imágenes de la Yegua de Epona rodeada de animales de los bosques circundantes.

Por costumbre, atravesó el patio hacia el corazón del castillo.

Del enorme salón que hacía las veces de comedor y sala de reuniones emanaba un olor delicioso a pan recién hecho. La habitación estaba vacía a aquellas horas, al contrario que la cocina. Sin embargo, Brighid estaba acostumbrada a desayunar sola. Disfrutaba de la soledad, y tenía la oportunidad de ordenarse las ideas para la caza de aquel día. Se sorprendió al ver a alguien ya sentado a la mesa, a través de la pared de cristal biselado y grabado que había entre el Gran Salón y el Patio Principal. Sin embargo, se llevaba muy bien con el personal de la cocina, y no le importaba tener compañía.

Entró en la sala y se quedó inmóvil. Brenna estaba sentada en el que había sido su sitio, en la mesa de pino de la Jefa. Brighid tuvo el impulso de pestañear y frotarse los ojos, pero no había manera de confundir a la Sanadora. Su melena de pelo oscuro y

espeso descansaba sobre su hombro derecho, y ocultaba en parte las profundas cicatrices que cubrían la parte derecha de su cuerpo.

—Estoy soñando —balbuceó Brighid.

—Sí, amiga mía.

Brenna sonrió, y Brighid notó que se le encogía el corazón. ¡Aquella sonrisa querida, torcida! A la Cazadora se le llenaron los ojos de lágrimas que se le derramaron por las mejillas.

—¡Oh, Brighid, no! Por favor, no hagas eso.

Brighid se secó rápidamente las mejillas.

—Lo siento, Brenna. No me lo esperaba. No me había dado cuenta de que estaba soñando hasta ahora mismo. Y te he echado de menos.

—Yo también te he echado de menos, Brighid.

La Cazadora volvió a secarse las mejillas y respiró profundamente antes de acercarse al espíritu de la pequeña Sanadora.

—¿Nada de lágrimas? —preguntó Brenna.

—Nada de lágrimas.

—Bien. Tenemos poco tiempo —dijo Brenna, y con un suspiro, miró a su alrededor por la sala—. Ha quedado tan bonito... Exactamente como me lo imaginé cuando Elphame nos lo describió.

—No habías... estado aquí desde que...

—¿Quieres preguntarme si he estado vagando por el castillo? —Brenna se rio suavemente—. No. Esta noche es especial. Me sentí empujada a venir a hablar contigo... El Castillo de MacCallan ya tiene un fantasma. No necesita otro.

—No sabía que hubiera límite —dijo Brighid.

—Y no lo hay. Pero no sería bueno para mí, ni para el clan, que me quedara aquí atrapada. Es importante que todos continuemos.

—Te refieres a Cuchulainn.

—Sí, me refiero a Cuchulainn —dijo Brenna—. Pero no solo a él. También a Elphame, a ti, a mí... Todos tenemos nuestro destino. Yo cumplí el mío, y no sería justo que me quedara aquí, obstaculizando el camino hacia los vuestros.

Brighid tuvo un escalofrío.

—¿Hay algo que deba saber, Brenna?

—No he venido a traer mensajes de algo fatídico. Tu destino es vivir una larga vida, amiga mía. Solo quiero asegurarme de que sea larga y feliz.

Brighid pestañeó con sorpresa.

Brenna sonrió.

—Eso no te lo esperabas, ¿verdad?

—Creía que estabas aquí por Cuchulainn.

—Y así es, en cierto modo. Lo que quiero que sepas podrá ayudaros a los dos.

—¿Y qué es, Brenna?

—La piedra turquesa era un regalo mío para ti. Úsala para curar a Cuchulainn.

—Lo haré, Brighid. Ya está mejor. Hoy ha visitado las tumbas de tus padres, después de que el Maestro Fagan le contara lo que le ocurrió a tu familia. Me juró que no iba a...

Brighid se interrumpió. Se había quedado horrorizada por lo que había estado a punto de decir. ¿Dónde se había dejado la cabeza? ¿Acaso nunca iba a conseguir controlar su lengua demasiado sincera?

—Puedes decirlo, amiga —le dijo Brenna—. La muerte ha cerrado aquella vieja herida. El pasado ya no puede causarme dolor.

—Cu me juró que se iba a recuperar para que tú no te sintieras responsable de la muerte de otro de los hombres a los que amaste —dijo suavemente.

—Bien. Si conocer mi pasado ha hecho eso por él, ojalá lo hubiera conocido antes. Tal vez hubiera empezado a sanar antes.

Irguió los hombros y se apartó el pelo de la cara. Brighid se quedó mirándola. Las cicatrices habían desaparecido, y su piel aparecía tersa e increíblemente bella.

—Oh —dijo Brenna, y se llevó la mano a la mejilla—. Ya no están. Es muy raro. No adopto la forma física muy a menudo, y cuando lo hago, algunas veces las cicatrices están ahí, y otras no. Aunque no me importa.

—Así es como Danann talló tu imagen, sin cicatrices —dijo Brighid, refiriéndose al Maestro de la Piedra—. Dice que ni siquiera se dio cuenta de que lo estaba haciendo de ese modo, que trabajó tal y como le dictó la memoria.

Brenna sonrió.

—Siempre pensé que ese viejo centauro era más espíritu que cuerpo —dijo Brenna. Entonces, miró a la nada, y su cuerpo comenzó a desvanecerse.

—¿Brenna?

El espíritu volvió a concentrarse en la Cazadora.

—No me queda demasiado tiempo. Lo más importante que tengo que decirte es que necesito que me jures que mantendrás la mente abierta.

—¿En cuanto a qué?

—En cuanto a todo aquello que pueda parecer imposible.

—Brenna, ¿no podrías ser un poco más concreta?

—Puedo, pero todavía no estás preparada. Todavía. Y además, es algo que tendrás que descubrir por ti misma. Yo no puedo ayudarte más de lo que ya he hecho. Así que dame tu palabra, por favor.

Brighid frunció el ceño.

—Está bien. Te doy mi palabra.

Brenna suspiró de alivio.

—Gracias, Brighid.

—¿Quieres que le diga algo a Cuchulainn de tu parte? —preguntó Brighid.

—Puedes contarle esta visita, pero todavía no. No es el momento adecuado —respondió Brenna, cuya voz estaba empezando a alejarse.

—¡Espera! ¿Cuándo será el momento adecuado?

—Ya lo sabrás. Libremente, y sin vacilación, dejo a Cuchulainn en tus manos, amiga mía. Recuérdalo... libremente. Ahora duerme, Brighid, y que tu futuro esté lleno de bendiciones...

El espíritu de Brenna desapareció por completo.

Brighid durmió profundamente. Durante el resto de la noche solo soñó con la esencia fresca de los pinos y con la caza de la mañana.

Los niños habían desayunado pan con carne y queso y, con ayuda de los guerreros, habían desmontado las tiendas antes de que amaneciera. Brighid no podía culparlos. Ella también tenía prisa por seguir el viaje. El Castillo de la Guardia había sido muy hospitalario, pero ella estaba deseando cambiar las murallas grises por los bosques que cubrían el norte de Partholon. Necesitaba pensar en su sueño, y ponderar el mensaje que le había transmitido su inesperada visita.

Los Nuevos Fomorianos estaban alineados como soldados detrás de Cuchulainn y Brighid, esperando con paciencia mientras los adultos terminaban de darles las gracias a sus anfitriones.

—Agradecemos mucho que nos hayáis prestado el carro —estaba diciéndoles Ciara a los cuatro Maestros, que no le daban ninguna importancia al préstamo.

«Y no debían hacerlo. Después de todo, es culpa suya que el niño tenga que ir sobre él», pensó Brighid, mirando a Liam, que estaba cómodamente recostado sobre pieles y almohadones, todo ello regalo del Guerrero de la Guardia que lo había herido. El niño estaba pálido, pero completamente despierto, y cuando se dio cuenta de que Brighid lo estaba mirando, le sonrió con descaro. Ella le devolvió la sonrisa, pero le dijo que descansara, y Liam asintió. Siguió sonriendo y mirando a su alrededor con curiosidad.

Tal y como habían pensado, Liam se había sentido muy molesto por haberse perdido toda la diversión con los Guerreros de la Guardia, y solo se conformó un poco cuando oyó la noticia de que Brighid lo había proclamado formalmente su aprendiz.

Brighid resopló suavemente para sí. El pilluelo había dicho que él sabía desde el principio que iba a ser una Cazadora, y que solo estaba esperando a que Brighid lo admitiera. Por la Diosa, ¿qué iba a hacer ella con aquel niño?

—Tu aprendiz tiene muy buen aspecto esta mañana —dijo Cu, siguiendo la mirada de Brighid, y respondiendo a la sonrisa y el saludo de Liam.

—No me lo recuerdes —refunfuñó Brighid.

—¿Que no te recuerde que tiene buen aspecto? —preguntó Cuchulainn con las cejas arqueadas.

—Que no me recuerdes que es mi aprendiz. El niño piensa que es una Cazadora de los Centauros.

Cuchulainn ladeó la cabeza y se rascó la barbilla con un gesto pensativo.

—¿Y eso significa que confunde los géneros o las especies?

—Ambas cosas.

Cuchulainn se echó a reír, y sus carcajadas fueron un sonido lleno de alegría para Brighid. Si el hecho de haber aceptado un aprendiz tan poco convencional había conseguido que Cuchulainn recuperara su risa contagiosa, había merecido la pena.

—Los Maestros quisieran unirse a nosotros para la bendición matinal —les dijo Ciara. Le brillaban los ojos mientras sonreía con dulzura a Cuchulainn.

—Excelente —dijo él, y le devolvió la sonrisa a la bella mujer alada—. Creo que será positivo que presencien uno de tus rituales en honor a Epona.

Brighid presenció aquella pequeña conversación amistosa con una punzada de irritación. Era lógico que Ciara apareciera justo cuando Cuchulainn se había echado a reír. Era evidente que entre ellos había algún tipo de conexión. Sin embargo, verlos hablar tan animadamente le resultaba muy molesto. Y hacía que se sintiera invisible.

—Me gustaría darle las gracias a la Diosa fuera de las murallas del castillo, en suelo de Partholon —dijo Ciara.

—Buena idea. Tú dirige la marcha, nosotros te seguiremos.

Ciara sonrió de nuevo, en aquella ocasión a los dos, antes de volver apresuradamente hacia los cuatro Maestros, que estaban junto a las puertas de la muralla. Cuchulainn chasqueó con la lengua para que su caballo iniciara el paso y lo taloneó. Brighid lo siguió.

—¿No te parece buena idea celebrar el rito fuera de las murallas? —le preguntó Cu.

—Sí —respondió ella, mirándolo de reojo.

—Entonces, ¿qué te pasa?

—Nada.

—Ojalá no hicieras eso.

—¿El qué?

—Cerrarte en banda de esa manera. Me has reprendido a menudo por hacer lo mismo.

En aquella ocasión, Brighid lo miró a los ojos. Los de Cuchulainn estaban llenos de preocupación.

—Lo siento —murmuró ella.

—No te preocupes. Por eso formamos tan buen equipo.

Ninguno de los dos es perfecto. Él le apretó el hombro y, de repente, Brighid sintió algo más que irritación. Era algo cálido y resbaladizo que se le instaló en las entrañas, y que la obligó a tomar aire rápidamente, con sorpresa.

—Vamos, ¿no vas a decirme lo que te pasa? —insistió Cu.

—Estaba pensando en el viaje —mintió ella—. Es una pena que vayamos a tardar tres o cuatro días; cuando si tuviéramos carros, tardaríamos solo dos.

—Bueno, ya lo hemos hablado con Fagan. Tenían un par de carros que hubieran podido dejarnos, pero ellos no son un castillo típico. Partholon les envía provisiones a

cambio de su vigilancia. El castillo no comercia, así que no tienen carros para el transporte —dijo él, y se encogió de hombros—. Se ofrecieron para pedirlos prestados al Castillo de Laragon.

Brighid negó con la cabeza.

—Para cuando hubieran llegado los carros desde allí, ya estaríamos a medio camino —respondió.

—Así que viajaremos como hasta ahora. Mantén la cabeza alta, Brighid. Seguro que te va a sorprender lo rápidamente que pueden pasar estos días. Y no me importa admitir que estoy muy contento de haberme alejado de las Tierras Yermas... Y de alejarme del Castillo de la Guardia —añadió Cuchulainn en voz baja—. Me resulta igual de opresivo que durante mis días de estudiante, y los fantasmas del pasado están demasiado...

—¿Vivos?

—Sí, eso es.

Ella asintió y pensó en la visita fantasmal que había tenido aquella noche.

—Esto va a ser interesante —dijo Cuchulainn, cambiando de tema y señalando con la barbilla a Ciara y a los cuatro Maestros—. Anoche fue muy contenida cuando dirigió la oración de la noche y encendió la hoguera. No creo que vaya a ser igual en su primera ceremonia en Partholon.

—Umm.

Brighid se preguntó hasta qué punto le importaba la Chamán a Cuchulainn. ¿Era posible que se estuviera enamorando de ella, o solo estaba obnubilado por su atractivo exótico? ¿Era el hecho de aceptar su relación a lo que se había referido Brenna aquella noche, cuando le había pedido a Brighid que le jurara que iba a mantener la mente abierta en cuanto al futuro? No... no encajaba. Brenna le había dicho que mantuviera la mente abierta a lo imposible. Cuando el guerrero estuviera curado, no sería imposible que se enamorara de Ciara. En realidad, era lógico. Elphame, la hermana de Cuchulainn, se había casado con el líder del pueblo de Ciara. Los Nuevos Fomorianos iban a instalarse en el Castillo de MacCallan, y Cuchulainn había decidido vivir allí también. Sería un buen arreglo.

Entonces, ¿por qué ella se sentía tan irritada al pensarlo?

Era casi como si tuviera celos de la Chamán. Ridículo.

Aquello era completamente ridículo. ¿Por qué iba a tener celos? Cuchulainn era su amigo. No era un centauro, Ciara y ella no estaban enfrentadas por su afecto.

Las súbitas exclamaciones de reverencia que oyó tras ella sacaron a Brighid de su ensimismamiento. Las enormes puertas de la muralla del Castillo de la Guardia se habían abierto completamente, y Partholon se extendía ante ellos, verde y mágico a la luz suave del sol matinal.

Ciara caminó rápidamente por el camino hasta que llegó a la línea de árboles. Después giró hacia el este, hasta que estuvo frente a un roble solitario, cuyas ramas poderosas estaban llenas de hojas primaverales. Se puso de rodillas, apretó las palmas

de las manos contra la tierra e inclinó la cabeza. Los niños no esperaron sus indicaciones. Con gritos de alegría avanzaron y formaron un círculo alrededor de su Chamán. Brighid y Cuchulainn se reunieron con los cuatro Maestros, que se mantenían un poco apartados del círculo.

Con un ligero movimiento, Cuchulainn le señaló el castillo a Brighid, y ella miró hacia atrás. Las murallas estaban llenas de guerreros vestidos de negro que observaban la escena en silencio. Entonces, Ciara comenzó a hablar, y todos los ojos se fijaron en ella.

*Diosa magnífica y afectuosa,
hoy, tu gente ha recibido una gran bendición.*

En cuanto Ciara pronunció la palabra «Diosa», el aire comenzó a reverberar a su alrededor, y de repente surgió una luz poderosa que comenzó a latir como el fuego. Mientras la Chamán seguía hablando, la intensidad de la luz aumentó, y ella abrió los brazos para abarcar jubilosamente la presencia de su Diosa.

*Madre de los animales,
Aquella que escucha nuestras plegarias,
Epona, Gran Diosa, yo te invoco.
Guardiana de los caballos fuertes y libres,
Epona, Gran Diosa, yo te adoro.
Tuyas son las bendiciones de la libertad y la paz,
tuyos son los dones de la felicidad y la gracia,
y siempre que te pido una bendición,
acepto por completo la carga que conlleva.*

Brighid sintió un escalofrío. «Los dones de la Diosa siempre tienen un precio...». Aquellas eran palabras de su madre. Ella lo sabía, y no daba por sentados los regalos de Epona. «Recuerda», se dijo, pensando en que el poder había corrompido y cambiado a su madre, «recuerda que con las grandes bendiciones también llegan grandes responsabilidades».

*Epona, Diosa Madre, hoy queremos celebrar que
gracias a tu poder volvemos a Partholon, por fin libres.
Durante muchos años helados
nos protegiste como si fuéramos un tesoro precioso.
Durante nuestro exilio conservaste
en nosotros una alegría inconmensurable.*

Ciara se puso en pie, y los Nuevos Fomorianos la imitaron.

Ella desplegó las alas y sus manos y brazos, delicadamente torneados, se elevaron y trazaron dibujos mágicos en la magia que la rodeaba.

Epona estaba presente. El poder de la Diosa era fuerte, tangible, inolvidable. Nadie que presenciara la entrada de los Nuevos Fomorianos en Partholon hubiera dicho lo contrario. Brigid miró a Cuchulainn. Él estaba observando fijamente a la Chamán. La Cazadora miró también a los cuatro Maestros. Ellos también tenían los ojos clavados en la mujer alada. La Maestra de Equitación, Glenna, se había tapado la boca con la mano, como si quisiera contener un grito de asombro. El Maestro de Combate, Bain, se había puesto de rodillas y estaba llorando. Brigid se volvió a mirar hacia las murallas. Allí, muchos soldados se habían arrodillado también, y tenían la cabeza inclinada en un gesto de reverencia.

Diosa brillante, tu promesa se ha cumplido.

Tus hijos nunca volverán a vagar como parias.

Con ayuda de tu mano amorosa construiremos un nuevo hogar.

Y con tu llama de amor, los años de frío terminaron.

Ciara alzó los brazos por encima de la cabeza y, como si ella lo hubiera llamado, el sol apareció por encima de las copas de los árboles, al este, luciendo con una gloria alegre y llena de fuerza, que hablaba con elocuencia de la presencia de Epona entre ellos.

—¡Ave, Epona! —gritó Ciara.

—¡Ave, Epona! —respondieron los Nuevos Fomorianos.

—¡Ave, Epona! —dijeron Brigid, Cuchulainn y los Guerreros de la Guardia, con gritos de júbilo.

Y entonces, milagrosamente, se oyó una voz sobre todas las demás, y por una elevación de la carretera comenzaron a aparecer carros y carros, guiados por una bellísima mujer pelirroja que montaba una yegua plateada. El mismo fuego crepitaba en el aire alrededor de ellas dos, pero suavemente.

No menos poderoso, sino más controlado, con una aureola de madurez y experiencia.

—¡Ave Epona! —gritó la mujer, y la Diosa magnificó su voz de manera mágica.

Con una exclamación de alegría, Ciara corrió hacia la mujer y se arrodilló ante ella. La mujer bajó graciosamente de la yegua y, sin dudar, hizo que la Chamán se levantara y la abrazó.

Brigid oyó los murmullos de los guerreros y de los Maestros, murmullos que se convirtieron en gritos de bienvenida cuando reconocieron a su visitante. Cuchulainn chasqueó con la lengua para que su caballo se pusiera en marcha.

—¿Vienes a saludar a mi madre? —le preguntó a Brigid.

Ella lo miró con sorpresa, y él se encogió de hombros.

—¿No la conoces? Creía que había ido de visita al Castillo de MacCallan poco después de mi marcha.

—Sí, fue, y sí, tuve el honor de conocerla.

—Bueno, entonces ven conmigo —dijo él.

La Cazadora trotó a su lado.

—Pensaba que querías presentarle a Ciara a tu madre a solas.

El guerrero arqueó las cejas.

—¿Y por qué iba a querer eso? Esto no es precisamente una situación privada —dijo, y señaló con un movimiento de la mano al grupo de niños que se acercaba a su madre, la Amada Encarnación de Epona, y a la Yegua Elegida.

Brighid, sintiéndose un poco tonta, cerró la boca. Parecía una niña petulante.

—De todos modos, necesitaré tu ayuda para rescatarla —dijo Cu.

Brighid miró a la Amada de Epona, y después observó la fila de carros que se extendía por la carretera, tras ella.

—¿Cómo sabía dónde estábamos y que necesitábamos transporte? No es posible que llegara un mensaje al Templo de Epona en una sola noche —dijo Brighid.

—Hay una cosa que tienes que saber sobre mi madre: entre su Diosa, su yegua y ella, lo sabe literalmente todo. O por lo menos, tal y como me ha dicho muy a menudo, sabe todo lo que es importante.

Mientras se abrían camino entre el grupo de niños sonrientes y habladores, Brighid le envió su agradecimiento a Epona por el hecho de que su propia madre no lo supiera todo, fuera importante o no.

Capítulo 25

—Siempre he pensado que el tiempo en compañía de los niños pasa más rápidamente.

Brighid resopló con su acostumbrado sarcasmo, y Etain echó hacia atrás su gloriosa melena pelirroja y soltó una carcajada. Brighid intentó mantener una expresión seria, pero rápidamente se rindió. Era imposible no reír con Etain.

—Supongo que nos tienen tan ocupados que parece que no tenemos tiempo para nada más. Así que los niños hacen que el tiempo pase más rápido —admitió Brighid.

—Ahí lo tienes. Sabía que iba a conseguir que reconocieras que estos dos últimos días han pasado volando.

Era cierto. Si mantenían aquel ritmo, al atardecer llegarían al Castillo de MacCallan.

En aquel momento, la Suma Sacerdotisa de Partholon sonrió. Parecía una joven lozana más que una mujer que ya había cumplido sesenta primaveras. La Amada de Epona se echó a reír de nuevo.

—¡Volando! Una palabra bien empleada. ¿No te parece que sería maravilloso experimentarlo? Cada vez que veo a uno de los niños corriendo por ahí con esa manera de caminar deslizante me entran ganas de tener alas y hacer lo mismo.

Brighid se quedó mirando a Etain con espanto. ¿No era una blasfemia imaginarse a la Amada de Epona con alas de Fomorian?

—Oh, lo sé —dijo Etain después de leerle el pensamiento—. Tu mirada me recuerda a la de mi esposo. Debes de ser otro centauro que no soporta las alturas.

—Las alturas y los miembros equinos no son compatibles.

La yegua plateada de Etain relinchó como si estuviera de acuerdo con la mujer centauro. Seguramente lo había entendido todo; Brighid se recordó que el animal era la Encarnación Equina de Epona, y mucho más que un caballo común y corriente.

Etain le acarició afectuosamente el cuello a su yegua.

—No, no voy a acercarte a ningún precipicio, mi amor. Ya me acuerdo de cómo te rebelaste la última vez.

La Suma Sacerdotisa miró a Brighid y bajó la voz.

—Podría decirse que la Elegida le tiene terror a las alturas. Puedes decirlo, pero no en voz alta. Normalmente, ella no tiene miedo de nada.

Brighid sonrió.

—Lo consideraré nuestro secreto.

—Entonces, tú, Cazadora, tendrás el eterno agradecimiento de Epona —dijo Etain.

Su tono de voz era de diversión, pero con su simple mención del nombre de la Diosa, el aire que la rodeaba se perfumó de lavanda y aparecieron unas mariposas de alas violetas que, después de revolotear alrededor de la Elegida, desaparecieron en el bosque cercano.

Brighid sonrió y observó. Etain era increíble. Y la Cazadora había averiguado ya de quién había heredado su gran sentido de la felicidad Cuchulainn, o por lo menos la parte de su espíritu que no era más que alegría. La pasión de Etain por la vida era contagiosa. Viajar con la Elegida de Epona durante aquellos dos días había sido una experiencia muy placentera, más de lo que Brighid hubiera pensado cuando la Suma Sacerdotisa de Partholon había aparecido inesperadamente con los carros y un ejército de doncellas y guerreros que habían sido relegados, temporalmente, al oficio de conductores.

La verdad era que al principio, Brighid se había sentido incómoda y nerviosa en presencia de Etain. No había tenido oportunidad de conocerla durante su corta visita al Castillo de MacCallan, porque Etain se había pasado la mayor parte del tiempo encerrada con su hija y el compañero de Elphame, Lochlan. Además, Brighid se había visto de repente muy ocupada con la caza, porque se había incrementado mucho el número de bocas que alimentar. Sin embargo, su impresión sobre la Suma Sacerdotisa de Partholon había sido muy positiva. Se había sentido conmovida por la presencia de la Amada de Epona, e impresionada por el amor que demostraba hacia Elphame. Brighid sabía lo que era tener una madre poderosa, pero le había sorprendido la ternura que Etain le dedicaba a Lochlan y a su hija. Y varias mañanas, había visto a Etain rezando a solas en la tumba de Brenna, obviamente, sufriendo por la pérdida de la amada de su hijo.

También había percibido el cariño que Etain sentía por Cuchulainn. Había observado con atención el encuentro de Cu con su madre, esperando ver cuál era la reacción de Etain ante los cambios físicos que había sufrido su hijo a causa del dolor. La madre de Brighid la hubiera reprendido, seguramente en público, por permitirse aparecer menos que perfecta. Etain había abierto los brazos para acoger a su hijo, y después se había reído y se había secado lo que dijo que eran lágrimas de alegría por verlo de nuevo.

Etain tenía que haber notado lo diferente que era Cuchulainn. No importaba que él intentara mantener una fachada de alegría. Seguramente, el guerrero había hablado y sonreído más durante aquellos dos días que durante los dos ciclos de luna anteriores. Había hecho un gran esfuerzo por disimular su dolor, pero no había duda de que la Amada de Epona sabía perfectamente que su alma estaba hecha añicos, y que Cuchulainn se había acercado peligrosamente al punto de dejar la vida. Brighid seguía esperando a que Etain le echara un sermón, o que hiciera algún comentario negativo sobre lo que debería o no debería estar haciendo... o que se mostrara decepcionada por el hecho de que él estuviera incompleto y destrozado por algo que ya había terminado y no tenía arreglo. Sin embargo, eso no sucedió. Etain amaba a su hijo incondicionalmente.

¿Hasta qué punto habría sido distinta su vida, se preguntó Brighid si su madre hubiera sabido amar a sus hijos, además de ser la Suma Chamán del Clan Dhianna?

—Estás muy seria, Cazadora —dijo Etain.

Brighid sonrió.

—Estaba pensando solo en... —Se quedó callada, pero también sorprendida al darse cuenta de que tenía ganas de contarle la verdad a Etain.

—¿En qué? —inquirió con suavidad la Amada de Epona.

Brighid se dio cuenta de que la yegua había alzado sus delicadas orejas como si también estuviera esperando a que terminara la frase.

—Estaba pensando en mi niñez —dijo—. Me resulta difícil hablar de eso.

Los ojos verdes de Etain estaban llenos de sabiduría y bondad. En vez de interrogarla más, asintió, y continuó cabalgando tranquilamente junto a ella. Brighid se relajó poco a poco. El entorno la ayudaba a calmar la tensión que le había provocado pensar en su madre. Etain y ella iban en cabeza de la larga caravana de carros, que iban llenos de niños que cantaban y reían. Por el momento estaban solas.

Cuchulainn se había ido al final de la cola, para ayudar con un carro que tenía una rueda suelta, y Ciara estaba...

Solo la Diosa podía saber dónde estaba Ciara. Todos los Nuevos Fomorianos estaban muy emocionados con la belleza de Partholon, y con la espesura del bosque del este, pero desde que Ciara había puesto un pie en aquellas tierras había entrado en un estado de enamoramiento agudo. Era como si le hubiera faltado el agua durante días, y Partholon fuera su arroyo de salvación. Etain había dicho que la Chamán era un canal espiritual para su gente, así que era normal que la entrada en Partholon lo hubiera afectado más a ella que a los demás. Brighid se dio cuenta de que la Suma Sacerdotisa tenía una especial atención puesta en Ciara, y que Etain animaba a la Chamán a que explorara su nueva tierra.

¡Y cómo habían sido los rituales de bendición! Brighid sintió una ráfaga de alegría solo con recordarlos. Etain y Ciara los habían dirigido conjuntamente. De nuevo, la Amada de Epona había demostrado que era una Suma Sacerdotisa bondadosa y llena de gracia. Hubiera podido excluir a la Chamán, o mostrarse condescendiente con ella, pero Etain había compartido las palabras rituales de algunas de las bendiciones más antiguas de Partholon, entremezclando su voz calmada y experimentada con las de la joven Chamán.

Incluso había alabado a Ciara públicamente cuando había usado su afinidad con el espíritu del fuego para prender la hoguera del campamento.

La benevolencia de Etain, y el amor que sentía por su pueblo, fueran humanos, centauros o híbridos, era un compromiso profundo entre su Diosa y ella. Verdaderamente, era la Encarnación del amor de Epona.

Brighid se sentía atraída hacia Etain, y también asombrada por ella. Sin embargo, la Cazadora no hablaba mucho.

Se limitaba a observar y a tomar nota de todo. Esperaba a que Cuchulainn le hiciera saber a su madre que estaba empezando a sentir algo especial por Ciara. Brighid sabía que Etain se entusiasmaría al saberlo. Pero no ocurrió nada parecido. Cuchulainn pasaba muy poco tiempo con Ciara. Siempre era amable con ella, pero

claramente no hacía esfuerzos por estar en su compañía más de lo normal, al menos que Brighid supiera. Y él había hablado con su madre sobre Ciara, sí, pero en los términos normales que hubiera usado al hablar de cualquier otro Chamán.

Claro que ninguno de ellos había tenido demasiado tiempo para mantener conversaciones privadas o personales.

Brighid no había exagerado al decir que los niños no dejaban tiempo para nada más. Mientras estaban en las Tierras Yermas, los pequeños pasaban la mayor parte de sus vidas concentrados en sobrevivir, y no tenían libertad para meterse en líos o cometer travesuras. El viaje por los bosques de Partholon era otra historia. Brighid se alegraba de que hubieran podido seguir carreteras poco transitadas y alejadas de los pueblos más grandes. Se estremeció al pensar en una horda de niños alados exuberantes, llenos de preguntas, inquietos, entrando en las somnolientas aldeas de Partholon.

Los niños no entendían que no todo el mundo estaba tan contento de conocerlos a ellos como ellos de conocer Partholon.

—Creo que no te había dicho esto, pero me recuerdas mucho a Elphame —comentó Etain, interrumpiendo el silencio.

Brighid se quedó asombrada, y la miró con los ojos muy abiertos.

—Oh, no te sorprendas tanto. Vosotras dos os habéis hecho muy amigas, ¿no?

—Sí, pero... —Brighid tragó saliva nerviosamente—. Sí, Elphame y yo nos hemos hecho muy amigas.

—¿Sabes que Brenna y tú fuisteis las primeras amistades que tuvo fuera de nuestra familia?

Brighid titubeó y reflexionó para no responder algo inapropiado.

—Creo que Elphame no nos lo dijo con esas palabras a Brenna y a mí, pero nosotras lo supimos de todos modos —la Cazadora respiró profundamente y miró a Etain a los ojos—. No creo que mucha gente quisiera acercarse a una Diosa en persona.

—Eso es lo que siempre decía Elphame. Sin embargo, tú estuviste dispuesta a acercarte a ella. ¿Por qué?

—Ella me aceptó tal y como soy —respondió Brighid—. Por eso Brenna también se hizo amiga suya muy rápidamente.

No es que Elphame no viera las cicatrices de Brenna, porque era imposible no verlas. Igual que era imposible no darse cuenta de que el Castillo de MacCallan era una escapatoria para mí. No es que las cicatrices y los puntos de vista radicales de una familia de centauros no tuvieran importancia para tu hija, es que ella los aceptó con facilidad, y sin condiciones.

—Y a cambio, tú la aceptaste a ella, a Elphame, y no a la Diosa que ve el resto del mundo.

—Bueno, yo sí vi a la Diosa. Y todavía la veo. Como Brenna. Pero también la vi a ella. Elphame es una mezcla de ambas cosas, mujer y Diosa, centauro y humano. Y

ahora es mi amiga, además de mi Jefa —explicó Brighid, pero suspiró porque se sentía frustrada al no poder hacerlo adecuadamente—. ¿Tiene sentido? Cuando lo digo, me da la sensación de que no es suficiente.

—Entiendo exactamente lo que quieres decir, niña —respondió Etain—. Y por eso me recuerdas a Elphame. Mi hija y tú veis el mundo de la misma manera. Las dos sois mujeres fuertes y lógicas, que no toleráis las tonterías y no queréis perder el tiempo con engaños y excusas. Eso me gusta de ti, Cazadora. Me gusta que seas amiga de mi hija. Y creo que en muy poco tiempo tendré contigo una deuda de gratitud.

—Me honras, Amada de Epona, al decir eso. Sin embargo, no tienes ninguna deuda conmigo. Yo no necesito gratitud por ser amiga de Elphame.

—La deuda no es por Elphame. Es por Cuchulainn.

—¿Por Cuchulainn? Pero si no he hecho nada...

Los ojos verdes y sinceros de Etain se cruzaron con los de Brighid, y la Cazadora cerró la boca y acabó con sus protestas.

—Por supuesto, sabes que su alma quedó destrozada.

—Lo sé desde el día en que ocurrió.

—El día en que murió Brenna.

Etain asintió.

—Para mí ha sido muy frustrante el hecho de saber que mi hijo estaba sufriendo y no poder usar mis poderes para arreglarlo... no poder mejorar las cosas para él.

Brighid abrió la boca para contradecirla, pero no pudo hacerlo. ¿Cómo iba a poder cuestionar a la Amada de Epona?

—Brighid, soy la Suma Sacerdotisa de Partholon, y la Encarnación de Epona, pero también soy madre, y una mujer que ríe, llora y ama como cualquier otra mujer. No temas hacerme preguntas.

Brighid respiró profundamente y asintió.

—¿Por qué no puedes unir de nuevo el alma de Cu? ¿Por qué no puedes recuperar la parte que le falta?

Etain suspiró.

—En primer lugar, no soy una Chamán. Sí, puedo viajar al Otro Mundo, y lo hago con frecuencia, pero lo hago para estar en presencia de Epona y cumplir con los encargos de la Diosa. Casi nunca interactúo con los espíritus que habitan allí. Aunque he ansiado buscar el alma de Cu; ese fue mi primer impulso cuando me di cuenta de lo que le había ocurrido. Sin embargo, Epona tenía una opinión muy diferente sobre lo que yo debía hacer. Yo soy proclive a rescatar a mis hijos, aunque ya no sean niños. Mi lógica me dice que no es bueno para ellos. Mi corazón me dice algo muy diferente.

Agradezco el hecho de que mi Diosa permanezca cerca de mi corazón, incluso cuando me obliga a actuar de acuerdo a la lógica.

Brighid frunció el ceño.

—¿Así que Epona te impidió completar a Cu?

—Al principio sí. Después, yo misma me di cuenta de que este no era un sufrimiento del que una madre pueda proteger a su hijo. Cuchulainn necesitaba sufrir por la pérdida de su amada, aunque ese sufrimiento le estuviera haciendo añicos el alma. El dolor es parte del proceso de curación. Y creo que tú misma has visto cuál es la alternativa.

Brighid se sorprendió.

—¿Te refieres a la parte rota del alma de Cuchulainn?

—Sí. Él ha acudido a tus sueños, ¿no?

Brighid resopló.

—Cu ya me dijo que lo sabes todo.

Etain se echó a reír.

—Solo todo lo más importante.

—Sí, ha venido a mí en sueños.

—¿Y qué averiguaste, aparte del hecho de que le encanta coquetear?

—Que busca con determinación el placer y que...

—¿Y que...?

—Y que es fácil tomarle cariño. Es carismático y conserva la alegría de la juventud.

Etain sonrió.

—Cierto. Pero ¿qué más averiguaste sobre él? Es algo por lo que no resulta demasiado fácil tomarle cariño.

—Lo niega todo completamente. No puede ni quiere enfrentarse a ninguna dificultad emocional. Desaparece en cuanto menciono a Brenna o intento hablarle de lo que ha pasado de verdad en el mundo y hacer que reconozca que se ha retirado a un lugar feliz, pero irreal.

—Exactamente. Si yo hubiera aparecido para proteger a Cuchulainn después de la muerte de Brenna, y hubiera hecho lo que me pedía el corazón, apartarlo del dolor y rodearlo con el poder que tengo para duplicar el amor de Epona, él no habría sufrido, y hubiera sido incapaz, para toda la eternidad, de enfrentarse a la realidad, que es lo que le sucede a esa parte rota de su alma. Se habría convertido en un hombre débil, incompleto emocionalmente, y se habría pasado la vida huyendo de los problemas. Tenía que sufrir.

—Eso lo entiendo. Pero ya ha sufrido. Incluso ha comenzado a luchar para superar su sufrimiento.

—Por ese motivo, tú podrás recuperar su alma con éxito —dijo Etain, y comenzó a negar con la cabeza rápidamente en cuanto Brighid protestó—. Esto no es trabajo para una madre. Ni tampoco para Ciara. Él te necesita a ti para que lo ayudes, Brighid. Además de todo esto, Epona ha decretado que es parte de tu destino.

Brighid sintió un sobresalto al oír las palabras de la Encarnación de la Diosa.

—¿Epona ha hablado de mí?

—Por supuesto. ¿Por qué te sorprendes? La presencia de Epona es muy fuerte en mi familia.

—Pero mi familia... —Brighid se quedó callada, sin saber qué decir sobre las creencias radicales de los Dhianna, que pensaban que los humanos y los centauros no debían relacionarse.

—Brighid, no tienes por qué sentirte tan culpable. Epona le ha dado libertad a su gente, incluso a aquellos que han recibido tantas bendiciones tuyas. Todos tenemos libertad de elección. Y con esa libertad también viene la posibilidad de cometer errores. Ten por seguro que la Diosa sabe que tu corazón está libre de odio. Epona no considera culpable a una hija de los pecados de su madre.

Brighid intentó hablar, pero no pudo. El alivio que sintió fue tan grande que casi no pudo soportarlo. Epona no la culpaba. La Diosa no la había marcado ni rechazado.

—Gracias —le dijo a Etain.

—No permitas que eso te obsesione, hija —respondió la Elegida con sus palabras, el aire que la rodeaba comenzó a moverse, y de repente, Brighid oyó un eco en su mente, un eco tan lleno de poder y de calor que los ojos se le llenaron de lágrimas.

«Has de saber que estoy contigo, preciosa mía».

Brighid jadeó. Después el aire cesó, y la voz se acalló.

—Creo que... creo que... Epona... —balbuceó Brighid—. Ella me ha...

—El roce de la Diosa es deslumbrante, ¿verdad? —preguntó Etain con bondad, como si ella misma no se hubiera pasado casi toda la vida en presencia de la Diosa.

Brighid pestañeó y se pasó el dorso de la mano por las mejillas húmedas.

—Sí —susurró.

—Toma, querida —dijo Etain, y sacó un par de pañuelos de seda de una de las alforjas de su yegua. Le entregó uno a la Cazadora, y el otro se lo quedó para secarse cuidadosamente los ojos—. Siempre estoy preparada para un buen llanto. Purifica el alma.

Brighid se secó la cara. Todavía estaba conmovida por la voz que le había resonado en la mente. ¡Epona había hablado con ella! ¡Con ella! ¡Y la Diosa no la rechazaba por los actos de su madre!

—¿Te sientes mejor? —preguntó Etain.

—Creo que sí.

—¡Bien! Bueno, ahora debería ir a buscar a Ciara. Ella debe decirles a los suyos que se pongan sus mejores galas. Nunca está de más ofrecer el mejor aspecto que se pueda.

—¡Espera! —exclamó Brighid, y la yegua plateada se detuvo a medio giro—. Yo no sé cómo se recupera un alma.

Etain sonrió.

—Lo estás haciendo muy bien. Ya lo has llamado, y él ha acudido a tus sueños.

—Pero últimamente no. Dejé de venir a mis sueños la noche que llegamos al Castillo de la Guardia.

—Yo no me preocuparía por eso. Volverá. Cuando estés en casa, rodeada de los de tu clan, estarás preparada para emprender el viaje espiritual y podrás usar tus poderes para seguir el rastro de una nueva pieza.

—Tú... ¿También sabes eso?

—Usar los poderes que nos ha concedido Epona no es nada de lo que uno deba avergonzarse.

—Yo no me avergüenzo de mi don, pero sí me avergüenzo de cómo ha usado mi familia sus dones. Yo no quiero ser como...

—Continúa, hija. Puedes decirlo.

—No quiero ser como mi madre —dijo Brighid apresuradamente.

—¿Y nunca has pensado que es posible que seas como ella en el sentido de que has recibido un gran don, y diferente por el modo en que lo usas?

—¡Sí! Por eso solo uso mi afinidad con los espíritus animales. El resto... Bueno, hasta hace poco no sabía que tuviera más afinidades.

—Pero está claro que las tienes. Y, si las niegas, ¿no es eso una victoria de tu madre?

—Nunca lo había visto así.

—Tal vez debas reflexionar sobre ello. Y no te preocupes con eso de que no podrás encontrar el espíritu de Cu. Cuando estés lista, él acudirá a ti.

—Y entonces, ¿qué hago? —preguntó Brighid.

—Lo sabrás por ti misma, hija. Sabrás qué hace falta para traerlo de vuelta. Estoy segura. Tengo fe en tus habilidades, Brighid —dijo Etain.

Sonrió, hizo girar a su yegua hacia la fila de carros y se alejó al trote, dejando a Brighid con un pañuelo de seda y cientos de preguntas sin responder.

Capítulo 26

A Brighid le gustaba aquella luz que se filtraba por el bosque al amanecer, o en la puesta de sol. La conexión entre el amanecer y el anochecer era como una moneda con dos caras. Similares, pero separadas. Similares, pero distintas. Existía sencillez y perfección en el hecho de pensar que eran como reflejos el uno del otro... el comienzo y el final, y después, el comienzo de nuevo, otra parte del gran ciclo de la vida. Aquellos pensamientos le proporcionaban paz a Brighid, y aquella era una de las muchas razones por las que prefería cazar durante aquellos cambios.

—¡Brighid!

La Cazadora suspiró.

—¡Brighid!

Giró la cabeza para intentar relajar algo de la tensión que sufría en el cuello.

—Será mejor que vayas a verlo. Sabes que no te va a dejar en paz —dijo Cu.

—Está herido. Tiene que estar quieto y quedarse donde está —respondió Brighid con firmeza.

—¡Brrriighiid!

Etain, ataviada con una túnica de seda roja y con preciosas joyas, daba exactamente la imagen de la Elegida de Epona mientras, montada sobre la yegua plateada, se acercaba al trote a la Cazadora y a Cuchulainn, que iban en la cabeza de la fila.

—Tu aprendiz te llama.

—Ya lo sé —respondió Brighid, intentando mantener un tono cortés.

—Acepta la palabra de una madre. Ignorándolo no vas a conseguir que desaparezca —dijo Etain. Y la yegua relinchó para mostrar que estaba de acuerdo con ella.

—Date la vuelta y habla con él —le recomendó Cu—. Es el único modo de que tengamos paz. Solo tienes que recordarle que estás aquí. Pronto va a tener muchas más cosas en las que pensar, aparte de ti.

—Para ti es fácil decirlo —refunfuñó Brighid—. No tienes a un aprendiz alado diciendo tu nombre día y noche.

—Solo está inquieto. Se portará mucho mejor cuando pueda moverse por sí mismo —le dijo Etain.

—Ya —respondió Brighid—. No lo conocías antes. Era igual de molesto —sentenció. Después se dio la vuelta y se acercó al primer carro, oyendo la risa de Etain tras ella.

Como girasoles, las cabecitas que había en aquel carro se volvieron hacia ella. Brighid miró al conductor, que estaba demacrado. Él asintió amablemente, aunque ella se dio cuenta de que preferiría estar en cualquier otro sitio, incluyendo en medio de una batalla, que atrapado con unos niños que se reían, y parloteaban sin parar.

Brighid sonrió comprensivamente al conductor.

—¡Brighid! ¡Brighid! ¡Brighid!

Liam empezó a saltar, agarrado al borde del carro, pero Nara le ordenó que estuviera quieto y él obedeció al instante.

—¿Puedo ir contigo? Debería ir contigo. Soy tu aprendiz. Debería estar contigo. ¿No crees? ¿No es lo correcto?

Brighid no sabía si quería gruñir o gritar. ¿Cómo se las arreglaban las madres?

—¡Liam! Ya basta —dijo. Alzó una mano, y el pequeño se quedó callado. Después, Brighid se dirigió hacia la Sanadora—. ¿Te parece que está bien como para montar?

La Sanadora intentó, sin éxito, contener la sonrisa.

—No lejos, y no rápido, pero sí, puede montar.

Brighid miró a Liam. Tenía los ojos muy abiertos, enormes, de la sorpresa, pero había cerrado con fuerza los labios.

—Si te dejo que vengas conmigo, debes comportarte con la dignidad de una Cazadora de los Centauros. ¿Podrás hacerlo?

—¡Sí! ¡Sí! ¡Sss...!

Increíblemente, el niño se quedó callado. Con cuidado se irguió, acercó el ala vendada al cuerpo y asintió. Una sola vez.

Antes de arrepentirse, Brighid se inclinó hacia el carro.

—Ayudadlo —les dijo a los niños que estaban sentados junto a Liam. Sin dejar de hablar todos a la vez, los pequeños impulsaron a Liam para que pudiera montar sobre el lomo equino de Brighid—. Agárrate —le indicó, y extendió una mano hacia atrás para poder sujetarlo. Esperaba que Liam no se cayera, pero si eso sucedía, al menos ella podría impedir que se golpeará contra el suelo. Tal vez.

—¿Que me agarre a qué? —preguntó el pequeño.

—Agárrate a mis hombros, y si tienes miedo, rodéame la cintura con los brazos.

Después de un leve titubeo por parte del niño, Brighid sintió sus manitas cálidas en los hombros.

—No tengo miedo —le dijo Liam—. Sé que tú no me vas a dejar caer.

—Como no tenía respuesta para aquella fe ciega, Brighid comenzó a trotar otra vez, y se reunió con Cuchulainn y con su madre a la cabeza del grupo.

—Ni una palabra —le dijo a Cu cuando el guerrero abrió la boca.

—Me alegro de verte tan bien, Liam —dijo Etain con una sonrisa maternal—. Seguro que estarás en forma para cazar muy pronto.

Brighid notó que Liam temblaba de placer al oír las palabras de Etain, pero cuando el niño habló, lo hizo en voz baja, con cortesía.

—Gracias, Diosa.

Brighid se sintió muy agradada, y le apretó suavemente la pierna. Sonrió para sí cuando el niño le apretó los hombros en respuesta y susurró:

—¿Ves? Soy un buen centauro.

—Por allí —dijo Cuchulainn, señalando hacia el lugar en el que el camino se unía

con una carretera más ancha, y que obviamente era mucho más transitada—. Esta es la carretera entre el castillo y Loth Tor.

—Por fin. Estaba empezando a pensar que íbamos a quedarnos sin luz antes de llegar —dijo Brighid, mientras entraba en la carretera y giraba hacia la derecha.

—¿Está cerca el castillo? —preguntó Liam.

—Muy cerca —dijo ella—. Esta noche vas a dormir en el Castillo de MacCallan.

—¿Y les vamos a caer bien? —preguntó el niño con un hilillo de voz.

Brighid se volvió a mirarlo. Era tan pequeño... Liam la observaba atentamente mientras esperaba su respuesta, como si ella tuviera la clave de todos los misterios del universo.

—Claro que sí —dijo con firmeza.

Al volverse de nuevo hacia delante, se encontró la mirada de Cuchulainn, y no se sintió reconfortada por su seriedad.

—Todo saldrá bien, ya lo verás —dijo Etain, en su habitual tono de confianza, y la yegua plateada relinchó asintiendo.

Brighid miró a Etain. La Encarnación de la Diosa estaba mirando a Liam. No parecía que estuviera preocupada. La Cazadora volvió a mirar a Cu. El guerrero sonrió y se encogió de hombros.

—¿Todo lo importante? —le preguntó Brighid en silencio, formando las palabras con los labios.

—Sí —respondió Etain sin mirarlos a ninguno de los dos—. Absolutamente todo lo importante.

Liam susurró:

—Lo sabe todo de verdad.

Cuchulainn gruñó, y Brighid decidió concentrarse en la carretera.

El sonido de un revoloteo anunció la llegada de Ciara, y la Chamán se deslizó entre Cu y Brighid.

—Están listos —dijo con una sonrisa trémula, y con la mirada fija en la carretera, ante ellos—. Creo que estoy nerviosa —comentó, y se rio suavemente.

—Todos estamos un poco nerviosos cuando volvemos a casa después de una larga ausencia, pero es un nerviosismo de felicidad —dijo Etain—. Recuerda que esta es tu tierra. Las oraciones y la sangre que corría por las venas de vuestras antepasadas lo han garantizado. Todo va a ir bien, ya lo verás.

—Puedes creerla. La Diosa le dice todo lo que es importante —intervino Liam con cara de respeto reverencial, y con una voz tan seria, que los tres adultos sonrieron—. Es cierto —añadió, y después, afortunadamente, se puso a mirar todo lo que los rodeaba, con tanta concentración que se olvidó de charlar.

La caravana constaba de más de doce carros, todos llenos de Nuevos Fomorianos, y seguía a Cuchulainn, a la Cazadora, a la Chamán y a la Encarnación de la Diosa por la carretera que sería su última etapa del camino. Los cuatro líderes avanzaban con impaciencia, cada uno de ellos absorto en sus pensamientos. Cuando *Fand* se puso a

la altura del caballo de Cuchulainn, Brighid lo miró. Tenía un semblante muy serio, tenso. Si hubieran estado solos ella le habría recordado que estaban volviendo a casa, no dirigiéndose a la batalla. Sin embargo, no quería hablar delante de Ciara, porque no estaba segura de si el hecho de llamar la atención sobre su lucha interior iba a avergonzarlo o tal vez, incluso, a molestar a Cuchulainn. En parte, Brighid entendía que aquella vuelta al hogar era una especie de batalla para su amigo. Pronto, él tendría que luchar para recobrar su alma y su vida, y ambas cosas se habían visto irrevocablemente alteradas en el Castillo de MacCallan.

La carretera giraba hacia el oeste, ascendía por el terreno y, de repente, salía del bosque de pinos y entraba en los campos bien cuidados de alrededor del castillo. El sol se estaba poniendo por el horizonte del mar, e iluminaba perfectamente el imponente edificio, que también estaba iluminado por dentro. Sus murallas de color crema reflejaban los colores vivos del atardecer, así que parecía que había luz de fuego dentro y fuera de la edificación, y que les daba la bienvenida con el calor de las llamas.

—Qué bonito —susurró Liam.

—Es bonito, perfecto y... —A Ciara se le quebró la voz, y no pudo continuar.

—Y es vuestro hogar —dijo Etain.

Brighid asintió. No eran las praderas abiertas de su infancia, pero ver de nuevo aquel castillo hizo que se sintiera segura.

—Han avanzado mucho durante estas dos últimas lunas —dijo Cu, intentando mantener un tono desprovisto de emociones. Debía de temer que, si permitía que los sentimientos se filtraran en sus palabras, no iba a poder contener la marea, y eso lo abrumaría—. Las cuatro torres están terminadas, y la mayor parte del adarve.

Desde la muralla exterior del castillo, alguien los saludó con un grito.

—¿Le decimos a Elphame que ya hemos llegado, preciosa mía? —le preguntó Etain a su yegua, acariciándole el cuello.

El animal la entendió perfectamente, y sin necesidad de más indicaciones por parte de su ama, hizo unas cabriolas y se empinó con gracilidad, y emitiendo un relincho que fue amplificado por el poder de la presencia de Epona.

La respuesta desde el castillo fue inmediata.

—¡Ave, Epona! —gritó el centinela, y un momento después, la puerta de hierro recién instalada se elevó y dejó franca la entrada.

Elphame salió con un grito de alegría y echó a correr.

Con sus dos poderosas patas equinas, era más fuerte y más rápida que el resto de su gente, así que los dejó atrás con facilidad y llegó junto al grupo de viajeros más rápidamente, incluso, que su compañero alado.

Cuchulainn se bajó del caballo justo a tiempo para recibirla en sus brazos.

—¡Cuchulainn! —exclamó Elphame, y se abrazó a su hermano con fuerza, escondiendo la cara en su hombro.

—Shh —murmuró él, acariciándole la cabeza—. No llores, hermana mía. No

llores...

Elphame se apartó un poco para tomarle la cara entre las manos y darle un beso.

—Te he echado mucho de menos.

—Y yo a ti.

—¿Y qué pasa con tu madre? —preguntó Etain entre lágrimas.

Elphame se acercó a la yegua y a la Elegida de Epona.

—Oh, mamá —dijo, con los ojos relucientes de felicidad—. ¿Quién no te echaría de menos?

La yegua se inclinó hacia delante para que Etain pudiera descender al suelo con facilidad y abrazar a su hija.

—No llores, preciosa mía. Tu hermano ha vuelto, y todo va a ir bien.

Elphame besó en ambas mejillas a su madre. Después se volvió hacia Brighid y, sonriendo, iba a abrazarla cuando se dio cuenta de que llevaba a alguien en el lomo. La Jefa del Clan abrió unos ojos como platos cuando asimiló toda la escena que tenía ante sí, aparte de su hermano y su madre.

—Oh, por la Diosa... —susurró.

Sin mirar hacia atrás, Ciara se acercó, sabiendo que su gente la seguiría. Cuando se encontró ante Elphame, se arrodilló y se posó las manos en cruz sobre el corazón, en un gesto antiguo de respeto y homenaje.

—Diosa, nunca habré palabras adecuadas para agradecerte el sacrificio que hiciste por nosotros. Al aceptar la locura de nuestros antepasados, liberaste nuestra humanidad. Nos salvaste —dijo la Chamán con la voz llena de pasión.

Brighid observó con suma atención el rostro de la Jefa del Clan. ¿Era ella la única que notaba la sombra que temblaba a través de los ojos de Elphame, oscura y maligna? Entonces, Lochlan se acercó y se situó junto a su compañera, y Etain se situó al otro lado de Elphame. Elphame sacó fuerza de su presencia y se irguió. Como las sombras que se retiraban a causa de la luz, la oscuridad de su mirada se aclaró. Se inclinó, tomó a Ciara de la mano e hizo que se levantara.

—No soy yo a quien debéis gratitud —le dijo—. Sin la fuerza de Epona, no se habría podido romper la maldición de vuestro pueblo.

—Y vuestra deuda con Epona fue pagada muchas veces con la fidelidad de vuestras antepasadas —dijo Etain.

—Así que aquí no hay deudores, sino solo amigos y camaradas —dijo Elphame.

En aquel momento, Lochlan dio un paso hacia delante y se dirigió a todos con su voz grave.

—Elphame, mi Jefa y mi amor, y Clan MacCallan —dijo, mirando y sonriendo a los humanos y a los centauros que los rodeaban—, permitidme que os presente a Ciara, Chamán de los Nuevos Fomorianos, nieta de la Encarnación de Terpsícore, que fue secuestrada por los demonios hace más de un siglo.

Elphame correspondió a la elegante reverencia de Ciara con una majestuosa inclinación de la cabeza.

—Jefa del Clan, y Clan MacCallan, esta es mi gente, y ahora la vuestra también, la gente a la que salvó Elphame, los Nuevos Fomorianos.

Con otra reverencia, Ciara se apartó para que Elphame tuviera una visión clara de los niños y los adultos alados, que se habían arrodillado y llenaban el espacio como pájaros exóticos.

Elphame paseó la mirada por el grupo silencioso, y su mirada los tocó a todos y cada uno de ellos. Los Nuevos Fomorianos comenzaron a sonreír tímidamente. Entonces, se oyó una vocecita.

—¡Estamos muy contentos de haber venido, Diosa!

Después se le unió un torrente de voces infantiles.

—¡Sí, Diosa!

—¡Oh, sí!

—¡Aquí todo es muy verde!

Elphame alzó la mano y toda aquella exuberancia cesó.

—Lo primero de todo —dijo lentamente—, es que yo no soy una Diosa. Solo estoy tocada por Epona. Podéis llamarme Jefa, o Elphame, ¿entendido?

Los niños asintieron con entusiasmo.

—Bien. Y ahora que hemos resuelto eso, ¡levantaos, Nuevos Fomorianos, y venid al Castillo de MacCallan, vuestro nuevo hogar!

Los habitantes del castillo se adelantaron hacia ellos para darles la bienvenida y saludar a los niños y a los adultos, hasta que todos estuvieron tan mezclados que no se sabía dónde empezaba un grupo y dónde terminaba el otro.

—¿Y él? —preguntó Elphame, mirando a Liam—. ¿Es alguien especial a quien debo conocer?

Antes de que pudiera responder Brighid, el niño exclamó:

—¡Sí!

Brighid le apretó la pierna suavemente, y con una obediencia que a la Cazadora estaba empezando a parecerle sorprendente, el niño se quedó en silencio al instante.

—Elphame, me gustaría presentarte formalmente a mi aprendiz, Liam.

Lo único que delató la sorpresa, y la diversión de Elphame, fue un ligerísimo fruncimiento de labios.

—Bienhallado, Liam. A un clan siempre le viene bien tener un buen... una buena Cazadora.

—¡Gracias, Elphame! El Castillo de MacCallan va a necesitar caza extra ahora que todos nosotros estamos aquí.

A Brighid le pareció que hablaba con mucha madurez, y habría pensado que había crecido varios años durante aquel viaje de no ser porque notó que se retorció con un entusiasmo que apenas podía contener.

—Eso es muy sabio por tu parte, Liam —dijo Elphame, sin rastro de sonrisa. Brighid sabía que estaba reprimiéndose, porque su amiga evitaba cuidadosamente su mirada—. Ya entiendo por qué te ha elegido Brighid para que seas su aprendiz.

—Oh, ella no me eligió —dijo Liam con gravedad—. Yo la elegí a ella. Desde la primera vez que nos conocimos estuve diciéndole que yo tenía que ser una Cazadora, como ella.

Elphame se posó una mano en los labios como si estuviera sopesando la respuesta del niño, y carraspeó antes de contestar:

—¿Sabes? Me recuerdas a mi hermano. Él sabía, desde muy pequeño, lo que iba a ser en la vida.

Brighid notó que Liam tomaba aire bruscamente, con toda seguridad para disparar una batería de palabras muy entusiastas e infantiles, justo cuando Nara se aproximaba a ellos.

—Elphame, te presento a la Sanadora de los Nuevos Fomorian, Nara —dijo Brighid rápidamente.

Nara le hizo una respetuosa reverencia a Elphame.

—Estamos muy contentos de estar en el Castillo de MacCallan, señora.

Elphame sonrió.

—Será un placer tener a una Sanadora y a otra Cazadora entre nosotros.

Nara frunció el ceño.

—Esta Cazadora ya ha cabalgado bastante por hoy.

—Creo que todos lo hemos hecho —dijo Brighid, y ayudó a Liam a desmontar, cosa que el niño hizo con reticencia.

—Tienes toda la razón, Brighid —dijo Elphame, y dio unas palmadas para llamar la atención de la multitud—. La cena está lista. Vamos a retirarnos al castillo y a deleitarnos con la deliciosa comida de nuestra cocinera.

Los niños gritaron de júbilo, y pronto estuvieron siguiendo al Clan MacCallan por la entrada de las murallas del castillo.

—Lochlan me dijo cuántos niños había. Hemos estado preparándolo y planeándolo todo para ellos. Pero verlos... a todos juntos... bueno, eso es muy diferente a hablar —comentó Elphame.

Brighid resopló.

—Por lo menos te preparó.

Elphame sonrió a su amiga y la abrazó con afecto.

—He echado de menos tu sinceridad, Brighid.

Capítulo 27

Con un suspiro de alivio, Brighid estiró el cuello y lo giró.

Notó que se le relajaba la tensión de los músculos. Haciendo el menor ruido posible, atravesó el Patio Principal, que se había quedado vacío, y salió por las puertas abiertas de la muralla interior. ¡Alabada fuera la Diosa, por fin estaba sola!

Los setenta niños, incluido su aprendiz, estaban acostados en las barracas de los soldados, que habían sido restauradas poco antes. La cena había sido una mezcla de caos y control, y Brighid pensó que estaría eternamente agradecida a las mujeres del Clan MacCallan. Se habían hecho cargo de los niños y ni siquiera les había importado la charla interminable y las preguntas. En realidad, todos se habían reído mucho y nadie había mirado a los pequeños con curiosidad ni con desconfianza. Claro que eso era lógico; al contrario que los Guerreros de la Guardia, el Clan MacCallan había tenido más de dos ciclos de luna para prepararse para la llegada de los Nuevos Fomorianos.

Además, estaba Lochlan, el compañero de la Jefa. Él era un noble ejemplo de su pueblo. Brighid se daba cuenta de que se había equivocado al desconfiar de él. Era evidente que la mayoría del Clan MacCallan no había tenido tanta reticencia a la hora de aceptarlo. Agitó la cabeza. A través de los niños híbridos ella había aceptado la bondad de los Nuevos Fomorianos, y podía ver a Lochlan con otros ojos.

Además, estaba empezando a ver diferencias también en sí misma. Una parte de ella había empezado a despertar...

No quería pensar en ello, pero no era una cobarde. En su naturaleza estaba el enfrentarse a las cosas. Estaba cambiando. Una vez en casa, de vuelta al lugar del mundo donde más aceptada se sentía, y más segura, las diferencias eran innegables.

Aquello le preocupaba y la intrigaba mucho.

Las murallas exteriores del Castillo de MacCallan aparecieron repentinamente ante ella, y Brighid reorganizó sus pensamientos y sonrió al ver el adarve recién construido, que recorría el interior de los muros de piedra. Por insistencia de Elphame, las escaleras de subida eran anchas y tenían escalones altos, lo suficiente como para acomodar la subida de un centauro. Aquella idoneidad para los centauros era lo que describía al Castillo de MacCallan. Brighid se preguntó si después de visitar un castillo como aquel, donde los centauros eran respetados y aceptados como parte del clan, como parte de la familia de la Jefa, cambiarían su forma separatista de ver las cosas.

Seguramente no. El Clan Dhianna se había mantenido apartado de los humanos desde hacía mucho tiempo, y se sentía orgulloso de ello. Una visita al Castillo de MacCallan no iba a cambiar lo que se les había imbuido durante...

¿Cuánto tiempo, en realidad? Con un sobresalto, se dio cuenta de que la última vez que el Clan Dhianna había salido de las Llanuras de los Centauros para algo distinto a un breve viaje comercial había sido durante las Guerras Fomorianas, que

habían sido desastrosas para ellos. Más de la mitad de los guerreros centauros que lucharon contra los demonios en la gran batalla del Templo de la Musa habían sido masacrados, y muchos otros habían recibido heridas tan graves que habían vuelto lisiados a sus llanuras y no habían podido salir nunca más de su tierra natal.

Ella era la primera de su raza que salía de las Llanuras Centauros desde hacía más de cien años. ¡Por la Diosa, aquel era un pensamiento desalentador!

—¡Bienhallada, Brighid! —dijo un centinela desde su puesto de vigilancia.

Brighid dio unas palmaditas en la barandilla de la amplia escalera y asintió para devolverle el saludo al guardia.

—Nos alegramos de tenerte de nuevo en casa, Cazadora.

—Yo también me alegro de haber vuelto —respondió con una sonrisa. Después recorrió la corta distancia que la separaba del borde de la muralla—. Qué noche más agradable —añadió, observando el bosque silencioso que se extendía ante ella, y el cielo lleno de estrellas.

—Ha sido una primavera seca. Por eso hemos podido hacer tanto trabajo en el castillo. Claro que Wynne y el resto de las cocineras se quejan de que van a tener que regar los huertos si no llueve pronto, pero para mí este tiempo está muy bien.

Brighid sonrió distraídamente. Abajo había un círculo de antorchas que había captado su atención. El centinela siguió su mirada.

—Es la tumba de Brenna —dijo en un tono de voz grave.

Brighid asintió de nuevo.

—El monumento ya está terminado.

—Sí. Hace tres noches se encendieron las antorchas por primera vez. Ahora se prenden todas las noches, y se apagan al amanecer.

—¿Hace tres noches? —preguntó Brighid con un nudo en el estómago. Aquella era la noche en que Brenna la había visitado en sueños. ¿Qué era lo que le había dicho el espíritu de la pequeña Sanadora? ¿Que se había sentido impulsada a visitarla aquella noche?—. ¿Hasta dónde llega el adarve? —preguntó de repente.

—Se ha terminado más de la mitad del recorrido de las murallas —dijo el centinela, señalando hacia la derecha—. Ve a verlo tú misma. Hay antorchas por todo el camino —añadió con una sonrisa—: No tienes que preocuparte por los tropezones, Cazadora.

—Bueno, eso sí que es reconfortante —murmuró ella.

Le deseó buenas noches al centinela y comenzó a caminar por el robusto adarve de madera. Un rato después se detuvo y se apoyó en la balaustrada de piedra. Desde allí tenía una buena vista de la tumba de Brenna. Sobre ella se había erigido una estructura sencilla y elegante, con una pequeña cúpula sostenida por cuatro columnas.

En cada una de las columnas había una antorcha encendida, y las llamas iluminaban suavemente el sarcófago de mármol y extendían dedos de luz sobre la efigie de la Sanadora.

—Me pregunto si le gusta —dijo Elphame suavemente, saliendo de entre las

sombras.

Brighid dio un respingo.

—Elphame, la próxima vez haz un poco de ruido, ¿quieres?

Ella se colocó junto a la Cazadora.

—¿Te he asustado?

La Cazadora miró a su amiga con el ceño fruncido.

Elphame sonrió.

—Lo siento.

Ambas miraron hacia la tumba.

—Parece que está llena de paz, incluso desde aquí —dijo Brighid.

—Todavía no está terminada del todo. He empezado a buscar un artista para que pinte el Nudo de la Sanadora en el interior de la cúpula. Y me gustaría extender el jardín de flores azules para que cubrieran toda esa parte del terreno del castillo. Cu me dijo que era su flor favorita.

—Porque tenía el mismo color que los ojos de tu hermano —explicó Brighid.

Elphame sonrió a su amiga con sorpresa.

—No me había dado cuenta, pero tienes razón.

—Creo que a Brenna le gustaría lo que has hecho para recordarla —dijo Brighid.

—Sí, me parece que tienes razón. Era demasiado importante como para convertirse en una parte olvidada del pasado.

—Eso no sucederá. Hay setenta niños alados que contarán su historia a las generaciones venideras. Los Nuevos Fomorianos tienen mucha memoria. Y no creo que tengas que buscar más un pintor. ¿Lochlan no te ha contado que la mayoría de los híbridos son descendientes de las Encarnaciones de las Musas?

—No, no recuerdo que me haya contado nada en concreto de sus antepasadas, solo de su madre —dijo Elphame—. Yo, como el resto del clan, me sorprendí mucho al saber que Ciara es descendiente de Terpsícore.

—Espera a que conozcas el talento que había escondido en las Tierras Yermas. Las paredes de su salón de reuniones estaban cubiertas de frescos impresionantes. Incluso las patas de las mesas estaban talladas con flores y plantas. Amiga, has heredado un grupo de artistas.

—Qué noticia más excelente. Me pregunto por qué no me lo habrá contado Lochlan.

Antes de conocer a los Nuevos Fomorianos, Brighid habría dudado del silencio de Lochlan y habría pensado que tenía motivos ocultos para no haber hablado de ello. Sin embargo, en aquel momento no pensaba nada semejante. Sonrió a su amiga.

—Hombres. Ya sean humanos, híbridos o centauros, son todos iguales. Dicen poco sobre las cosas importantes y demasiado sobre lo que es evidente.

Elphame se rio.

—Eso es cierto, amiga mía. Bueno, ¿vas a hablarme sobre tu aprendizaje?

Brighid suspiró.

—Es evidente que el niño está confuso.

—¿Y?

—Y, por algún motivo que no comprendo, me he dado cuenta de que le tengo mucho afecto. Es... muy fácil quererlo. Y no tiene padres.

—Te necesita —dijo Elphame.

—Supongo que él me necesita, y en cierto modo yo también lo necesito a él. O por lo menos, el hecho de aceptar la responsabilidad de su cuidado me pareció bien, después de que lo hirieran.

—¿Qué ocurrió?

—Los Guerreros de la Guardia no estaban tan dispuestos a acoger a los Nuevos Fomorianos como el Clan MacCallan. Lo único que sabían de los híbridos era lo que habían aprendido de Fallon. Ella ha empeorado todavía más —dijo Brighid, cabeceando—. Se burló de Cuchulainn. Fue horrible e inquietante.

—Debería haber ignorado el hecho de que estaba embarazada y haber ordenado que la ejecutaran. Por Cuchulainn.

Por Brenna. Por todos nosotros.

—¡No! Hiciste lo correcto. Lo contrario habría sido incivilizado e injusto. Fallon mató a Brenna, y fue algo horrible.

Pero cometió ese crimen por el deseo de salvar a su gente. A cambio de elegir el único camino que pensaba que estaba abierto para ella, obtuvo la recompensa de la locura, la prisión y la muerte inminente.

—¿Quieres decir que debería perdonarla?

—No, perdonarla no. Pero tal vez sí habría que comprenderla y compadecerse de ella. Algunas cosas en la vida no se pueden poner claramente en el lado del bien o del mal. A veces, el mal lleva el rostro de un amigo, o de la familia. Y el bien parece alguien ajeno.

Elphame la observó atentamente.

—¿Te encuentras bien, Brighid?

—Estoy muy contenta de haber vuelto a casa.

—Te he echado de menos. El hecho de que Cu y tú os marcharais casi al mismo tiempo... Espero que no vuelva a suceder pronto.

—No tengo intención de marcharme a ninguna parte, salvo de caza en las tierras de los MacCallan.

—Bien. Ahora hemos de convencer a Cuchulainn para que se quede también —dijo Elphame—. Gracias por traerme a mi hermano. Siempre te lo agradeceré.

—No tienes por qué darme las gracias, Elphame. Él también es mi amigo, y su sitio está aquí. Contigo, con el clan.

Aquí puede recuperarse.

Elphame suspiró.

—Está muy cansado y avejentado. Me doy cuenta de que le resulta muy difícil estar en el castillo.

—Sí, pero necesita estar aquí. Es hora de que acabe el exilio que él mismo se impuso.

—Fue muy impropio de él marcharse de aquella manera.

Cu no huye de los problemas, y siempre ha encontrado su fuerza en la familia.

—Cuchulainn se marchó porque ha perdido una parte de su alma —le explicó Brighid—. La parte alegre de su alma, la que ama la vida. No pudo soportar la pérdida de Brenna. Se partió y se marchó al Otro Mundo. Por eso Cu ha estado comportándose de una manera tan rara. Por eso le resulta tan difícil curarse.

—¡Oh, por la Diosa! —susurró Elphame—. ¿Qué vamos a hacer? Tiene que haber una recuperación —dijo, y miró desesperadamente a su alrededor—. ¡Mi madre! ¡Ella puede arreglar esto! Tenemos que...

Brighid le puso una mano en el brazo a su amiga.

—Tu madre ya lo sabe. Va a haber una recuperación del alma, pero no la va a realizar ella.

—Entonces, ¿quién? ¿Va a venir mi padre?

—No, Elphame —dijo Brighid, y respiró profundamente—. Tu padre tampoco va a realizar la recuperación de su alma. Voy a hacerlo yo.

Elphame pestañeó.

—¿Tú?

Brighid se encogió de hombros. Se sentía incómoda.

—Eso parece. Tu madre está de acuerdo. Y Cuchulainn también.

—Pero si tú no eres una Chamán.

—No, pero parece que no tiene importancia. Yo tengo un poder en mi sangre. Tu madre dice que es un don. Estoy empezando a conocerlo. Creo... Creo que es el mismo don que mi madre tiene en su sangre. Ya sabes que soy la hija de Mairearad Dhianna.

Elphame asintió.

—Soy la hija mayor de Mairearad Dhianna.

Elphame tomó aire bruscamente.

—¡Y dejaste tu clan para convertirte en Cazadora! Durante todo este tiempo yo he creído que eras una de las hijas menores de la Suma Chamán —dijo, y sonrió mientras cabeceaba—. Seguro que tu partida provocó bastante revuelo... Por eso nos entendemos tan bien. Ambas somos hijas mayores que hemos decidido no seguir las tradiciones. Yo debía seguir a mi madre como Elegida de Epona. Tú tenías que haber seguido los pasos de la tuya y haberte convertido en la Suma Chamán de los Dhianna. No es de extrañar que la Diosa cruzara nuestros caminos.

—Pero parece que tu madre apoya tu decisión. La mía no. Ella no es como Etain —dijo Brighid, y miró hacia la noche—. Cuando yo dejé a mi madre, estaba decidida a dejar atrás una vida que no quería, y eso incluía el poder de mi sangre que me unía a ella. Sentía que tenía que negarlo y aniquilarlo para demostrar que era distinta, que mi destino era otro. Sin embargo, hay una parte de mi poder, o de mi don, como lo

llama tu madre, que no puedo negar. Sabes que soy una Maestra Cazadora. Puede que sea tan hábil a la hora de capturar una pieza que me resultara fácil ocupar el puesto de Cazadora Mayor de Partholon.

—Sí, por supuesto. A menudo me he quedado maravillada con tus habilidades, como el resto de nuestro clan. Tenemos suerte de que seas una de los nuestros.

—Eso es porque mi don es la afinidad con los espíritus de los animales. No es que no tenga las habilidades de una Cazadora, claro que las tengo. He realizado todo el adiestramiento, y conozco a los animales de modo que puedo seguir el rastro casi de cualquier cosa que se mueva por la tierra. Pero tengo algo más que las habilidades normales de una Cazadora. Siento los espíritus de los ciervos y los alces, de los jabalíes y los osos. Los conozco de una manera que solo es posible por los dones que me concedió Epona.

Se quedaron en silencio, mirando hacia el bosque y pensando en lo que había dicho Brighid.

—Si hubiera tenido más experiencia y más conocimiento sobre el mundo de los espíritus, habría adivinado tu verdad.

Ahora que me lo has contado me parece evidente —dijo Elphame, y la miró—. Mi madre lo sabe, ¿verdad?

—Tu madre lo sabe todo —respondió Brighid con una sonrisa.

—Todo lo importante —puntualizó Elphame.

—No, estoy empezando a pensar que lo sabe todo —replicó Brighid, y las dos amigas se echaron a reír.

—Así es mi madre —dijo Elphame—. Da miedo, pero es increíble y maravillosa.

Brighid titubeó un instante. Después comentó:

—Hoy me ha dicho que le recuerdo a ti.

Elphame sonrió.

—No me sorprende.

—Tengo que decirte que el hecho de viajar con ella y conocerla me ha provocado cierta envidia de ti, Elphame. No puedo imaginarme lo que es tener una madre que te quiera de verdad.

Elphameladeó la cabeza.

—Es un regalo inestimable —dijo.

—Uno que yo nunca tendré.

—No tienes por qué ser hija de alguien para compartir su amor. Mi madre tiene dos hijas, pero siempre dice que desearía que Epona la hubiera bendecido con más.

La Cazadora sintió una ráfaga de emociones. Aceptación.

Así era sentirse aceptada, amada y honrada por una misma.

Y Elphame no tenía celos de ella, ni se había enfadado, ni se había quedado horrorizada. Claramente, estaba encantada de compartir el amor de su madre con ella. Era algo milagroso.

Entonces sintió una punzada de culpabilidad. Ella tenía una madre. Ciertamente,

Mairearad era egoísta y manipuladora, y siempre se había preocupado más de sí misma que de su progenie, pero era su madre. ¿Cómo era posible tener dos madres a la vez?

No era posible. Ojalá lo fuera. Pero no era posible.

—Brighid —dijo Elphame suavemente, tocándole el brazo—. No permitas que eso te destruya. ¿Es que no puedes aceptar el amor de una madre sin negar el de la otra?

—¿Y no sería eso una traición?

—No, hermana. Tú no eres capaz de cometer una traición. Eso búscalo en otra parte.

—Lo intentaré... —susurró ella.

Giró la cabeza y se secó las lágrimas que le habían caído por las mejillas. Entonces, un movimiento captó su atención. Volvió a enfocar la visión, y vislumbró dos figuras entre las antorchas que iluminaban la tumba de Brenna. Una era un hombre. Otra, una loba.

—Es Cu —susurró Elphame.

El guerrero se acercó a la cabecera de la tumba de Brenna. Se quedó inmóvil, y después posó la mano sobre su mejilla de mármol. Lentamente, se inclinó. Brighid pensó que iba a besar los labios de la efigie, pero él solo apoyó la frente en el mármol inflexible. Después se dio la vuelta y se alejó tambaleándose, seguido por *Fand*.

—Yo negué el poder del Chamán que corre por mis venas —dijo Brighid suavemente—. Entonces encontré a tu hermano en las Tierras Yermas, hecho añicos, desesperado, y entendí que podía ayudarlo. Pero eso es lo único que entiendo. No sé por qué, pero Epona ha convertido a Cuchulainn en parte de mi destino.

Elphame se volvió hacia ella.

—Nuestra Diosa es sabia. No hay nadie que me guste más que tú para confiarle a mi hermano.

—Espero ser digna de esa confianza.

—Lo eres, hermana mía.

Elphame sonrió, y a Brighid se le puso el vello de punta al notar motas de poder que de repente giraban en el aire, a su alrededor.

Capítulo 28

Su habitación estaba ventilada y preparada. La habían construido a continuación de las barracas de los guerreros, como extensión de la edificación larga y estrecha en la que se habían instalado los Nuevos Fomorianos. Elphame había ordenado que alzaran un muro grueso entre las barracas y los aposentos de la Cazadora, y había insistido en que fueran habitaciones espaciosas con una entrada privada. Brighid no necesitaba tantas atenciones, pero su Jefa había hecho caso omiso de sus protestas y había creado unas estancias adecuadas para la Cazadora del Clan MacCallan. Eran íntimas y estaban muy bien decoradas. Y como Brighid notó con sumo placer, durante los días que ella había estado fuera alguien se había encargado de colgar en la pared un tapiz en el que aparecían las Llanuras de los Centauros, llenas de flores y de bisontes oscuros.

—Que la Diosa la bendiga —susurró Brighid, sabiendo que era Elphame quien había cubierto las paredes con escenas de su niñez. Elphame la entendía bien.

Alguien había tenido el detalle de encender un buen fuego en la chimenea y también las velas de los candelabros.

La habitación estaba amueblada con austeridad; había un gran baúl, una mesa robusta de proporciones adecuadas para un centauro, y un enorme colchón que descansaba directamente sobre el suelo de mármol.

Brighid sonrió y le pidió su bendición a la Diosa para Wynne y su plétora de cocineras. Habían dejado sobre la mesa una cesta con fiambres, queso, pan, fruta y un odre de vino de las vides de la propia Etain.

Brighid se tomó un pedazo de queso. Conocían sus costumbres. Sabían que le gustaba tomar un refrigerio durante la noche, y que a veces se levantaba incluso antes que las cocineras. Querían que tuviera provisiones. Se preocupaban por ella.

No llevaba viviendo allí más que tres ciclos de luna, pero los olores, las caras, los roces de las personas le hablaban de aceptación y de seguridad. «Creo que por fin he encontrado mi sitio».

Era una experiencia única y maravillosa vivir en un castillo lleno de gente que se preocupaba por ella y por su comodidad. ¿Qué pensaría su madre si viera aquello? Brighid cabeceó. Su madre ni siquiera lo vería aunque estuviera en mitad de aquella habitación. Mairearad Dhianna vería solo sombras, nunca la luz que las proyectaba. Encontraría todo tipo de defectos en el Clan MacCallan, y denigraría el afecto que sentían por su hija.

¿Por qué estaba pensando en su madre? Aquella parte de su vida había terminado.

Era porque estaba exhausta después del viaje, y necesitaba dormir. A la mañana siguiente se sentiría mejor. Se aseguraría de que los Nuevos Fomorianos se instalaran bien; se había hablado de construir una aldea para ellos en la pradera sur del castillo. Tal vez llevara a Liam a verla.

Suspiró mientras apagaba las velas, hasta que la única luz fue la que provenía de

la chimenea. ¿Qué iba a hacer con Liam? Ella misma lo había proclamado su aprendiz.

Tendría que empezar a entrenarlo. «Rastrear», pensó con satisfacción, «enseñarle a reconocer diferentes huellas... identificarlas, seguirlas, nombrarlas... catalogarlas». Aprender a rastrear le costaba mucho tiempo a cualquier aprendiz de Cazadora. Lo mantendría ocupado.

Si ella tenía suerte, él perdería todo interés.

Ignorando la presión de la piedra turquesa en el bolsillo del pecho, la Cazadora se quitó el chaleco, puso agua de la jarra en la palangana y comenzó a lavarse. Después se secó y se acostó con un profundo suspiro. Aquella noche iba a dormir profundamente. Al día siguiente reflexionaría sobre las consecuencias que podía tener la posesión de aquella piedra, y sobre la recuperación del alma de Cu, y sobre el maldito halcón plateado que ella no le había mencionado a nadie, salvo a su amigo. Al día siguiente pensaría en todo eso...

No sabía que estaba soñando. Se sentía contenta, como flotando en una nube de serenidad. No había niños en su sueño... ni buenos amigos... y ningún hombre, con el alma hecha añicos o de otro modo.

El sonido de su puerta cerrándose de golpe y el zarandeo al que la sometió una mano áspera fueron suficientes para terminar con su placidez.

—¡Brigid! ¡Despiértate!

La Cazadora abrió un ojo. El fuego se había apagado y en el hogar solo quedaban ascuas, pero el hombre llevaba una vela en la mano. Brigid abrió el otro ojo.

—¿Cuchulainn?

—¿Lo ves? Sabía que estabas despierta —dijo él, y se puso a encender las velas que ella había apagado hacía muy poco.

Brigid se incorporó en su lecho y se apartó el pelo plateado de la cara.

—¿Ya ha amanecido?

Él terminó de encender las velas, se agachó frente a la chimenea y puso varios troncos en el hogar, avivando el calor de las ascuas hasta que el fuego comenzó a crepitar alegremente. Después miró hacia atrás, a Brigid. Pasó los ojos por sus pechos desnudos antes de volver a mirarle la cara.

—No. No ha amanecido. Vístete —dijo. Se giró de nuevo hacia la chimenea y siguió atizando el fuego.

Brigid se ruborizó al levantarse de la cama y tomar su chaleco. Sin embargo, mientras se lo ponía, su mente comenzó a funcionar rápidamente. ¿Qué le pasaba? Los centauros estaban desnudos muy a menudo. No había nada vergonzoso en mostrar el pecho. E incluso cuando iba completamente vestida con el chaleco tradicional de cuero y bordados de abalorios, sus pechos eran parcialmente visibles a veces. ¿Por qué se ruborizaba como si fuera una adolescente? Él había entrado en su

habitación sin miramientos, la había despertado y había conseguido que se sintiera... desnuda. Era algo absurdo.

—Cuchulainn, ¿qué ocurre? Estoy cansada. Y no te he dado permiso para entrar en mi dormitorio y despertarme.

Él se puso en pie y se giró hacia ella. Tenía el pelo enredado como el pelaje de una gran bestia. Se agarró las manos con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos.

Después se las puso sobre la frente y cerró los ojos, como si fuera a rogarle con una plegaria.

—¿Cu?

Brighid sintió una aguda preocupación al verlo. Estaba roto, demacrado.

—Ayúdame —le pidió él con los ojos cerrados—. No puedo seguir así. No puedo vivir así ni un día más.

—Claro que voy a ayudarte. Ya hemos hablado de esto.

—No quiero hablar más —dijo él, y cerró los ojos—. Ahora, o nunca.

Brighid sintió pánico.

—Cu, sé sensato. Este no es el momento.

—Pues tiene que serlo. No puedo estar aquí sin ser yo mismo.

—Sabes que eso no va a cambiar tu dolor, Cu. No hará que desaparezca.

—¡Eso ya lo sé! —replicó él, y se pasó las manos por el pelo mientras se paseaba de un sitio a otro por delante del fuego—. Tengo que aprender a vivir sin ella, pero no puedo hacerlo a menos que esté completo, y no puedo soportar estar aquí, en casa, donde la conocí, la amé y la perdí. Respiro, luego estoy vivo, pero no lo estoy de verdad. Yo... no sé explicarlo mejor. Tienes que creer que estoy preparado. O me ayudas esta noche, o mañana por la mañana me iré.

—Huyendo no vas a resolver esto.

—¡Eso también lo sé! Ayúdame, Brighid. Por favor.

—¡No sé si puedo hacerlo!

Él estuvo a punto de sonreír.

—¿Eso es lo que te preocupa? ¿Tienes miedo de no poder llegar hasta la parte de mi alma que falta?

—¡Pues claro que es lo que me preocupa! Cuchulainn, yo no soy una Chamán.

—Pero... Mi parte perdida ya ha acudido a ti, y lo hará otra vez.

—Estás muy seguro.

—Estoy seguro, Cazadora. Nos caes bien, tanto al Cuchulainn de tus sueños como a mí. Eres quisquillosa y demasiado rígida, pero de todos modos nos caes bien. Él acudirá a ti. Solo tienes que llamarlo.

Brighid ignoró el temblor que le producían aquellas palabras. Claro que le caía bien a Cuchulainn. Eran amigos, camaradas, miembros del mismo clan.

—O me ayudas, o iré a decirles a mi hermana y a mi madre que me marchó mañana mismo.

Ella lo miró con el ceño fruncido.

—Eso suena vagamente como una amenaza.

—No es nada vago, y no es una amenaza. Es un claro chantaje.

Brighid lo miró a los ojos.

—Estoy asustada, Cu. Tengo miedo.

—¿De qué?

—De fracasar.

Él asintió.

—Es por el Reino de los Espíritus. No quieres ir allí. Lo entiendo, y siento mucho tener que pedirte que lo hagas por mí. Si hubiera otra manera...

—No —dijo ella rápidamente—. No es ir lo que me molesta. Tengo miedo de lo que puedo descubrir allí.

Cuchulainn palideció, pero no apartó la mirada.

—Ya sabes lo que vas a descubrir. Solo soy yo, Brighid.

Destrozado o no, corpóreo o no, seré yo.

—Esto me está cambiando, Cu. Puedo sentirlo.

—Lo sé... Yo... —Cuchulainn apretó la mandíbula—. Perdóname por pedirte esto.

Ella siguió mirándolo a los ojos, y de repente se sintió avergonzada de sí misma. Tenía que dominar sus miedos infantiles y hacer aquel trabajo. Por sus venas corría la sangre de una poderosa Chamán, y tenía que hacer uso de aquella herencia para obtener algo beneficioso.

—No hay nada que perdonar. Soy una idiota. Vamos a hacer esto —dijo, y miró a su alrededor por la habitación—. Aviva el fuego... aunque creo que deberías apagar las velas.

Rápidamente, Cuchulainn fue de candelabro en candelabro apagando las velas. Volvió junto a la chimenea y añadió más leña al fuego. Las llamas comenzaron a danzar y a crepitar. Después se puso en pie, frotándose las manos con nerviosismo.

—¿Y ahora?

—Tenemos que tumbarnos —dijo ella, y volvió a su colchón, donde flexionó las piernas y se reclinó. Después lo miró. Él seguía inmóvil junto a la chimenea—. Cu, tú no tienes que viajar al Otro Mundo, pero tienes que relajarte y prepararte para aceptar el regreso de tu alma. Supongo que será más fácil que te tumbes.

—¿Dónde?

Ella miró al cielo con resignación y señaló el espacio vacío que había a su lado.

—Voy a recuperar una parte de tu alma. No puede ser que temas tenderte a mi lado.

—No lo temo. Es solo que... Por la Diosa, estoy muy nervioso. ¡No sé qué hacer!

—Intenta tumbarte.

Él asintió y, con un gruñido, se acercó al otro lado del colchón de la Cazadora. Se tumbó, se cruzó de brazos y después los descruzó.

—No sé qué hacer con las manos —le dijo, sin mirarla.

—No me importa lo que hagas con ellas, siempre y cuando las mantengas quietas.

—Disculpa —dijo él.

—Esto es lo que voy a hacer —explicó ella—. Voy a relajarme y voy a ir al mismo sitio al que voy cuando me estoy preparando para cazar. Después me adentraré más en... bueno, iré a donde me lleve el camino.

Él arqueó las cejas.

—La única manera de hacerlo es compararlo con una caza —dijo ella con exasperación.

Cuchulainn comenzó a alzar las manos, como si se estuviera defendiendo de un asalto, pero se detuvo y las colocó junto a las caderas con tirantez.

—Lo que hagas me parece bien —respondió cuidadosamente.

—¡Oh, ya basta!

—¿Ya basta qué?

Brighid se apoyó en un codo y señaló con la barbilla el cuerpo inmóvil y los brazos rígidos de Cuchulainn.

—Te estás comportando como si nunca hubieras estado en la cama con una fémina.

En aquella ocasión, Cu solo arqueó una ceja, y frunció los labios como si quisiera reprimir una sonrisa.

—¿Es así como te gustaría relajarme?

Ella frunció el ceño.

—Claro que no —respondió mientras se reclinaba de nuevo—. Pero ahora pareces más tú mismo.

—Eres astuta, Cazadora.

—Cierra los ojos y concéntrate en permanecer abierto. Recuerda que yo no puedo obligar a tu alma a que vuelva. Tiene que querer venir, y tú tienes que aceptarlo.

—Estoy listo.

Por la Diosa, ojalá ella lo estuviera también.

Capítulo 29

Brighid se sacó del bolsillo la turquesa. La apretó con fuerza en el puño y cerró los ojos. «Piensa que es una caza», se dijo. «No es tan distinto. Hoy es un espíritu roto, en vez de un animal, lo que estoy rastreando». Respiró profundamente y se concentró. Tal y como hacía cada día, antes de una nueva caza, se imaginó una luz poderosa que se originaba en la parte inferior de su espina dorsal, y mientras exhalaba, el poder fluyó a su alrededor. Cuando inspiró de nuevo, se imaginó que inhalaba la luz y dejaba que llenara su cuerpo. Entonces exhaló de nuevo y llenó el espacio que la rodeaba de luz brillante y poderosa.

Mientras continuaba concentrándose, imaginó dónde iba a comenzar la caza. Por un momento, vaciló. ¿Dónde estaba su presa? En una situación normal, ella proyectaría su pensamiento en el bosque circundante y buscaría la chispa de los animales, que era distinta para cada uno. Encontrar la luz de las criaturas siempre le mostraba dónde podía buscar a la presa. Pero Cu tenía exactamente su aspecto, no había cambiado nada, así que ella no sabía de qué color sería la luz de su espíritu, ni siquiera si tenía luz de verdad. Así pues, no tenía ninguna pista de dónde podía estar su hábitat.

¿Debería interrumpir la meditación y preguntarle cuáles eran sus lugares favoritos? No... Él había acudido antes a ella, y sin que ella lo buscara. Él había visitado su lugar favorito, las Llanuras de los Centauros. De repente, se sintió más confiada y se concentró en su tierra natal.

No se dio cuenta de que su espíritu había salido de su cuerpo hasta que sintió una brisa cálida en las mejillas. Incluso antes de abrir los ojos supo que estaba allí; se lo dijo la brisa. Olía a hierba alta y a libertad.

Sonrió y abrió los ojos. Había vuelto al bosque cercano al campamento de verano de su familia. Oía el murmullo del riachuelo, que discurría entre robles, fresnos y almeces, y también oyó la risa de Cuchulainn. Comenzó a caminar en aquella dirección, y al poco tiempo lo vio. Estaba de pie sobre una colina, con las manos en las caderas, observándola mientras se acercaba.

—Vaya, veo que me has quitado el caballo —dijo él—. ¿Por qué? ¿Es que tienes miedo de que te gane la carrera esta vez? —preguntó, y miró deliberadamente los cuartos traseros de Brighid—. ¿Es que cada vez eres más lenta, viejecita? Tienes un aspecto muy... saludable. ¿Has empezado a comer más?

Brighid se quedó boquiabierta. ¿Acaso aquel granuja la estaba llamando vieja y gorda?

Cuchulainn echó la cabeza hacia atrás y se rio. La Cazadora frunció el ceño y lo fulminó con la mirada.

—¡Oh, por la Diosa! —dijo él, agarrándose el costado entre carcajadas—. ¡Deberías ver la cara que se te ha puesto!

—Y tú deberías ver la tuya. Estás ridículo ahí, riéndote como si fueras el tonto del

pueblo —refunfuñó Brighid.

Sin dejar de reírse, Cuchulainn se sentó en el suelo. Era muy joven, como un muchacho, sobre todo cuando se le comparaba con el hombre demacrado y cansado cuyo cuerpo descansaba junto al de ella en el Castillo de MacCallan.

—¿Qué vamos a hacer hoy, Brighid? ¿Quieres ir a pescar al riachuelo? O... si me devuelves a mi caballo, podríamos ir a cazar bisontes. Siempre he querido cazar uno. Dime, ¿tienen tan mal humor como dice mi padre?

En vez de responder, Brighid lo estudió. Se había equivocado al pensar que Cuchulainn no tenía luz propia. ¿Cómo era posible que no la hubiera visto antes? El guerrero brillaba como un dios joven y dorado. Estaba lleno de vida y de alegría.

Cu necesitaba aquella parte de sí mismo, y el joven dios necesitaba la fuerza del guerrero maduro que había permanecido en su cuerpo y que había decidido aferrarse a la vida y superar el dolor de la pérdida de Brenna.

Cuchulainn no se dejó amedrentar por su silencio y sonrió.

—Muy bien. Haremos lo que tú quieras. Es tu sueño.

—Ya ha llegado el momento de volver a casa, Cu —le dijo ella.

El guerrero se encogió de hombros y se puso en pie de un salto ágil.

—Es tu sueño, y puedes decidir lo que quieras. Claro que allí no hay bisontes, pero los ciervos se dejan cazar con facilidad. ¿Quieres que compitamos para ver quién cobra primero una pieza?

—Nada de caza. Nada de sueños. No puedes fingir más. Es hora de volver a casa.

Él soltó una risa ahogada.

—No sé de qué estás hablando, Brighid. Tal y como he dicho, es tu sueño. Yo solo te estoy acompañando.

—Déjalo —le cortó ella con exasperación—. Esta farsa deshonra la memoria de Brenna. Entiendo la pena, y el dolor, y la sensación de pérdida. Pero no entiendo el deshonor.

El rostro de Cuchulainn perdió algo de su brillo.

—No te entiendo.

—Ya está bien, Cuchulainn. Sé que te acuerdas. Es hora de que te enfrentes a la realidad. Allí no estamos reconstruyendo la habitación de Elphame. Eso sucedió hace casi tres ciclos de luna. Las habitaciones de tu hermana están terminadas, y la mayor parte del castillo está reconstruido, pero tú no has estado allí para verlo. Has estado en las Tierras Yermas, exiliado, sufriendo por Brenna.

Él negó con la cabeza.

—Te equivocas.

—No. Ojalá me equivocara. Ojalá pudiera deshacerlo. Pero no puedo. Tú querías a Brenna, y ella fue asesinada.

—¿Por qué estás haciendo esto?

Brighid continuó como si no lo hubiera oído.

—La muerte de Brenna te destrozó el alma. Desde que ella murió, una parte de ti

ha estado viviendo y respirando, intentando soportar el dolor, el sentimiento de culpabilidad y la pena. Intentando continuar con la vida. Y le ha resultado muy difícil, porque la parte de su espíritu que ama la vida, que está llena de alegría, esperanza y felicidad, está aquí. Eso es lo que eres, Cuchulainn. La parte de un todo. Busca dentro de ti. Estás incompleto, y lo sabes.

Él siguió negando.

—No...

Se alejó unos pasos de ella, pero Brighid lo alcanzó y le puso la mano en el hombro. Se sorprendió al sentir que era tan real, tan sólido y cálido.

—Esta vez no —le dijo. Brighid se sacó del bolsillo la turquesa y se la mostró en la palma de la mano—. ¿De quién es esto, Cu?

Él palideció por completo. Se quedó mirando fijamente la piedra.

—¿De quién es?

—Es la piedra de Brenna. Me dijo que era un regalo de Epona. Me dijo que era del mismo color que mis ojos.

—Exacto, amigo mío —dijo Brighid.

—Yo quería a Brenna —respondió él lentamente.

Brighid asintió.

—Sí, y ella te quería a ti.

—Brenna ha muerto.

—Sí.

Él estaba mirando la piedra de nuevo.

—Lo recuerdo.

—Sabía que ibas a recordarlo —dijo ella, y le apretó el hombro—. ¿Estás listo para volver a casa ya?

—¿Y por qué iba a volver?

—Él te necesita. Tú lo necesitas a él. Y es lo correcto, Cuchulainn.

—¿Y por qué no viene él aquí? Aquí se está muy bien. No hay dolor. No hay muerte. No...

—¿Has visto aquí a Brenna?

Él dio un respingo.

—No. Todavía no. Pero puede que ella viniera si yo estuviera completo de nuevo.

—No vendría, Cu. Este sitio no es real. Es una imaginación, una farsa. Aquí nada existe de verdad.

—¿Y cómo lo sabes?

—Tendrás que confiar en mí, Cuchulainn. Yo nunca te engañaría. El hombre cuyo cuerpo está a mi lado en el Castillo de MacCallan lo sabe. ¿No lo sabes tú también?

Él la miró pensativamente. Después asintió.

—Claro que confío en ti. Tanto que creo que me vas a dar una respuesta sincera a esta pregunta: ¿Qué otra cosa, aparte del dolor, la pena y los pedazos de una vida rota, voy a encontrar si vuelvo?

La importancia de su respuesta le oprimió el alma. «Oh, ayudadme... Etain... Epona... alguien».

Frenéticamente, buscó una respuesta lógica y bien argumentada. «Deja de pensar, hija, y siente. Encontrarás la respuesta adecuada».

Aquellas palabras eran de Etain. Ciegamente, como un hombre que estuviera a punto de ahogarse, Brighid se aferró a ellas y cuando habló, la respuesta le salió del corazón.

—Volverás a amar. Por eso tienes que regresar. Creo que ya estás un poco enamorado —dijo Brighid, con los ojos llenos de lágrimas de emoción—. No va a ser fácil, y el amor te ha llegado de un lugar inesperado... —pensó en la bella Ciara y se dio cuenta de que «inesperado» era una palabra suave para describir la situación, pero respiró profundamente y siguió hablando con el guerrero, que estaba atónito—. No digo que yo sepa mucho del amor, pero sé que puede hacer que la vida tenga sentido. Hazme caso, Cuchulainn. Tu vida estará muy pronto llena de amor, y sentirás que merece la pena vivirla.

Mientras ella hablaba, el guerrero cambió. La tristeza permaneció en sus ojos azules, pero la desesperación se borró de ellos, y al sonreír, su rostro se iluminó. ¡Por la Diosa, qué guapo era!

Brighid todavía tenía la mano en su hombro. Sin apartar los ojos de los de ella, Cuchulainn se la llevó a los labios y la besó. Brighid se quedó conmocionada. Solo podía mirarlo. Él tenía una mirada muy intensa, y parecía que el azul de sus ojos se había oscurecido. Su voz sonó más grave.

—¿Te has convertido en una Suma Chamán, Brighid?

Ella negó con la cabeza, preguntándose cómo podía estar tan aturdida.

Cuchulainn se rio suavemente, y su risa fue un sonido masculino que a Brighid le llegó a las entrañas.

—Yo diría que el hecho de que un hombre humano ame a una mujer centauro que no puede cambiar de forma es algo más que inesperado, pero confío en ti, mi bella Cazadora. Y ya estoy listo para volver a casa.

¡Él se había creído que ella era la mujer de la que se estaba enamorando! Brighid abrió la boca para negarlo, para explicárselo todo, para corregir su error y...

«Tráelo a casa, hija».

La voz de Etain resonó en su mente e hizo que cerrara la boca y se ruborizara. La madre de Cuchulainn tenía razón, por supuesto. No era el momento de explicarle que estaba equivocado. Era el momento de llevárselo a casa. No necesitaría explicarle nada hasta que él se uniera a su cuerpo. Tal vez Cuchulainn no estuviera preparado para admitir que podía amar a Ciara, pero ella sabía que existía esa atracción.

Como sabía que entre ellos dos no había ninguna.

—¿Nos vamos, Brighid?

Ella pestañeó y reorganizó sus pensamientos. Cuchulainn estaba muy cerca, y la tenía tomada de la mano. Él sonrió tímidamente. «¡Oh, por la Diosa! Cree de verdad

que nos estamos enamorando». A Brighid se le aceleró el corazón y se le encogió el estómago, y por un momento se preguntó cómo sería tener a aquel guerrero para sí, olvidar que era un hombre inalcanzable. Se dio cuenta de que no le resultaba muy difícil hacerlo. Tal vez fuera porque el padre de Cuchulainn era un centauro, o porque su madre era la Elegida de Epona, pero aquel hombre despertaba en ella sentimientos que nunca le habían despertado otros, fueran humanos o centauros.

Era solo un sueño, efímero e imposible, pero era tentador, misterioso... Y ella se lo permitió. Durante un solo segundo, se permitió soñar.

«Inspíralo y tráelo a casa, hija».

Etain volvió a hablarle, y ella notó que de nuevo se ruborizaba. Se suponía que debía recuperar su alma, y en vez de hacerlo se estaba permitiendo tener fantasías ridículas. Y todo eso, mientras la madre de Cuchulainn la observaba.

Cuchulainn se rio y entrelazó sus dedos con los de ella.

—¿Qué te pasa? Parece que estás aterrorizada.

—Yo... tengo que llevarte a casa.

Él asintió.

—Estoy preparado. ¿Qué viene ahora?

—Se supone que tengo que inhalarte dentro de mí —explicó con un hilo de voz.

Él carraspeó y le apretó la mano. Brighid pensó que de repente, se había puesto nervioso.

—Creo que solo hay una manera de hacer eso —dijo él de repente.

—¿Cómo? —preguntó Brighid. Sin embargo, ya lo sabía.

—Bésame, Brighid. Respira mi alma. Llévame a la tierra de los vivos.

A ella se le encogió el estómago. Tuvo la sensación de que se le iba a escapar el corazón del pecho.

Cuchulainn sonrió.

—Ahora parece que eres tú la que quiere salir corriendo.

—No. Es solo que...

Cuchulainn arqueó las cejas.

—¿No nos hemos besado nunca?

Ella negó con la cabeza.

Cuchulainn suspiró.

—Claro que no. Parte de mí está aquí... y la otra parte está allí. Y yo todavía estoy llorando a Brenna... No creo que esta situación entre nosotros haya sido fácil para ti —dijo. Se acercó aún más a ella y le acarició la mejilla—. Me disculpo por haber estado tan destrozado. Por hacer las cosas mucho más complicadas de lo que ya eran. Bésame, Brighid, para que pueda curarme para los dos.

Cuchulainn era un hombre alto y ancho de hombros. Ella solo tuvo que inclinarse un poco para unirse a sus labios.

Brighid dejó de pensar. La luz dorada de Cuchulainn volvió, e incluso cuando ella cerró los ojos, pudo ver su brillo, intenso y ardiente. El beso empezó tímidamente. Él

tenía los labios cálidos, y un sabor que le recordó a Brighid a la hierba alta que los rodeaba. Ella abrió la boca y lo abrazó mientras el beso se hacía más profundo. El aura de Cuchulainn la rodeó mientras él le tomaba la cara con ambas manos. Sus lenguas se entrelazaron, y Brighid sintió un estremecimiento de necesidad. Él trasladó las manos desde su cara a su pelo.

Cuando Cuchulainn gimió contra su boca, ella sintió aquel sonido masculino como si fuera una caricia.

«Lo deseo. Lo deseo completo».

En cuanto aquel pensamiento se le pasó por la cabeza, Brighid notó el cambio. La luz dorada desapareció. La brisa cálida y perfumada cesó. Lo único que permaneció fue Cuchulainn. Sus labios, sus manos, su cuerpo.

Brighid abrió los ojos. Estaba otra vez en su habitación del Castillo de MacCallan. Estaban en su cama, uno frente al otro. Cuchulainn la estaba besando. A ella se le puso el cuerpo muy tenso y el guerrero abrió los ojos. Bruscamente interrumpió el beso. Bajó las manos de su pelo en el mismo momento en que ella dejaba de abrazarlo. Se sintió mortificada, porque tenía la respiración muy agitada, y tuvo ganas de levantarse de la cama y salir corriendo de la habitación, sobre todo al ver que el guerrero no hacía ademán de apartarse de ella. Se apartó el pelo de la cara con una mano temblorosa y lo miró a los ojos. Eran tan azules como la turquesa que ella tenía en la mano, y tan imposibles de descifrar.

—¿Has vuelto? —le preguntó.

—Sí —dijo él con la voz ronca. Se incorporó y se miró las manos y los brazos, como si fueran nuevos para él, y se pasó las manos por la cabeza. Se detuvo al notar lo largo y enredado que tenía el pelo, y después se tocó la cara sin afeitarse—. Es una sensación muy rara. Sé que me he dejado el pelo largo, y que tengo que afeitarme. O por lo menos, una parte de mí lo sabe. La otra está sorprendida.

—No creo que te dure mucho ese sentimiento de desconexión —dijo ella.

Se levantó rápidamente de la cama y se acercó a la mesa.

Tomó el odre de vino y dio un largo trago para calmarse.

Después lo miró. Él todavía estaba sentado en el colchón, pero la estaba observando.

—Necesitas comer y beber algo para recuperarte. Yo también —le dijo Brighid, y tomó un pedazo de pan entre sorbos de vino.

Notaba que él seguía mirándola. Sin volverse, le dijo:

—Lamento el malentendido.

—¿Qué malentendido?

Oyó que él se levantaba de la cama y se acercaba a ella.

Rápidamente, Brighid se ocupó partiendo un pedazo de queso.

—El malentendido sobre nosotros. Tú, él, pensó que yo estaba hablando de que nosotros nos estábamos enamorando. Tú, ya completo, sabes que eso es absurdo. No estaba hablando de mí, sino de Ciara —dijo.

—Yo no me estoy enamorando de Ciara —respondió Cuchulainn, en un tono cuidadosamente neutro.

—Seguramente, la palabra «enamorarse» es demasiado fuerte. Tal vez sientes atracción por ella, o la deseas... Bueno, habrá palabras más acertadas, pero en aquel momento me parecía que «amor» era la mejor.

Cuchulainn tomó el odre de vino de sus manos y bebió de él. Se limpió la boca con el dorso de la mano y dijo:

—Yo no deseo a Ciara. Por supuesto, me he dado cuenta de que es muy bella, pero eso es todo.

—Ah.

—Mírame, Brigid.

Ella, de mala gana, lo miró. Físicamente no había cambiado. Tal vez estuviera un poco más erguido, como si la carga que lo había estado empujando hacia abajo hubiera desaparecido. Las arrugas no se habían borrado de su piel, y su pelo rubio mostraba algunos mechones de gris prematuro. La diferencia más notable estaba en sus ojos. Ya no estaban vacíos. Y ella tuvo la sensación de que podían ver hasta su alma.

—No fueron mis sentimientos hacia Ciara los que me hicieron volver a casa. Fueron mis sentimientos por ti.

—Somos amigos, miembros del mismo clan. Hemos cazado juntos y...

—No niegues lo que ocurrió entre nosotros.

—Nos besamos. Nada más.

Él le acarició suavemente la mejilla.

—Entonces, ¿por qué estás temblando?

—No lo sé.

—Pues yo creo que sí lo sabes.

—No puede haber nada entre nosotros, salvo amistad, Cuchulainn —respondió Brigid.

Él deslizó la mano por su mejilla y descendió por un lado del cuello.

—Eso es exactamente lo que me dice el sentido común.

—Entonces no deberías estar acariciándome así —susurró Brigid.

—El problema es, mi bella Cazadora, que en este momento me resulta difícil tener sentido común —respondió Cuchulainn. Se acercó a ella, y Brigid notó el calor de su cuerpo—. Verás, lo que has recuperado para mí estaba lleno de pasión y de alegría de vivir, y en este momento, esa parte se siente joven y fuerte, y muy muy obstinada.

Brigid se obligó a que su voz sonara clara y fuerte.

—Pero esa parte de ti ocupará de nuevo su lugar. Y entonces, ¿dónde nos quedaremos, Cuchulainn?

Él pestañeó, y apartó la mano del cuello de Brigid. Dio un paso atrás, y ella se dio cuenta de que estaba luchando contra sí mismo, puesto que apretó la mandíbula y

dominó su respiración.

—Tengo que marcharme —dijo Cuchulainn bruscamente.

Antes de darse la vuelta miró la mesa. La piedra turquesa estaba allí. La tomó y se alejó tambaleándose. Se detuvo ante la puerta y bajó la cabeza.

—Perdóname, Brighid —dijo, sin mirarla. Después abrió la puerta y salió.

Brighid cerró los ojos y trató de calmar el temblor de su alma.

Capítulo 30

Cuchulainn no se esperaba que pudiera dormir, pero había vuelto a su habitación para estar a solas. Para pensar y para reencontrarse consigo mismo. Y para entender lo que había ocurrido entre Brighid y él.

Se sentó al borde de su cama y miró el fuego. ¡Por la Diosa, qué sentimiento tan extraño! Conocía los eventos que habían tenido lugar durante aquellos últimos ciclos de luna.

Recordaba que había amado a Brenna, y recordaba también la tragedia de su muerte. Recordaba haber viajado a las Tierras Yermas y haberse quedado atrapado por la nieve en el campamento de los Nuevos Fomorianos. Recordaba todo lo que les había ocurrido durante el viaje de vuelta a Partholon.

Y sin embargo, una parte de su ser se maravillaba por todos aquellos recuerdos, como si fueran historias de un bardo.

Lo más extraño era que se sentía muy ligero y alegre. No era el tipo de alegría que había conocido con Brenna, ni la exuberancia juvenil que había sentido al vivir la vida sabiendo que el mundo lo estaba esperando. Era más la posibilidad de sentir júbilo que la emoción en sí. Era algo que creía que nunca iba a experimentar de nuevo, y la parte de él que le había faltado estaba más viva que nunca después del horrible día del asesinato de Brenna.

Todavía la lloraba. Era su amor perdido. Siempre la echaría de menos y anhelaría su presencia, pero sabía que podía continuar viviendo, y que amaría otra vez.

Brighid...

La Cazadora lo había agitado por dentro. ¿Era porque había tocado, literalmente, aquella parte de su alma? ¿Acaso tenía razón cuando había dicho que en cuanto él se acostumbrara a estar completo sus sentimientos hacia ella volverían a su lugar de costumbre? ¿Y cuál era ese lugar?

Durante sus veinticuatro años había seducido a muchas mujeres, pero solo se había enamorado de una. Su amor por Brenna había sido algo joven, nuevo, fácil. Su vida en común habría sido plena, y hubieran tenido muchos hijos. Él habría envejecido felizmente a su lado. Ella habría sido la única. La primera y última mujer a la que habría amado.

Y nunca habría conocido la llama que se había prendido al tocar a Brighid. Cuando ella lo había besado, su alma se había regocijado. Se había sentido consumido por ella, y a cambio había querido poseerla con un deseo insistente y abrumador. El mero hecho de recordar su sabor, el contacto de su cuerpo, era hipnótico. Nunca había experimentado nada igual. Mientras se tocaban, ella se había convertido en todo su mundo. Era como si hubiera sido creado para amarla.

Tenía que ser un efecto secundario de la recuperación de su alma.

Sin embargo, no podían ser amantes. Brighid Dhianna era una mujer centauro. No era imposible que un humano y un centauro se enamoraran y tuvieran descendencia.

Él era descendiente de una unión como aquella. Pero esa era una situación única: sus padres eran compañeros porque Epona siempre creaba un Sumo Chamán de los Centauros para que acompañara en la vida a su Elegida. Y un Sumo Chamán tenía la capacidad de adoptar la forma humana para que su amor pudiera consumarse.

Brighid no era ni siquiera una Chamán, y menos una Suma Chamán. Tener el don de aquel poder era algo raro y fantástico.

Aunque era la hija mayor de una Suma Chamán, y de no haber dejado su clan, habría tenido que ocupar el lugar de su madre algún día...

—¡Pero ha elegido la vida de una Cazadora! —se dijo Cuchulainn en voz alta—. Las Cazadoras de los Centauros no se enamoran de hombres humanos. De hecho, casi nunca forman vínculos estables con centauros. Y no pueden cambiar de forma.

Entonces, ¿por qué había respondido Brighid con una pasión tan feroz que parecía que lo había consumido?

¿En qué estaba pensando? Lo había consumido de verdad. Ella había inhalado su alma y después la había devuelto a su cuerpo. Eso era todo. Tenía que serlo.

Solo había una palabra para describir algo entre ellos.

Imposible.

Se sirvió una copa de vino, la apuró y la dejó en la mesilla. De repente se sintió exhausto y se tendió sobre la cama.

Mientras se sumía en un profundo sueño, todavía notaba el sabor de Brighid en los labios.

A Cuchulainn le gustaba despertarse temprano. Era una costumbre que había adquirido durante su aprendizaje de guerrero. A menudo estaba entrenándose cuando la mayoría de sus compañeros ni siquiera se habían movido de la cama.

Así pues, el hecho de que se levantara tan pronto a la mañana siguiente no tenía nada que ver con que Brighid saliera a menudo del castillo de madrugada. No estaba intentando encontrarse casualmente con ella. Solo había retomado un hábito reconfortante para él.

Estaba lavándose la cara en el aguamanil de su habitación cuando se vio reflejado en el espejo. Parecía un viejo arrugado. Tenía el pelo largo, enmarañado y salvaje. Frunció el ceño; ¿desde cuándo tenía tantas canas? Tenía la barba crecida, y picaba. Se miró la falda escocesa; el kilt estaba muy desgastado, casi deshilachado. Exhaló un largo suspiro.

No era de extrañar que Brighid lo hubiera mirado con tanto asombro la noche anterior, y lo hubiera rechazado tan rápidamente. No solo era humano, sino que era un humano patético. Se olisqueó. Incluso olía mal.

Primero se bañaría. Después se afeitaría y... cabeceó al mirarse de nuevo el pelo. Tenía que lavárselo y cortárselo.

Los guerreros de Partholon lo llevaban largo, pero a él nunca le había gustado, así

que cuando era más joven había tenido discusiones con su madre por cortárselo. Él le había dicho que no era menos guerrero por tener menos pelo, y se había propuesto demostrárselo. Cuando sus habilidades se habían hecho legendarias, ella había capitulado, y él incluso había conseguido que se lo cortara de vez en cuando...

Sonrió. Su madre estaba alojada en unas habitaciones que había en su mismo pasillo. Después del baño y el afeitado, sería un hijo considerado e iría a desayunar con ella.

Canturreando, comenzó a desnudarse.

La puerta de la *suite* se abrió antes de que Cu pudiera llamar. Apareció una bellísima joven rubia, vestida con una túnica rosa casi transparente, que se echó a reír al ver su puño alzado.

—Vuestra madre os estaba esperando, Guerrero —le dijo.

—Claro —respondió él, y se dio cuenta de que le estaba devolviendo la sonrisa coqueta a la doncella—. Y me alegro de ver que mi madre continúa rodeándose de belleza.

La doncella se ruborizó e hizo una reverencia, adoptando una postura que le proporcionó a Cuchulainn una visión clara de sus hermosos pechos. Notó una tensión en el cuerpo.

Después de todo, todavía estaba vivo.

—¡Cuchulainn! Pasa, pasa —dijo Etain desde su habitación.

Él le guiñó un ojo a la doncella antes de que ella se apartara para dejarle paso. Etain estaba sentada en una butaca de terciopelo rojo. Había otra atractiva doncella que le estaba cepillando la melena de rizos pelirrojos. Cuchulainn sonrió al darse cuenta de que su madre había cubierto las paredes con tapices de sí misma, con el pecho desnudo, montada en la Yegua Elegida mientras unas doncellas la precedían cubriendo de pétalos de rosa el camino por el que ella iba a pasar. Etain también había llenado la *suite* de muebles lujosos; había puesto una cama con dosel y, por supuesto, un estrado.

Su madre nunca abandonaba un estilo que fuera apropiado para la Amada de Epona. Aquella parte de su alma que había estado ausente se removió y Cuchulainn sintió una ráfaga de amor por aquella mujer extravagante y poderosa que era su madre. Se rio con alegría y caminó hacia ella, y la besó en las mejillas con afecto. La melodiosa risa de Etain se unió a la de su hijo.

Entonces, ella lo apartó y lo miró a los ojos. Su sonrisa se hizo más amplia y posó una mano sobre su cara recién afeitada.

—Me alegro de verte completo de nuevo, hijo mío.

—Lo sabías, claro.

—Sí —dijo ella, y con un ligero movimiento de la mano, les indicó a las doncellas que podían retirarse—. Lo supe el día que ocurrió. Te habría ayudado si

hubiera podido, pero hay algunas cosas que están más allá del alcance de una madre.

—Ojalá hubieras conocido a Brenna.

—Epona me ha hablado a menudo de ella. Tu prometida era una joven excepcional. Era, y es, muy querida para la Diosa.

Cuchulainn cerró los ojos al sentir un dolor agrí dulce.

—Gracias, madre.

Ella le dio unas palmaditas en la mejilla.

—Déjala marchar, querido mío. Piensa en ella, recuérdala, pero déjala marchar. Es hora de que continúes con tu vida.

Él asintió.

—Como siempre, tienes razón.

—Claro que la tengo —dijo Etain. Se puso en pie y besó a Cuchulainn suavemente. Después le revolvió el pelo—. He pedido a las doncellas que me traigan las tijeras. ¿Empezamos?

Él sonrió.

—Me alegro de no haber intentado nunca ocultarte nada. Me haría la vida mucho más difícil.

Ella arqueó una ceja con una expresión que a Cuchulainn le recordó mucho a su hermana.

—Sabes que es una blasfemia intentar ocultarle secretos a tu madre.

—¿Blasfemia? —preguntó él con una carcajada, mientras ella lo sentaba en una silla dorada.

Con las tijeras en una mano, y con un peine en la otra, Etain comenzó a cortar el pelo, suspirando mientras peinaba su espesa melena.

—Supongo que no puedo convencerte de que te lo dejes largo. Podría cortar un poco de aquí y de allá...

Los ojos de Cuchulainn se encontraron con los de su madre en el espejo, y ella suspiró y comenzó a cortar. En sus manos, Cuchulainn se relajó, y recordó todas las veces, cuando él era pequeño, que su madre había dejado aparte los asuntos de la Diosa para cuidarlo, como a Elphame y a sus otros dos hermanos, Arianrhod y Finegas. Su padre, el Sumo Chamán de Partholon, también había hecho siempre una prioridad de las necesidades de sus hijos.

¿En qué clase de hombre se habría convertido él de no haber tenido padre? Pobre Brenna... Haber tenido que pasar la parte más difícil de su vida sin el amor de su padre y de su madre.

El padre de Brigid también estaba muerto, recordó Cuchulainn con cierta sorpresa. Había muerto hacía años. Era raro que pensara en aquello en aquel momento. Brigid lo había reprendido por permitir que la pena le hubiera hecho abandonar la vida. Hablaba como por experiencia propia, pero cuando él le había pedido explicaciones, ella solo le había hablado de lo que habían perdido los Nuevos Fomorianos, y de que, pese a todo, habían sobrevivido. Era extraño que la Cazadora

hablara tan poco de su familia. Sí, su clan era conocido por tener unas opiniones muy radicales, pero su madre era una Suma Chamán. Una persona tan poderosa debía de haber tenido un efecto profundo y duradero sobre su hija. Sin embargo, Brighid había roto con la tradición y se había alejado de su familia. Cuchulainn se preguntaba por qué...

—¿La has visto esta mañana? —preguntó su madre suavemente. Él se sobresaltó y le dio un pequeño empujón con el hombro en la mano—. Estate quieto, o quedarás más impresentable de lo que estabas antes, todo salvaje y despeinado.

Cuchulainn carraspeó.

—¿A quién?

Su madre lo miró por encima de su real nariz.

Cuchulainn suspiró.

—No, no he visto a Brighid esta mañana. He venido aquí directamente.

—Después de bañarte y afeitarte, gracias a la Diosa.

Él gruñó.

—La recuperación del alma es un acto muy íntimo —comenzó a decir Etain en tono calmado—. Para que el alma sea devuelta con éxito al cuerpo, la Chamán debe construir un puente de cariño y comprensión entre el paciente y ella. Si no me equivoco, Brighid y tú ya teníais una fuerte amistad antes de que la parte escindida de tu alma comenzara a visitarla.

—Sí —dijo él.

—Fue Brighid la que encontró a Elphame la noche en que el jabalí estuvo a punto de matarla, ¿no?

—Sí.

—¿Y también la que te guio hasta el cuerpo de Brenna?

—Sí —repitió él—. Mamá, no quiero...

Ella alzó una mano para interrumpirlo.

—Espera. Déjame hablar, y después podrás hacerme todas las preguntas que quieras.

Él asintió ligeramente, con expectación y nerviosismo.

¿Qué sabría su madre de lo que había ocurrido la noche anterior? ¿Iría a reprenderlo por haberse encaprichado de Brighid?

¿Estaba encaprichado?

—Así pues, ella y tú ya erais amigos. Y si no me equivoco, sientes mucho respeto por la Cazadora.

—Tú casi nunca te confundes, mamá.

Ella sonrió a su reflejo.

—Eso es una gran verdad. Y ahora voy a decirte otra: después de que tenga lugar la curación de un alma, el paciente sufre un cambio espiritual.

Cuchulainn se irguió y pestañeó de la sorpresa.

Su madre le puso una mano cálida sobre el hombro.

—Tal vez notes que estás sensibilizado, y que tienes mucha energía. Tal vez tu percepción de la realidad se expanda. El efecto puede ser temporal, pero a menudo no lo es. Y quedarás vinculado para siempre a la Chamán que trajo a tu alma a casa.

—Pero si Brighid no es una Chamán.

—Es cierto que no ha realizado el viaje al Otro Mundo para beber del Cáliz de Epona, pero la mujer centauro lleva el poder del Chamanismo en la sangre. Si no fuera así, nunca habría podido recuperar esa parte de tu alma.

Cuchulainn miró a su madre con asombro.

—Pregunta —dijo ella.

—¿Podría convertirse Brighid en una Suma Chamán?

—Solo Epona puede contestar esa pregunta, Cuchulainn.

—Yo aceptaré tu hipótesis, mamá.

—Entonces, mi hipótesis es que puede convertirse en Suma Chamán, pero que no sería un viaje fácil para ella, y que podría conducir su vida hasta una extrema soledad —dijo Etain, y siguió pasándole el peine por el pelo, cortando mientras hablaba—. ¿Sabes que su clan tiene unas opiniones radicales, tal vez incluso peligrosas?

—Sí.

—Si se convirtiera en Suma Chamán, tendría que ocupar su lugar de líder del Clan Dhianna. Brighid ha elegido un camino distinto, y creo que ha hallado cierta paz y felicidad en él. Si ahora se apartara de ese camino, tendría que volver al mundo que abandonó voluntariamente, aunque sus creencias sean distintas a las de su clan. Su vida sería muy solitaria.

—¿Y si no estuviera sola? ¿Y si tuviera a su lado a alguien que quisiera llenar esa soledad, y apoyar sus creencias? ¿A alguien que...?

—¿Que la quisiera?

Cuchulainn se dio la vuelta para mirar a su madre directamente.

—¿Lo que estoy sintiendo es solo consecuencia de la recuperación de mi alma, mamá?

—¿Y qué estás sintiendo, hijo?

—¡Me siento tan atraído por Brighid que apenas puedo estar lejos de ella! Habría salido corriendo en su busca esta mañana, si no me hubiera dado cuenta de que parecía un ermitaño de las montañas.

—Los centauros son criaturas mágicas y atrayentes —dijo ella—. Son apasionados y bellos. El alma de un humano complementada con la fuerza equina tiene una atracción muy poderosa.

—¡Mamá! Tienes que decírmelo. ¿Lo que estoy sintiendo es una obsesión temporal porque ella tocó mi alma, o es algo más?

—Eso solo podéis decidirlo Brighid y tú. Pese a todos mis conocimientos, no puedo predecir el amor. El vínculo que nace de una recuperación del alma es normalmente un vínculo de respeto y comprensión —dijo Etain, y sonrió a su hijo—. Me parece que tú sientes mucho más por la Cazadora.

—Mucho más —murmuró él.

—¿Tanto como para pedirle que cambie su vida y su futuro para que los dos podáis estar juntos?

—¡No lo sé!

La Elegida le acarició la mejilla.

—Ojalá estuviera aquí tu padre.

—¿No me diría que me he vuelto loco?

—Tal vez —respondió ella, riéndose.

Él posó la mano sobre la de su madre.

—No sé qué hacer.

—Claro que no. No puedes decidir esto tú solo. Habla con Brighid. Ya has compartido tu alma con ella, así que ¿crees que sería mucho más difícil compartir los secretos de tu corazón?

—Me siento como si todo estuviera ocurriendo demasiado deprisa. Demasiado pronto, después de Brenna.

—El mundo avanza rápidamente, Cuchulainn. Siento que se aproxima una época de inquietud. Tal vez este sea el momento de las acciones rápidas —dijo Etain. Le revolvió un poco el pelo y lo miró. Entonces, sonrió—. Ya he terminado.

Él se volvió hacia el espejo y se apartó el flequillo de la frente. Entonces le besó la mano a su madre.

—Gracias —le dijo.

Ella le apretó la mano y lo empujó suavemente hacia la puerta.

—Ve al encuentro de tu futuro, hijo. Y sé consciente de que, elijas lo que elijas, mi bendición, y la de Epona, van contigo.

Capítulo 31

Al amanecer, cuando Brighid se concentró en la búsqueda de la luz de un jabalí, el primer resplandor que apareció en su inconsciente fue dorado, y no estaba situado en el bosque circundante. Provenía de la habitación que Elphame le había preparado a su hermano durante su ausencia.

«¡No!». Brighid se apartó de la mente aquella luz dorada.

«Encuentra la luz roja del jabalí». Su búsqueda se apartó de Cuchulainn y del Castillo de MacCallan, y se dirigió a la espesura del bosque. Pasó por las luces relucientes de las almas de los animales, hasta que halló un rayo rojo. Automáticamente, el infalible sentido de la orientación de Brighid se clavó en el jabalí. Estaba al noreste del castillo, cerca del lugar donde Elphame había sido atacada por una de aquellas bestias, varias lunas antes. Brighid sabía adónde tenía que ir.

Tomó un odre de agua, un pedazo de pan y otro de queso, llenó el carcaj de flechas, se colocó la espada larga en bandolera por la espalda y la daga corta en la funda del cinturón. Finalmente, guardó varios cuchillos en los bolsillos ocultos de su chaleco, y salió hacia la puerta principal de la muralla. El centinela la saludó y le deseó buena suerte para su caza matinal. Ella correspondió a su saludo y salió galopando hacia el exterior. No aminoró la velocidad ni siquiera cuando hubo llegado al bosque del norte.

Se sentía bien haciendo ejercicio, manteniendo la mente ocupada en esquivar arbustos y árboles, piedras y barrancos para no poder pensar ni recordar. Corrió durante mucho tiempo hasta que recuperó la cordura.

Cuando por fin desaceleró y se detuvo, se dio cuenta de que había pasado de largo el territorio de los jabalíes. Se secó el sudor de la frente y volvió a orientarse. No estaba muy lejos. Oisqueó la suave brisa y percibió el olor limpio del agua; cuando encontrara el arroyo, seguiría su curso hasta el revolcadero del jabalí. Abatiría al animal de un solo tiro, lo desollaría y llevaría la carne al castillo. Sencillo. Claro. Sin complicaciones. Tal y como le gustaba que fuera su vida.

Y exactamente lo contrario a como había sido. Cuando comenzó a perseguir de nuevo a su presa, lo hizo despacio.

Tenía que pensar. Allí, en aquel bosque que conocía bien, podía analizar lo que había ocurrido la noche anterior. Tenía que averiguar cómo podía seguir viviendo en el Castillo de MacCallan, con Cuchulainn, sabiendo lo que había pasado entre ellos. Lo haría porque tenía que hallar la forma de que aquello funcionara, de volver al tiempo en el que las cosas habían sido sencillas entre ellos dos. No quería marcharse del Castillo de MacCallan. Pensar en ello le causaba una gran tristeza.

Por supuesto, no quería marcharse tan pronto después de haber empezado a echar raíces, pero tal vez debiera hacerlo, al menos temporalmente. En el Castillo de la Guardia no tenían Cazadora, y necesitaban una hasta que volviera la suya. Era

probable que no tuviera que estar lejos del Castillo de MacCallan mucho tiempo. Seguramente, la Cazadora del Castillo de la Guardia no estaría más de una luna lejos de su puesto. Sin embargo, unos pocos días serían suficientes para que Cuchulainn...

¿Qué?

—Deje de pensar con pasión —dijo Brighid en voz alta, entre los ancianos pinos.

Eso era lo que él le había dado a entender la noche anterior. Hacía muy poco tiempo que había recuperado su pasión y su alegría de vivir. La voz de aquella parte de su alma ahogaba el sonido de la voz de la razón. Tenía sentido. Ella conocía esa parte: era apasionada e impetuosa. Cuchulainn no podía evitarlo. Se habían besado, y él había pensado que se estaban enamorando. Había motivos para que él se comportara así, pero ¿y ella?

Se pasó la mano por la cara y saltó sobre un tronco caído en el suelo. Al analizar con lógica la recuperación del alma, no veía nada inapropiado en su comportamiento. No había intentado confundir a Cuchulainn sobre su relación. Aquel había sido un malentendido honesto, y además había sido útil. El alma de Cuchulainn había vuelto a su cuerpo. Ella había llevado a cabo una tarea de Chamán complicada, y lo había hecho bien.

Por desgracia, había más.

Cuando él había malinterpretado su relación, ella se había alegrado, y cuando se besaron, se había llenado de algo más que de su alma. Lo deseaba. El recuerdo de sus caricias, de su olor y su sabor, le provocaba una tensión que claramente era sexual.

¡Por la Diosa, no sabía qué iba a hacer!

Aunque el deseo que Cuchulainn sentía por ella fuera algo más que una reacción temporal ante una situación extraordinaria, las cosas no iban a cambiar: ella era una mujer centauro, y él, un hombre humano.

Por otra parte, no era una virgen inocente, y sabía cómo funcionaba la anatomía humana. Podría proporcionarle placer a Cuchulainn con las manos y con la boca. Al pensar en eso, se detuvo en seco. ¿Cómo podía pasársele algo así por la cabeza? Cualquiera centauro del Clan Dhianna, como muchos otros de las Llanuras de los Centauros, consideraría aquella idea como algo repulsivo, como un comportamiento aberrante. Eso la convertiría en una paria, más de lo que era ya.

—Pero a mí no me resulta repulsiva la idea de darle placer —susurró.

Después se tapó la cara con las manos. ¿Acaso se estaba convirtiendo en un fenómeno horrible de la naturaleza? O...

Por la Diosa, ¿se estaba enamorando de Cuchulainn?

No sabía cuál de las dos cosas era peor.

El hecho de que lo amara explicaría los celos que había sentido de Ciara, y la facilidad con la que la parte rota del alma de Cuchulainn había acudido a visitarla en sueños.

¿Acaso una parte del guerrero reconocía sus sentimientos más profundos? Era posible; él había estado en sus sueños, lo que significaba que había tenido acceso a su

inconsciente, ¿no?

No sabía suficiente sobre aquello... sobre el mundo del espíritu y las emociones. Intentar entenderlo era como intentar capturar el humo y las sombras. No estaba segura de casi nada, salvo de cómo había reaccionado al beso y las caricias de Cuchulainn. Se había olvidado de que eran humano y mujer centauro... Todo aquello había perdido la importancia cuando sus labios se habían tocado.

Soltó un gruñido. ¡Y Etain estaba allí! La Suma Sacerdotisa había estado con ella durante la recuperación del alma, dándole consejos, animándola. ¿Sabría cómo le afectaban las caricias de su hijo? Se ruborizó.

«¡Piensa con lógica!». El esposo de Etain, creado para ella por Epona, era un centauro. Etain no se sentiría horrorizada al saber que una mujer centauro deseaba a un humano. Y debía de saber que su hijo era un hombre apasionado.

Todo el mundo sabía que, antes de enamorarse de Brenna, Cuchulainn rara vez dormía solo. Etain no iba a juzgarla mal por disfrutar del beso que se habían dado al reintegrar la parte del alma perdida en el cuerpo de su hijo.

Sin embargo, ¿qué pensaría la Elegida si supiera que su deseo no terminaba ahí?

No tenía sentido seguir pensando en ello. Debía dejarlo allí.

Así que tomó una decisión. Si Cuchulainn creía que todavía la deseaba, ella le pediría permiso a Elphame para pasar una temporada en el Castillo de la Guardia. Cuando volviera, el guerrero tendría sus pasiones bajo control otra vez, y sin duda, habría encontrado a una mujer humana con la que compartir lecho.

Oyó el chasquido de una ramita e, instintivamente, ralentizó sus movimientos y olfateó el viento que le acariciaba la cara. Hizo un gesto de desagrado: un jabalí. Aquellas bestias siempre apestaban a barro y a ira. Sacó una flecha del carcaj y siguió avanzando sigilosamente. Tal y como había pensado, el jabalí había hecho un revolcadero junto al arroyo. Se acercó a él sin que el animal detectara una sola señal, ni un solo olor de ella. Cuando el jabalí se sentó, ella tiró de la cuerda del arco y apuntó. La flecha salió disparada y atravesó al jabalí. En aquel preciso instante, un grito de dolor inhumano llenó el bosque. Corrió hacia el animal antes de que el sonido terminara. Cruzó el arroyo hasta el lugar en el que debería haber estado el jabalí, y un jadeo de horror escapó de entre sus labios.

El cuervo estaba en el suelo de barro, atravesado por una flecha.

—¡Mamá! —gritó Brighid, y se arrodilló flexionando las patas delanteras, junto al pájaro, que se retorció de dolor.

«¡Véngame!». Aquella palabra resonó por la mente de Brighid. Después, el pájaro se quedó inmóvil y sus ojos se volvieron vidriosos. Brighid estiró el brazo para acariciar las plumas empapadas de sangre del pájaro. En cuanto lo tocó, el cuervo se desvaneció, y se vio arrodillada junto al jabalí muerto.

—Oh, Epona, ¿qué significa esto? ¿Qué ha ocurrido?

No hubo respuesta de la Diosa, y Brighid, sintiéndose perdida y sola, agachó la cabeza y pronunció las palabras tradicionales para honrar al espíritu del animal.

Mientras le quitaba la piel y lo preparaba para transportarlo al Castillo de MacCallan, sentía un miedo horrible, indescriptible.

Capítulo 32

—¡Brighid! ¡Brighid! ¡Brighid! ¡Te estaba esperando!

Liam comenzó a parlotear en cuanto ella entró por las murallas del castillo.

—El niño lleva esperándote toda la mañana —le dijo el centinela a la Cazadora.

Brighid intentó liberarse de la sensación de inquietud y miedo que la había seguido desde el bosque. Sonrió forzosamente al hombre.

—¿Pero ha estado esperando en silencio?

La sonora carcajada del centinela fue respuesta suficiente.

—No sabía que tenía que estar callado dentro del castillo —dijo Liam, mientras caminaba junto a la Cazadora. Entonces, abrió unos ojos como platos al ver el fardo bien envuelto que Brighid llevaba arrastrando tras ella.

—¿Qué has cazado?

—Dímelo tú —respondió ella—. ¡No! —exclamó cuando el niño comenzaba a levantar la solapa de cuero del envoltorio—. Usa tu sentido del olfato.

—Pero si no... —comenzó a decir Liam, pero se calló al ver la mirada de Brighid—. Usaré mi olfato —dijo.

—Bien. Hazlo de camino a la cocina.

—Me gusta la cocina. Allí siempre huele muy bien, y Wynne es muy simpática. Y muy guapa, con todo ese pelo rojo y... —El niño cerró los labios al ver la significativa mirada de Brighid—. Voy a oler al animal.

Brighid fue devolviendo los saludos amistosos que le dedicaban los otros miembros del clan mientras recorrían el camino de hierba. Cuando entraron al huerto de la cocina, se dio cuenta de que varios de los niños alados más mayores estaban inclinados sobre las filas de hierbas aromáticas y verduras, removiendo la tierra, quitando malas hierbas y regando. No sabía cómo era posible que Wynne les hubiera dado permiso para cuidar su precioso huerto, pero no tuvo tiempo de pensar en ello, porque Liam dijo:

—¡Huele a... a... a... barro y a ira!

Brighid se detuvo en seco y lo miró.

—¿Qué has dicho?

Él arrastró los pies por la hierba.

—¿Que huele a barro y a ira?

—¿Y cómo lo sabes?

Liam se encogió de hombros.

—No lo sé. Es que me parece que huele a eso. ¿Está mal?

—No —respondió ella—. Es perfecto. Los jabalíes siempre huelen a barro y a ira. Cierra los ojos —le dijo.

El niño obedeció al instante. Se quedó inmóvil y cerró los ojos.

—Respira profundamente, y exhala el aire despacio. Tres veces —le dijo Brighid. Él lo hizo.

—Ahora, imagínate al jabalí en el bosque.

—No sé cómo es un jabalí —dijo Liam.

—No importa. No tienes que imaginarte al animal. Piensa solo en cómo huele. ¿Puedes hacerlo?

Él asintió vigorosamente.

—Mientras piensas en su olor, imagínate que estás en el bosque, buscando a un animal que huele a barro y a ira. Cuéntame lo que ves.

Liam frunció el ceño mientras se concentraba. Entonces arqueó las cejas de repente.

—¡Veo una luz roja!

Brighid no podía creerlo. El niño tenía alma de Cazadora.

Sonrió. Tenía un aprendiz alado que parecía más centauro que Fomorian, y estaba enamorado de un hombre humano.

Se echó a reír. ¿Y era ella la que quería una vida sencilla? Era evidente que Epona tenía otros planes.

Liam la miró con un ojo abierto.

—¿He dicho algo gracioso?

—No, mi joven aprendiz. Has dicho lo correcto. Otra vez.

Me estoy riendo de la vida.

—¿Por qué? —preguntó Liam, y abrió los ojos.

—Porque algunas veces hay que reírse o llorar. Yo prefiero reírme. ¿Y tú?

Él sonrió.

—¡Reírme!

—¡Oh, ahí estáis! —exclamó Wynne, con los brazos en jarras, desde la puerta trasera de la cocina, y sonrió—. Cazadora, me alegro muchísimo de que hayas vuelto a casa.

Brighid se rio de nuevo.

—Gracias, Wynne —dijo, y señaló con la barbilla hacia los niños alados—. Me estaba preguntando cómo es que has permitido que alguien entre en tu huerto sagrado.

—Parece que los pequeños saben bastante de plantas y hierbas, y me ha parecido buena idea tenerlos ocupados. Además, con la primavera tan larga y tan seca que hemos tenido, mis plantas necesitan cuidados extra. Pero no te hagas demasiadas ilusiones —añadió, paseando su imperiosa mirada por el huerto y los niños—. Los estoy vigilando.

Las cabecitas se volvieron hacia ella con sonrisas descaradas. Brighid se quedó sorprendida al ver que la expresión de Wynne se suavizaba.

—Te gustan los niños —dijo con incredulidad.

Wynne fijó sus ojos verdes en ella, y asintió con una sonrisa.

—No puedo negarlo. Me gusta mucho la vida que los pequeños pueden darle a un castillo.

—Ah —dijo Brighid, pensando que a Wynne no le gustarían tanto si tuviera que estar a solas con setenta.

—No me hables en ese tono a mí, muchacha, y menos cuando veo lo que tienes al lado —dijo la cocinera, señalando a Liam.

Brighid carraspeó.

—Wynne, ¿conoces a mi aprendiz?

—No, pero he oído hablar de él —dijo, y miró al niño—. Una buena Cazadora siempre es bienvenida en las cocinas.

—Será una buena Cazadora —dijo Brighid, y a Liam se le hinchó el pecho—. Algún día —añadió, antes de que Liam explotara.

—Bueno, joven Liam —dijo Wynne, y se acercó a ellos—. ¿Qué me has traído?

—¡Un jabalí! —respondió Liam con orgullo.

—¿De veras? —Wynne dio unas palmadas—. ¡Jabalí! ¡Cuánto me alegro de que hayas vuelto a casa, Brighid! Traedlo, traedlo.

Brighid arrastró al jabalí al interior de la cocina, y se alegró al recibir los saludos afectuosos de todas las doncellas que estaban trabajando allí. Los olores y la actividad acabaron por borrar de su mente los vestigios de la inquietud que había sentido en el bosque. ¡Por la Diosa, cómo amaba aquella parte de su vida! Conseguir provisiones para su clan hacía que se sintiera feliz, como si fuera parte de una familia. Liam era un elemento inesperado, pero el niño tenía un don. Veía los espíritus de los animales. Así pues, lo integraría en su vida.

¿Y Cuchulainn? Él era igualmente inesperado. Tal vez existiera la manera de entretejerlo también en su vida.

No. Era una boba. Cuchulainn ya era parte de su vida. Era el hermano de su Jefa, y su amigo. Aquel era el papel al que lo había relegado el destino. Sencillo. Lógico. Predecible.

Justo como a ella le gustaba.

Sin embargo, ¿no existiría una mínima probabilidad de que él pudiera ser algo más?

—¿Brighid? ¿Podemos ir nosotros también? —preguntó Liam con entusiasmo, y la sacó de su ensimismamiento.

—¿Ir adónde?

—Sí, sí —dijo Wynne, haciendo movimientos con las manos para expulsarlos de las cocinas—. Marchaos. No tenemos tiempo para estar esquivándoos.

Brighid le soltó un resoplido a la cocinera, pero antes de desaparecer por la puerta trasera quitó algo del gran cuerpo del jabalí.

—Vamos, Liam. Entorpecer a una cocinera ocupada puede ser más peligroso que seguir el rastro de una bestia salvaje —le dijo. Después, en el huerto, le dio lo que había quitado del jabalí—. Y hablando de seguir el rastro, ¿sabes qué es eso?

Liam lo olisqueó antes de responder.

—Una pezuña.

—¿De qué?

—Del jabalí, claro —respondió él.

—Muy bien, ahora sabes eso. Puedes olerlo, y sabes que se lo he quitado al animal en la cocina. Sin embargo, ¿sabrías cómo es la huella de uno si la vieras en el bosque?

Liam observó la truculenta reliquia que le había dado Brighid.

—No.

—Bueno, pues vamos a averiguarlo —dijo ella. Después se detuvo, al salir del huerto—. ¿Qué tal tienes el ala?

—Muy bien —le aseguró Liam—. No estoy nada cansado.

Brighid entrecerró los ojos.

—¿Y qué diría Nara si yo le hiciera la misma pregunta?

—Lo mismo, te lo prometo. Pregúntaselo tú misma. Está fuera, con los demás.

—¿Dónde?

—Donde dijo Wynne, ¿no te acuerdas? Por allí —el niño señaló hacia el sur—. Fuera del castillo. Todo el mundo ha ido a preparar el nuevo campamento, y a decidir dónde se van a construir los nuevos edificios. Yo también habría ido, pero pensé que debería esperarte.

—Bien hecho —dijo ella distraídamente.

Sus sentidos ya estaban expandiéndose hacia la meseta cubierta de hierba que había al sureste del castillo. Con facilidad, con claridad, sintió la luz brillante y dorada del espíritu de Cuchulainn.

«Vamos, enfréntate a ello. Tienes que verlo ya».

—De acuerdo, vamos con los demás. Y te daré tu primera lección de rastreo. Venga, sube.

La sonrisa de Liam le oprimió el corazón. Lo levantó y lo sentó en su lomo, y sintió una de sus manitas en el hombro.

Supo, sin mirarlo, que en la otra tenía la pezuña sanguinolenta del jabalí. Su peso era muy ligero, y Brighid se dio cuenta de que le gustaba notar su mano en el hombro, y su charla sobre los jabalíes, porque el niño tenía el mismo entusiasmo que ella cuando era una pequeña aprendiz. Ni siquiera le importaron las miradas de sorpresa y las sonrisas de los centinelas cuando salió al trote por la gran puerta de las murallas.

—¿Podemos ir deprisa? —le preguntó Liam, apoyando la barbilla en su hombro para hablarle directamente al oído.

Seguramente, ella debería haber dicho que no, que su herida era demasiado reciente como para dar sacudidas, pero sentía la atracción de la luz dorada. Seguramente, iba a sorprender a todo el mundo al aparecer con Liam sobre el lomo. Nadie esperaría un comportamiento así de la Cazadora.

Tal vez era hora de hacer cosas inesperadas.

—Agárrate fuerte —le dijo, y comenzó a galopar, aunque suavemente.

Por supuesto, agarraba a Liam por una pierna para evitar que se cayera, pero sintió una gran satisfacción al notar que el niño iba sentado con firmeza y se agarraba a ella con fuerza. No se tambaleó, ni movió los brazos de manera molesta. En realidad, el niño se pegaba a ella como una pequeña garrapata persistente, y Brighid sonrió. Al llegar a la suave meseta, ignoró a los trabajadores y amplió las zancadas, esquivando y pasando junto a los grupos de humanos, centauros y Nuevos Fomorian, y obtuvo la recompensa del grito de entusiasmo de Liam.

No aminoró el paso hasta que vio a Elphame. La Jefa del Clan estaba con un pequeño grupo junto al acantilado, que caía bruscamente hasta el mar, muy abajo. Todos estaban inclinados sobre una gran mesa de madera que habían protegido del viento marino con un toldo. Brighid reconoció a Lochlan, al viejo Maestro de la Piedra, el centauro Danann, y junto a ellos al guerrero de hombros anchos y pelo rubio, cuya vista le aceleró el corazón.

La Cazadora siguió galopando mientras escuchaba las risas infantiles de Liam. Se deslizó hasta que se detuvo junto a Elphame, que también se echó a reír con sorpresa.

—Brighid, Liam, me preguntaba cuándo os ibais a reunir con nosotros —dijo con los ojos brillantes.

—¡Brighid ha cazado un jabalí! Huele a barro y a ira. ¡Y me ha dado la pezuña! —dijo Liam, y mostró orgullosamente lo que llevaba en la mano, como si fuera un trofeo.

—Barro e ira, ¿eh? No me sorprende. A mí no me gustan mucho los jabalíes.

Lochlan le rodeó la cintura con el brazo, y ella se apoyó ligeramente en su marido.

—Pues yo les tengo cariño —dijo el hombre alado, y Elphame lo miró, recordando que había sido el ataque de un jabalí lo que los había reunido por primera vez.

—Bueno, a mí me gustan para comer —dijo Danann. El viejo centauro agarró con afecto el brazo de Brighid—. Bienhallada, Cazadora. No pude saludarte anoche.

—Bienhallado, Maestro —dijo Brighid, y señaló la pradera, llena de miembros del clan y de Nuevos Fomorian, todos ocupados en erigir las tiendas—. Entre tanta gente es fácil no verse.

Respiró profundamente para reunir valor y miró por fin a Cu. Abrió la boca para desearle buenos días, pero se quedó sin palabras al verlo.

Era muy diferente al Cuchulainn que había entrado en su habitación la noche anterior. ¡Por la Diosa! Tenía un aspecto vibrante y poderoso, como el del guerrero joven que había sido, pero con la madurez de un hombre. Se había cortado el pelo y su barba rojiza había desaparecido. Las arrugas que se le habían formado alrededor de los ojos seguían allí, pero había perdido aquella mirada cansada, sombría. Y la estaba observando con suma atención, con sus astutos ojos turquesa y una media sonrisa.

—Me miras como si no me reconocieras. No tenía tan mal aspecto antes, ¿no?

Lo primero que pudo pensar Brighid fue que no parecía que le pusiera muy nervioso estar con ella. Su voz grave estaba llena de buen humor, y su sonrisa era de picardía.

Elphame respondió mientras Brighid seguía intentando encontrar la voz.

—Es evidente que Brighid está siendo cortés, así que lo diré yo. Sí. Tenías muy mal aspecto.

—¡A mí me gusta cómo estás con el pelo corto! —intervino Liam—. Me gusta que Brighid tenga el pelo largo, y tú, corto. Aunque el de Brighid es más bonito.

Cuchulainn se echó a reír con ganas y se acercó a bajar al niño del lomo de la mujer centauro.

—Te voy a contar un secreto —le dijo a Liam mientras lo depositaba en el suelo—. A mí también me gusta que lleve el pelo largo, y también creo que el suyo es más bonito que el mío —le susurró exageradamente, mirando a Brighid con una intensidad que no concordaba con el tono ligero de sus palabras.

Brighid se quedó sin respiración.

—Oh, Cu, eres incorregible —dijo Elphame, mirando a su hermano con resignación, aunque era evidente que disfrutaba del hecho de bromear con su hermano otra vez—. Vamos, Brighid, dejemos a estos hombres solos. Te voy a poner al corriente de lo que he decidido para el pueblo de los Nuevos Fomorians.

—Pero... Brighid tiene que enseñarme unas huellas —dijo Liam.

—Tu primera lección es esta —respondió Brighid con firmeza—: Cuando tu Jefa te pida que la acompañes, cambias tus planes y obedeces —dijo, y el niño se quedó muy triste. La Cazadora tuvo que contenerse para no acariciarle el pelo revuelto. No iba a crecer si lo mimaba, y además, Liam tenía que entender que la palabra de Elphame era la ley de los MacCallan—. La segunda lección debes aprenderla tú solo. Llévate la pezuña junto a los árboles. Aparta las acículas de los pinos y cuando veas el suelo, apriétala con fuerza en la tierra. Apréndete su forma. Toca la marca que deje. Memorízalo todo. Cuento contigo para que me ayudes a rastrear el próximo jabalí.

Al instante, a Liam se le iluminó la cara.

—¡No te voy a defraudar! —exclamó, y se marchó corriendo por la pradera hacia el borde del bosque de pinos.

—Se está curando muy rápidamente —dijo Cuchulainn.

—Sí, es un niño muy fuerte —respondió ella sin mirar a Cu.

—Nunca lo había visto tan feliz como ahora, montando sobre tu lomo —comentó Lochlan.

Brighid miró al hombre alado.

—Debería haber esperado a pedirte permiso para proclamarlo mi aprendiz. Perdóname por tomarme esa libertad.

Lochlan sonrió con calidez.

—Cazadora, me parece que este es el momento perfecto para romper con muchas tradiciones. Pero si necesitas mi permiso, te lo concedo gustosamente. Es evidente

que, con o sin mi permiso, el niño te pertenece.

—Estoy de acuerdo, Lochlan. Ya es hora de que forjemos tradiciones propias —dijo Cuchulainn, mirando fijamente a la Cazadora.

—Bien —le dijo Elphame a su hermano con satisfacción—. Entonces, no te importará explicarles a Lochlan y a Danann las ideas que se nos han ocurrido para la casa de reuniones y las cabañas.

Sin esperar a que Cuchulainn respondiera, tomó a Brighid del brazo y se la llevó. Brighid sintió la mirada de Cu clavada en ella.

Las mujeres caminaron juntas y se quedaron a un lado de la pradera. Elphame solo comenzó a hablar cuando estaban alejados de los demás y nadie podía oírlos.

—¿Cómo voy a poder agradecerte que hayas curado a Cuchulainn?

—No tienes que agradecerme nada —replicó Brighid rápidamente—. Me siento muy aliviada de que haya funcionado. Anoche, parecía que todavía estaba... muy afectado. Tal vez no parezca él mismo hasta dentro de un tiempo —explicó cuidadosamente, con la esperanza de ofrecerle a Elphame un motivo racional para las miradas intensas que le lanzaba Cuchulainn.

Elphame la abrazó.

—Lo aceptaré como es. Claro que todavía echa de menos a Brenna, y seguramente siempre la echará de menos, pero ahora está listo para seguir adelante. Está completo de nuevo. Me has devuelto a mi hermano, y si alguna vez yo puedo hacer algo por ti, solo tienes que pedírmelo, hermana.

—Tal vez tenga que pedirte que me permitas volver al Castillo de la Guardia. Temporalmente, claro.

Elphame arqueó las cejas.

—No lo entiendo. Acabas de volver a casa. ¿Por qué quieres marcharte tan pronto de nuevo?

—No es que quiera marcharme —respondió Brighid—. Es solo que la Cazadora del Castillo de la Guardia volvió a las Llanuras de los Centauros repentinamente, sin darle tiempo a nombrar a una sustituta. Me di cuenta de que necesitan una Cazadora. He pensado que podría ayudarlos. Con tu permiso, claro —añadió.

Elphame refunfuñó y volvió a tomar a su amiga del brazo para continuar el paseo.

—Bueno —continuó Brighid—, entonces, ¿me lo permitirías?

—¿Estás huyendo? —le preguntó Elphame sin rodeos.

Brighid iba a negarlo, pero cerró la boca. Miró a los ojos a su amiga, y se dio cuenta de que no quería mentirle.

—Sí. Tal vez sí.

—Quiero preguntarte una cosa, pero necesito que sepas que puedes responderme con sinceridad y que nuestra relación no va a resentirse. Tienes mi palabra de amiga y de Jefa.

Brighid asintió, con el estómago encogido.

—¿Te repulsa el hecho de que Cuchulainn te desee? —preguntó Elphame, y ante

el jadeo de espanto de Brighid, se apresuró a añadir—: Me refiero a que entendería que te resultara incómodo. Es muy difícil dejar a un lado por completo las enseñanzas de nuestra niñez. El Clan Dhianna no se mezcla con los humanos, así que no me sorprendería que...

—¡No! ¡Por la Diosa, no! A mí no me repulsan los humanos. Cuchulainn no me repulsa. Sin embargo, ¿por qué piensas que me desea?

—Tengo ojos, y conozco a mi hermano. Tú eres muy bella, Brighid, y mi hermano siempre ha tenido mucho interés en las mujeres bellas.

—Yo no soy una mujer —dijo Brighid.

Elphame hizo un gesto de la mano para descartar aquella objeción.

—A los hombres les pareces bella y deseable exactamente igual que a los centauros. Y es obvio que Cu te desea. Ni siquiera intenta disimularlo. Vosotros dos habéis experimentado algo muy íntimo. No conozco los detalles de cómo puede traer un Chamán a un alma a la tierra de los vivos, pero sé que tu espíritu ha tenido que estar unido al suyo para que la recuperación tuviera éxito. Y está claro que lo ha tenido.

—Elphame —dijo Brighid—. Cuchulainn no me causa ninguna repulsión, en absoluto.

Elphame abrió unos ojos como platos, y sonrió.

—¡Tú también lo deseas! Algún día tendrás que contarme lo que sucedió durante la recuperación de su alma.

—Elphame, no te pongas romántica con esto. Lo que siente Cuchulainn por mí es el residuo de una experiencia muy íntima. ¡Y no, no voy a contarte los detalles! —terminó Brighid con severidad.

Elphame suspiró.

—Supongo que tendré que preguntárselo a Cuchulainn...

—¡Por la Diosa, no! —exclamó la Cazadora, y entrecerró los ojos al darse cuenta de que su amiga solo le estaba tomando el pelo—. Esto no es para bromear.

—Disculpa —dijo Elphame sin pizca de sinceridad.

Brighid frunció el ceño.

—Como estaba intentando explicarte, Cuchulainn solo piensa que me desea por lo que hemos experimentado juntos. Eso se le pasará. Por eso sería mejor que me ausentara del Castillo de MacCallan durante una temporada, para darle tiempo a que vuelva a ser él mismo.

—Entiendo tu razonamiento. Es muy lógico y realista —dijo Elphame con una sonrisa astuta—. Pero, no tiene en cuenta para nada la obstinación de mi hermano.

—Claro que sí.

Elphame se echó a reír.

—¿Te acuerdas de lo que ocurrió cuando Cu se dio cuenta de que lo que sentía por Brenna era muy serio?

—Sí. Sus acciones fueron demasiado molestas como para olvidarlo. Hizo el tonto

persiguiendo a la pobre chica sin descanso, hasta que... —De repente, Brighid se quedó callada.

Elphame arqueó una ceja.

—Así que no has tenido en cuenta su obstinación. Además, me he dado cuenta de que has dicho que los sentimientos de Cuchulainn los había provocado la recuperación de su alma. Sin embargo, no has dicho nada de los tuyos.

—Tu hermano y yo somos amigos. Me gusta, y lo respeto.

—Sois amigos que os estimáis y os respetáis. Añade a eso tu belleza y la legendaria pasión de los centauros. Además del éxito innegable que tiene mi hermano con las féminas.

Mézclalo todo en una experiencia espiritual e íntima. A mí me parece que, a menos que te repugnen los humanos, todo eso puede dar como resultado mucho más que un encaprichamiento temporal.

Brighid miró hacia el océano. Se sentía muy conmovida por lo que le estaba diciendo Elphame. Su amiga estaba dejándole claro que aceptaría cualquier tipo de relación que ella tuviera con Cu. Se le alegró el corazón. Ojalá...

—No es tan fácil —dijo finalmente.

—El amor casi nunca lo es —respondió Elphame.

—Elphame, ¿no puedo amarlo! No puedo cambiar de forma.

—Después de lo que acabas de experimentar en el Reino de los Espíritus, deberías saber que el amor tiene mucho más que ver con el alma que con el cuerpo.

—Entonces lo he expresado mal —dijo Brighid con cansancio—. El problema no es que yo pueda amarlo. Es que si lo amo, desearé algo que es imposible.

—Mira, sé que no te gusta hablar de ello, pero tu madre es... —Elphame se interrumpió al ver la mirada de conmoción de su amiga—. Lo siento, Brighid. No quería causarte dolor mencionando a tu familia.

—No es eso —dijo Brighid, y se pasó una mano temblorosa por la cara—. Es Brenna.

—¿Brenna?

—Sí. Ella... vino a verme en sueños. Aquí, al Castillo de MacCallan. Oh, por la Diosa... Ni siquiera me había dado cuenta hasta ahora...

—¿De qué se trata, Brighid?

—Quería que le prometiera que mantendría la mente abierta a las cosas que parecían imposibles. Usó exactamente esa palabra, Elphame.

Elphame tenía los ojos llenos de lágrimas.

—¿Parecía feliz?

La Cazadora asintió. A ella también se le empañaron los ojos.

—¿Te dijo algo más?

Brighid asintió lentamente.

—Me dijo que podía hablarle a Cu de su visita, pero todavía no, y que yo sabría cuándo era el momento más adecuado. También me dijo que...

Brighid se quedó callada, porque la emoción le impedía seguir hablando.

Elphame le tomó la mano.

—Oh, Elphame, me dijo que dejaba a Cu en mis manos. Que me lo dejaba libremente, sin vacilaciones. Yo... creía que estaba hablando de la recuperación de su alma. No pensé nunca que... no me había dado cuenta de que...

—De que te estaba diciendo que te daba su bendición para que lo amaras — terminó Elphame.

—Creo que sí.

Elphame se secó las lágrimas de las mejillas.

—¿Todavía piensas que deberías marcharte al Castillo de la Guardia?

Brighid sonrió entre las lágrimas.

—No puedo. Juré que estaría abierta a lo imposible. Tengo que quedarme y enfrentarme a todo esto.

—Bueno, se puede decir que mi hermano es un ser imposible.

—En eso, Brenna, tú y yo estamos totalmente de acuerdo.

Capítulo 33

—Bien, ¿y qué vas a hacer con él? —preguntó Elphame, mientras seguía secándose las lágrimas.

—No lo sé. Supongo que tendré que estar abierta a la posibilidad de... —A Brighid se le terminaron las palabras. Se sentía totalmente fuera de su elemento.

—Vas a estar abierta a la posibilidad de tener una relación con mi hermano.

—Sí.

—Bueno, él se alegrará de saberlo.

A Brighid se le escapó un jadeo.

—¡No voy a decírselo!

—Pero...

—Y tú tampoco. Por favor.

—Muy bien. Me mantendré al margen.

—¿Podemos cambiar de tema ahora?

—Si te empeñas —respondió Elphame.

—Me empeño.

—Pero ten en cuenta que estoy aquí, si necesitas hablar conmigo. Como amiga, o como jefa de tu clan, o como hermana de Cuchulainn, si no se porta como es debido.

—¿Cambiamos de tema? —le recordó Brighid.

—Solo quería que lo supieras.

—Gracias. Ahora lo sé —dijo Brighid, y sonrió a su amiga.

—Bueno, y ahora, querrás conocer los planes que hemos hecho para el pueblo de los Nuevos Fomorian.

—Por supuesto.

—¿Te gustaría que viéramos los planos que hemos dibujado Cu y yo esta mañana? —preguntó Elphame, con los ojos brillantes por la posibilidad de llevar a Brighid junto a su hermano otra vez.

—¿Por qué no me lo enseñas desde aquí? —respondió Brighid con ironía.

Elphame exhaló un suspiro exagerado, y después comenzó a señalar y a explicar lo que habían decidido su hermano y ella. Una vez más, rompían con la tradición. Como los Nuevos Fomorian carecían de la estructura típica de las familias, se construiría un gran edificio parecido a unas barracas, para acoger a la mayoría de los niños. La estructura estaría junto a la muralla sur del castillo. Alrededor de aquel gran edificio habría cabañas donde los adultos, y otros niños, podrían tener privacidad. En el resto del terreno, los Nuevos Fomorian cuidarían diferentes cultivos, y podrían usar su producción para comerciar y para dar el diezmo al Castillo de MacCallan.

—Mi esperanza es que lo que ha ocurrido entre Liam y tú se repita con más niños y miembros del clan —continuó Elphame.

—¿Esperas que los niños molesten al clan hasta la muerte?

Elphame se echó a reír.

—Sabes muy bien que no. Ese niño te pertenece. Espero que muchos de los niños encuentren un lugar en el corazón y el hogar de mi gente. Pero no quiero forzarlos a nada. Tiene que ocurrir naturalmente, y eso podría llevar tiempo.

—Exactamente como tu hermano y yo —murmuró Brighid.

Elphame sonrió.

—No exactamente igual, pero entiendo lo que quieres decir —dijo con una sonrisa. Sin embargo, su semblante se ensombreció al instante—. Has estado ocupada, así que seguro que no te has dado cuenta de que faltan varios miembros del clan.

—¿Cómo?

—El primer grupo se marchó el mismo día que tú. No me gustó, pero tampoco me sorprendió. Los liberé de su juramento y pregunté si alguien más del clan quería seguir sus pasos —dijo Elphame, y cabeceó con tristeza—. Todavía me apena pensar en ello, pero los entiendo. Lo que estamos proponiendo, el hecho de aceptar a la gente que lleva en sus venas sangre de los enemigos de Partholon, es algo muy radical.

—También llevan en las venas la sangre de mujeres de Partholon, mujeres inocentes que perdieron sus hogares y su vida, y cuyos hijos y descendientes se merecen una oportunidad —dijo Brighid.

—No todo el mundo piensa así. Algunos creen que cualquier cosa con alas es un demonio, pese a lo que lleven en el corazón.

—Pues me alegro de que esa gente se haya marchado. Estamos mejor sin ellos. Tú eres la MacCallan. Deberían haber sabido que nunca los pondrías en peligro.

—También estoy casada con un hombre que lleva la marca de la sangre de su padre demoníaco.

—¡Y que ha demostrado su lealtad hacia ti! —dijo Brighid con furia, aunque recordó su desconfianza inicial hacia Lochlan.

Sin embargo, ella no había permitido que sus dudas la empujaran a abandonar a su Jefa. Quienes se habían marchado se equivocaban. Deberían haber permanecido junto a Elphame para asegurarse de que ella no estaba en peligro.

—Él demostró su lealtad, y sigue haciéndolo. Tanto hacia mí, como hacia el clan. Sin embargo, no es fácil superar un siglo de odio —dijo Elphame, y miró a Brighid a los ojos—. Ya sabes que los prejuicios no son lógicos, y por eso son tan difíciles de superar —añadió con un suspiro—. Después de ese primer grupo se marcharon más.

—¿Cuántos más?

—A la mañana siguiente se fueron doce hombres y tres mujeres.

—¿Quince personas? ¿Así, sin más? —Brighid chasqueó con los dedos con incredulidad.

—Dijeron que, enfrentados a la realidad, ellos tampoco podían aceptar a los Nuevos Fomorianos.

—Pero tú les habías dado la oportunidad de irse. Ellos habían decidido quedarse.

Tenían un juramento hacia ti.

—Ahora están libres de él —respondió Elphame con amargura.

Brighid miró a su Jefa y, con espanto, vio cómo cambiaba su expresión. El semblante de Elphame se endureció. Sus ojos se ensombrecieron, y Brighid notó el eco de una presencia oscura y maligna.

—¡Elphame! —gritó, y tomó a su amiga del brazo. ¡Por la Diosa, tenía la piel helada!

Elphame apretó la mandíbula y cerró los ojos, respirando profundamente. Movié los labios recitando una plegaria silenciosa, y Brighid se dio cuenta de que el poder brillante de Epona las envolvía. Un viento cargado de energía le revolvió el pelo, y con un chasquido, aquella energía se posó en la piel de Elphame. Brighid notó un cosquilleo en la mano.

—¿Elphame? —dijo.

La Jefa jadeó y abrió los ojos. Cuando miró a su amiga, las sombras habían desaparecido.

—Se despierta —explicó Elphame antes de que Brighid pudiera preguntarle—. Sobre todo cuando algo me enfada, o cuando siento desesperación. La locura siempre está conmigo, acechando... esperando. Solo con el amor y con la verdad, además de con el toque de Epona, consigo mantenerla raya.

—Fe y fidelidad —dijo Brighid. Era el lema del Clan MacCallan.

—Fe y fidelidad —repitió Elphame.

Brighid quiso hacerle más preguntas, pero ambas se distrajeron al ver a un jinete llegar a galope a la pradera. Aunque toda la zona bullía de actividad, fue aquel hombre quien llamó su atención. Se detuvo bruscamente ante Cuchulainn y desmontó. Brighid oía sus gritos, pero no entendía las palabras.

—Corre a mi lado —dijo Elphame, y no esperó a que su hermano las llamara. Sus piernas equinas eran muy poderosas, y tan rápidas que Brighid tuvo que hacer un esfuerzo por mantener su ritmo. Cuando llegaron junto a Cuchulainn, él ya había montado en el caballo del jinete e iba hacia el castillo.

—Acaba de llegar una mujer centauro de las Llanuras. Tiene un mensaje muy urgente para Brighid.

A la vez, Elphame, Brighid, Lochlan y Cuchulainn salieron a toda prisa hacia el castillo.

—Está esperando en el Patio Principal —les dijo el centinela, cuando llegaron a las puertas de la muralla.

Brighid tenía un nudo de tensión en el estómago. Encontraron a la mujer centauro de espaldas a ellos, mirando a la fuente de la antepasada de la MacCallan. Brighid se sorprendió al oír que respiraba con dificultad, y su sorpresa aumentó al ver que su pelaje estaba salpicado de manchas de espuma blanca, y que estaba temblando. Era inédito que un centauro mostrara tales síntomas de agotamiento. Debía de haber galopado sin parar durante días para estar así. Entonces, la mujer centauro se volvió

hacia ellos, y Brighid se quedó helada.

—¡Niam! —exclamó, y se acercó rápidamente a su hermana pequeña, que se tambaleó y estuvo a punto de caer en sus brazos—. ¿Qué ha pasado?

—Gracias a Epona que estás aquí. Nuestra madre ha muerto —dijo entre jadeos.

Aquella noticia explotó en la mente de Brighid. Su cabeza comenzó a moverse hacia delante y hacia atrás, como si no tuviera el poder de controlarla.

—Ayúdame a llevarla al Gran Salón —dijo Elphame.

De repente, Niam ya no estaba en sus brazos, sino que varios hombres del clan la llevaban hacia el Gran Salón del castillo. Brighid se quedó paralizada.

Cuchulainn la tomó del codo.

—Respira —le dijo.

Ella tomó una bocanada de aire y pestañeó. Por fin pudo concentrarse en los ojos color turquesa del guerrero.

—Quédate conmigo —le pidió ella.

—No voy a ir a ninguna parte salvo contigo —respondió Cuchulainn.

Entraron juntos a la gran sala de reuniones del clan, y se acercaron rápidamente al banco donde se había desplomado Niam. Wynne salió corriendo de la cocina con un pesado odre que le entregó a Elphame. La Jefa lo abrió y se lo puso en los labios a Niam, puesto que ella no podía sujetarlo debido al temblor de sus manos.

—Bebe despacio. Agua primero. Después tomarás un poco de vino y algo de comer —dijo en un tono tranquilizador, calmante. Mientras Niam bebía, Elphame se volvió hacia un hombre del clan—. Ve a buscar a mi madre —le ordenó, y a otro—: Traed toallas y mantas. Muchas.

Brighid sintió una punzada de pánico mientras se arrodillaba junto a su hermana. Niam estaba temblando espasmódicamente, y de la parte equina de su cuerpo emanaba vapor. Su torso humano estaba resbaladizo y tenía un color rojo antinatural. El sudor le había oscurecido el pelo rubio, y la melena se le había pegado a la delicada cabeza. Había corrido hasta un punto de agotamiento muy peligroso.

De repente, Niam se apartó el odre de la boca, se atragantó y tosió. Brighid le apartó el pelo de la cara mientras susurraba palabras para calmarla.

—Shhh... Ya estás aquí. Concéntrate en enfriar el calor de tu cuerpo.

—¡No! ¡Brighid, tienes que escucharme!

Niam le agarró la mano, y Brighid estuvo a punto de gritar debido al calor que irradiaba su hermana.

—Después, Niam, cuando hayas descansado.

—¡No, ahora! —insistió Niam frenéticamente, y entonces sufrió un acceso de tos muy violento.

—Dejad que hable.

Brighid alzó la cabeza al oír el sonido de la voz de Etain.

La gente que se había reunido en la sala se abrió para dejar paso a la Elegida. El semblante de la Sacerdotisa era de serenidad, pero Brighid vio una terrible tristeza en

sus ojos, y el corazón se le encogió.

«Mi hermana va a morir».

Brighid se volvió hacia Niam y se aferró a ella con ambas manos, intentando transmitirle fuerzas.

—Te escucho, Niam —le dijo.

—Mamá ha muerto esta mañana, pero el accidente ocurrió hace cuatro días. Cayó en un foso para bisontes. Las estacas la atravesaron —dijo Niam. Cerró los ojos y se estremeció de horror al recordarlo—. Yo sabía que se estaba muriendo. Todos lo sabíamos. Tenía que venir a verte.

—¡No! No, eso no puede ser. Nosotros no cazamos a los bisontes con esas trampas. No usamos estacas —dijo Brighid, negando con la cabeza, sumida en la confusión.

—No era un foso hecho por un centauro. Estaba diseñado por humanos.

Brighid tuvo un horrible presentimiento.

—Pero... los humanos no cazan en las Llanuras de los Centauros sin el permiso de la Suma Chamán del clan.

Y el Clan Dhianna nunca lo concedía.

—Eran cazadores furtivos. Provocaron la muerte de mamá.

Niam tuvo que parar de nuevo para toser. En aquella ocasión, cuando intentó tomar aire, tenía los labios manchados de sangre.

—Su muerte ha vuelto loco a Bregon. Antes de que yo saliera de las Llanuras, él ya había jurado que iba a tomar el Cáliz del Sumo Chamán para liderar al Clan Dhianna contra cualquier humano que se atreva a poner el pie en las Llanuras de los Centauros.

Brighid se quedó horrorizada, mirando a su hermana. ¿Su hermano estaba dispuesto a comenzar una guerra por un accidente espantoso?

Niam le apretó las manos a su hermana.

—Y no es solo el Clan Dhianna. Desde que llegó a las Llanuras la noticia de que Partholon iba a aceptar a las criaturas aladas, los Chamanes de otros clanes se nos han unido. Quieren la guerra, Brighid.

Niam sufrió un ataque de náuseas, y Brighid la sujetó mientras escupía sangre que goteaba al suelo.

—Mamá no me envió a verte. Ella quería la guerra. Le dijo a Bregon, una y otra vez, que la vengara. Yo tenía que intentar detenerlo. Tenía que venir a decírtelo.

Niam no tuvo que explicar cómo sabía que su madre había muerto. Brighid recordó el cuervo atravesado por una flecha, y sus palabras llenas de odio.

«¡Véngame!».

Después de que su espíritu dejara su cuerpo, Mairearad Dhianna les envió el mismo mensaje a sus tres hijos, con la esperanza de que la muerte no terminara con la manipulación que ella consideraba el verdadero vínculo de la maternidad. Su madre no había dejado de intentar obligarlos a que cumplieran su voluntad ni siquiera al

final de su vida. Y parecía que, en el caso de su hermano, lo había conseguido.

—Ahora guarda silencio, Niam —le rogó Brighid a su hermana, y tomó la toalla de lino que Elphame le pasaba en silencio para limpiarle la cara a Niam—. Resolveremos esto de alguna manera. Shhh.

Niam cabeceó y soltó un sollozo que también era una carcajada.

—Tú siempre has pensado que yo era una tonta —dijo. Cuando Brighid comenzó a negarlo, Niam le agarró la mano con fuerza y siguió hablando—: Eso ya no importa, pero quería que supieras que no soy lo que tú pensabas. Lo que pasa es que no era tan fuerte como tú. No pude hacerle frente a mamá, así que conseguí que creyera que no merecía la pena que me hiciera caso —explicó, e intentó sonreír con los labios trémulos—. Y engañé a todo el mundo. Nadie me miraba, especialmente Bregon. Nadie pensó que yo precisamente iba a venir a avisarte.

Con una fuerza sorprendente, Niam se soltó de las manos de su hermana y la agarró por los hombros.

—Debes volver. Ni siquiera aquellos a quienes mamá consiguió corromper más se atreverían a enfrentarse al poder de la Suma Chamán de los Dhianna. Acepta el Cáliz. No permitas que venza nuestra madre. Termina con esta locura.

La siguiente tos de Niam fue un sollozo lleno de sangre.

Se desplomó sobre el banco. Aunque la sangre goteaba de entre sus labios, sonrió a su hermana.

—Siempre te envidié, Brighid. Tú conseguiste escapar de ella. Pero tal vez yo también lo haya conseguido, al final...

Niam sufrió una convulsión tan violenta que los ojos se le pusieron en blanco, y empujó a Brighid con tanta fuerza que la apartó de su lado. Brighid miró a Etain con desesperación. La Encarnación de la Diosa tenía los brazos abiertos, y cuando habló, una luz blanca y pura irradió de las palmas de sus manos y envolvió a Niam.

*Niam, hermana de nuestra amada Brighid,
en el nombre de Nuestra Gran Diosa
te pido que olvides tu cuerpo roto,
que ya no puede servirte más.
Te pido, en el nombre de Epona,
Diosa de todas las cosas que son salvajes y libres,
que vayas más allá del dolor,
que descanses en la Tierra Soleada de Epona.
¡Hija de la Diosa, yo te libero!*

Etain presionó con sus manos brillantes el costado de la mujer centauro, y Niam se quedó inmóvil. Con un pequeño suspiro, la hermana de Brighid dio su último aliento.

Capítulo 34

En el silencio, la voz de Elphame sonó calmada y llena de autoridad.

—Lochlan, ve a buscar a Ciara. Cuéntale lo que ha ocurrido. Que los adultos mantengan a los niños apartados del castillo hasta que yo mande recado de que pueden volver.

El hombre alado vaciló solo un instante. Le tocó el hombro a Brighid y murmuró:

—Lo siento muchísimo, Cazadora.

Después, se fue.

—Madre —continuó Elphame—. ¿Tú podrías...?

Antes de que pudiera terminar la pregunta, Etain respondió.

—Por supuesto. Pide que me la traigan.

Sin embargo, antes de salir de la estancia, se acercó también a Brighid, que estaba sentada en el suelo junto a su hermana. La Encarnación de la Diosa tomó una de las capas de su túnica de seda y le limpió a Brighid las lágrimas y la sangre de la cara. Se inclinó y la besó en cada mejilla como hubiera hecho una madre con su hija.

—Epona conoce tu dolor, hija, y la Diosa llora contigo.

Entonces se marchó, y su voz resonó por el Patio Principal al llamar a sus doncellas.

Danann, el Maestro de la Piedra, con ayuda de varios hombres, llevó el cuerpo de Niam a las habitaciones de Etain.

Cuando Cuchulainn y Elphame se quedaron a solas con Brighid, él se agachó para ponerse al nivel de sus ojos.

—Brighid —susurró con calma, como había hecho su madre, aunque sus emociones estaban en carne viva. Entendía muy bien su expresión de dolor y de conmoción—. Brighid —repitió, y al final ella lo miró—. Ven con Elphame y conmigo. Vamos a salir de este lugar de muerte.

—Pero si es mi casa...

—Y sigue siéndolo —dijo Elphame rápidamente—. Siempre lo será. Cuchulainn no se refiere a que dejes el Castillo de MacCallan, sino esta habitación. Vayamos a tu habitación, y dejemos que Wynne y mi madre se encarguen de la limpieza del salón.

Brighid miró a Elphame con los ojos muy abiertos.

—¿Es eso lo que quieres que haga?

—Sí.

Brighid asintió y, sin soltar la mano de Elphame, se puso en pie.

—¿Cuchulainn?

—Estoy aquí. Elphame y yo no te dejaremos sola.

Ella lo miró a los ojos.

—Vas a tener que perdonarme. En este momento no puedo fingir que no necesito que estés a mi lado.

Él se llevó su mano manchada de sangre a los labios.

—A tu lado es exactamente donde quiero estar.

—No vas a poder librarte de nosotros —dijo Elphame.

Ayudada por la lealtad y el amor de sus amigos, Brighid caminó como sonámbula hasta su habitación. Cuando Elphame y Cuchulainn le soltaron las manos estaba en mitad de su dormitorio, esperando a lo que ocurriera después. De repente le parecía que ya no podía moverse por sí misma.

—Estoy manchada de sangre —murmuró.

—Yo te limpiaré —dijo Elphame, acercándose a la jofaina y la jarra que había en el lavabo—. Cu, ve a buscar a Nara.

Cuchulainn la miró con rebeldía, pero ella lo agarró por el brazo y le susurró:

—Más tarde, cuando lo recuerde todo, Brighid no te va a agradecer que estuvieras aquí mirando mientras yo le limpio la sangre de su hermana del cuerpo.

Cuchulainn cerró la boca y asintió.

—Brighid necesita un bebedizo para dormir.

—Sí. Tienes razón.

Mientras su hermana vertía agua en la jofaina, él tomó de la mano a Brighid. La miró a los ojos, que estaban llenos de dolor, y recordó que ella había estado a su lado todo el tiempo cuando habían descubierto el cadáver de Brenna, y entonces, como si su mente lo estuviera procesando todo en aquel mismo instante, recordó que ella había estado a su lado siempre durante aquellos negros días posteriores a la muerte de Brenna, mientras Elphame estaba en coma y él tenía la sensación de que todos aquellos a quienes amaba lo habían abandonado. Brighid no, y él había estado demasiado distraído con el dolor y el egoísmo como para darse cuenta.

Bien, pues él tampoco la dejaría sola.

—Voy a buscar a Nara, pero no tardaré. Elphame se quedará contigo hasta que yo vuelva.

—¿Pero vas a volver?

—Siempre.

Cuchulainn le besó el dorso de la mano y salió de la habitación.

Antes de que Brighid pudiera sentir su ausencia, Elphame había vuelto a su lado. Con un paño húmedo y palabras de consuelo, su amiga le limpió las salpicaduras de sangre del cuerpo. Días después, Brighid no recordaría lo que le había dicho Elphame. Lo único que recordaría sería el suave roce de las manos de su amiga, y la sensación fresca del agua con la que le estaba borrando las manchas de sangre de Niam.

—Vamos, túmbate.

Brighid obedeció como un autómatas, y dejó que Elphame la llevara hasta su cama. Con lentitud, flexionó las patas y dejó caer el cuerpo sobre el colchón. Elphame tomó un cepillo largo y suave del tocador de Brighid y mientras canturreaba una nana sin letra, peinó la melena larga y plateada de la Cazadora. Fue en mitad de aquel gesto de cariño cuando Brighid volvió a sí misma.

Tomó aire. Sus pensamientos aturridos acabaron con la negación del dolor y, finalmente, se aclararon. En seguida, se orientó de nuevo.

Su primer pensamiento coherente fue que estaba completa. Su alma no había quedado destrozada. Se preguntó por qué lo sabía con tanta claridad, y la respuesta le llegó con sencillez. Se lo decía su sangre. Se lo decía su corazón.

El instinto de Chamán que llevaba en la sangre se lo decía.

Su siguiente pensamiento fue que tenía un cuchillo helado atravesándole el cuerpo.

«Mi madre ha muerto».

Le parecía algo imposible, pero sabía que era cierto. Y entonces, su mente se llenó de imágenes dolorosas.

Su hermana también había muerto.

«Ella dio su vida por mí. Me equivoqué con ella, y ahora es demasiado tarde para arreglarlo. Nunca podré arreglarlo».

—Si te culpas de su muerte, te equivocarás tanto como se equivocó Cuchulainn al culparse de la de Brenna —murmuró Elphame.

—¿Y cómo no voy a culparme?

—Tu hermana decidió dar su vida para que tú, y a través de ti el resto de Partholon, supieras lo que estaba ocurriendo. Ella no te culpaba, y lo dejó bien claro. Si tú te culpas aunque ella no lo hiciera, estarías siendo irrespetuosa con su memoria.

Brighid tomó aire.

—Niam era fuerte y valiente.

—Sí. Lo era.

—Nadie me había cepillado nunca el pelo —dijo Brighid.

—Cuando era pequeña, mi madre me lo cepillaba cuando me sentía sola. Nunca entendí por qué, pero siempre me servía de ayuda —respondió Elphame, y terminó con un sollozo—. No sabía qué otra cosa podía hacer para que te sintieras mejor.

Brighid miró a su amiga fijamente.

—Has hecho lo mejor.

Alguien tocó con rapidez dos veces en la puerta, y la abrió. Con un revoloteo suave, Nara entró seguida de Cuchulainn. La Sanadora llevaba un hervidor en una mano, y una bolsa de cuero en la otra.

—Aviva el fuego, Guerrero —dijo, pasándole el hervidor a Cuchulainn—. Necesito que esto hierva.

Después, Nara se sentó junto al colchón de Brighid y, con delicadeza infinita, fue palpándole los puntos del pulso, en las sienes, el cuello y las muñecas, y después pasó las manos suavemente por su parte equina.

—No estoy herida —dijo Brighid.

Nara la miró mientras rebuscaba en el bolso de cuero y sacaba manojos de hierbas secas.

—No estaba preocupada por una herida física, Cazadora —dijo Nara—. Y ahora

estoy menos preocupada por tu espíritu, aunque todavía quiero que tomes el brebaje.

La Sanadora se puso en pie y comenzó a mezclar las hierbas en un filtro pequeño.

Brighid comenzó a cabecear al recordar las pociones de Brenna. No quería dormir, estaba segura de que tenía que hacer algo. Sin embargo, antes de que pudiera moverse, Elphame estaba a su lado de nuevo.

—Mamá está ocupándose de Niam. Hoy no tienes que hacer nada.

—Debería ir con ella. Tengo que...

—La Elegida de Epona está ungiendo el cuerpo de tu hermana. Las doncellas y ella están orando y guiando su espíritu hacia la Diosa. Wynne y sus cocineras están limpiando el Gran Salón. Pronto podré ordenar que vuelvan los niños y llenen el castillo de vida y de risas.

—Pero ¿qué puedo hacer yo, Elphame?

Elphame le tomó la mano.

—Dormir y descansar, para tener la mente clara y tomar las decisiones que honren el sacrificio de tu hermana.

—¿Solo eso?

—Por ahora es suficiente —le aseguró Elphame.

—Yo sabía que había muerto —dijo Brighid, con más resignación que tristeza.

—¿Niam?

—No. Mi madre. Ella vino a verme esta mañana, cuando maté al jabalí. Me dijo... Su espíritu me gritó que la vengara.

»Pensé que era otro de sus trucos para obligarme a volver al lugar donde ella podría controlarme, cambiarme y usarme.

»Sin embargo, creo que en el fondo sabía que estaba muerta.

»No quería aceptarlo, pero debería haberlo hecho. Si me hubiera puesto en camino hacia las Llanuras de los Centauros en ese mismo momento, tal vez me hubiera cruzado con Niam, y habría podido detenerla antes de que... —Brighid se le quebró la voz en aquel momento, y no pudo continuar.

—¡No! —Cuchulainn se arrodilló y le secó las lágrimas de las mejillas—. No te hagas esto, Brighid. No podías cambiar el destino de tu hermana, igual que yo no podía cambiar el de Brenna. Déjala marchar, mi bella y fuerte Cazadora. Deja que Niam se marche.

—Bebe esto —le dijo Nara, y le entregó una taza humeante que olía a lavanda y a especias.

De repente, Brighid deseó olvidarlo todo, y bebió la taza de golpe, sin preocuparse de que las hierbas aromáticas no pudieran enmascarar del todo el amargor de la poción.

—Ahora te dormirás, y cuando despiertes tendrás la mente clara —le dijo Nara—. No puedo curar tu corazón, pero puedo darle descanso a tu cuerpo para que tomes decisiones sabias mientras tu espíritu llora.

—Nara —le dijo Brighid a la Sanadora antes de que saliera de la habitación—.

No dejes que Liam se preocupe por mí. Dile que todo va a salir bien.

Por primera vez, la Sanadora sonrió.

—No te angusties, Cazadora. Tranquilizaré al niño.

—Yo también tengo que irme —dijo Elphame, y le dio un beso a Brighid en la mejilla—. No te preocupes por nada. Mamá y yo nos ocuparemos de la pira funeraria. Descansa. Yo volveré pronto a verte.

A Brighid ya se le estaban cerrando los ojos cuando su mirada se clavó en Cuchulainn.

—Yo no voy a marcharme —dijo él.

—Bien.

Brighid cerró los ojos, pero de repente volvió a abrirlos.

—¿Qué ocurre? —preguntó él.

—Tengo miedo de dormirme. ¿Y si parte de su espíritu acude a mis sueños como hizo la tuya?

Cuchulainn supo que se refería al alma retorcida de su madre.

—Eso no va a ocurrir —dijo él mientras se acostaba a su lado y la atraía hacia sí—. Yo no lo permitiré.

Ella posó la cabeza en su pecho e intentó luchar contra los efectos del bebedizo.

—¿Y cómo se lo vas a impedir?

—He estado ya en tus sueños. Iré allí de nuevo y me aseguraré de que nada pueda hacerte daño —dijo Cuchulainn, y le besó la cabeza—. Duerme, mi bella Cazadora, yo te cuidaré.

Brighid no pudo resistir más el embate del sueño y se sumió en la oscuridad.

Capítulo 35

Cuando abrió los ojos de nuevo, todo estaba oscuro, salvo la chimenea, donde ardía un fuego tranquilo. Por un momento no se movió, solo recordó.

Su madre había muerto. Su hermana había muerto. Su hermano estaba decidido a comenzar una guerra sangrienta por venganza.

Cuidadosamente, comenzó a analizar sus sentimientos al respecto. La muerte de su madre le proporcionaba alivio, pero al darse cuenta sintió una terrible punzada de culpabilidad. Brighid intentó deshacerse de aquella emoción, porque no tenía ningún motivo para sentirse culpable. Mairearad Dhianna era su madre, pero también había sido una mujer centauro manipuladora y mala. El poder la había corrompido hasta que había comenzado a darles un mal uso a los dones concedidos por Epona. Incluso había usado y desdeñado a sus propios hijos. El mundo sería un lugar más ligero sin la presencia sombría de Mairearad Dhianna, y Brighid no podía llorar por algo que era más una ganancia que una pérdida.

Sin embargo, la muerte de Niam le producía unos sentimientos muy diferentes. Durante todos aquellos años había estado ciega y no había discernido cuál era el verdadero carácter de su hermana. Hubo un tiempo, durante su juventud, en que Brighid se había sentido unida a su hermano, pero ni siquiera entonces le había prestado demasiada atención a su hermana pequeña. Creía que Niam era una cabeza hueca, bella y frívola, que no se interesaba por nada más que la belleza, los entretenimientos y el lujo. Niam tenía razón: los había engañado a todos, incluso a su poderosa madre. Brighid se aseguraría de que se venerara la memoria de su hermana, y de que su fuerza se glosara en baladas que se cantarían en los campamentos de los MacCallan durante los años venideros. Esperaba poder escucharlas, pero era posible que las decisiones de su hermano se lo impidieran.

Percibió un cambio de luz junto a la chimenea, y distinguió una sombra que se separaba del fuego. Eso hizo que se le acelerara el pulso. ¿Era una aparición? ¿La había seguido el espíritu de su madre hasta allí para darle otro mensaje lleno de odio?

Se estaba preparando para repeler otro ataque del Otro Mundo cuando la sombra se convirtió en un hombre.

—Seguramente querrás beber esto. Nara dijo que tendrías mucha sed cuando despertaras —dijo Cuchulainn, y le tendió una copa de agua.

Ella la tomó con las manos temblorosas y bebió ávidamente. Cuando atizó el fuego y después encendió varios candelabros. Después tomó una cesta llena de comida y de vino que había sobre la mesa y se la acercó a Brighid. La puso en el colchón, junto a ella.

La Cazadora desarrolló un bocadillo de queso y pan y lo mordió.

—Me siento como si llevara días sin comer —dijo entre bocados.

Él sonrió y le quitó una miga de la barbilla.

—Es que llevas días sin comer.

—¿Cuánto tiempo llevo durmiendo?

—Acaba de amanecer el segundo día después de la muerte de tu hermana —respondió él con suavidad—. Me preocupaba que tu sueño fuera antinatural, pero Nara me aseguró que despertarías cuando tu espíritu estuviera listo.

Ella le acarició la aspereza de la cara sin afeitar.

—¿Has estado aquí todo el tiempo?

—Te dije que no iba a dejarte sola —respondió Cuchulainn, y sin apartar los ojos de los de Brighid, posó su mano sobre la de ella, giró la cabeza y le besó la palma.

—Cuchulainn... —dijo, y apartó la mano—. Esto que hay entre nosotros... No tiene por qué ser más que amistad.

—¿De verdad? —preguntó él con una sonrisa, y con los ojos muy brillantes.

—Deberías saber que después de la recuperación de un alma...

—La Chamán y el paciente quedan vinculados —dijo él—. Sí, ya lo sé. Pero, normalmente, ese vínculo no es más que de respeto y entendimiento. Normalmente —añadió, mientras volvía a tomarle la mano. Se la besó y la colocó sobre su corazón —, la Chamán y el paciente no se sienten atraídos el uno al otro por el deseo, y si ocurre eso, rápidamente se desvanece... ¿Recuerdas que cuando nos despertamos, tú me estabas besando para exhalar mi alma en mi cuerpo?

Ella asintió, paralizada por el sonido de su voz grave y la mirada de sus ojos azules.

—Te dije que mi mente entendía que no debería desearte, pero que mi pasión estaba anulando la lógica. Tú me respondiste que la pasión desaparecería. No ha sido así, mi bella Cazadora. ¿Y en qué punto nos deja eso?

—No lo sé —susurró Brighid.

—En el salón, después de la muerte de tu hermana, me pediste que te perdonara porque no podías fingir que no me necesitabas a tu lado.

—Lo recuerdo.

—En aquel momento estabas conmocionada, aturdida de dolor y confusión. Ahora que tus pensamientos son claros, una vez más tengo que preguntarte si todavía necesitas que esté a tu lado.

«Es imposible», le dijo su mente. Entonces, desde otra parte de su cabeza le llegó la voz dulce de Brenna: «Lo más importante que tengo que decirte es que necesito que me jures que mantendrás la mente abierta en cuanto a todo aquello que pueda parecer imposible».

—Sí. Sé que es imposible, pero te necesito —dijo Brighid rápidamente, antes de que el sentido común pudiera parar aquellas palabras.

—Eso es lo que necesitaba oír. Ahora, lo único que tenemos que hacer es descubrir cómo podemos superar lo imposible.

—Ah, ¿solo eso? —preguntó ella con su habitual sentido del humor cáustico.

Él sonrió encantadoramente.

—Mi madre piensa que es posible. Y tú sabes que ella sabe todo lo importante.

—¿Tu madre? —preguntó Brighid, mientras tomaba el odre de vino—. ¿Le has hablado a tu madre sobre nosotros?

Él se encogió de hombros.

—¿No te parece que debía hacerlo?

—¡Por la Diosa! ¿Alguna vez has podido mantener algún secreto ante ella?

—Nadie le oculta nada a mi madre —dijo Cuchulainn, riéndose de la expresión de estupefacción de Brighid—. Te acostumbrarás.

—Tal vez... no lo sé —respondió ella, y apartó la mirada—. Debe de ser una gran bendición tener una madre que te quiera incondicionalmente.

Al instante, la cara del guerrero se suavizó.

—Sí, lo es —dijo, y volvió a tomarla de la mano—. ¿Has decidido ya lo que vas a hacer?

Ella asintió y volvió a mirarlo.

—Lo supe desde el momento en que vi a Niam. Antes, en realidad. Creo que lo he sabido siempre, pero estaba huyendo.

—Tú no huyes de las cosas, Brighid —afirmó Cuchulainn, y le apretó la mano.

—¿Y cómo lo llamarías tú?

—Supervivencia. Valentía. Independencia. Lo llamaría todas esas cosas. Solo huyen los cobardes y los tontos. Yo lo sé porque hui del dolor de la muerte de Brenna.

Brighid intentó sonreír.

—Tú no eres cobarde.

A él se le escapó una carcajada que le alegró el alma a Brighid considerablemente.

—Y espero haber llegado al límite de mis tonterías.

Brighid miró sus manos unidas y arqueó una ceja. Ambos se rieron.

En aquel momento, Elphame llamó a la puerta y entró en la habitación. Abrió unos ojos como platos al encontrarlos sentados en el colchón, rodeados de comida, agarrados de la mano y riéndose.

—Vaya, me alegro de ver a mi hermano haciendo algo útil —dijo en tono de broma. Los ojos le brillaban de placer.

—¡Elphame! Qué oportuna. Ven con nosotros —le pidió Cuchulainn.

—En realidad, venía a buscaros a los dos. Papá ya está aquí.

—Bien —dijo Cuchulainn. Se puso en pie y se sacudió algunas migas del kilt—. Si alguien puede arrojar luz en todo lo que está pasando con los centauros, es él —añadió, y le tendió una mano a Brighid. Ella la tomó y, con reticencia, se puso en pie y se situó junto a él. Cuchulainn sonrió. No te preocupes, te va a caer muy bien.

—¡No me preocupa que no me caiga bien Midhir! ¡Por la Diosa, Cuchulainn, tu padre es el Sumo Chamán de Partholon!

—No te pongas nerviosa, Brighid. A nuestro padre le vas a caer muy bien —le aseguró Elphame, mirando con frustración a su hermano—. Papá es maravilloso, ya

lo verás.

Brighid se sentía como si estuviera en un sueño mientras recorrían el castillo hacia las habitaciones privadas de la familia. Antes de que entraran en aquella zona, la Cazadora se detuvo y vio que el sol acababa de elevarse por encima de la muralla este del castillo.

—¿Dónde está Niam? —preguntó en voz baja.

—Después de que mi madre ungiera su cuerpo, ordené que la velaran en la habitación pequeña de la enfermería. Su pira funeraria ya está construida, al sur de los terrenos del castillo. Pensé que querrías que estuviera en dirección a las Llanuras de los Centauros —dijo Elphame.

Brighid asintió.

—Después de hablar con Midhir, me gustaría que encendiéramos la pira.

—Por supuesto. Enviaré recado al clan para que se preparen.

Brighid exhaló un largo suspiro y se irguió de hombros.

—Vamos a hablar con tu padre —dijo.

Lo primero que notó al entrar en la opulenta habitación fue que la cama que había sobre un enorme estrado circular había sido sustituida por un enorme colchón. La segunda fue al imponente centauro que estaba detrás de la silla de Etain, hablando con su esposa en voz baja, mientras una doncella peinaba a la Elegida. Era alto, y tenía el magnífico porte de un centauro guerrero maduro. Su pelaje era castaño, e iba volviéndose negro a medida que se acercaba a los cascos. En cuanto entraron, Etain despidió a sus doncellas y se acercó para saludarlos. Tomó a Brighid de la mano, y la Cazadora sintió una gran calidez y un gran consuelo a través del contacto leve de la Suma Sacerdotisa.

—Sabía que te recuperarías, y que serías más fuerte que antes —dijo Etain, observándola con atención—. Ahora, permíteme que te presente a mi esposo —se hizo a un lado, y el centauro se acercó—. Midhir, te presento a Brighid Dhianna, la Cazadora del Clan MacCallan.

Brighid se puso el puño sobre el corazón e hizo una reverencia marcada, la señal de respeto que los centauros dedicaban a su Sumo Chamán.

—Estaba deseoso de conocerte, Brighid Dhianna —dijo Midhir con su voz grave y poderosa, que recordaba tanto a la de Cuchulainn, como los rasgos fuertes y bellos de su cara y sus anchos hombros—. La muerte de tu madre ha sido un duro golpe, y la pérdida de tu hermana ha sido una tragedia.

Entonces, se volvió hacia su hijo y lo abrazó.

—Hacía mucho tiempo que no te veía, hijo mío —le dijo a Cuchulainn con una sonrisa triste—. También tú has perdido mucho. Me dolió tu sufrimiento y el daño que sufrió tu alma. Me alegro mucho de que estés completo nuevamente.

—Eso debes agradecérselo a Brighid —dijo Cuchulainn, después de devolverle el abrazo a su padre.

—Creo que antes de que todo esto termine, le deberemos mucho a la joven

Cazadora —dijo Midhir.

A Brighid, le pareció que aquello no presagiaba nada bueno, y se sintió inquieta.

—¿Qué noticias tienes del Clan Dhianna? —preguntó Cuchulainn.

—No tengo ninguna, y eso no es bueno.

—¿No sabes nada, papá? —preguntó Elphame con sorpresa.

El Sumo Chamán negó con la cabeza.

—Los Dhianna han interrumpido el comercio con Partholon, como los Ulstan y los Medbhia. Sé que se han reunido en la parte suroeste de las Llanuras.

—El establecimiento de invierno de los Dhianna —dijo Brighid.

—Sí, y no consigo saber nada de sus actividades. Parece que los Sumos Chamanes se han aliado y están utilizando bastante de su poder en mantener en privado sus actividades, aunque no hace falta pensar demasiado para darse cuenta de que deben de estar armándose contra los intrusos. Del Otro Mundo, lo único que recibo son imágenes inconexas de ira, muerte, paranoia... todo ello envuelto en humo y en una luz del color de las llamas. Humo y sombras... No veo nada más que eso, salvo algunas imágenes de un centauro solitario —dijo Midhir, y de repente abrió mucho los ojos, como si hubiera entendido algo—: Es un guerrero joven y rubio, que me recuerda mucho a ti, Brighid.

—Es mi hermano, Bregon —dijo Brighid con un nudo en el estómago.

—Sí, me he dado cuenta ahora. Él es quien impulsa sus acciones. Está intentando terminar lo que comenzó tu madre.

—¿Y sabes si se ha convertido en Sumo Chamán? —preguntó Brighid.

—No siento ese poder en él. Todavía no. Pero la sangre del chamanismo corre por las venas de tu clan.

—Papá, ¿y qué dicen tus emisarios centauros de la actividad del clan? —preguntó Elphame.

—Eso es lo más perturbador de todo —dijo Etain—. No tenemos ninguna noticia. Ninguno de ellos ha vuelto de las Llanuras de los Centauros.

—Varias Cazadoras han dejado sus puestos, y me han evitado a mí y a todos mis guerreros —dijo Midhir.

Lo que no dijo quedó suspendido en el aire, a su alrededor. Un centauro no podía mentirle al Sumo Chamán de Partholon. Fuera cual fuera su filiación, su vínculo de respeto con Midhir no lo permitiría. Era evidente que los centauros que se estaban uniendo al levantamiento de Bregon estaban abandonando Partholon para no tener que enfrentarse al Sumo Chamán de todos los centauros. Y el hecho de que ninguno de los emisarios leales a Midhir hubiera vuelto de las Llanuras significaba que los habían retenido allí contra su voluntad... o que los habían asesinado.

Centauro contra centauro... centauro contra humano... era una pesadilla para Brighid. Aquello era responsabilidad suya. Ella era una mujer centauro de los Dhianna. Con la muerte de su madre, el liderazgo de su clan recaía en sus hombros, y el peso le oprimía el alma. No importaban ya sus deseos, ni el camino que hubiera

elegido en la vida.

Brigid tragó saliva para quitarse la amargura de la boca.

—Midhir, ¿me ayudarás a viajar al Otro Mundo y beber del Cáliz de Epona para que pueda convertirme en Suma Chamán? —preguntó.

Capítulo 36

—No puede —respondió Etain.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Cuchulainn—. Siempre es un sumo Chamán quien guía a otro en su búsqueda del Cáliz de Epona.

—Deberías haberles prestado más atención a tus profesores cuando intentaban enseñarte cómo es el Otro Mundo, hijo mío —dijo Midhir con severidad.

—Es Mairearad quien debería guiar a Brighid al Otro Mundo —explicó Etain.

—Pero mi madre está muerta.

—De todos modos podría guiarte —respondió la Elegida suavemente.

—¡No! No acepto su guía. No la dará sin un precio, y sé que será muy caro, tanto para mi alma como para el Clan Dhianna.

—El guía espiritual debe ser alguien que tenga vínculos muy fuertes contigo. Alguien de tu familia, o tu compañero —explicó Midhir—. Aunque yo sea el Sumo Chamán de Partholon, no puedo usurpar ese lugar.

—Tendré que encontrar el Cáliz yo sola —dijo entonces Brighid, y sintió un escalofrío al pensar en el viaje solitario y peligroso que tenía por delante—. Mi hermano es el único pariente de sangre que me queda, y le quitaría el puesto si me convierto en Suma Chamán. Él no me va a ayudar.

—Entonces, tu guía debe ser tu compañero en la vida —dijo Cuchulainn.

Todos se volvieron a mirar al guerrero, pero él tenía puesta toda su atención en Brighid.

—Admito que, como ya ha dicho mi padre, no me interesaban nada las lecciones sobre el Otro Mundo. Es bien sabido que nunca quise tener relación con ese reino, pero parece que mi destino me empuja a ello. He intentado negarlo, y no he podido. Incluso intenté huir de él, y no voy a ser tan tonto como para hacerlo de nuevo. No puedo guiarte, pero te juro que no te dejaré sola por el camino. Mi fuerza siempre estará a tu disposición si la necesitas. Mi espada siempre te protegerá. Tal vez, juntos podamos terminar esta búsqueda y reclamar tus derechos de nacimiento.

Ella casi no podía creer lo que estaba oyendo. ¿No entendía Cuchulainn que...?

—¡Pero si tú no eres mi compañero!

—Lo seré, si me aceptas.

Ella cabeceó, preguntándose si alguien podría oír los latidos de su corazón.

—No tienes por qué hacer esto solo por ayudarme. No me da miedo viajar sola al Otro Mundo. No tienes por qué convertirte en mi compañero de por vida solo para darme la ayuda de un amigo.

La sonrisa de Cuchulainn era íntima y sabia. Se acercó a ella y la tomó de la mano.

—Hemos sido amigos, pero, mi bella Cazadora, nos hemos convertido en mucho más que eso. Mi alma me dice que estoy dispuesto a ser tu compañero de por vida. ¿Qué te dice la tuya?

—Lo que me diga mi alma no tiene importancia si no puedo convertirme en Suma Chamán. ¡Piénsalo, Cuchulainn! Si no puedo cambiar de forma, estarás atado a alguien que no puede ser de verdad tu esposa.

—Estoy seguro de que podrás.

—¿Y estarías dispuesto a apostar tu vida y tu futuro?

—Sí, porque estoy dispuesto a hacer algo que no me había permitido hasta ahora: voy a escuchar a mi espíritu. Ya no voy a huir más de mi destino. Además, también estoy seguro de que serás una magnífica Suma Chamán. Así pues, Brighid Dhianna, ¿qué te dice tu alma?

Ella lo miró a los ojos y se sintió perdida.

—Me dice que es un sueño imposible, pero un sueño que no quiero terminar.

La sonrisa del guerrero estaba llena de promesas. La besó rápidamente y después se dio la vuelta y se arrodilló ante Elphame.

—Elphame, tú eres la Jefa del Clan MacCallan, y te pido permiso para tomar como esposa a la Cazadora —dijo con una sonrisa—. Le pediría también permiso a su hermano, pero creo que no sería inteligente teniendo en cuenta la situación.

En vez de corresponder a la sonrisa de Cu y concederle el permiso automáticamente, Elphame respondió con seriedad.

—Tú mismo lo has dicho, Cuchulainn. Tú rehuías el Otro Mundo y el Reino de los Espíritus. ¿Ayudarás a Brighid, o serás un obstáculo para ella? De esta unión depende algo más que un vínculo de por vida. Si no es una buena elección, todo Partholon sufrirá las consecuencias —dijo, y se volvió hacia su madre—. No puedo darle a Cuchulainn mi permiso a menos que Epona apruebe esta unión. Mamá, ¿tú le pedirías a la Diosa su bendición para ellos? Si la Diosa la concede, yo les daré gustosamente el permiso.

—Elphame, ¿qué...? —intentó preguntar Cuchulainn, pero su madre lo interrumpió.

—Eres una Jefa sabia y responsable, Elphame. Estoy orgullosa de ti —dijo Etain, e hizo una señal para que su hijo se acercara—. Ven.

Y, mientras Cuchulainn se ponía en pie, la Elegida le tendió la mano a Brighid.

—Y tú también, hija.

Cuchulainn tomó la otra mano de su madre.

La Amada de Epona les sonrió a ambos.

—Debéis tomaros de la mano para completar el círculo.

El gesto ceñudo de Cuchulainn se suavizó cuando entrelazó los dedos con los de Brighid. Le apretó la mano y ella le devolvió la presión. Entonces, la Suma Sacerdotisa elevó la cara y conjuró la presencia de la Diosa.

*Mi Epona, Diosa de belleza brillante,
para quien las estrellas son joyas
y la Tierra tu sagrada confianza,*

*tejedora de destinos
y protectora de las cosas que son salvajes y libres.
Como tu Elegida y Amada,
te pido que le concedas
tus bendiciones a esta unión.
Muéstranos con una señal, o visión, o palabra,
tu sabiduría y tu voluntad.*

Al instante, el aire que envolvía su círculo comenzó a girar y a brillar. Se formaron dos siluetas dentro de aquel brillo. Brighid jadeó al reconocer el torso de Cuchulainn, desnudo y musculoso, resplandeciente y dorado. Y después apareció otro torso, en aquella ocasión plateado. Era su cuerpo desnudo, y estaba entre los fuertes brazos de Cuchulainn. Cuando sus apariciones se besaron, Brighid sintió el calor líquido de la pasión. Oyó que Cu inhalaba profundamente, y supo que él también percibía la unión de sus dos espíritus. Entonces, el aire formó una espiral llena de chispas resplandecientes y la visión se disipó en el viento.

Etain sonrió.

—Tienes la bendición de la Diosa, hijo mío.

Cuchulainn le besó la mano a Brighid antes de romper el círculo y arrodillarse de nuevo ante su hermana.

—Y ahora, hermana mía, ¿tengo tu permiso para tomar a la Cazadora como compañera?

Elphame sonrió.

—Por supuesto, Cuchulainn.

Cu se puso en pie y abrazó a su hermana, la levantó por los aires y la hizo reír. Brighid se sentía todavía ruborizada por aquella visión hipnótica, y un poco más que abrumada por el hecho de que el Sumo Chamán de Partholon y la Elegida de Epona la felicitaran con calidez y le dieran la bienvenida a su familia.

—Madre, ¿nos harías el honor de supervisar la ceremonia del juramento? —preguntó Cuchulainn.

—Por supuesto, querido —dijo Etain, sonriendo a su hijo amorosamente.

—Tendrá que ser hoy —dijo Brighid; hubiera querido celebrar aquel momento, y deleitarse con aquella sorpresa mágica que le había dado Epona, pero su mente de Cazadora estaba concentrada en el camino que Cuchulainn y ella habrían de seguir y en sus dificultades.

Cuchulainn se acercó a ella y le acarició la mejilla.

—Entonces será hoy.

Brighid asintió.

—También hay que prender la pira de Niam.

—Así se hará. Hoy despedimos una vida que terminó con honor y amor, y celebramos el comienzo de otra que tiene las mismas raíces. Es el círculo de la Gran

Diosa. La vida no puede existir sin la muerte, y una no puede completarse sin la otra —dijo Etain con solemnidad—. Pero primero, desayunaremos para reunir fuerzas para todo lo que nos depara este día.

—Entonces, vayamos al Gran Salón —dijo Elphame.

El Gran Salón estaba abarrotado de niños alados y de miembros del Clan MacCallan. El aire estaba perfumado con el olor del pan recién hecho y del azúcar moreno que los niños añadían con gusto a sus gachas matinales. Brigid se detuvo en el arco de entrada. El salón estaba lleno de vida y ofrecía un aspecto muy distinto al de dos días antes, cuando su hermana había exhalado su último aliento. Antes de que las sombras de la muerte de Niam pudieran acongojarla, una pequeña forma alada se separó de los demás y se lanzó hacia ella.

—¡Brigid!

Aunque la parte superior de su cabeza solo le llegaba a Brigid hasta el pecho equino, Liam se abrazó a sus patas con una fuerza sorprendente.

Ella se inclinó y le acarició el pelo y la espalda.

—Oh, Brigid —dijo el pequeño, e inclinó la cabeza hacia arriba para mirarla. Tenía los ojos llenos de lágrimas que estaba intentando contener—. ¡Estaba muy preocupado por ti! Quería ir a verte, pero no me dejaban.

—Ya estoy bien —respondió ella, y siguió acariciándole el pelo, que era suave como el plumón de un pato—. Solo necesitaba descansar.

—Siento lo de tu hermana. Curran y Nevin ya han empezado a contar historias sobre lo valiente que era.

A Brigid se le encogió el corazón.

—Tienen razón. Era muy valiente.

—Ven, Liam, puedes sentarte con nosotros y contarnos todo lo que has estado haciendo estos dos días —dijo Cuchulainn.

Tomó al niño y lo sentó en el lomo de Brigid, y se ganó una mirada entornada de su prometida. Él le guiñó un ojo, y la Cazadora soltó un resoplido, y Liam comenzó una explicación de todas las huellas y los rastros que había aprendido.

Mientras atravesaban la gran estancia hacia la mesa principal, Brigid recibió condolencias de muchos de los miembros del clan. Su primera reacción fue la incomodidad. Ella nunca llamaba tanto la atención, pero a medio camino se relajó, porque se dio cuenta de que les importaba. Su familia, el Clan MacCallan, la estaba rodeando con su amor y su preocupación. Brigid se empapó de todo ello. Lo recordaría, de manera que después, cuando estuviera lejos de allí, supiera lo que era sentirse aceptada y en paz.

Cuando se sentaron junto a Lochlan y Ciara en la mesa de la Jefa del Clan, Brigid se quedó muy quieta mientras la vida se movía a su alrededor. Liam parloteaba sin cesar. Elphame y Etain hablaban de la ceremonia de la luna llena, para

la que todavía faltaban días, y la Amada de Epona incluyó amablemente a Ciara en la conversación. Cuchulainn estaba hablando con Lochlan sobre cuál era la mejor manera de expandir las barracas para los niños, porque se había decidido que, hasta que tuvieran noticias de que la lucha con los centauros había terminado, los Nuevos Fomorianos se alojarían dentro de las murallas del Castillo de MacCallan.

Todo era natural, y normal. Muy diferente a los desayunos de su clan, presididos por Mairearad Dhianna, y que Brighid soportaba con tensión. ¿A quién atacaría su madre?

¿A quién lanzaría un comentario velado para cortar y destrozar su libertad y su independencia?

Brighid iba a volver a aquello. No importaba que Mairearad hubiera muerto. Después de casi cinco décadas siendo la Suma Chamán de los Dhianna, su fantasma no liberaría su poder con facilidad...

Brighid se sobresaltó un poco cuando Cuchulainn deslizó su mano cálida en la suya. No interrumpió su conversación con Lochlan. No hizo ningún gesto público de intimidad con la orgullosa Cazadora. Nadie se dio cuenta de que sus manos estaban entrelazadas bajo la mesa, y que sus caricias la deleitaban.

El guerrero la entendía.

«¿Cuándo ha ocurrido esto? Parece que estoy a un mundo de distancia desde mis comienzos y sin embargo aquí, con este hombre, he hallado mi verdadero hogar y mi familia. Por favor, no dejes que lo pierda, Epona».

Habían elegido un lugar muy bello para el funeral de Niam. Su pira, hecha de troncos de pino seco, se había erigido en una zona al sur del castillo, un tramo de acantilado parecido a un dedo esbelto de tierra que se adentraba en el mar embravecido, cuyas olas rompían mucho más abajo.

Era como si la pira funeraria de Niam fuera un faro para los barcos perdidos. El cuerpo de su hermana estaba sobre el enorme montículo, envuelto en un sudario grueso propio de un guerrero, bordado con los nudos del poder.

Brighid se acercó a la pira con Cuchulainn y Elphame.

Etain, Midhir y Lochlan ya estaban allí, junto a la pira. La Amada de Epona tenía una antorcha en la mano. Al ser la familiar más directa de Niam, era Brighid quien debía prender la pira. Sin embargo, en vez de tomar la antorcha de las manos de Etain, se volvió hacia el Clan MacCallan, que se había reunido junto a los Nuevos Fomorianos para acompañarla en la despedida de Niam. Buscó con la mirada a los dos bardos gemelos, y cuando habló, lo hizo con voz fuerte y clara.

—Se llamaba Niam Dhianna. La belleza era su escudo. La mantuvo a salvo de las manipulaciones y las intrigas, y la escondió hasta que ella fue necesaria. Ojalá yo hubiera tenido la sabiduría de ver más allá de su estrategia, y ojalá su cuerpo hubiera sido tan fuerte como valiente su corazón. Os pido que la recordéis conmigo. No

dejéis que su historia muera con su cuerpo.

Nevin y Curran inclinaron la cabeza en asentimiento y Brighid hizo una pausa y respiró profundamente. Cuando alzó la mirada de nuevo, encontró con facilidad a la Chamán de los Nuevos Fomorianos.

—Ciara, te ruego que te unas a mí junto a la pira de mi hermana.

La mujer alada se quedó sorprendida, pero se acercó rápidamente a ella.

—Tu afinidad es con el espíritu del fuego, y llevas dentro de ti la chispa de la Encarnación de Terpsícore. Niam amaba la belleza y la danza. Pero te he elegido para pedirte que conjures al espíritu del fuego para que libere su cuerpo no solo por tu belleza física y por lo que representa tu abuela. Te conozco desde hace poco tiempo, pero en ese poco tiempo he aprendido a apreciar tu capacidad de ver en el alma de una persona. Si yo hubiera desarrollado esa habilidad tanto como tú, tal vez hubiera entendido que Niam merecía la pena antes de perderla. Así que te pido que uses el espíritu de la llama para prender su pira.

—Acepto, Brighid Dhianna. Es un gran honor.

Sin decir una palabra, Brighid y el resto del grupo se alejaron de la pira y dejaron sola a la Chamán. Ciara se giró hacia el sur y se colocó frente a la pira. Inclino la cabeza para concentrarse y, con la gracia de una bailarina, se acercó a la pira. Comenzó a murmurar para atraer al espíritu de la llama mientras dibujaba delicadas figuras invisibles con las manos, y despertó diminutas chispas a su alrededor. Elevó los brazos y desplegó las alas, que la envolvieron como un velo negro, mientras seguía orando y danzando junto a la pira.

Pronto comenzaron a salir chispas de sus manos, chispas que llovieron sobre la madera y la prendieron con una luz blanca tan gloriosa e intensa que Brighid tuvo que taparse los ojos para que su brillo no la cegara.

Mientras el fuego crecía y crepitaba, cada vez más alto y más fuerte, a la gente se le escapaban jadeos de asombro y reverencia. Las llamas comenzaron a consumir el cuerpo de Niam, y Brighid sintió el calor purificador que irradiaba la pira. Ahuyentó el frío de aquel lugar triste de su alma, que había estado tan oscuro y helado desde que el cuervo le había graznado con la voz de su madre moribunda.

Miró a Cu. Él apartó los ojos del fuego y la miró también.

—Hemos honrado la muerte. ¿Estás lista para dar el paso siguiente y honrar la vida? —le preguntó al guerrero.

—Sí, mi bella Cazadora.

—Gracias, Cuchulainn —murmuró Brighid. Después miró a Etain, pero como era habitual con la Amada de Epona, no hicieron falta palabras para que ella entendiera.

—Queréis hacerlo aquí, ahora —dijo.

—Sí —respondió Brighid, asintiendo.

—Pues hagámoslo.

Etain dio un paso hacia delante y ocupó el lugar de Ciara ante el fuego. En cuanto elevó un brazo, todos quedaron en silencio.

—Hoy, la muerte ha sido purificada con llamas y oraciones. Ahora vamos a celebrar el círculo completo de la vida, a través de la pureza del ritual sagrado del matrimonio. Cuchulainn y Brighid, por favor, venid aquí.

La multitud emitió exclamaciones de sorpresa cuando el guerrero y la Cazadora se reunieron con Etain.

La amada Epona sonrió, y les habló directamente a ellos, pero proyectando la voz de manera que todos pudieran oírla.

—Hoy comenzáis un viaje. En cierto modo es un viaje familiar, antiguo, la unión de dos almas que se aman y se comprometen. Además, comenzáis la búsqueda de algo nuevo y único, un amor que está basado más en el espíritu que en el cuerpo, y depende del valor además de la cooperación del Otro Mundo para ser consumado. Ya sabéis que tenéis la bendición de Epona. Sabed que tenéis también la mía.

Asintió, y Cuchulainn se giró hacia Brighid. Extendió las manos ante ella, y sin titubear, Brighid posó sus palmas en ellas. Sus miradas se cruzaron.

—Yo, Cuchulainn MacCallan, te tomo a ti, Brighid Dhianna, como esposa en el día de hoy. Te protegeré del fuego aunque el Sol caiga a la Tierra, del agua aunque los mares bramen y de la tierra aunque tiemble. Y honraré tu nombre como si fuera el mío —dijo, con su voz fuerte y sincera.

—Yo, Brighid Dhianna, te tomo a ti, Cuchulainn MacCallan, como esposo en el día de hoy. Acepto que ninguna llama pueda alejarnos, ningún mar ni lago pueda ahogarnos y ninguna montaña separarnos. Y honraré tu nombre como si fuera el mío.

—Así será —dijo Cuchulainn.

—Así será —repitió Brighid, y completó el ritual.

Cuchulainn la tiró suavemente de las manos para que diera un paso hacia él. Antes de que sus labios se rozaran, le dijo en un susurro:

—Ahora estamos verdaderamente juntos, mi bella Cazadora.

Los vítores alegres que se dejaron oír cuando se besaron fueron la causa de que se separaran con un sobresalto. Todos los niños Nuevos Fomorianos estaban gritando y aplaudiendo, saltando y revoloteando, y moviendo los brazos.

—Niños... —dijo Brighid con un suspiro, aunque sin poder contener la sonrisa—. No pueden estar quietos.

—Cierto —dijo Cu, y volvió a tomarla de la mano—. Que la Diosa los bendiga.

Capítulo 37

El Clan MacCallan no mostró tanto entusiasmo ante aquel matrimonio como los niños. No fueron maleducados.

No rehuyeron a la nueva pareja, y como era de esperar, los felicitaron. Dijeron e hicieron lo que era más correcto, pero Brighid se dio cuenta de que unos cuantos miembros del clan no la miraban a los ojos.

Era la única mujer centauro del Clan MacCallan, pero varios centauros se habían unido al clan. Ninguno habló con ella; Cuchulainn se acercó a los centauros y a él sí lo felicitaron, aunque con poco entusiasmo.

«Así que ya ha empezado. Acostúmbrate. Será mucho peor en las Llanuras de los Centauros».

Se estremeció. No quería pensar en lo que tenía por delante. La noche que se avecinaba ya era lo suficientemente desalentadora.

Brighid se alejó del pequeño grupo que se había situado alrededor de Cu, su hermana y sus padres, y también de Lochlan. Fue fácil; de todos modos, casi ninguno de los humanos estaba hablando con ella. Se acercó a la pira de su hermana, que todavía ardía. «Diosa, ¿dónde me he metido?».

—Estás muy callada —dijo Cuchulainn.

Ella lo miró con un sentimiento de culpabilidad, sin saber qué decir, o qué no decir.

—Vamos, Brighid —insistió Cu con una sonrisa rápida—. Siempre hemos sido sinceros el uno con el otro, incluso cuando no nos caíamos bien.

—El único motivo por el que no me caías bien era tu endemoniada arrogancia.

—¿Yo, arrogante? —preguntó Cuchulainn, señalándose el pecho con inocencia—. Creo que debías de confundirme con mi hermana.

Brighid soltó un resoplido, pero le sonrió.

El guerrero la tomó de la mano.

—Dime lo que estabas pensando.

—Me estaba preguntando en dónde me he metido.

Cuchulainn se echó a reír.

—Te entiendo perfectamente.

Ella frunció el ceño.

—¿Te arrepientes de que nos hayamos casado?

—No, Brighid. No me arrepiento.

Ella suspiró, y miró sus manos entrelazadas.

—El clan no lo aprueba.

—Creo que el clan está más sorprendido que otra cosa. Hemos hecho algo que nunca se había hecho antes. El único centauro y la única humana que se casan son el Sumo Chamán y la Amada de Epona. A la gente le costará acostumbrarse a nosotros.

—Si es que alguna vez lo consiguen.

—¿Te molestaría mucho que alguna gente nunca nos aceptara?

—Sí. Más de lo que hubiera pensado —respondió ella—. Ahora siento que el Castillo de MacCallan es mi hogar, y me molesta mucho ser rechazada de nuevo.

—Solo están sorprendidos. Creo que al final se acostumbrarán, ya lo verás.

—Eso es parte del problema. No voy a tener tiempo para verlo.

—¿Debemos marcharnos tan pronto?

Brighid respiró profundamente.

—Hoy.

Cuchulainn abrió la boca, pero volvió a cerrarla. Ella vio que apretaba la mandíbula, pero en vez de protestar, asintió.

—Tengo que hacerlo... tenemos que hacerlo. No sé si sabes mucho sobre la búsqueda del Cáliz del Sumo Chamán...

—No sé nada. Durante toda mi vida me he concentrado en dominar las cosas que puedo ver y tocar... mejor con la fuerza de mi cuerpo o de mi espada. Pero ahora, toda mi maestría de guerrero no sirve para nada, y para mí es una ironía frustrante.

—Yo también he evitado siempre el Otro Mundo, salvo para encontrar los espíritus de los animales. Sé poco más que tú de tratos con el Reino de los Espíritus, al igual que con la recuperación del alma. El Otro Mundo siempre significó mi madre para mí, y me he pasado la vida evitando su dominación, así que también lo evitaba. No sé nada de la Búsqueda del Sumo Chamán, porque ella intentaba que yo bebiera del Cáliz. Me educó, pensando seguramente que podía tentarme con el atractivo del poder. Fracasó. Yo nunca habría tocado el Cáliz en los términos de mi madre.

—Beberás del Cáliz, Brighid. Pero según tus propios términos.

Brighid miró la pira de su hermana.

—Voy a tener que usar los conocimientos que me transmitió mi madre, y hacer lo que hice durante la recuperación de tu alma: pensar en ello como si fuera una caza.

—¿Vamos a rastrear el Cáliz?

—Lo intentaremos —respondió ella—. Pero no podemos empezar desde aquí. La Búsqueda del Sumo Chamán es tres partes de espíritu y una parte física. Debemos alejarnos del castillo, a un lugar donde podamos estar físicamente separados de este mundo y de los problemas de aquellos que lo habitan, hombres, centauros y Nuevos Fomorianos. Cuando estemos más aislados, nuestra entrada al Otro Mundo será... Bueno, no será más fácil, pero creo que sí estaría más disponible para nosotros.

—Eso tiene sentido —dijo Cu—. ¿Y quieres empezar hoy?

—No es que quiera, pero tengo que seguir el curso de los eventos hasta su conclusión, y dejarme llevar por la marea. Durante todo el tiempo que mi madre ha pasado herida, agonizante, mi hermano habrá estado buscando el Cáliz, y seguro que tenía su ayuda. Él nos lleva una ventaja de varios días, y con la ayuda de una Suma Chamán. Tenemos que alcanzarlo.

—Pero nosotros tenemos la bendición de Epona, y no creo que él la tenga —repuso Cu.

—Pero eso no significa que yo alcance el Cáliz antes que Bregon, ni siquiera significa que lo consiga.

—De acuerdo. Entonces, nos marcharemos hoy mismo.

—Cuchulainn... Si hubiera otro modo de hacerlo, sabes que yo lo haría así. Este lugar... Este clan... ha sido para mí un hogar, mucho más que cualquiera que haya conocido en toda mi vida.

—Este siempre será nuestro hogar. Elphame se asegurará de que así sea.

—Pero no podremos vivir aquí si me convierto en la Suma Chamán de los Dhianna. Tendremos que permanecer con el clan, por lo menos hasta que las cosas se tranquilicen. E incluso después. Una Suma Chamán no puede dejar a su clan durante mucho tiempo.

—Eso lo sabía al casarme contigo, Brighid —respondió Cuchulainn.

—¿Y estabas dispuesto a dejar tu hogar por mí?

—Yo no lo veo así. Lo veo como formar un segundo hogar contigo. Y volveremos al Castillo de MacCallan, aunque solo sea para que nuestros hijos jueguen con sus primos.

Brighid sintió un entusiasmo nervioso al oír aquellas palabras.

—Estás muy seguro de ti mismo.

Cuchulainn sonrió.

—Pues sí, pero estoy más seguro de ti, mi bella Cazadora.

—No seas tan petulante. Vas a ser tú quien le diga a Elphame que nos vamos.

La sonrisa de Cuchulainn no vaciló.

—Una idea excelente. Y mientras yo hago eso, haz tú lo mismo con Liam —dijo. Le besó la mano y se alejó hacia su hermana.

Brighid miró a su alrededor. Liam estaba junto al Maestro de la Piedra, Danann, hablando animadamente con el centauro.

—Demonios... —susurró ella. Irguió los hombros y se encaminó hacia el niño. Tenía que hacerlo rápidamente. No serviría de nada retrasarlo.

—... y cuando vi la luz roja de furia y supe que era un jabalí, y Brighid me dijo que tenía razón, porque olía a barro y a ira, y ella... —Liam interrumpió su recital cuando vio a la Cazadora—. ¡Brighid! ¡Brighid! Le estaba contando a Danann lo del jabalí, y cómo olía su rastro, y que hice un buen trabajo cuando...

Brighid elevó la mano y terminó con la retahíla.

—Discúlpame, Danann, pero necesito hablar en privado con mi aprendiz —dijo.

El viejo centauro sonrió con indulgencia al niño.

—Debo complacer a tu señora, Liam —dijo, y miró a Brighid—. Y me gustaría darte la enhorabuena, Cazadora. Cuchulainn es un guerrero poderoso y un buen hombre. Deseo que tengáis muchos años de felicidad los dos juntos.

—¡Gra-gracias! —exclamó Brighid. La bondad del Maestro de la Piedra la había tomado por sorpresa.

Él hizo una respetuosa reverencia y la dejó a solas con el niño.

—¡Estoy muy contento de que te hayas casado con Cuchulainn! —gorjeó Liam
—. Es muy fuerte y honorable, y creo que es casi tan bueno con el arco como tú.

—¿Casi?

Liam sonrió con picardía.

—Bueno, casi. ¡Nadie es tan bueno como tú, Brighid!

Era, sencillamente, adorable. ¡Por la Diosa, no quería alejarse del niño! Y mucho menos, hacerle daño.

—Algún día tú serás tan bueno como yo, Liam.

Al niño se le iluminó la cara.

—¿De verdad?

—Claro. Pero primero tienes mucho que aprender, y deberás superar muchas dificultades.

—Trabajaré duro, lo prometo.

—Lo sé, Liam. Ya estoy orgullosa de ti.

Mientras el niño se retorció de placer y sonreía, Brighid se dio cuenta de que no lo había dicho a la ligera. Liam tenía un don. No, evidentemente no era un centauro, pero si quería llamarse Cazadora, ¿qué tenía de malo? Siempre podría aprender a cazar. Ella estaría orgullosa de decir que un niño tan valiente y tan leal era su aprendiz.

Pero no había ido allí para alabarlo. Tenía que decirle que se marchaba.

—Liam, ¿sabes que mi hermana murió por traerme ciertas noticias?

Él dejó de saltar y se quedó muy serio. Asintió.

—Sí, lo sabía.

—Las noticias no eran buenas. Mi madre ha muerto.

—¡Oh! Lo siento, Brighid.

—La muerte de mi madre ha causado muchos problemas con mi clan. Yo soy la hija mayor, y mi madre era nuestra Suma Chamán. ¿Sabes lo que significa eso?

Él frunció el ceño.

—¿Se supone que tú tienes que ser la siguiente Suma Chamán?

—Sí.

—¡Pero si no puedes! ¡Tú eres Cazadora!

—Lo sé. Yo nunca quise ser Suma Chamán. Por eso dejé a mi clan. Solo quería ser Cazadora. Como tú —le dijo con una sonrisa de ternura—. Pero algunas veces no podemos conseguir exactamente lo que queremos.

Liam comenzó a negar con la cabeza, y Brighid se agachó para agarrarlo de los hombros.

—Tengo que ir a las Llanuras de los Centauros para poner las cosas en orden. Si no ocupo el lugar de mi madre, van a ocurrir cosas terribles.

—¡Entonces voy contigo!

Brighid le apretó los hombros. Sintió que su cuerpecito temblaba.

—No puedes.

—Pero yo no quiero estar lejos de ti —susurró, intentando desesperadamente no llorar.

Brighid notó una opresión en el pecho. Ella no era madre, y no sabía qué decirle al niño para aliviar su dolor. Su propia madre nunca la había consolado. ¿Cómo iba a solucionar aquello? Le acarició la mejilla con suavidad y dijo:

—Yo tampoco quiero estar lejos de ti, Liam. Te prometo una cosa: en cuanto ponga orden en el Clan Dhianna, enviaré a alguien a buscarte. Tú siempre tendrás un hogar conmigo.

A él se le cayó una lagrimita por la mejilla.

—Pero ¿qué voy a hacer hasta entonces?

—Si tu Cazadora lo permite, nosotros nos sentiremos honrados de tenerte en el Templo de Epona —dijo Etain.

Brighid miró hacia arriba y vio acercarse a la Elegida de Epona y a Midhir. La Encarnación de la Diosa se arrodilló junto al niño y le pasó la mano por la mejilla para secarle el llanto.

—Allí también tenemos una Cazadora —le dijo.

—Pero a lo mejor no cree que yo pueda ser Cazadora. Puede que piense que solo soy un niño con alas —dijo Liam, y se mordió el labio para no llorar más.

—Tú eres el aprendiz de la Cazadora del Clan MacCallan —le dijo Midhir con su voz potente—. Si alguien cuestiona tu derecho a seguir el camino de una Cazadora, tendrá que vérselas conmigo.

Liam miró al enorme centauro con los ojos muy abiertos, y con una expresión que daba a entender con claridad que no creía que nadie se atreviera nunca a cuestionar a Midhir.

Después volvió a mirar a Brighid.

—Yo haré lo que me diga Brighid —murmuró con un hilillo de voz.

—Creo que es muy buena idea que vayas al Templo de Epona —le dijo ella—. Moira, la Jefa de Cazadoras de Partholon, vive allí —explicó, y miró rápidamente a Midhir, que asintió—. Estoy segura de que ella te ayudará a estudiar hasta que yo envíe a alguien a buscarte. Y recuerda que el Templo de Epona linda con las Llanuras de los Centauros.

—Entonces, ¿no estaremos muy lejos?

—No. No estaremos muy lejos.

Brighid tomó de la mano al niño, y juntos comenzaron el camino de vuelta hacia el castillo.

Capítulo 38

Brighid hubiera querido ponerse en camino antes del mediodía, pero el sol estaba empezando a descender hacia el oeste cuando salieron del Castillo de MacCallan. Cuchulainn y ella tomaron la carretera recién arreglada que iba hacia Loth Tor, la aldea situada a los pies de la meseta. Al principio hablaron muy poco. Brighid impuso el ritmo. Cuchulainn cabalgaba a su lado en su caballo, pero llevaba otro de refresco para cuando el animal se cansara, cosa que iba a suceder inevitablemente. Ningún caballo normal podía mantener el ritmo de una Cazadora durante mucho tiempo. Y tenían un camino largo y agotador por delante.

Cuchulainn dejó que Brighid se adelantara un poco, aunque mantuvo a su caballo cerca del flanco trasero de la mujer centauro. Había sido difícil para él salir del Castillo de MacCallan. No como la última vez, cuando tenía el alma destrozada por la muerte de Brenna, y solo realizaba los movimientos necesarios para vivir. Era una ironía que en aquella ocasión, cuando su alma estaba curada y acababa de casarse, su partida hubiera sido mucho más penosa. Su hermana no había llorado, pero él había visto una gran tristeza en sus ojos por perderlo tan pronto otra vez. Por supuesto, Etain había sido muy afectuosa y les había dado la bendición de Epona. Su padre le había dado la idea de llevar una montura extra para que Brighid no tuviera que aminorar la velocidad. También les había sugerido su primer destino, las Colinas Azules, aunque no pudo decirles mucho más, porque Brighid y Cuchulainn debían hallar su propio camino.

Cuchulainn frunció el ceño al pensar en su partida. Era evidente que, como Elphame, Brighid luchaba por mantener controladas sus emociones. Su hermana y ella se habían susurrado unas cuantas palabras y se habían abrazado. Ella apenas había hablado con Etain. Sin embargo, Cuchulainn había percibido la mirada apagada de su esposa cuando finalmente se alejaban del castillo. Su cuerpo, normalmente lleno de gracilidad, se movía como si fuera de madera, y tenía los cascos cubiertos de barro.

Atravesaron Loth Tor devolviendo los saludos de los aldeanos, y después Brighid adquirió una velocidad pasmosa.

Para seguirla, Cuchulainn tuvo que concentrarse en su habilidad para la equitación. Además, se dio cuenta de que Elphame tenía razón cuando había insistido en que dejaran a *Fand* en el castillo. La lobezna no habría podido soportar aquella marcha; a ellos, sin embargo, les ahorraría un día de viaje hacia las Colinas Azules. No obstante, aquella velocidad no permitía ningún tipo de conversación, y Cuchulainn se preguntó si aquella era una de las razones por las que Brighid la había elegido.

Él se había casado con ella, y ella se había convertido en su compañera para toda la vida. De haber celebrado una ceremonia privada, entre ellos dos, simplemente recitando unas oraciones para Epona, el matrimonio habría sido una unión legal

durante un año. Pero él había descartado aquella posibilidad al pedirle a su madre que celebrara el ritual.

Cuando los matrimonios los presidía una Suma Chamán de Partholon, se convertían en vínculos de por vida. Por supuesto, nunca se obligaba a permanecer juntas a dos personas que quisieran separarse, pero las rupturas eran muy raras.

En aquel momento, Brighid lo miró y le dijo:

—Casi ha anochecido. Creo que deberíamos empezar a buscar un lugar para acampar. Aunque también podríamos aminorar la velocidad y continuar. La carretera es ancha y está bien señalizada. Puede que lleguemos a algún pueblo.

—Brighid... Podríamos seguir viajando. Hay luna llena, y la carretera es fácil de seguir, efectivamente. Pero hoy ha sido un día muy largo —respondió Cu con una sonrisa—. Sinceramente, yo prefiero acampar y comenzar al amanecer, después de haber descansado.

Ella le devolvió la sonrisa, y sintió que el hielo que había rodeado a sus emociones aquel día comenzaba a derretirse.

—¿Sabes si hay algún pueblo cerca?

—Entre este punto y el Castillo de McNamara no hay nada más que viñas y bosque —respondió él—. Podríamos subir a la parte alta de la meseta. Allí hay hierba, y es un buen lugar para acampar.

—Guíame —dijo Brighid.

Cuchulainn aminoró considerablemente la velocidad y dirigió al caballo hacia la línea de árboles que flanqueaba un lado de la carretera. Casi inmediatamente, el terreno ascendía con brusquedad, empinándose, hasta que por fin Cuchulainn y Brighid emergieron de entre los robles y los pinos a la meseta, que al otro extremo terminaba en los impresionantes acantilados que dominaban el Mar de B'an. El sol ya se había puesto, pero el océano todavía estaba teñido de los colores del atardecer. Durante un instante, se quedaron mirando en silencio el final de otro día más. Después, Cuchulainn desmontó y le lanzó las riendas del caballo extra a Brighid.

—Voy a buscar leña para la hoguera mientras tú sacas las provisiones. No creo que necesitemos montar la tienda esta noche. El cielo está muy despejado y hace buena temperatura.

Antes de que ella pudiera responder, él desapareció entre los árboles con el caballo. Por lo menos, sacar la comida y organizar el campamento la mantendría ocupada, se dijo Brighid. Tenía hambre, puesto que no había comido nada desde el desayuno, aquella mañana, antes de encender la pira funeraria de Niam. ¿De veras había ocurrido aquella mañana?

«Oh, Diosa. Esta noche es mi noche de bodas». Aquel pensamiento le agarró los dedos. «Respira, solo respira».

Descargó al caballo de la última alforja y le dio un cepillado rápido, antes de empezar a sacar la comida. Le dio las gracias a Etain en silencio al descubrir los generosos odres de vino tinto.

Estaba tomando un buen trago de uno de ellos cuando Cuchulainn dejó caer una brazada de leña cerca de ella.

—Ya he hecho que te des a la bebida y ni siquiera llevamos casados un día —dijo con una sonrisa de niño.

—Solo tengo sed.

Él se rio.

—¿Quieres un poco?

—Pues sí. En cuanto desensille al caballo y lo cepille. Creo que yo también tengo sed.

Cuchulainn sonrió de nuevo y se llevó al caballo junto al otro, que ya estaba pastando.

Brigid se sentía nerviosa e incómoda, y se ocupó encendiendo la hoguera. Cuando él volvió a su lado, ya tenía gruesos pedazos de carne de cerdo friéndose en una sartén, y el pan y el queso dispuestos sobre una bandeja, en la manta.

—¡Vaya, huele muy bien!

Ella intentó relajarse.

—No te puedes creer todo lo que nos han puesto en esas alforjas. No tendré que cazar durante días.

—Es cosa de Wynne —dijo Cuchulainn.

—El vino es de tu madre.

Cuchulainn abrió el odre y bebió. Después suspiró de placer.

—Que Epona bendiga a mi madre por el amor que siente por el buen vino.

—Y por su disposición a compartirlo.

Cuchulainn asintió y tomó otro trago. Después suspiró y se recostó junto a la Cazadora, cerca del fuego. Cenaron, y cuando él hubo terminado su tercera ración, comenzó a sentirse relajado y saciado. Entonces se echó a reír.

—Estos bocadillos de cerdo y queso siempre me recuerdan a Elphame.

—¿A Elphame? ¿Por qué?

—Bueno, mi hermana era muy solitaria. Le encantaba salir sola, sobre todo durante los años anteriores a que se marchara a estudiar al Templo de la Musa. Mamá no quería restringir sus movimientos, así que la dejaba explorar. Solo con una condición.

—¿Que la acompañaras tú?

—Exacto. Y estos eran sus bocadillos favoritos cuando nos íbamos de acampada. Me imagino que fue ella la que le sugirió a Wynne que nos pusiera los ingredientes entre las provisiones.

—Es muy agradable por su parte.

—Ella es así. Siempre se ha acordado de las pequeñas cosas —comentó Cuchulainn, y su cara y su voz se suavizaron mientras pensaba en su hermana.

—Entonces, ¿Elphame y tú siempre habéis estado unidos? ¿Desde pequeños?

Cuchulainn asintió.

—Siempre. Cuando nacieron nuestros hermanos pequeños, los mellizos, yo tenía seis años, y Elphame siete. Arianrhod y Finegas eran mucho más pequeños. Y se tenían el uno al otro.

—Como Elphame y tú.

—Sí —dijo él, con una sonrisa que no le alcanzó la tristeza de los ojos.

—Siento haberte separado de ella —dijo Brighid lentamente.

—No me has separado de nadie. Me casé contigo voluntariamente, y no quiero que pienses nada diferente. Y nada de esto es culpa tuya, además. Ni tú ni yo queríamos irnos del Castillo de MacCallan, pero era lo que teníamos que hacer.

Brighid estuvo a punto de decir que era lo que tenía que hacer ella, no él, pero al ver su expresión obstinada, tomó el odre y bebió un poco, guardando silencio.

—Bueno, cuéntame cómo eras de pequeña —dijo Cuchulainn, indicándole que le pasara el odre—. Supongo que te parecías mucho a Elphame, y te gustaba estar sola.

En vez de responder, ella se puso a alimentar el fuego.

Ambos permanecieron en silencio mientras los troncos daban chasquidos.

—Brighid —dijo él—, tú me obligaste a hablar contigo cuando yo solo quería meterme en una madriguera oscura a lamerme las heridas. No dejaste que me rindiera.

—¿Y ahora te toca a ti hacer lo mismo por mí?

—No lo sé. A lo mejor sí. Pero por ahora me gustaría que mi esposa fuera capaz de hablarme con tranquilidad de su pasado.

Sus palabras quedaron suspendidas en el aire. Brighid tomó otro sorbo de vino y agradeció su calidez y el hecho de que aflojara las ataduras que ella mantenía alrededor de su pasado.

—Es difícil. No estoy acostumbrada a hablar de ello.

—Bueno, tómate tu tiempo. Tenemos toda la noche.

Cuchulainn se comió el último pedazo de su bocadillo de pan y carne y se recostó cómodamente sobre la montura, valiéndose del mismo movimiento para acercarse a ella, a una distancia a la que podía tocarla fácilmente.

—Solo estamos nosotros —dijo—. Ni siquiera está *Fand*, para escuchar lo que decimos.

—O para gimotear y molestar —añadió Brighid.

—Los lobos no gimotean. Gruñen.

—Llámalo como quieras, pero esa lobezna es muy molesta.

—Es uno de los motivos por los que la dejé en el castillo, aparte de que nunca habría podido seguir nuestro ritmo —explicó él—. Y a los niños les gusta mucho. La mantendrán ocupada.

—Los niños son igualmente molestos.

Cuchulainn se echó a reír.

—Ni siquiera voy a negártelo.

Ella sonrió al oír su risa contagiosa.

—Son iguales que la lobezna, nunca dejan de hacer ruido.

—Claramente, tiene algunos puntos muy positivos el que estemos solos. Uno es que tus oídos no están constantemente bombardeados por las voces de los pequeños, sean peludos o alados.

Ella suspiró, y tomó otro poco de vino.

—En eso estoy completamente de acuerdo.

El vino y el buen humor de Cuchulainn habían hecho magia. Ya no se sentía tan azorada ni nerviosa. En realidad, estaba relajada y un poco somnolienta. Así que comenzó a hablar.

—Tenías razón. Cuando era pequeña pasaba mucho tiempo a solas, pero no era porque fuera una persona solitaria. Era porque parecía que nadie quería saber nada de mí. Y era más fácil estar sola.

—¿Nadie? ¿Ni siquiera tus hermanos?

—Yo soy la primogénita, como Elphame. Niam era varios años más pequeña, y nunca estuvimos muy unidas. A ella le preocupaba mucho tener lujos y mirarse en todas las superficies reflectantes. A mí me preocupaba evitar a mi madre a toda costa. Entonces yo no entendía que lo que estaba haciendo Niam era encontrar su propia forma de evitarla también.

—¿Y las cosas siempre fueron así con tu madre?

—Que yo recuerde sí, aunque cuando yo era muy pequeña y mi padre todavía vivía, mi madre era menos controladora y más... normal. Después de que él muriera, fue como si la frialdad que siempre la acechaba se hubiera apropiado completamente de ella.

—¿Y tu hermano?

—Bregon y yo tenemos una edad muy parecida, como Elphame y tú. De niños sí estábamos unidos, aunque a él le causaba confusión el hecho de que yo no quisiera estar con nuestra madre. Él la idolatraba. A cambio, ella lo ignoraba.

Yo siempre esperé que finalmente él le tomara resentimiento, pero eso no ocurrió. Empezó a sentir resentimiento hacia mí. Sobre todo después de...

En aquel punto, Brighid se interrumpió y fijó la mirada en el fuego, como si estuviera recordando algo.

Cuchulainn le tocó el brazo suavemente y ella se sobresaltó. De repente se había quedado muy pálida.

—¿Qué ocurrió?

Brighid abrió la boca, y las palabras que habían permanecido impronunciadas durante todos aquellos años comenzaron a salir rápidamente.

—Fue algo que ocurrió cuando yo estaba terminando mi adiestramiento de Cazadora. Estaba a medio día de distancia del campamento del clan. Nadie sabía que yo estaba allí. Vi las huellas de un carro y pensé que podría usarlas como ejercicio de entrenamiento. Las seguiría y vería adónde me llevaban, leyendo la historia que me contarán. Estaba estimulando mi afinidad con los espíritus de los animales, aunque yo

no era totalmente consciente de ello. Así que seguí las huellas del carro. Iba tirado por animales, pero no era un animal; pensé que sería más difícil de leer. Además, se había salido de la carretera y estaba atravesando una zona boscosa que hay en las llanuras, que era pedregosa y más difícil de seguir.

Comenzó a llover ligeramente, y recuerdo que me gustó que eso le añadiera dificultad al rastreo. Cuando las huellas de los cascos se mezclaron con las del carro, me resultó fácil saber que eran de centauro. Cinco centauros.

Brighid miró a los ojos a Cuchulainn y soltó una carcajada seca y amarga.

—Quería leer una historia en aquellas huellas, y fue exactamente lo que conseguí. Sin embargo, lo difícil no fue interpretar el rastro, sino aceptar lo que vi en él.

—¿Qué fue lo que viste?

Ella apartó la mirada y la fijó en el fuego.

—Había cinco centauros persiguiendo al carro. Los caballos del tiro se habían desbocado del pánico y los centauros lo habían conducido, a propósito, hacia un barranco. Llegó un momento en que no tuve que seguir más el rastro, porque la oí. Seguí el sonido de sus gritos mientras bajaba por la ladera del barranco hasta que vi el carro volcado, rodeado de la carga que se había desparramado a su alrededor. Eran rollos de tela de colores brillantes, rojo, verde esmeralda, azul... que su conductora había llevado a las llanuras para vender. Al principio, cuando la vi, pensaba que estaba envuelta en tela roja, pero enseguida me di cuenta de que el carro la había aplastado a la altura de las costillas, y de que se estaba desangrando. Todavía estaba viva, y la lluvia se mezclaba con su sangre. Estaba llorando. Cuando me vio intentó arrastrarse y me rogó que no le hiciera más daño. Le dije que yo no quería hacerle daño, aunque ella no me creyó. El movimiento empeoró la hemorragia. Ella sabía que se estaba muriendo y no quería estar sola, aunque eso significara exhalar su último aliento en brazos de una mujer centauro.

Brighid apartó los ojos del fuego y miró a Cuchulainn, que la escuchaba en silencio, con toda su atención.

—Oh, Cu, solo era una niña. Me contó que se había escapado de una caravana de mercaderes y que había ido sola a comerciar con el Clan Ulstan para demostrarles a sus padres que era capaz de hacer el trabajo de un adulto, pero que se había perdido. Entonces los centauros, unos jóvenes, según me dijo, la rodearon y asustaron a los caballos, y se rieron y gritaron mientras ella caía por el barranco. Después la abandonaron para que muriera sola allí abajo.

Brighid tomó más vino para intentar acabar con el temblor de su voz. Quería contar la historia con claridad, para que él lo entendiera todo.

—Se aferró a mí. Yo no podía hacer nada más que abrazarla y esperar su final. Me decía una y otra vez que le dijera a su madre que no se enfadara con ella, y que sentía mucho llegar tarde. Después de que muriera, me ocupé rápidamente de su cuerpo. Estaba lloviendo mucho y no quería que se borraran las huellas de los centauros.

—¿Los seguiste?

—Sí. Seguí a mi hermano y a sus amigos hasta nuestro hogar. En el fondo, sabía que eran ellos desde el primer momento en que vi las huellas, pero no quería creerlo. No quería pensar que mi hermano hubiera hecho algo así. Cuando los vi, riéndose y divirtiéndose como si no hubiera pasado nada, arrastré a Bregon ante mi madre y le dije lo que había hecho, él dijo que esa niña humana tan tonta debería haber controlado mejor a sus animales. Eso fue lo que dijo, Cu. Frente a mi madre, la Suma Chamán de nuestro clan, la mujer centauro que hubiera debido dar ejemplo de honor e integridad.

—¿Y ella no le dijo nada? —preguntó Cuchulainn, con la voz ronca de emoción.

—No dijo nada. Hizo algo: desde aquel día, su actitud hacia mi hermano cambió. Dejó de ignorarlo y pasó de un extremo al otro. Comenzó a mimarlo de una manera indignante. Sus amigos también recibieron su reconocimiento. Yo volví al día siguiente para enterrar el cuerpo de la niña, pero me encontré la carreta quemada. Mi madre no volvió a hablar de ello, pero yo supe que ella era quien había ordenado que lo quemaran todo. Poco después yo abandoné el Clan Dhianna. Desde entonces viví sola por las Llanuras de los Centauros, y cuando me enteré de que Elphame buscaba voluntarios para reconstruir el Castillo de MacCallan, viajé hacia el norte para unirme a su grupo.

—Por la Diosa —murmuró Cuchulainn.

Brighid se pasó una mano temblorosa por la cara.

—Debería habértelo contado antes. Tendría que habérselo contado a alguien, pero solo pensaba en alejarme de aquella vida y cambiar mi futuro. Pero lo entiendo. Ahora que lo sabes todo, tal vez no quieras... quedarte conmigo. Tal vez no quieras verme más y...

—¡Ya basta! —exclamó Cuchulainn mientras la tomaba del brazo—. No voy a dejarte. Eso no fue culpa tuya, y lo que tu clan es hoy en día tampoco es culpa tuya. Por la Diosa, ¿es que crees que iba a dejarte sola en esto?

—No sé qué pensar. No se lo había contado a nadie, y creía que nunca iba a hacerlo. Y ahora te lo he contado a ti, a mi marido. Mi marido, que es un hombre —dijo Brighid, y su voz se quebró con un sollozo—. ¿Qué sueño estábamos viviendo cuando pensamos que podríamos estar juntos? ¿Cómo va a funcionar esto?

Cuchulainn se acercó a ella y la abrazó. Cuando le habló, ella sintió su respiración cálida contra el oído.

—Va a funcionar porque tú y yo estamos unidos. De algún modo milagroso, Epona creó tu alma para que estuviera unida a la mía. Nosotros no somos solo nuestro cuerpo, Brighid, y los dos lo sabemos bien.

—Parece imposible.

—No, no es imposible. Solo es difícil.

Brighid se apartó de él para poder mirarlo a los ojos.

—¿Por qué estás tan seguro? Yo soy de un mundo diferente. Somos de diferentes

especies. Ni siquiera podemos consumir nuestro matrimonio esta noche.

—Mi padre es un centauro, Brigid. No olvides que su sangre corre por mis venas. Tú y yo tenemos más parecidos que diferencias.

—Pero tu cuerpo es humano.

—Cierto. ¿Eso te repulsa?

—¡Por supuesto que no! ¿Cómo puedes preguntarme eso? No me habría casado contigo si me causaras repulsión.

—Hay muchos motivos para casarse. La atracción física no siempre es uno de ellos. Tú te casaste conmigo. Eso no significa automáticamente que sientas atracción por mí.

Ella frunció el ceño.

—Me atraes. Tú no eres como la mayoría de los hombres.

Cuchulainn arqueó las cejas.

—Te aseguro que soy muy parecido a la mayoría de los hombres.

A Brigid comenzaron a arderle las mejillas.

—No quería decir que no seas... eh... no...

—Sí —dijo él—. Continúa. ¿Que no soy qué?

Brigid puso cara de pocos amigos. Claramente, Cuchulainn no iba a ponérselo fácil.

—La mayoría de los hombres son muy pequeños.

Las cejas de Cuchulainn desaparecieron por completo bajo su pelo. Ella agitó la cabeza, intentando hallar la manera de explicárselo sin resultar condescendiente ni ofensiva.

—¿Te acuerdas del día en que nos conocimos? Tú estabas con Elphame y Brenna en el Patio Principal del Castillo de MacCallan, y acababas de descubrir la fuente.

—Lo recuerdo. Dijiste que eras del Clan Dhianna, y tal vez yo reaccionara un poco negativamente ante eso.

—¿Tal vez? Querías echarme a patadas. Te pusiste a la defensiva, y muy protector con tu hermana. Y yo pensé que me intrigabas. No eras un hombre pequeño y débil. Eras un guerrero que obraba y hablaba con seguridad y con poder. Yo ya no pude pensar que eras solo un hombre. Desde el principio te he visto como un guerrero, sin la etiqueta de «centauro» u «hombre».

—Entonces, ¿no me odiaste a primera vista?

—No. Solo me caíste mal —dijo ella, y la expresión divertida de Cuchulainn hizo que sonriera—. Pero en parte, estaba de acuerdo contigo. Si yo hubiera sido cualquier otro miembro de mi clan, habrías sido muy sabio por desconfiar de mí.

—Aprendí a confiar en ti —dijo él.

—Y yo en ti.

—¿Y no te das cuenta, Brigid, de que ese es el quid de la cuestión? Nuestra relación se basa en la confianza y el respeto, y en la amistad —le dijo Cuchulainn.

Lentamente, alzó una mano y, con las yemas de los dedos, fue acariciándole el

brazo desde la mano hasta el hombro. Notó que se le ponía el vello de punta, y oyó que tomaba aire bruscamente.

—Y entonces, nuestra amistad cambió. Ni siquiera sé cuándo.

Con una caricia larga y lenta, Cuchulainn siguió la línea de su hombro hasta la garganta, y trazó con el dedo pulgar, sensualmente, la forma de su delicada clavícula.

—Recuerdo que la parte de mi alma que acudió a ti en sueños te tomaba el pelo y bromeaba contigo. Tú pensabas que solo estaba jugando, que fingía mi deseo por ti... —prosiguió mientras movía el pulgar por su cuello, y sentía el pulso acelerado que latía bajo su piel—. No lo fingía. Eres la criatura más bella que he visto nunca. Y no me importa la forma que tenga tu cuerpo. Siempre te desearé.

Capítulo 39

Lo único que podía hacer Brighid era mirarlo fijamente.

Estaba atrapada en aquella lenta e íntima caricia. Pese a ser fuerte, aquel contacto delicado le había puesto los nervios a flor de piel.

—¿Puedo preguntarte una cosa? —dijo Cuchulainn, sin dejar de tocarle el cuello.

—Sí —susurró ella.

—Después de que nos besáramos en tu habitación y tú exhalaras mi alma en mi cuerpo, ¿pensaste alguna vez en acariciarme? ¿O en que yo te acariciara?

—Sí.

—¿Y qué pensaste?

Ella se humedeció los labios y vio que él miraba su boca.

—Veía tus manos sobre mi cuerpo, y me preguntaba cómo sería acariciarte a ti.

—Si me acariciaras ahora, no tendrías que preguntarte nada —respondió él.

De manera vacilante, ella elevó la mano y le tocó el pelo.

—Me alegro de que te lo hayas cortado —le dijo—. Me gusta así.

—Entonces, lo llevaré siempre corto.

Después, Brighid le acarició la mejilla, y rápidamente apartó la mano. Después, con una risita de nerviosismo, volvió a tocársela con los nudillos, y sintió la aspereza de la barba de un día.

—Los centauros no tienen barba —dijo.

—Lo sé. Muchas veces le he dicho a mi padre que lo envidio por no tener que afeitarse.

—Es raro —dijo, y lo miró a los ojos rápidamente—. No raro de una manera mala, sino diferente.

Cuchulainn sonrió.

—Ya me has dicho que no sientes repulsión. No vas a ofenderme solo por decirme que mi cuerpo tiene cosas que te resultan raras. No quiero que tengas reparos en decirme lo que estás pensando.

—De acuerdo. Pero también tú tienes que decirme lo que estás pensando.

—En este momento estoy pensando que tu cuerpo es tan suave que parece de agua. De agua caliente. Siento tu calor. Lógicamente, sé que es porque tu cuerpo de centauro genera más temperatura que el mío. Pero cuando me acerco a ti, la lógica me abandona, y solo puedo pensar que quiero que tu calor me consuma.

Ella sabía que él debía de notar su pulso acelerado bajo los dedos. La voz de Cuchulainn era tan seductora como sus caricias, y ella no pudo resistir el impulso de mover la mano hacia su pecho. Él llevaba una sencilla camisa de lino blanca y una falda hecha con la tela de cuadros escocesa de la familia MacCallan, cuyo final estaba echado sobre su hombro derecho. Brighid le quitó con cuidado el broche redondo que mantenía la tela sujeta. Antes de echarse atrás, apartó cuidadosamente la tela de su hombro, y después desabrochó la pechera de la camisa y se la abrió, dejando a la

vista su musculoso pecho.

Cuchulainn se había quedado inmóvil, salvo que continuaba acariciándole el cuello, mientras ella extendía las manos sobre su pecho desnudo y las deslizaba hacia los hombros para despojarlo de las mangas de la camisa. Después de unos movimientos más, Brighid lo dejó desnudo de cintura para arriba. Él se estremeció.

—¿Tienes frío? —susurró ella.

—¡No! —respondió él, medio riéndose, medio gimiendo.

Brighid lo miró a los ojos y se dio cuenta de que el azul turquesa se había oscurecido y era como el del océano turbulento.

—Me gusta el tacto de tu pecho. Es duro y poderoso —dijo, y pasó los dedos por sus pezones, cosa que hizo que Cuchulainn inhalara rápidamente—. Ah —añadió Brighid casi imperceptiblemente—. Tu sangre de centauro se está haciendo notar. ¿Sabes que los pezones de un centauro son la parte más sensible de su cuerpo?

—No, yo...

Las palabras de Cuchulainn se acallaron, y su cuerpo dio un respingo, cuando ella se inclinó y le pasó la lengua por uno de los pezones.

Cuando Brighid alzó la cara, él la besó. Se puso de rodillas para poder apretar su pecho desnudo contra el de ella, y ella abrió la boca para acoger su lengua. Cuchulainn le había dicho que el calor de su cuerpo lo atraía, y su piel desnuda tenía un calor atrayente para ella también. Exploró su ancha espalda mientras los dos aprendían los secretos de la boca del otro. Entonces, la aspereza de la palma de Cuchulainn estaba bajo su chaleco, apretándole el pecho desnudo, y fue ella quien gimió y tuvo que hacer un esfuerzo por no perder el aliento cuando Cuchulainn jugueteó con su pezón sensible. Y cuando él posó los labios allí, Brighid se arqueó contra su cara, cerró los ojos y dejó de pensar en nada que no fueran su boca, sus dientes y su lengua.

Cuando se besaron de nuevo, ella se quitó el chaleco y apretó sus senos calientes contra el pecho de Cuchulainn.

Los dos estaban resbaladizos de sudor. ¡Por la Diosa, cuánto lo deseaba! Más de lo que nunca hubiera deseado a nadie.

Él hacía que se sintiera viva y líquida, y que deseara más y más. Ella deslizó la mano desde su espalda a su cintura, y después más allá. Entonces, al sentir la forma extraña de sus nalgas duras, abrió unos ojos como platos.

¿Qué estaba haciendo? Había olvidado de verdad que él no era un centauro, y que no podía hacer nada por apagar el fuego ardiente que había prendido en ella.

Al sentir su cambio, Cuchulainn interrumpió el beso y la miró a los ojos. Lo que vio allí hizo que se pasara una mano temblorosa por el pelo y que hiciera un esfuerzo por calmar la respiración.

—Se me había olvidado que tú no... que no puedes porque eres solo... que somos... —balbuceó ella, y se quedó en silencio al ver la expresión de dolor de su cara.

—Lo siento. No lo pensé —respondió él.

—No, Cu. Me refería a que...

Él no permitió que terminara. Se puso en pie, tomó la camisa y se la puso con movimientos cortantes.

—El fuego casi se ha apagado. Necesitamos más leña, así que iré a buscarla.

Sin mirarla, se dio la vuelta y se encaminó hacia el bosque.

Brighid se posó una mano en el pecho, donde su corazón latía salvajemente contra sus costillas, y se maldijo a sí misma. Magnífico. Si la situación no era ya lo suficientemente difícil, se las había arreglado para insultarlo.

Cuchulainn tardó un buen rato en volver al campamento. Se sentía como un idiota. Peor todavía, como un idiota excitado y frustrado. ¿En qué estaba pensando? ¿Acaso había pensado que de verdad podía hacer el amor con una Cazadora? No. Ese era el problema. No había pensado en absoluto. Su piel... su calor... su sabor y su olor... Todo ello había sido para él como un hechizo hipnótico que no le había permitido pensar. Solo quería que ella se acostumbrara a sus caricias, como si fuera una potra a la que tuviera que domar.

Era un idiota. Brighid no era una potrilla. Era una Cazadora apasionada y necesitaba el poder de un centauro para poder igualar aquella pasión.

Sin embargo, él solo era un hombre, y ella se lo había dejado bien claro.

¿Y qué iban a hacer? Lo único que sabía con certeza era que no iba a dejarla. Quería estar con ella. Más allá de su deseo físico había una lealtad que había hallado en la amistad y el respeto, tal y como le había dicho, y que se había convertido en algo más rico. Amaba a la Cazadora. Así de simple. Y así de complicado.

Las cosas eran tan diferentes a lo que tenía con Brenna...

Brenna. Pensar en ella todavía lo ponía muy triste. La había amado, y todavía la amaba, pero era un sentimiento distinto al que tenía por Brighid. La parte física había sido fácil con Brenna, una vez que él consiguió vencer la timidez de su prometida. Sin embargo, tuvo que admitir que nunca le había resultado tan fácil hablar con Brenna como con Brighid.

La compasión era lo que lo había arrastrado hacia Brenna. El respeto era lo que lo había arrastrado hacia Brighid.

Respeto y pasión. Desde el primer momento, la Cazadora había encendido algo en él. Incluso cuando desconfiaba de ella y discutía con ella, sentía atracción. Nunca se había permitido pensarlo ni admitirlo. Una vez casado con ella, no podía pensar en otra cosa, pero tampoco podía hacer nada al respecto.

Brighid había dicho que su relación era imposible. Tal vez tuviera razón.

Si hubiera tardado un minuto más, Brighid habría ido a buscarlo. No fue necesario.

Sintió un gran alivio al verlo regresar con los brazos llenos de leña. Ella había estado paseándose nerviosamente por el campamento, intentando encontrar las palabras que iba a decirle. Cuando, por fin, él apareció ante ella, se quedó muda. Él se acercó a la hoguera, alimentó el fuego y colocó el resto de la leña junto a su silla de montar. Después, en silencio, sacó una manta de lana de una de las alforjas y se envolvió en ella. Con un suspiro se tendió de costado, frente al fuego. Brighid, sin dar crédito, vio que cerraba los ojos.

¡Se iba a dormir, sin más!

—Cuchulainn, quiero explicar...

—No es necesario —dijo él sin abrir los ojos—. Los dos estamos cansados. Es tarde. Mañana será un largo día. Duerme un poco, Brighid. Hablaremos en otro momento.

Y se durmió. Ella pensó en lanzarle algo, o mejor, en patearlo. Finalmente, su naturaleza honorable de Cazadora se impuso, y no hizo ninguna de las dos cosas. La verdad era que él tenía razón. El día siguiente iba a ser una jornada muy dura, y tenía que descansar. Como él no la había abandonado, y no parecía que fuera a hacerlo en un futuro muy cercano, podrían hablar en otro momento de lo que había sucedido entre los dos. Ella volvió a su lugar, cerca del fuego, y se acomodó. Sabía que no iba a tener problemas para conciliar el sueño. Las Cazadoras se acostumbraban a abstraerse del resto del mundo y a conciliar el sueño cuando y donde pudieran. Brighid bloqueó en un lugar de su mente la frustración y la confusión, cerró los ojos y se abandonó a la oscuridad.

En sus sueños, la negrura comenzó a girar, se aclaró y se convirtió en niebla. Aquella niebla le rozó la piel, le acarició las terminaciones nerviosas y rozó la desnudez de su torso.

Como si fuera un amante sabio, jugueteó con sus pechos y consiguió que se le endurecieran los pezones, que le dolieran. Brighid gimió y se arqueó con inquietud contra aquella niebla... y la niebla tomó carne y se convirtió en labios, lengua y boca. Automáticamente, ella abrazó a su amante y reconoció a Cuchulainn incluso antes de verlo. Él elevó la cabeza desde su pecho y sonrió lentamente.

—¿Adónde nos has llevado ahora? —le preguntó.

—No lo sé. Estoy soñando.

—Sí, es cierto —respondió él con los ojos ardientes—. Había venido antes a tus sueños, pero en esta ocasión no voy a mantener las manos apartadas de ti —dijo—. Pase lo que pase cuando estemos despiertos, en sueños te voy a acariciar y te voy a hacer mía.

Entonces, posó su boca sobre ella. Era una boca insistente y cálida. Ella se entregó a él y permitió que la besara mientras le acariciaba los senos. Brighid gimió y mostró su necesidad. Estaba durmiendo, solo era un sueño, así que no había motivo

para no abandonar sus inhibiciones y sus miedos del mundo real. Se abandonó a aquel sueño erótico y acarició su cuerpo, y encontró el calor duro de su sexo, que se alargó bajo su roce.

«Díselo», le recomendó una voz suave. «Ábrele el corazón».

—Cuchulainn —dijo contra sus labios—. Te deseo. Te deseo completamente. Por favor, tienes que saberlo.

Él le tomó la cara entre las manos y sonrió.

—Me tienes, Cazadora. Por completo.

Cuando él volvió a besarla, fue como si los dos se fundieran en uno. Ya no había humano ni mujer centauro; eran solo sensaciones y espíritu, y el asombro y la gloria de su unión centelleó a través de ella con tal intensidad que Brighid se despertó temblando de emoción después del placer.

Al instante, encontró a Cuchulainn con la mirada. Él seguía durmiendo de costado, de cara al fuego. Ella no le veía el rostro, pero su respiración era profunda y constante. Quería acariciarlo, despertarlo, pero se contuvo y cerró los ojos.

«Mañana por la noche, las cosas serán distintas», se prometió.

Antes de dormirse nuevamente, su último pensamiento fue que esperaba que él acudiera de nuevo a sus sueños, aunque solo fueran imaginaciones.

Cuchulainn esperó hasta que oyó cambiar su respiración y supo que Brighid se había quedado dormida de nuevo.

Después se giró para poder mirarla. Se habían despertado al mismo tiempo.

¡Por la Diosa, aquel sueño lo había agitado mucho! Al materializarse de la niebla, solo había podido ver el torso desnudo de Brighid. La cortina de plata de su melena le caía por los hombros y solo dejaba a la vista sus pechos, que atrajeron su boca y sus caricias. Le había parecido muy fácil tomarla en brazos. Y cuando ella lo había acariciado... cuando había acariciado todo su cuerpo... Cuchulainn se notó pesado y endurecido al recordarlo. Y entonces, en medio de aquella pasión, él había oído una voz de mujer que le pedía que le abriera el corazón, y la Cazadora le había dicho que lo deseaba. Cuando la besó, fue como si ella estuviera inhalando nuevamente su alma, pero en aquella ocasión, la experiencia había sido muy física. El orgasmo fue tan intenso que lo había despertado, en el mismo instante en que oía a Brighid jadear y despertarse también.

¿Era posible que hubieran tenido el mismo sueño? ¿Se habían encontrado sus almas en el reino nebuloso del sueño? ¿Se le había entregado Brighid?

Imposible...

Capítulo 40

El olor de la carne de cerdo frita le hizo la boca agua antes de que pudiera frotarse los ojos. El cielo estaba aclarándose justo antes del amanecer, y el aire ya se estaba calentando con la llegada de la mañana. Cuchulainn estaba de espaldas a ella, inclinado sobre el fuego, removiendo la carne en la sartén. Ella se levantó y se estiró. Cuando se reunió con él, se dio cuenta de que el caballo ya estaba ensillado y de que, aparte de algunos utensilios de cocina, el resto estaba ya recogido.

—Buenos días —dijo Cuchulainn sin mirarla.

—Buenos días —respondió Brighid—. No puedo creer que haya seguido dormida mientras tú recogías todo y hacías el desayuno.

Él la miró por fin con una media sonrisa, que no le transmitió su habitual calidez. Su tono de voz fue muy neutral.

—No te has movido —respondió él—. Espero que estuvieras durmiendo tan bien como parecía.

Ella lo miró a los ojos, recordando el sueño erótico y todo lo que había sucedido antes.

—He dormido bien —dijo.

—Me alegro. ¿Te importa que desayunemos mientras montamos? Creo que hoy deberíamos viajar desde el amanecer hasta el atardecer, porque ayer no hicimos una jornada completa.

—De acuerdo.

—Bien —dijo Cuchulainn. Después formó dos bocadillos de carne y queso y le entregó uno a Brighid.

—¿Cuchulainn?

Él la miró por encima del hombro mientras metía el bocadillo en su alforja.

—¿Qué?

—¿Van a ser las cosas así de tirantes todo el día entre nosotros?

Él frunció los labios.

—Pues eso parece.

—¿Y hay algo que pueda hacer para cambiarlo en este momento?

—Seguramente no —respondió él, y se volvió de nuevo hacia el fuego.

Ella suspiró. Ni siquiera había amanecido, y ya tenía la sensación de que llevaba en marcha un largo día. Aquella sensación continuó durante las horas interminables de la mañana y el mediodía. Por lo menos, el ritmo extenuante que impuso a la marcha dejó pocas oportunidades para la conversación, aunque a ella le hubiera gustado hablar con él.

Normalmente las cosas habían sido tan fáciles entre ellos...

Era irónico que, una vez casados, se hubieran vuelto mucho más complicadas.

El silencio le dio la oportunidad de pensar. El sueño permanecía con ella, así que sus pensamientos sobre Cuchulainn tenían una cualidad erótica, lo cual era irreal y

estúpido. Entonces, recordó cómo era sentir su pecho duro contra el de ella, y la explosión de sensaciones que había anegado su sueño...

—Vamos a parar aquí, y cambiaré de montura. El caballo está agotado —dijo Cuchulainn, y ella oyó su voz grave por encima del ruido de los cascos.

El sol estaba empezando a descender hacia el mar, y aquella tarde de luz brillante, el pueblecito al que se estaban acercando tenía un aspecto alegre y acogedor.

—¿Sabes dónde estamos? —preguntó Brighid.

—A medio día de camino del Castillo de McNamara.

—Eso significa que, si mantenemos este ritmo, habremos llegado a las Colinas Azules mañana por la noche.

—¿Podrías seguir este ritmo todo el día?

Ella se dio cuenta de que él paseaba la mirada por su cuerpo, y supo que estaba observando el sudor que estaba empezando a oscurecerle el pelaje rubio de los flancos.

Brighid arqueó una ceja y miró a su caballo significativamente. El animal tenía el pelaje empapado, y salpicado de espuma blanca por el pecho y los flancos.

—Será mejor que te preocupes por él. Yo estoy bien.

Cu refunfuñó.

—Por eso voy a cambiar al bayo. Mi viejo amigo ya ha tenido suficiente —dijo. Entonces sonrió, y su humor irónico incluso le alcanzó los ojos—. Seguramente, podrías agotar a cualquier caballo hasta reventarlo.

—Por supuesto —respondió ella—. Las Cazadoras de los Centauros son bien conocidas por su poder y su resistencia, además de por su belleza y su pasión —dijo, y deliberadamente, sonrió con sensualidad, mientras observaba con deleite que él abría unos ojos como platos al oír aquel coqueteo. «Ahí tienes», pensó Brighid. «Veremos qué haces con eso».

—Ya me doy cuenta de que no es necesario preocuparse por ti si tienes la energía suficiente como para ser sarcástica —dijo Cuchulainn.

De nuevo, ella le lanzó aquella sonrisa lenta, soñadora.

—No he sido sarcástica.

Antes de que él pudiera responder, Brighid aminoró el ritmo para entrar al pueblo a un paso más calmado. Aquel era día de mercado, y las callecitas estaban abarrotadas de puestos y de gente. Era una población próspera y bonita, pero ella no recordaba haber pasado por allí en su camino desde las Llanuras de los Centauros al norte. Se dio cuenta de que no había otros centauros, y de que varias personas se la quedaban mirando.

—Si no recuerdo mal, hay una posada justo al torcer esa esquina —dijo Cuchulainn—. Podemos comer un estofado caliente, yo cambiaré de montura y nos pondremos en camino otra vez.

Ella asintió, aunque estaba preocupada por las miradas de la gente. Eran especulativas y desconfiadas. Cuando llegaron a la puerta de la pequeña posada,

Brighid se sentía inquieta. Tuvo que hacer un esfuerzo para no echar mano del arco que llevaba a la espalda.

Cuchulainn desmontó con un gruñido y se estiró.

—Me ocuparé del caballo y cambiaré la silla al bayo mientras tú entras y nos pides la comida —dijo Brighid, y al ver la mirada de desconcierto de Cu, añadió—: Nos ahorrará tiempo.

Él se encogió de hombros y asintió, y entró en la posada con relajación, seguro de sí mismo. Mientras ella aflojaba las cinchas de la silla del caballo, oyó una voz femenina que, con entusiasmo, lo saludaba. Pronto fue seguida de otros saludos.

—Como si le estuvieran dando la bienvenida a un héroe —refunfuñó Brighid al caballo, que tenía la respiración muy agitada.

Suspiró y le quitó la silla, y lo condujo hacia el abrevadero. El animal hundió el hocico en el agua y bebió abundantemente. Después, Brighid volvió junto al otro caballo, y le estaba colocando la silla en el lomo cuando Cu salió de la posada. Ella lo miró y frunció el ceño al ver su paso dinámico y el brillo tan molesto de sus ojos. ¿Qué era lo que solía llamarle Elphame? Un mujeriego incorregible.

—Vamos, deja que lo haga yo —dijo él, y le quitó la silla de las manos—. El estofado saldrá ahora mismo. O si quieres, podemos ir a comer dentro.

Brighid miró con desdén la estrecha puerta del establecimiento.

—No es adecuado para centauros.

—Por dentro es muy espacioso.

—Prefiero un espacio más abierto.

Ignoró la curiosidad de la mirada de Cuchulainn y se puso a asegurar las alforjas sobre su caballo, pendiente de la respiración del animal... Cualquiera cosa con tal de no encontrarse con la mirada de su marido.

¿Acaso estaba muy sensible? ¿Se estaba imaginando la tensión que la rodeaba? Antes de que pudiera discernirlo, vio a una muchacha rubia, regordeta y atractiva que salía de la posada con dos platos de estofado humeante, pan y fruta, y dos copas de algo que parecía sidra, en una bandeja. Se rio con coquetería mirando a Cuchulainn y se acercó a él.

Brighid se preguntó cómo era posible que se riera y balanceara así las caderas sin derramar ni una gota de líquido ni de salsa. La chica tenía mucho talento.

—Al ver que no entrabais, pensé que tal vez debía sacaros la comida, mi señor —dijo, con un batir de pestañas ridículo.

Brighid apretó la mandíbula.

—Muy amable por tu parte —dijo Cu, y sonrió distraídamente a la muchacha mientras le daba un último tirón a la cincha—. Creo que vamos a comer...

—Aquí fuera —dijo Brighid, señalando al pequeño porche de la casa—. Puedes dejar ahí la bandeja. Tenemos prisa por ponernos en camino de nuevo.

La muchacha rubia miró a la Cazadora, y Brighid se dio cuenta de que la descartaba rápidamente. Sin embargo, dejó la bandeja en una mesa, asegurándose de

que Cuchulainn tuviera una buena vista de su escote. Brighid miró a su esposo con los ojos entornados; era evidente que Cuchulainn estaba disfrutando del paisaje adicional. La Cazadora estaba pensando en lo satisfactorio que sería darle una buena coza a la rubia cuando un par de hombres salieron por la puerta con unas jarras de cerveza en la mano.

—¡Cuchulainn! Siempre es un placer verte —dijo el más alto de los dos.

Cu asintió amablemente y después tomó un plato de estofado y se lo pasó a Brighid.

—¿No quieres pasar con nosotros? —preguntó el más bajo. Entonces, su mirada pasó hacia Brighid, y se quedó clavada en ella. Se relamió los labios color morado—. Podríamos hacerte un sitio.

Brighid se alegró cuando la voz de Cuchulainn perdió entusiasmo, al percibir el evidente interés que aquel hombre sentía por ella.

—Me temo que no tenemos tiempo.

—No me extraña que tengas tanta prisa. Se dice que hay problemas en las Llanuras de los Centauros —dijo el hombre bajo.

Parecía que no podía apartar la mirada de Brighid. Ella frunció el ceño, pero su mirada de advertencia no sirvió de nada. Él no le estaba mirando la cara.

—Son esos malditos centauros de los Dhianna. Ese clan no puede comportarse como es debido, no ha podido desde la Guerra Fomoriana —dijo el primer hombre—. Como si ellos fueran los únicos que sufrieron pérdidas. Deberías enseñarles lo que es tener respeto, Cuchulainn.

Brighid notó que se le encogía el estómago. Su primer impulso fue defender a su clan, pero sabía que no podía. No se lo merecían. Sin embargo, eso no significaba que le estuviera resultando fácil oír hablar a aquel hombre. Miró a Cu; él debió de darse cuenta de que estaba dolida, porque miró a los dos hombres y dijo:

—Es curioso que se mencione al Clan Dhianna. Estaba a punto de presentaros a mi compañera de viaje, Brighid Dhianna.

Brighid disfrutó cuando vio a los dos hombres y a la rubia dar un respingo de incomodidad.

—Me alegro de conocerlos —dijo, aunque intentó que su tono no fuera de sarcasmo.

—Por supuesto, no es solo mi compañera de viaje. También es la Cazadora del Castillo de MacCallan. Y, desde ayer —añadió Cuchulainn—, mi esposa.

La rubia estalló en risitas.

—¡Oh, lord Cuchulainn! Os gusta bromear.

Brighid miró a la mujer.

—No está bromeando.

—¡Pero si eso es imposible! —exclamó el hombre bajo, que por fin había conseguido apartar los ojos de los pechos de la Cazadora.

—¿Queréis insultarme dudando de mi palabra? —preguntó Cuchulainn, en voz

baja y peligrosa.

—¡No!

—¡Por supuesto que no!

—Yo... voy a ocuparme del resto de los clientes —dijo la rubia, y desapareció en el interior de la posada.

—Bueno, pues... Buena suerte en tu viaje —dijo el hombre alto, sin mirar ni a Cuchulainn ni a Brigid concretamente.

—Sí —dijo el otro, mientras se enjugaba el sudor del labio superior con la mano—. Que la fortuna os acompañe.

Ambos volvieron a entrar rápidamente en la posada. A los pocos instantes, los sonidos de las conversaciones animadas del establecimiento cesaron, y pronto, Brigid vio varios pares de ojos mirando con asombro por la ventana.

Ella tuvo ganas de olvidar la comida y salir disparada del pueblo, pero cuando miró a Cuchulainn, se dio cuenta de que él se había sentado dentro del porche, y estaba comiéndose su estofado y un pedazo de pan.

Si él no iba a permitir que le molestaran las miradas y los murmullos, ella tampoco. Comieron lentamente, y cuando hubieron terminado la última gota de sidra y la última pieza de fruta, Cuchulainn dejó varias monedas en la bandeja y montó en el bayo. Ella se puso a trotar a su lado.

—Creo que ha ido bien —comentó agradablemente Cuchulainn.

—Oh, claramente sí. No sé por qué había pensado alguna vez que la gente iba a quedarse atónita con la noticia de nuestro matrimonio —dijo ella en el mismo tono displicente.

Cuchulainn la miró, y los dos se echaron a reír.

Capítulo 41

Sus carcajadas terminaron con los silencios incómodos.

En aquella ocasión, cuando Brighid apretó el paso, él mantuvo al caballo a su lado.

—Deberías hacer eso más a menudo —comentó.

—¿Hacer qué? ¿Ofender y horrorizar a pequeños grupos de gente?

Él sonrió.

—Me refería a que te rieras. No te ríes lo suficiente.

—Creo que me he reído más desde que fui a vivir al Castillo de MacCallan que desde que era niña —respondió ella con otra sonrisa—. ¿Sabes que lo que más echaba de menos de ti cuando tu alma se hizo añicos era tu risa?

—Fue un tiempo muy negro para mí. Creo que no me di cuenta de lo negro que fue hasta que estuve completo de nuevo.

Ella estudió su perfil fuerte. No quería acordarse de lo cerca que había estado Cuchulainn de terminar con su vida.

Aquella idea le causaba náuseas.

—Me has sorprendido en la posada —dijo ella, que necesitaba cambiar de tema.

—¿De veras? ¿Te ha sorprendido que anunciara que eres una mujer centauro del Clan Dhianna?

—No, no. Justamente ayer juraste que ibas a honrar mi nombre como si fuera el tuyo. Y tú no eres un hombre que se tome los juramentos a la ligera.

—Qué razón tienes, mi bella Cazadora.

Ella sonrió.

—Me sorprendió que anunciaras nuestro matrimonio.

—¿Crees que es algo que voy a mantener en secreto?

—No lo había pensado, pero oírtelo decir... Bueno, fue muy agradable. Quería que lo supieras.

—Estoy orgulloso de que seas mi mujer, Brighid. Las cosas han pasado tan deprisa que no creo que lo haya hecho bien.

—¿El qué?

—Cortejarte —dijo él, y clavó sus ojos color turquesa en los de ella—. El ritual de la seducción.

—Ah —susurró Brighid. Él la estaba mirando de un modo que le recordó el sueño erótico de la noche anterior. Tuvo que dominar los nervios, porque iba a terminar mezclando las palabras. ¡Por la Diosa, qué guapo era!—. Anoche lo hiciste muy bien.

—Debería haber hablado contigo cuando volví al campamento. La verdad es que heriste mi amor propio, y no reaccioné bien.

—La verdad es que —replicó ella— yo me quedé atónita conmigo misma, y no reaccioné bien.

—¿Tú?

—Se me olvidó que no eres un centauro.

—¿Se te olvidó? —inquirió él, tratando, sin éxito, de no sonreír.

—Así que puedes imaginarte la sorpresa que me llevé cuando sentí tu...

—¿Trasero?

—Exacto.

—Pfff.

Él la estudió atentamente, intentando decidir qué era lo que debía decir, y qué era lo que no debía decir.

—Entonces, solo estabas sorprendida. No estabas decepcionada, ni...

—Si vuelves a preguntarme si sentía repulsión, voy a usar este cuerpo de centauro para patearte en tu muy humano trasero.

—Eso te resultaría difícil de conseguir mientras estoy montado a caballo.

—Una de las primeras virtudes que adquiere una Cazadora es la paciencia —dijo ella dulcemente.

—Debería haberte besado cuando toda la posada nos estaba mirando —repuso Cuchulainn con una sonrisa.

—Sí —dijo ella, apartándose el pelo plateado de la cara—. Deberías haberlo hecho.

Cuando llegaron al arroyo, se había puesto el sol.

—Los caballos están agotados, y casi ha oscurecido. Creo que es suficiente por hoy —dijo Cuchulainn.

Brigid asintió, aminoró el paso y, con un suspiro, adoptó un trote lento. Incluso sus pasos al cruzar el pequeño puente sonaban cansados. Ambos caballos alzaron las orejas al oír el murmullo del agua.

—Podríamos acampar aquí —dijo, señalando la orilla del arroyo. Era bastante llana, y estaba protegida por unos sauces llorones, y tapizada de hierba verde esmeralda.

—En este momento cualquier lugar me parece bueno —respondió Cu.

Brigid se dio cuenta de que tenía unas ojeras muy marcadas. El guerrero estaba agotado.

—Si tú traes la leña y te ocupas de los caballos, yo sacaré el cerdo y el vino.

—Trato hecho —dijo Cu.

Brigid pensó en lo bien que trabajaban juntos mientras descargaba las alforjas y sacaba los utensilios de cocina.

Desde que había terminado la tensión entre ellos, el día había sido muy placentero. Habían viajado a un ritmo muy difícil, pero él estaba a su lado, hablando y riéndose, y después, cuando caía la tarde y ya estaban demasiado cansados como para hablar, él había permanecido allí, a su lado. Era un buen compañero, y un buen hombre, y pese a sus obvias diferencias, encajaban muy bien juntos.

Cuchulainn dejó una brazada de ramas en medio del círculo que ella había marcado con unas piedras para encender la hoguera.

—Voy a llevar a los caballos al río —dijo, y se olisqueó a sí mismo. Ella se echó a reír—. Y creo que yo también debo ir.

—Buena idea. Hueles a caballo.

Su risa le llegó con la brisa cálida. Las cosas eran distintas aquella noche. Más fáciles. Habían fortalecido su vínculo.

Cuando él regresó con los caballos, y ella alzó la vista para sonreírle, notó un cosquilleo en el estómago. Cuchulainn tenía el pelo mojado. Se había puesto una camisa limpia, y un kilt nuevo. Y tenía la cara afeitada. Sonrió y se frotó la barbilla.

—Corre el rumor de que prefieres a los hombres afeitados.

—Yo solo prefiero a un hombre —dijo, sosteniendo su mirada—. Y me gusta exactamente tal y como es, afeitado o no —añadió, y le lanzó el odre de vino—. Me toca ir al arroyo.

Él observó sus movimientos a la luz de la hoguera y bajo el suave resplandor de la luna, pensando en que Brighid debía de ser la criatura más grácil de todo Partholon. Se suponía que tenía que vigilar la carne, pero no podía apartar los ojos de ella. Brighid encontró el mismo lugar donde se había bañado él, una zona en la que el arroyo formaba una poza muy agradable. Él la observaba, y ella se volvió a mirarlo. Bajo los rayos de luna, parecía una diosa del lago, en parte humana y en parte divina. Cuchulainn sintió el cuerpo caliente y pesado, y el alma increíblemente ligera.

Ella le pertenecía, y él le pertenecía a ella. Y a quien no le gustara podía irse al infierno.

Mientras cenaban hablaron muy poco, pero el silencio no era incómodo. No hacían falta palabras, solo miradas y roces.

Terminaron la comida y, como la noche anterior, Cuchulainn se recostó sobre la montura que había colocado en el suelo a modo de almohada.

—Tengo una cosa para ti —dijo—. Quería dártela anoche, pero... Anoche...

—La noche de ayer no terminó como debería. Esta noche será distinta.

—Esta noche deberías tener esto —respondió él. Y le mostró una cadena de plata de la que colgaba la turquesa.

—Es la piedra de Brenna —dijo Brighid, dejando que se posara en la palma de su mano.

—Es tu piedra. Ella te la dio a ti. Creo que quería que la llevaras —repuso Cuchulainn, y le puso el colgante a Brighid en el cuello. La piedra quedó colgando entre sus pechos—. Yo no he sentido su presencia desde el día en que murió, pero quiero creer que aprobaría lo nuestro.

Brighid cerró los ojos, intentando contener las emociones.

—Vino a verme, Cu.

—¿Cómo?

—En sueños, como hiciste tú cuando tu alma estaba destrozada. Nos vimos en el

Castillo de MacCallan. Ella me dijo que me había dado la piedra, y que no iba a quedarse en el castillo. Dijo que no sería bueno para ninguno de nosotros que lo hiciera.

—¿Y qué más te dijo? —preguntó él. Se había quedado muy quieto, y controlaba cuidadosamente su tono de voz, pero Brighid percibió un gran dolor en él.

—Dijo que era feliz, y que había cumplido con su destino —dijo Brighid, y sonrió débilmente—. Ya no tenía cicatrices, Cu.

Él agachó la cabeza y ella pudo ver las lágrimas que le caían sobre la tela azul y verde de su falda.

—No habló conmigo durante mucho tiempo. Me obligó a que le hiciera el juramento y después se marchó.

—¿El juramento? —Cuchulainn alzó la cabeza y se secó las lágrimas con el dorso de la mano.

—Hizo que le jurara que tendría la mente abierta ante lo imposible —dijo Brighid en un susurro.

A Cuchulainn se le cayó otra lágrima.

—Así que sabía lo nuestro.

La Cazadora asintió.

—Y lo aprobaba. Me dijo que te dejaba en mis manos, libremente, sin vacilación —dijo con la voz quebrada—. Fue la noche que estábamos en el Castillo de la Guardia. Yo pensaba que estaba hablando sobre la recuperación de tu alma.

Ayer me di cuenta de que ella sabía que yo te quería incluso antes que yo misma.

—¿Y cuándo lo supiste tú?

—La primera vez que te besé —respondió, y con dulzura, le quitó la lágrima de la mejilla—. Yo no soy ella, Cu. No soy tan buena como ella, ni tan amable, ni tan compasiva. Pero soy leal y fiel. Y te quiero.

—Brenna murió —dijo él—. No me casé contigo porque quisiera que fueras como ella.

—¿Y por qué lo hiciste, Cu?

Él le tomó la mano y se la besó.

—Porque tienes una parte de mi alma, mi bella Cazadora. Y para estar completo, debo estar a tu lado.

Entonces, la besó con el sabor salado de las lágrimas y el sabor embriagador de un hombre. Ella lo bebió y se preguntó si alguna vez se sentiría saciada de Cuchulainn.

—Anoche soñé contigo —le dijo él, mientras pasaba la boca por su garganta.

—Yo también soñé contigo —respondió ella, desabrochándole los lazos de la camisa.

—Fui a ti en la niebla —dijo él.

—Y estabas desnudo.

Cuchulainn separó los labios de su piel y la miró a los ojos.

—Una voz de mujer te dijo que me contarás lo que había en tu corazón.

—Y yo te dije que te deseaba. Por completo —dijo ella, y le acarició la mejilla—. Fue algo más que un sueño.

—Sí.

—Creo que la voz de la mujer era... la Diosa.

Cu sonrió.

—Tienes razón.

—Quiero verte otra vez como estabas anoche.

—¿Desnudo?

Ella asintió.

—No soy una virgen tonta, y no voy a fingir que no he tenido muchos amantes centauros, pero nunca había visto a un hombre desnudo. Ni tan cerca, ni así. Salvo anoche, en nuestro sueño. Y ahora quiero verte.

Él gruñó.

Ella arqueó una ceja.

—¿Te ha entrado timidez, o es que no quieres estar desnudo conmigo?

—Ninguna de las dos cosas. Es que... Para mí, esto también es muy nuevo. Yo también he tenido muchas amantes, pero ninguna mujer centauro. No estoy seguro...

Entonces, se quedó callado, porque ella le puso los dedos sobre los labios.

—¿Por qué no dejamos de pensar tanto?

A él se le iluminó la cara con una sonrisa.

—Tiene sentido. De todos modos, el amor no tiene mucho que ver con el pensar.

Entonces, Cuchulainn se puso en pie sonriendo y, con un solo movimiento, se quitó el kilt de la cintura y tiró de él. Se quedó desnudo frente a ella.

Brigid tragó saliva. Pasó la mirada por su rostro y por su pecho ancho. Todo era... normal. Podría haber sido un centauro. Su torso tenía la fuerza y la belleza de uno de los de su raza. Sin embargo, no lo era, y nunca lo sería. Ella debía acostumbrarse. Debía aceptarlo por lo que era, como él la aceptaba a ella. Contuvo la respiración y siguió bajando la mirada.

Tenía las piernas largas y musculosas. Ella se las había visto antes, claro. Cuchulainn llevaba kilt a menudo, y eso dejaba a la vista sus pantorrillas y sus rodillas. Sin embargo, Brigid nunca había visto sus muslos, ni los músculos de sus nalgas, ni su virilidad desnuda.

—Ojalá dijeras algo —murmuró Cu.

Ella exhaló un suspiro.

—No es tan malo como yo pensaba.

—Vaya, eso es muy halagador.

Ella lo agarró de la muñeca.

—Esto no se me da muy bien. Lo que quiero decir es que no me asustas tanto como pensaba. Desnudo.

—¿Es que tienes miedo de mí?

—Un poco. No sabía qué podía esperar. Anoche todo fueron sensaciones y calor. Nada fue demasiado claro. Hoy, sí.

—Y eso te asusta.

—Ahora que estás aquí, ante mí, desnudo, no creo que esa sea la palabra para describir lo que estoy sintiendo.

Con un titubeo, ella le acarició el muslo, y dejó que sus dedos jugaran sobre su dureza, mientras observaba cómo su cuerpo iba estirándose y reaccionando.

—¿Y cuál es la palabra para describir lo que estás sintiendo?

Brigid pasó la mano por su vientre duro y plano.

—Fascinación —susurró—. Tu cuerpo me fascina. Y me ha fascinado durante más tiempo del que yo quisiera admitir —dijo. Entonces tomó su miembro endurecido entre las manos, y a él se le escapó un jadeo—. Si quieres que pare, solo tienes que decírmelo.

—No quiero que pares.

Ella tampoco quería parar. El hecho de que sus caricias, el roce más ligero de su lengua o de su mano, pudieran afectarle tanto, le producían pasión y una sensación de poder. Era algo que iba más allá de una mujer o de una mujer centauro.

Explorar el cuerpo de Cuchulainn hizo que se deleitara con su propia feminidad. Acarició su miembro, una longitud dura cubierta de piel de seda, que le resultaba fascinante. Cuando lo llevó hasta el clímax con las manos, y después con la boca, encontró una pasión distinta a la que había experimentado con sus amantes centauros. Conoció la alegría de proporcionarle placer a su amante, y se maravilló de que la satisfacción de Cuchulainn le llegara al centro del alma.

Aquella noche, ambos durmieron sin sueños, con las manos entrelazadas, con los cuerpos abrazados, tanto, que en la oscuridad era difícil saber dónde terminaban el hombre y la mujer y comenzaba el centauro.

Capítulo 42

Cuando el bayo se tropezó por tercera vez, Cuchulainn tiró de las riendas. Brighid también tenía que vigilar su paso.

Sus músculos exhaustos no la obedecían, y no creía que tuviera más control sobre sus propios miembros que los pobres caballos en sus patas equinas. Se concentró en aminorar el ritmo y fue deteniéndose. Después, con respiraciones controladas, volvió hacia atrás, al lugar donde se había parado su marido. Cu había desmontado y estaba junto al caballo tembloroso.

—No puede avanzar más. Él lo intentaría, pero el esfuerzo lo mataría. Voy a dejarlo aquí. Descansará, y al final encontrará el camino hacia el Castillo de McNamara. O tal vez lo adoptarán en alguna granja —dijo Cu.

Brighid se enjugó el sudor de la cara.

—El tuyo está en mejores condiciones, y deberíamos encontrar un lugar donde acampar pronto.

—Es cierto, no está al borde del colapso todavía, pero creo que sería mejor que descansáramos.

—De acuerdo —dijo ella, intentando no mostrar demasiado alivio. No quería que Cu supiera lo cerca que estaba del colapso ella también.

Brighid miró a su alrededor mientras Cu desensillaba al animal. Habían galopado desde el amanecer, y habían evitado el Castillo de McNamara y los lujos que podían ofrecerles allí. En vez de eso, se habían ahorrado tiempo atravesando campos fértiles y el espeso bosque que bordeaba el río Calman. Por aquel camino habían desembocado directamente en las Colinas Azules.

Se sentía muy cansada. La turquesa le colgaba en el pecho y se había vuelto tan caliente que le causaba incomodidad. El halcón tuvo que repetir su llamada tres veces para que la mente exhausta de Brighid lo asimilara. Cuando, por fin, miró hacia arriba, vio al pájaro dibujando espirales sobre su cabeza, como una pincelada de oro y plata contra el cielo del atardecer.

«Ven...».

Brighid sintió un escalofrío.

—Cuchulainn, tenemos que irnos —dijo.

—¿Qué ocurre?

—Creo que sé cómo podemos encontrar un lugar para acampar.

Él, con los ojos entrecerrados, miró al halcón.

—No es tu madre en forma de cuervo, ¿verdad?

—No. Es mi halcón.

Brighid y Cuchulainn siguieron al ave. Ella oyó que él gruñía suavemente, y no tuvo que mirarlo para saber que estaba observando al halcón. Seguramente, debería decirle que tenía que acostumbrarse a la presencia del Reino de los Espíritus en su vida, pero estaba muy cansada, y además, no estaba del todo en desacuerdo con aquel

recelo de Cuchulainn.

El halcón volvió a lanzar un reclamo, y Brighid se concentró en seguirlo. El pájaro plateado los condujo hacia lo más profundo de las colinas, por un camino que no seguía las rutas comerciales más transitadas, y sin preocuparse de que pronto sería de noche y no verían nada, ni siquiera un pájaro dorado.

Brighid comenzó a subir otra de las colinas y después tuvo que hacer un esfuerzo por mantener sus pasos firmes al descender por la ladera opuesta, sorprendentemente empinada. Al llegar abajo se quedó inmóvil, con la respiración acelerada, y agradecida de no haber dado un mal paso a causa del agotamiento. En aquel estado hubiera sido muy fácil partirse una pata.

—¿Estás bien? —le preguntó Cuchulainn, cuando su caballo se detuvo junto a Brighid.

—Sí —le aseguró ella, y se pasó una mano temblorosa por la cara—. Yo diría que hoy estaba siendo un sueño, pero últimamente, mis sueños eran mucho mejores que este.

El halcón volvió a chillar, y ella alzó la vista hacia el cielo. Se sorprendió al notar que el animal se había posado en una de las ramas de un árbol cercano a ellos.

«Pronto, Cazadora... Nos veremos pronto».

Después, el halcón emprendió el vuelo y se desvaneció en el cielo.

—¿Acaba de desaparecer? —preguntó Cuchulainn.

Sin embargo, Brighid no estaba mirando al pájaro, porque su vista se había fijado en el lugar hasta el que los había conducido. Estaban al borde de un claro que estaba rodeado de colinas por todas partes salvo por una. Caminó lentamente hacia aquella zona y desde allí pudo ver...

—Las Llanuras de los Centauros —dijo Cuchulainn, que se detuvo a su lado.

—No me había dado cuenta de que estábamos tan cerca —dijo ella, y miró, a través de la oscuridad del anochecer, la tierra que había sido su hogar—. Así que el halcón nos estaba trayendo aquí.

Cu señaló por encima de su hombro izquierdo. Ella siguió su dedo hacia una de las colinas. En una ladera había una entrada grande a una cueva. De ella salía un arroyo, y caía en cascada hacia el claro. A Brighid se le encogió el estómago.

—Es una entrada al Otro Mundo —dijo—. Exactamente lo que dijo tu padre.

—No. Esta noche no —replicó Cuchulainn—. Esta noche solo es un refugio. Ninguno de los dos tenemos fuerzas para hacer ningún otro viaje. ¿Querías arriesgarte a tener un encuentro esta noche? —le preguntó, al ver que ella había erguido los hombros como si fuera a protestar.

Brighid palideció.

—No.

—Yo tampoco. Así que vamos a dormir. Mañana nos enfrentaremos al Otro Mundo.

Brighid asintió. Sabía que el tiempo apremiaba, y que tal vez Bregon ya habría

conseguido beber del Cáliz de Epona, pero sabía que buscar el Cáliz aquella noche sería algo inútil, y quizá peligroso.

—Yo iré por la leña esta vez —dijo.

Cuchulainn había desmontado, y se colocó frente a ella.

—Esta noche me recuerdas a Niam —dijo, mirándola con preocupación.

—¿A qué te refieres?

—Tienes los ojos hundidos y caminas como si fueras a caerte en cualquier momento.

—Niam se forzó durante dos días más que nosotros, y seguramente ni siquiera durmió ni comió. Y ella no era una Cazadora. No estaba acostumbrada a hacer ejercicio. Yo...

—Tú estás agotada —la interrumpió él—. Lleva a mi caballo al río, y que beba. Bebe tú también. Yo iré a buscar la leña.

Ella iba a protestar, pero él se lo impidió.

—Por favor, déjame hacer esto por ti.

La noche anterior, él se había entregado a ella con una intimidad total, y ella se había quedado asombrada de que el hombre que temblaba bajo sus caricias fuera el mismo guerrero que había ensangrentado una espada a su lado.

¿Por qué no iba a concederle el mismo acceso a ella? Él no le estaba pidiendo que hicieran el amor, pero la estaba amando de todos modos. ¿Por qué no iba a permitirle la intimidad de que cuidara de ella?

Se inclinó y lo besó.

—Llevaré el caballo al río —dijo.

Él sonrió y le acarició la cara. Después se alejó hacia el bosque. Brighid llevó al caballo exhausto hacia el arroyo y dejó que bebiera a placer, antes de darle un buen cepillado y dejarlo pastar. Después, se puso bajo la cascada y se lavó el sudor y el polvo del cuerpo, mientras miraba la negra distancia que la separaba de la tierra de su niñez. Era apropiado que su primera visión de las llanuras estuviera envuelta en negrura.

—¿A qué tristeza los estás conduciendo, Bregon? —susurró—. ¿Por qué no puedes dejar que ella muera?

Cuchulainn volvió y se encontró a Brighid junto al borde del claro, mirando a la nada. Sintió cierta inquietud. No era el primer presentimiento que tenía aquel día. Desde que habían entrado en las Colinas Azules se había sentido intranquilo. Al principio creía que era a causa del agotamiento, pero después había empezado a pensar otra cosa. La muerte de Brenna le había enseñado lo poco inteligente y peligroso que era ignorar un presentimiento de cualquier clase. Había aprendido una lección muy dolorosa, y la había aprendido bien. Si a Brighid le ocurriera algo, su alma quedaría rota en tantos pedazos que nunca podría estar completa de nuevo.

Así pues, mantuvo cerca la espada, y alerta los sentidos, mientras encendía una hoguera en la boca de la cueva, descargaba las alforjas, y preparaba la comida que esperaba que hiciera revivir a Brighid. Ella no se movió del lugar que ocupaba al borde del claro, y eso aumentó la preocupación de Cuchulainn. Cuando habló, su voz sonó ronca.

—Creía que no te gustaban las alturas —dijo.

Ella no respondió, pero su pelaje equino tembló. Se volvió hacia él. Tenía los ojos ensombrecidos a causa de la fatiga y la preocupación, pero sonrió y habló en un tono de broma.

—¿Por qué demonios sabe todo el mundo que no me gustan las alturas?

Él se encogió de hombros y movió las cejas.

—Creía que era algo bien sabido sobre los centauros —respondió. Le mostró un odre y lo agitó para que ella oyera el sonido del líquido—. Tengo vino.

Con un suspiro, Brighid se aproximó lentamente a la entrada de la cueva y tomó el odre. Mientras bebía, miró a su alrededor. Era una cueva espaciosa y alta. Sus paredes eran de color arena, y se estrechaban hasta formar un pasillo estrecho al fondo, por el que apenas podía brotar la corriente de agua. El fuego de Cuchulainn cambiaba el marrón de las paredes por oro y naranja.

Ante su mirada, los colores se mezclaron y pareció que las paredes también eran de fuego. Brighid oyó un silbido y un crujido estrepitoso, que no podía provenir de la pequeña hoguera del campamento. Sintió calor abrasándole la piel y cerró los ojos ante su furia.

—¡Brighid! —exclamó Cuchulainn, que se acercó corriendo a ella y le acarició la cara y el pelo, todavía húmedo—. ¿Qué te ocurre?

La mujer centauro cabeceó y abrió los ojos.

—Estoy muy cansada, eso es todo. Necesito dormir.

—Come primero. Después dormirás.

Asintió. Mecánicamente, masticó la cena. Cuchulainn y ella no hablaron, pero se miraron a menudo. Él tenía los ojos llenos de preocupación. Ella, de agotamiento.

—Mañana —dijo Brighid cuando terminaron de cenar—. Mañana debemos empezar la búsqueda del Cáliz de Epona.

—Entonces será mañana. Esta noche quiero que apartes de tu mente todos los pensamientos sobre el Otro Mundo. Duerme, Brighid.

Cuchulainn se arrodilló junto a ella y la besó con delicadeza.

—Tal vez no me despierte hasta después del amanecer —dijo, inhalando su olor y sus caricias.

—No importa cuándo te despiertes. Yo estaré aquí —respondió él.

Brighid cerró los ojos y se abandonó al sueño en cuerpo y alma.

Capítulo 43

Si alguien le hubiera preguntado a Brighid si quería soñar aquella noche, habría respondido que no. Solo quería dormir, darle a su cuerpo la oportunidad de recuperar fuerzas.

Así pues, cuando notó que algo la extraía de su cuerpo, se sintió más molesta que alarmada o asustada. Con enfado abrió los ojos, y miró su forma dormida. Cuchulainn todavía estaba despierto y se mantenía sentado a su lado, vigilante, mirando al fuego. Estaba muy cansado. Ella quiso acariciarlo, pero fue elevada y atravesó el techo de la cueva, la colina, hasta que llegó al cielo nocturno.

La Cazadora jadeó y sintió un terrible mareo.

¡Oh, por la Diosa! ¿Qué le estaba ocurriendo?

«No tengas miedo, hija mía».

¡La voz de Epona! A Brighid se le aceleró el corazón en un pecho que era más de un espíritu que de un cuerpo. Miró a su alrededor por el cielo claro de aquella noche, pero solo vio la luna. Entonces, su espíritu comenzó a moverse. Al principio, lentamente, comenzó a flotar hacia el norte. Sobrevoló las colinas, y cruzó el río Calman. Tomó velocidad, y el Castillo de McNamara y sus viñedos pasaron como un borrrón bajo ella. Brighid quería ir más despacio, controlar la terrible velocidad de aquel viaje, pero su espíritu estaba en las manos de la Diosa, y era evidente que Epona tenía prisa.

La luna rielaba sobre la oscura superficie del Mar de B'an. Brighid concentró la mirada en su vasta expansión.

Eso la ayudó a mitigar el mareo. Solo cuando su espíritu comenzó a flotar más despacio se permitió mirar hacia la tierra. Entonces se quedó atónita.

Bajo ella estaba el Castillo de MacCallan, lleno de vida.

Tanto en las almenas como en los lienzos interiores de las murallas había antorchas encendidas. Los centinelas estaban haciendo la ronda por el adarve recién terminado.

Aquella visión de su hogar de adopción fue agridulce para ella. Le encantaba verlo de nuevo, pero también la entristecía. Le recordaba que Cuchulainn y ella hubieran preferido estar allí en vez de en una cueva solitaria a la entrada de las Llanuras de los Centauros.

«El destino ha decretado otra cosa, hija mía».

La voz de la Diosa calmó su mente como una caricia, y la melancolía desapareció. Entonces, la Cazadora agitó la cabeza. Se avergonzó de sí misma. ¿Quién era ella para cuestionar el destino, y la voluntad de la Diosa? Brenna había cumplido su destino de buen grado, y Niam el suyo con honor. ¿Acaso Brighid no iba a estar a la altura de su amiga y de su hermana?

«Puedes cuestionar, hija mía, igual que puedes elegir. Creo que elegirás con sabiduría cuando llegue el momento preciso».

Brighid inclinó la cabeza. La confianza de la Diosa fue una cura de humildad para ella.

«Ahora, observa, para que tengas los conocimientos necesarios cuando más los necesites...».

Su cuerpo descendió a gran velocidad, y se detuvo en seco. Ella tuvo que pestañear para aclararse la visión, y se dio cuenta de que estaba flotando justo bajo el techo del Gran Salón del Castillo de MacCallan. Bajo ella, en sus sitios de costumbre a la mesa, estaban sentados Elphame y Lochlan. En la habitación también estaba Wynne. Y sobre la mesa había un manojo de hierbas recién recolectadas. Elphame estaba acariciando las hojas verdes distraídamente, y Brighid pensó que se trataba de albahaca.

Cuando Ciara entró corriendo en el Gran Salón, todos la miraron.

—¿Me has pedido que viniera?

—Sí —respondió Elphame—. Sé que es tarde, pero Wynne me acaba de contar algo sobre esto, y quería hablar contigo enseguida.

—¿Esto?

—Son las hierbas que han estado cuidando los niños —explicó Elphame, señalando el manojo aromático.

Ciara frunció el ceño.

—¿Han hecho algo mal los niños? Normalmente se les dan muy bien las plantas, y no creí que fueran a causar problemas en el huerto. Pero si han estropeado algo...

—No han estropeado nada, Chamán —dijo Wynne—. Las han hecho crecer.

Ciara miró las hierbas.

—No lo entiendo.

—Bueno, yo tampoco —replicó la cocinera—. Pero sé lo que he visto con mis propios ojos y he tocado con mis propias manos. Durante los tres días que han estado cuidando el huerto, las plantas han crecido más de lo que habrían crecido en tres semanas. Los niños hacen crecer las hierbas —dijo con firmeza.

—Pero ¿no estaban creciendo ya? Los niños solo las han regado y las han librado de malas hierbas.

—Creo que han hecho mucho más que eso —dijo Etain desde la puerta.

—Mamá —dijo Elphame, y le hizo un gesto a la Suma Sacerdotisa para que se sentara con ellos—. Iba a pedir que fueran a avisarte.

Etain sonrió a su hija, pero después fijó su atención en Ciara.

—Toca las plantas, Chamán. Comprueba si ellas pueden decirte lo que ya sabe Wynne.

De manera vacilante, Ciara posó la mano esbelta sobre el manojo de hierbas. Cerró los ojos e inspiró profundamente tres veces. Después sus labios formaron una exclamación de sorpresa, y dejaron escapar un jadeo. Cuando abrió los ojos, Brighid se dio cuenta de que los tenía llenos de lágrimas.

—Diles a mis hijas lo que has descubierto, Ciara —dijo Etain.

—¡Los niños han hecho crecer las hierbas! ¡Oh, Diosa!

Con emoción, la mujer alada se inclinó ante Etain.

—Mamá, ¿qué ha pasado? —preguntó Elphame.

—Que Epona les ha concedido un gran don a los Nuevos Fomorianos —respondió Etain.

—Nacieron de la destrucción y la muerte, y han sobrevivido a la locura y a la pérdida —dijo Ciara con lágrimas de alegría—. Y ahora, nuestra Gran Diosa nos ha concedido el don de alimentar la vida.

—No es solo ahora —le dijo Etain a la Chamán—. Siempre habéis tenido ese don. ¿Cómo pensabas que fuisteis capaces de impulsar la vida, el amor y la esperanza y no abandonaros a la desesperación en las Tierras Yermas?

—Ciertamente, es un gran don —dijo Elphame. Tomó de la mano a su marido, y miró su amado rostro—. Y para nosotros es una gran bendición teneros aquí.

—Tú eres nuestro hogar, amor mío —respondió él—. No querríamos estar en ningún otro sitio.

—¡Piensa en lo que significa esto, Elphame! —exclamó Ciara—. Podemos ser útiles y proporcionar comida al castillo, y no solo al Castillo de MacCallan, sino también para el comercio y...

Brighid no oyó el resto de las palabras de Ciara, puesto que su espíritu volvió a elevarse, atravesó el techo del Gran Salón y salió impulsado hacia el cielo oscuro. En aquella ocasión, cuando flotaba hacia el sur, estaba demasiado preocupada como para notar el mareo.

Se alegraba mucho del don que la Diosa les había concedido a los Nuevos Fomorianos. Eran gente que había superado un gran mal, y que hacían gala de un gran bien. Era justo que hubieran recibido el don de alimentar, renovar y cultivar.

«Recuérdalo cuando estés despierta, hija mía».

El espíritu de la Cazadora ocupó de nuevo su cuerpo, y ella recordó las palabras de Etain: «Diles a mis hijas lo que has descubierto...».

La Sacerdotisa había dicho «hijas», no hija. Debía de saber que ella estaba allí. «No es sorprendente», pensó ella.

«Parece que Etain tiene oídos y ojos en todas partes».

Después, la Cazadora durmió sin soñar durante toda la noche.

El olor delicioso a ciervo asado penetró en el inconsciente de Brighid, y por fin, ella se despertó, parpadeando bajo la luz brillante del mediodía. Cuchulainn la miró cuando se movió. Observó cómo se estiraba, y ella se dio cuenta de que el alivio calmaba su expresión.

—Buenos días —dijo Brighid—. Eso huele muy bien.

—Buenas tardes —respondió él, y con una de sus dagas, pinchó un pedazo de carne y, sonriendo, se acercó a ella, la besó y le entregó el bocado—. Bienvenida.

Ella mordisqueó la carne caliente y arqueó una ceja.

—¿Es que quieres quitarme el trabajo?

—No. Si fuera yo la Cazadora del Castillo de MacCallan, el clan se moriría de hambre. He tardado casi toda la mañana, y he utilizado cuatro flechas para poder cazar a este estúpido ciervo.

Ella sonrió.

—Su falta de inteligencia no ha afectado a su delicioso sabor.

—Seguramente porque era demasiado tonto como para correr mucho —refunfuñó Cuchulainn.

Ella se echó a reír.

—¿Lo ves? Eres mejor Cazadora de lo que pensabas.

—No, claro que no. Pero he recolectado algunas patatas y cebollas salvajes —le dijo él, y movió con la punta de la bota unas formas que ella hubiera tomado por piedras al borde de la hoguera—. Tienes que comer bien hoy. Aunque sé que puede parecer que un viaje al Reino de los Espíritus solo dura una hora, en realidad pueden ser días.

—Entonces, ¿no es que quieras que engorde y me vuelva poco atractiva para los demás hombres? —bromeó ella, para aligerar su preocupación.

—No. Solo quiero mantenerte con vida.

—Cu, ¿ha ocurrido algo?

—No... Sí... No estoy seguro. Desde que entramos en las colinas, me siento inquieto. Y este sitio —dijo, mirando a su alrededor por la cueva— me pone los nervios de punta.

—Pero ¿has tenido algún presentimiento en concreto?

—No. Y lo he intentado. He escuchado con ese otro sentido —respondió él con un suspiro—. Nada. No sé si es por mi ineptitud o si es porque no hay nada.

—Tal vez el presentimiento solo quisiera avisarte de que debes permanecer alerta.

—Tal vez. El Reino de los Espíritus es un misterio para mí. Pero sé lo suficiente como para decirte que comas bien antes de que vayamos de visita allí —insistió. Cortó otro pedazo de carne y se lo llevó.

—De visita —repitió ella—. Eso suena mucho mejor que un viaje o una búsqueda. Debo decirte que anoche visité, en sueños, el Castillo de MacCallan.

—¿Brenna?

—No. Anoche, mi espíritu estaba despierto. Vi cómo salía de mi cuerpo y viajaba hasta el castillo. Y oí la voz de Epona.

—El Sueño Mágico —dijo Cuchulainn—. Mi madre me lo ha descrito muchas veces. Epona se comunica así con ella muchas veces, y le permite ver eventos importantes mientras están sucediendo. ¿Estaba bien todo el mundo en el castillo?

—Sí, muy bien. Pero creo que presencié algo muy importante. Los Nuevos Fomorianos tienen algo más que bondad y tenacidad. Epona les ha concedido el don de estimular el crecimiento de las cosas, y según Wynne, los niños han hecho crecer las

plantas del huerto muy rápidamente.

—Wynne estará muy contenta.

—Todo el mundo lo estaba, incluida tu madre —respondió Brighid, e hizo una pausa—. Pero no entiendo por qué era importante que lo supiera yo.

—Tal vez Epona quiere que sepamos que todo va bien en el castillo, para que no viajemos al Otro Mundo con preocupaciones que nos distraigan.

—Tal vez... ¿Te contó algo tu madre alguna vez sobre si la veían cuando hace un viaje en el Sueño Mágico?

—No, que yo recuerde. ¿No te vieron anoche?

—No, creo que nadie se percató de mi presencia, salvo que tu madre dijo algo que me ha causado curiosidad.

Él sonrió, y con cuidado, tomó una de las patatas que había junto al fuego.

—Ya sabes que es imposible ocultarle algo a mí madre.

—Algo importante.

—Hazme caso, yo creo que lo sabe todo.

Siguieron charlando sobre su hogar, y sobre el clan, y sobre el inesperado don que tenían los Nuevos Fomorian, mientras comían ciervo, patatas y cebollas, y Brighid recuperó las fuerzas. Después, se puso bajo la suave cascada de agua fría de la cueva y admiró la belleza de las Llanuras de los Centauros. Aquella tierra llamaba a su alma. En el Castillo de MacCallan tenía un sentimiento de pertenencia y de confort, pero sabía que su nuevo hogar nunca podría conmoverla tanto como su tierra natal. Estaban al final de la primavera, y en algunos lugares, la hierba había crecido mucho. La pradera debería estar salpicada del azul, el rojo y el rosa de las flores silvestres, y del blanco de una flor llamada «pico nevado», y de margaritas amarillas, todas ellas frecuentadas por un ejército de abejas. Se puso la mano sobre los ojos para protegérselos del sol y al principio pensó que solo veía unas manchas marrones en el horizonte, y que eran bisontes. Después, frunció el ceño.

—Sequía —dijo Cuchulainn.

Él estaba por encima de ella, al borde del claro, y también estaba mirando las inmensas praderas.

—La primavera ha sido muy seca en el Castillo de MacCallan, pero no sabía que estuviera afectando tanto a las llanuras. Deberían estar verdes y llenas de vida, pero el paisaje está marrón, como en otoño.

—No lo había visto tan seco desde hacía años. Tal vez nunca.

—¿Por qué motivo comenzó la Guerra de los Fomorian?

—Porque atacaron el Castillo de la Guardia.

Ella cabeceó, con un sabor amargo en la garganta, el sabor de un presagio aciago.

—Antes de eso. Décadas antes. ¿Por qué vinieron a Partholon?

Cuchulainn abrió mucho los ojos al darse cuenta.

—Se vieron obligados a dejar sus tierras por una gran sequía.

—Es un mal presagio, Cu. Lo siento en lo más profundo de mi alma. Creo que ya

es hora de que terminemos esta caza.

—De acuerdo.

—Bien. Entonces, deja que te cuente lo que me enseñó mi madre sobre la búsqueda del Cáliz de Epona.

Capítulo 44

—Si sigues con esa expresión tan sombría, me vas a poner nerviosa —le dijo Brighid a Cuchulainn.

—Lo siento. Me he pasado toda la vida evitando el Otro Mundo, y ahora me resulta difícil entrar a él voluntariamente.

—Entonces, no pienses que estás entrando en el Otro Mundo. Piensa que estamos de caza, ¿de acuerdo? Ya hemos cazado juntos varias veces, Cu. Esto no será nada diferente.

—Bueno, salvo por los espíritus, y por el hecho de que no estaremos en nuestro cuerpo.

Ella puso cara de pocos amigos.

—¡Está bien! —exclamó él—. Vamos de caza.

—Bien. Repasemos una vez más. Primero, hemos preparado el laberinto.

Cu miró el círculo de piedras en espiral que habían dibujado en el centro de la cueva. Las piedras se desenroscaban una y otra vez hasta que conducían hacia el pequeño túnel y la corriente de agua.

—Sigue sin gustarme —dijo Cu, mirando con claustrofobia aquel agujero.

—A mí tampoco, pero encaja con todo lo que nos contaron mi madre y tu padre sobre el comienzo del viaje espiritual. Midhir nos envió aquí porque las colinas siempre han estado vinculadas al Otro Mundo. Mi madre me dijo muchas veces que usar un laberinto era una manera sencilla de comenzar un viaje espiritual, y también para volver.

—Solo estamos siguiendo un rastro —repitió Cu.

—Exacto. Pero quiero que te acuerdes de que la espiral es el camino de vuelta a este reino.

—Lo recordaré. Pero no volveré sin ti, y tú también debes recordar eso.

Brighid lo miró a los ojos.

—Volveremos juntos, o no volveremos.

—Solo me gusta la parte de «juntos» de esa frase.

—Deja de preocuparte —respondió ella.

—Siguiente.

—Siguiente... tú te reúnes conmigo en mis sueños.

El guerrero suspiró.

—Lo dices como si ocurriera todos los días.

—Cuchulainn, en medio ciclo de luna has entrado cuatro veces en mis sueños.

Él sonrió.

—No creo que puedas contar la última.

Ella lo miró con severidad.

—En realidad, esa vez cuenta incluso más. Compartimos el mismo sueño, y ninguno de los dos tiene el alma rota, lo cual significa que nuestros espíritus se

encontraron en algún lugar del Otro Mundo. Lo único que tenemos que hacer es repetir algo que ya hemos hecho —dijo Brighid, y él arqueó las cejas, consiguiendo que sonriera—. Menos el sexo.

—Bueno, entonces nos reunimos en sueños.

—Esa es la manera más fácil de decirlo. Tercero —prosiguió ella—, cuando nuestros espíritus estén juntos, seguimos el laberinto comenzando por el centro, círculo tras círculo, hacia el túnel.

—Y después nos deslizamos hacia el Otro Mundo.

—Sí, pero solo porque así es como comienza el típico Viaje del Chamán. No nos quedaremos aquí. Tu padre dijo que el Cáliz de Epona no está en el Mundo Inferior, y mi madre comentó varias veces lo mismo. Creo que el Cáliz de Epona está en el más alto Reino de los Espíritus, el Mundo Superior, el reino en el que la Diosa está más a menudo —explicó Brighid, y lo tomó de la mano—. Recuerda, Cuchulainn, que hay tres niveles en el Reino de los Espíritus. El Mundo Inferior, el Mundo Medio y el Mundo Superior. No podemos perdernos en los dos primeros. Sigue siempre el camino hacia arriba, y no permitas que nada te haga desviarte de tu propósito.

—Lo recordaré. Listo.

—Cuchulainn, hay varias cosas que mi madre me dejó muy claras sobre este viaje. La primera parece muy fácil, porque incluso los niños pequeños la aprenden al iniciarse en los primeros rituales y probar sus habilidades con el Reino de los Espíritus.

—Hay que dejar los problemas en el reino físico. No te los lleses al Otro Mundo —dijo Cu—. Lo sé igual que tú.

—Lo sabes, pero yo te estoy recordando que lo cumplas. Por los dos.

—Por los dos —repitió él, y le besó la mano—. Voy a apagar el fuego y a asegurarme de que el caballo esté bien.

Brighid asintió y sonrió para disimular las dudas. Mientras él ordenaba el campamento, ella repasó una y otra vez los detalles del Viaje del Chamán que le había contado su madre durante su infancia. Había algo que no dejaba de darle vueltas por la cabeza: «Antes de que bebas del Cáliz, debes enfrentarte a tu mayor aliado y a tu enemigo más poderoso, y los dos son uno y lo mismo».

Entonces, ella no sabía a qué se estaba refiriendo su madre, y tampoco había llegado a saberlo después. Tendría que fiarse de sí misma, del hombre que la acompañaba y de su Diosa.

—Todo está listo —dijo Cuchulainn, volviendo a su lado—. Es el comienzo de la noche, y con suerte, mañana por la mañana estaremos de vuelta.

—No cuentes con ello. El tiempo pasa de manera distinta en el Otro Mundo.

—Entonces, vamos a hacerlo ya.

Cuchulainn le tendió la mano y ella la tomó. Ambos se tendieron en el lecho que habían preparado en el centro del laberinto. A su lado habían dejado un odre de vino y una rebanada de pan con queso. Lo primero que debían hacer cuando volvieran era

comer y beber para que sus cuerpos se recolocaran en el reino físico.

—Se nos olvida una cosa —dijo Brighid.

Miró a su alrededor y encontró lo que necesitaba en la funda del cuchillo de Cuchulainn. Con cuidado, sacó la daga y volvió con su marido, al centro del laberinto. Él arqueó una ceja.

—Me sentiría mejor si tuvieras esto —dijo Brighid—. Sé que no puedes llevártelo físicamente, pero todas las cosas tienen alma. Tal vez el espíritu de tu cuchillo se digne a acompañarnos.

—Sería un gran alivio —respondió él, y cerró la mano alrededor de la empuñadura.

Se tendieron en el lecho y se abrazaron. Brighid suspiró, y se alegró de que el azoramiento físico hubiera desaparecido. Posó la cabeza en su pecho. Antes de cerrar los ojos, acarició la turquesa que llevaba colgada al cuello.

—Respira, Cu. Relaja el cuerpo y ordénale a tu alma que siga los latidos de tu corazón hasta mí.

—Estaré allí. No estarás sola —dijo él.

Ella lo besó antes de cerrar los ojos, y comenzó a tomar aire profundamente, para alcanzar el estado de trance. Era un ejercicio fácil para ella, puesto que lo usaba a menudo para seguir las huellas espirituales de los animales. Así pues, entró rápidamente en el estado meditativo. En aquella ocasión, sin embargo, no se concentró en la presa, sino en los latidos del corazón de Cuchulainn.

«Los tambores del Chamán son la manera más fácil de hallar una puerta hacia el Otro Mundo. Toda la vida late con ellos. Escucha y encontrarás una puerta al espíritu de la Tierra».

Su madre le había dicho aquello cuando era muy pequeña, y Brighid se alegraba de haberle prestado atención en aquella ocasión. Utilizó el recuerdo para comenzar su propia búsqueda de la Suma Chamán y apretó la oreja contra el pecho de su marido, dejando que la guiaran los latidos de su corazón.

Aquel sonido era más mágico que el de un tambor, más primitivo y más real, y ella lo seguiría con gusto hasta el final del mundo.

Cuando su espíritu se levantó de su cuerpo, la sensación fue muy diferente de la que había experimentado durante el Sueño Mágico. Su espíritu estaba rodeado de la calidez de los latidos de Cuchulainn, y por un momento, ella se quedó junto a sus cuerpos, escuchando su propia alma.

—Tenías razón. No ha sido tan difícil como yo pensaba —dijo Cuchulainn.

Estaba a su lado, y su cuerpo estaba iluminado por un suave brillo dorado. En la mano llevaba la daga blanca.

—Ha venido contigo —dijo Brighid.

—Creo que la tenía agarrada con tanta fuerza que no le quedó otro remedio —dijo el guerrero. Después, alzó la otra mano y le acarició la cara. Ella sintió la caricia como una brisa cálida en su espíritu—. Eres increíblemente bella así, plateada,

brillante.

—Tú eres dorado —dijo ella, tocándole el hombro con delicadeza.

Él miró su forma espiritual, y gruñó. Después la miró a ella.

—Vamos.

—Sigamos el laberinto. Siempre hacia la derecha para ir hacia allí, y a la izquierda para volver —dijo Brighid, y comenzó a caminar en la dirección adecuada.

A medida que seguían el camino marcado por las piedras, se dio cuenta de que el color de las paredes se había oscurecido, y de que la cueva se había convertido en una caverna gigantesca, de modo que lo que antes no era más que un pequeño túnel al fondo, era una enorme puerta de roca, sobre la que estaba escrita la palabra *Awen*.

—Inspiración —susurró Brighid—. Eso es lo que significa, en el antiguo idioma de los Chamanes.

—¿Te lo contó tu madre?

Brighid se sintió emocionada.

—No. No me lo ha dicho nadie. Lo he entendido.

—Entonces, debemos ir por aquí —dijo Cu.

Abrió la puerta y alzó la daga de manera protectora. Sin embargo, antes de que pudiera entrar, ella lo tomó del brazo.

—Yo tengo que ser la guía desde aquí, Cuchulainn.

Él asintió y se hizo a un lado para dejar que ella lo precediera. Ella jadeó, y después desapareció.

—¡Brighid! —gritó él, y agarró con fuerza la daga, preparándose para hundirse en la oscuridad, tras ella.

Entonces, oyó su risa desde abajo.

—No es nada malo, Cu. Relájate y déjate llevar.

Se dejaría llevar porque ella estaba allí abajo, pero no iba a relajarse. Con los dientes apretados, atravesó la puerta, y su cuerpo cayó. Siguió la espiral suavemente hacia la derecha, y por fin, sus pies tocaron suelo firme. Tardó un momento en recuperar la orientación; aquella vez, Brighid y él estaban frente a una puerta redonda. Brighid volvió a tocarle el brazo.

—Ten cuidado. Esta es la entrada al Mundo Inferior. No es nuestro destino.

Sin esperar su respuesta, Brighid entró por aquella puerta y salió a un mar de niebla gris que acarició su cuerpo y le provocó un escalofrío. Oyó el gruñido de sorpresa de Cu y volvió hacia él rápidamente. Lo tomó de la mano y entrelazó los dedos con los de él.

—¡Por la Diosa! ¡Aquí es donde estuvimos en nuestro último sueño! —susurró Cuchulainn.

—Brighid... —dijo alguien en medio de la neblina, y ella tuvo un escalofrío—. Brighid...

—No vamos a quedarnos aquí —le dijo Cuchulainn en un tono tenso.

—Espera, Cu. Conozco esa voz.

La niebla se abrió ante ellos, y apareció Niam.

—¡Niam! —gritó Brighid, y se adelantó automáticamente para abrazarla, pero su hermana dio un paso atrás al mismo tiempo que Cuchulainn tiraba de su esposa.

—Hermana, en este viaje tú no puedes entrar en el Mundo Inferior —dijo, y sonrió. La sonrisa le iluminó la cara, y a Brighid se le encogió el corazón—. Solo he venido para hacerte una pregunta. Tu respuesta decidirá si continúas, o si vuelves al mundo físico.

Sin embargo, Niam se giró hacia Cuchulainn.

—¿Qué harás tú si mi hermana no bebe del Cáliz de la Suma Chamán? ¿Anularás el matrimonio y volverás a tu castillo, con aquellos que te aman?

—En vida no me conociste, así que no me ofenderé por tu pregunta. No creo que quieras insultarme, y por eso, te contestaré. Nuestro matrimonio no terminará, beba o no beba Brighid del Cáliz de Epona. Yo iré a donde ella vaya, y estaré con ella en todas las dificultades. Y honraré su nombre.

—¿Por tus votos matrimoniales?

—Porque cuando hago un juramento, doy mi corazón. Para mí, son uno y lo mismo.

Por fin, Niam sonrió.

—Aunque solo eres un hombre, puede que seas digno de ella —dijo, y volvió a fijarse en Brighid—. ¿Por qué deseas convertirte en Suma Chamán, Brighid?

Ella se quedó tan asombrada por la pregunta de su hermana que pestañeó y permaneció muda. Aquella mujer centauro, que en vida parecía tan frágil, en la muerte era fuerte y segura.

—¡Responde ahora, Brighid Dhianna!

Fue la boca de Niam la que formó las palabras, pero su voz sonó extraña y poderosa. Para Brighid fue un impulso.

—Deseo convertirme en Suma Chamán porque estoy cansada de huir de las responsabilidades que me acompañaron en mi nacimiento. Han ocurrido demasiadas tragedias, desde la muerte de una niña hace mucho tiempo, hasta tu muerte, porque me negué a enfrentarme a mi destino.

—¿Y cuál es tu destino?

—Curar la plaga que ha extendido mi madre.

—¿Y qué ocurre con tus deseos personales?

Brighid alzó la barbilla.

—Le pertenezco a Cuchulainn, y él me pertenece a mí, pueda o no pueda alcanzar la habilidad del cambio de forma.

Niam sonrió, y recuperó su voz.

—Cuando hablé de tus deseos personales no me refería a tu esposo, hermana. Como Suma Chamán, tendrás un gran poder. ¿Qué harás con él?

Ella miró fijamente a los ojos a su hermana.

—Deberé tener mucho cuidado para usar ese poder con sabiduría, para escuchar a

la Diosa y a mi conciencia antes que a mis deseos y emociones.

La sonrisa de su hermana se volvió radiante.

—Entonces, que Epona te bendiga con su Cáliz.

Niam abrió el brazo hacia la derecha del guerrero y la Cazadora y la niebla comenzó a abrirse, hasta que dejó a la vista una escalera de piedra gris que ascendía hasta desaparecer entre más gris.

Brighid se volvió para despedirse de su hermana, pero la niebla se había cerrado a su alrededor y la había ocultado.

La Cazadora irguió los hombros y le dijo a Cuchulainn:

—Subamos.

Capítulo 45

Las escaleras eran lo suficientemente anchas como para que los dos pudieran subir uno junto al otro. Cuando entraron de nuevo en la niebla, él preparó la daga. Tal vez eso no debería haber reconfortado a Brighid, pero la reconfortaba.

Por fin, los escalones de piedra terminaron, y comenzó a soplar un viento cálido que les acarició los rostros y que disipó la niebla. Se vieron sobre una plataforma que dominaba un río de luz. Brighid y Cu miraron las aguas luminosas sin poder apartar los ojos de ella. Con los remolinos de agua que fluían, comenzaron a pasar escenas de sus vidas en las profundidades cristalinas.

Cuchulainn de niño, con su primera espada de verdad...

Brighid corriendo con despreocupación infantil por un mar de hierba... Cuchulainn abrazando a Elphame herida mientras Brighid los llevaba a ambos sobre su lomo hasta el Castillo de MacCallan... Brighid inclinada sobre las huellas de garras y leyendo la historia de la muerte de Brenna...

—¡Basta! —gritó Brighid. Tomó a Cuchulainn de los hombros y lo obligó a girarse hacia ella—. ¡No mires ese río!

—¿Qué es? —preguntó él con la voz ronca. Era evidente que aquellas imágenes le habían afectado mucho—. ¿Por qué estamos viendo el pasado?

—Es el Mundo Medio. Es el mundo en el que se viaja por el tiempo y el espacio. El río nos mostrará el pasado, e incluso el de otros mundos que no conocemos. Es muy fácil perderse aquí. Muchos se han perdido. Pero nosotros no debemos dejar que capture nuestra alma, Cu. Debemos continuar.

—¿Puede mostrarme a Brenna, y su muerte, o la última vez que estuvimos juntos en vida?

—Sí —dijo Brighid, dejando a un lado el dolor que le causó aquella pregunta—. Si lo deseas, puedes quedarte aquí, en las aguas del pasado. No te odiaré por ello. Incluso te liberaré del juramento que me hiciste. Pero debes saber algo, Cuchulainn: yo quiero que tomes esta decisión, y que la tomes ahora. Elige a Brenna y el pasado, o a mí y el futuro. Yo también la quería, pero no voy a compartir a mi marido con un fantasma.

Él dio un respingo violento, como si lo hubiera golpeado, y pestañeó. Miró a su alrededor como si estuviera entendiendo dónde se encontraban en aquel mismo momento.

Cuando sus ojos volvieron a fijarse en la seductora corriente de agua luminosa, apartó la vista rápidamente.

—Te elijo a ti, y a nuestro futuro. Te elegí cuando nos casamos, y no deseo que me liberes de mi juramento, ni ahora ni nunca. Por muy atractivo que este mundo dibuje el pasado.

—Entonces, continuemos —respondió ella con un inmenso alivio.

—¿Hacia dónde?

La Cazadora señaló hacia la derecha con la barbilla.

—Por ahí.

Cuchulainn se giró y vio una puerta abierta que mostraba un interior negro. Evidentemente era un túmulo funerario, cuyo exterior estaba cubierto de hierba y flores. El camino estaba pavimentado con grandes losas de piedra blanca. Cuchulainn se apartó para que Brighid lo precediera, y mantuvo la mirada fija en ella para no dejarse tentar por el río.

Cuando Brighid entró en el túmulo oscuro, oyó el sonido de un cuervo furioso tras ellos, y supo que era su madre quien había orquestado la tentación de Cuchulainn.

Eso significaba que era importante que el guerrero la acompañara. Si Cuchulainn fuera insignificante, Mairearad no lo habría tomado como objetivo.

—¿Estás bien? ¿Por qué nos hemos detenido?

—Todo va bien, Cu. Vamos a seguir aquella luz.

Avanzaron rápidamente, y pronto se encontraron ante otra puerta que estaba iluminada por la luz de la luna. Juntos la atravesaron, e hicieron su entrada en el Mundo Superior.

Frente a ellos había un bosque enorme. A la luz pálida de la luna, vieron que los colores de los árboles, las flores y la hierba eran increíblemente brillantes. Del lugar en el que se hallaban partían tres caminos, y los tres desaparecían en las profundidades de aquel bosque.

—¿Cuál seguimos? —preguntó Cu.

Brighid carraspeó e intentó sentir cuál era el camino, pero no lo consiguió y exhaló un suspiro de frustración. En realidad, los tres la llamaban. La música que sonaba en cada uno de ellos era atrayente y mágica, y de pronto, ella solo quiso liberarse de la responsabilidad en la que estaba intentando atraparla aquella búsqueda. Se quedaría allí, recorriendo aquellos caminos durante toda la eternidad. Podría correr por ellos, como había corrido por las Llanuras de los Centauros cuando era niña. Sería libre, feliz, y entonces...

—¡Brighid!

La mujer centauro pestañeó y movió la cabeza, intentando evitar la llamada seductora de la música.

—¡Brighid! ¡No puedes abandonarme!

Su mirada se aclaró en el mismo instante en que la música cesaba. Cuchulainn la estaba mirando con los ojos muy abiertos. Había clavado la daga en el suelo y la tenía agarrada de ambas manos. Ella intentaba que la soltara para poder irse por cualquiera de los caminos.

—Estoy... estoy aquí. He vuelto —murmuró, y cuando continuó hablando, su voz se hizo más fuerte—. Ha sido la música. ¿Has oído la música que me llamaba?

—No. Solo he oído los graznidos de un cuervo. Nada más, Brighid. Tú no has dicho nada. Los ojos se te han quedado vidriosos. No te movías, no respirabas y no

me respondías. Después comenzaste a caminar hacia delante como si fueras una muerta en vida. Incluso cuando te agarré para que no te alejaras seguiste actuando como si yo no estuviera aquí. O tal vez es que ya no estabas aquí.

—Ya he vuelto —dijo ella, y le acarició suavemente la mejilla, estremeciéndose al pensar en que su madre también había intentado hechizarla a ella—. Tú me has traído.

—Siempre te llamaré para que vuelvas cuando te hayas ido —respondió Cuchulainn, y con reticencia, apartó las manos de sus hombros. Después recogió la daga del suelo y se pasó una mano por el pelo—. Sin embargo, te agradecería que no lo hicieras más.

Ella sonrió y volvió a concentrarse en los tres caminos. En aquella ocasión, cuando la seductora música volvió a llamarla, Brighid resistió la tentación. Entonces, la música cambió y se convirtió en el chillido de un pájaro furioso. En ese momento, ella sintió el calor de la turquesa en el pecho, y por instinto agarró la piedra mientras oía lo que le decía su espíritu:

«Recuerda cómo me entregaron a ti».

—El halcón —murmuró Brighid. Entonces sonrió y exclamó con seguridad—: ¡Llamo a mi guía espiritual, el halcón plateado!

El gañido del ave resonó por el cielo nocturno mientras revoloteaba alrededor de Brighid una vez. Después se posó majestuosamente en la rama más baja de uno de los robles del bosque.

Brighid inclinó la cabeza para saludar al pájaro, y le dio un codazo a Cuchulainn para que hiciera lo mismo.

—Gracias por acudir a mi llamada —le dijo.

El halcón plateado movió la cabeza hacia un lado y observó a la Cazadora.

«¿Deseas continuar con tu búsqueda?».

La pregunta resonó con claridad por la mente de Brighid.

Por el rabillo del ojo vio que Cuchulainn se sobresaltaba, así que entendió que él también podía oír al pájaro.

—Sí, lo deseo —respondió.

«Entonces dime, Cazadora, ¿cuál de estos caminos elegirías?».

—Ninguno de los tres —respondió Brighid sin titubear.

Aquella respuesta era la más sincera con su propia alma.

Si su madre había intentado que tomara alguno de los tres, ella se negaría a hacerlo, aunque parecía imposible entrar al bosque por cualquier otro lugar. Tenía la sensación de que, durante el poco tiempo que llevaban allí, la vegetación se había hecho más espesa, y de que lo que en principio parecía una hierba suave se había convertido en una barrera de zarzas y brezo. Claramente, la manera de atravesar el bosque era hacerlo por uno de aquellos tres caminos, pero ella acababa de rechazarlos.

«Has elegido con sabiduría. Sígueme, Cazadora, y conviértete en lo que estás

destinada a ser».

El halcón levantó el vuelo y voló muy bajo entre dos ancianos robles para entrar al bosque.

—Tal vez yo deba guiarte en esta ocasión —dijo Cuchulainn.

Ella asintió, y el guerrero alzó la daga y comenzó a cortar las zarzas. Brighid oyó que gruñía de la sorpresa, y miró por encima del hombro de su marido hacia delante. En cuanto la luz blanca de su espada tocó los matorrales de espinas, las plantas desaparecieron. Cu la miró, sonrió y comenzó a caminar por el bosque, tras el pájaro. Brighid lo siguió gustosamente y se dio cuenta de que el halcón los estaba llevando por un camino distinto a los demás, como cuando los había dirigido a través de las Colinas Azules.

El bosque fue aclarándose a medida que avanzaban. Siguieron al halcón con facilidad, y lo que al principio les había parecido impenetrable cambió por completo. Seguía siendo frondoso, pero el suelo estaba alfombrado de hojarasca suave. Viajar por allí era algo maravilloso, y no una prueba difícil.

Entonces, Cuchulainn se detuvo en seco.

—Por la Diosa... —susurró—. Mira allí.

Brighid siguió la dirección de la mirada del guerrero y jadeó. A su izquierda, el suelo del bosque se abría como si fuera la guarida de una bestia negra y enorme. Los tres caminos por los que había intentado llevarla su madre se hundían en aquel agujero. Brighid supo que ni siquiera lo habría visto. La música la habría cegado, y ella habría caído al foso. Solo la Diosa sabía adónde llevaría aquel agujero, pero ciertamente, no era hacia el Cáliz. De haber elegido alguno de los tres caminos fáciles, su búsqueda hubiera terminado allí.

«Algunas veces, elegir lo que parece imposible es el único camino para encontrar tu futuro».

La voz del halcón resonó en su mente de nuevo, y el animal revoloteó sobre sus cabezas y siguió guiándolos en dirección contraria al foso. Ellos lo siguieron.

No habían caminado mucho más cuando en el bosque apareció un claro de hierba iluminado por la luna. En el centro había una pila de piedra tallada con nudos y runas, todos ellos enlazados para formar la silueta de la Diosa con los brazos elevados por encima de la cabeza, de modo que parecía que sus manos tocaban el agua que fluía de la fuente. A un lado de aquella pila había un Cáliz de oro, con el triple nudo de las Yeguas de Epona. El halcón voló en círculo sobre el claro tres veces, y se posó en el único roble que daba sombra a la fuente.

—Es el Cáliz de Epona —susurró Brighid con reverencia.

—Ve, amor mío. Toma lo que es legítimamente tuyo —dijo Cu.

—Solo si tú vienes conmigo —respondió ella.

Él la besó suavemente.

—Adonde tú vayas, yo iré también.

Se acercaron juntos a la fuente, pero a medida que avanzaban, Cuchulainn fue

quedándose atrás instintivamente y dejó que ella se adelantara. Vigilaría y la protegería, pero no podía compartir lo que ella estaba a punto de experimentar.

Brighid se aproximó con lentitud a la fuente. Sin embargo, en vez de llenar el Cáliz y beber de él, se concentró en el agua. Borboteaba del centro de la pila, y Brighid metió la mano en el líquido. Al sacarla, parecía que tenía hilos de luz de luna cayéndole de los dedos. Después miró dentro de la fuente, y la superficie del agua tembló como si hubiera soplado una ráfaga de viento sobre ella. Brighid abrió mucho los ojos. En el agua vio la imagen de su hermano. Él también estaba ante la pila, igual que ella. Sin embargo, él no tocó el agua, y su rostro no mostraba la reverencia que había sentido ella al entrar en el bosque de Epona.

«Enemigo... aliado... ¡No tengo tiempo para esto!», dijo Bregon, y su voz resonó desde el reflejo del pasado. «Lo más importante es que he recibido una buena educación y un buen adiestramiento, y que usaré el poder para mi clan».

Sin decir una palabra más, Bregon tomó posesivamente el Cáliz, lo hundió en el agua, se lo llevó a los labios y bebió con avidez. Cuando terminó, arrojó el Cáliz a la pila, echó la cabeza hacia atrás y gritó victoriosamente.

Brighid, con el estómago encogido, vio a su hermano darse la vuelta y desaparecer en el bosque. Al mirar de nuevo en la pila, vio que la silueta del espíritu de su hermano continuaba allí. En mitad del bosque se formó otra silueta del centauro, y cerca de los árboles aparecieron otras dos.

¡Todos eran Bregon! Todas las apariciones eran casi transparentes, y estaban observando la silueta más sólida de todas ellas, la que estaba junto a la fuente. Tenía la cabeza inclinada, y mientras los demás miraban, tomó el Cáliz y lo depositó con respeto en el borde de la fuente. Alzó la vista y la clavó en su hermana. Tenía el rostro bañado en lágrimas.

Después, todos los demás, y él, desaparecieron.

Brighid supo que lo que acababa de ver era a su hermano bebiendo del Cáliz de Epona. Se había convertido en un Sumo Chamán, estaba segura. Sintió una tremenda tristeza, porque también estaba segura de que el alma de su hermano se había hecho añicos. ¡Bregon se había dejado muchos pedazos atrás! Cu solo había perdido una parte de su espíritu, y eso lo había dejado convertido en una sombra de sí mismo, así que ella no podía imaginarse lo que debía de estar ocurriéndole a su hermano. ¿Cómo iba a poder sobrevivir tan fragmentado?

Brighid suspiró y hundió los dedos en el agua de nuevo.

Todo iba mal. ¿Cómo era posible que el veneno de una mujer pudiera sobrevivir después de su muerte para destruir una generación entera?

—Llegas tarde, hermana.

Brighid se dio la vuelta. Su hermano estaba junto a ella.

No era ninguno de los pedazos de su alma que acababa de ver. Era un centauro que irradiaba poder, un poder que ella todavía no había probado.

Capítulo 46

Brighid volvió a adoptar la actitud fría tras la que se había protegido durante toda su vida. Sonrió amable y desinteresadamente.

—Hola, Bregon.

Él entornó los ojos.

—Deja de fingir y márchate, hermana. Ya no tiene sentido que bebas el Cáliz de Epona. Elegiste otro camino, y nuestra madre quedó satisfecha con tu elección. Yo también. Vuelve al bosque con esa gente a la que amas tanto. Nuestro clan no te necesita.

—Nuestra madre era una mujer centauro retorcida y triste cuya hambre de poder le impidió sentir satisfacción con nada, Bregon. Cuando aceptes eso, serás libre de su fantasma.

—Así que sabes que ha muerto.

—Sí, lo sé. Me lo dijo Niam.

Bregon frunció los labios con desprecio al oír el nombre de su hermana pequeña.

—Ella murió por traerme la noticia —continuó Brighid.

El desdén desapareció del semblante de Bregon.

—¿Niam? ¿Ha muerto?

—Nuestra hermana galopó hasta reventar de agotamiento. Quería terminar con el odio que nuestra madre alimentó en el clan, y eso significaba más para ella que su propia vida.

Bregon se pasó las manos por la cara, y después miró a Brighid, y ella vio por primera vez al verdadero extraño con el alma de hierro en el que se había convertido.

—Niam era una estúpida y una débil. Vivía así. Murió así.

—Dar la vida por otro no es ninguna estupidez.

—Sí lo es, si tu esfuerzo no vale para nada.

—Mira a tu alrededor, Bregon. Yo estoy aquí por Niam. Por ella voy a beber del Cáliz de Epona. Y por ella voy a volver a las Llanuras de los Centauros y voy a ocupar el puesto que me corresponde por nacimiento, el de Suma Chamán del Clan de los Dhianna.

—No, hermana, creo que no.

Bregon avanzó hacia el Cáliz con una mirada maligna.

Entonces, con la facilidad de un Maestro Guerrero, Cuchulainn se interpuso entre el hermano de Brighid y el Cáliz.

—Piénsalo mejor, Bregon —dijo.

Bregon se sorprendió.

—¿Un hombre? —preguntó en un tono divertido.

—Vaya, Brighid, justo cuando estaba empezando a dudar de la inteligencia de tu hermano, ha conseguido asombrarme con sus agudos poderes de observación —dijo amablemente Cuchulainn.

A Brighid se le escapó una carcajada, y aquel sonido encendió a Bregon.

—¿Cómo te atreves a hablarme así, hombre insignificante?

Cuchulainn arqueó las cejas como si Bregon acabara de decir algo divertido, en vez de insultarlo.

—Es cierto que soy solo un hombre, pero esto —dijo, blandiendo la daga de luz— compensa mi falta de cascos.

—Ahora estás en el Otro Mundo, idiota. Las dagas son un arma del reino físico. Aquí necesitas el poder que te hayan concedido los espíritus. Como este —dijo el centauro, y comenzó a mover las manos a su alrededor. Entonces murmuró unas cuantas palabras y lanzó algo invisible hacia Cuchulainn. Por instinto, el guerrero alzó la daga, y una bola de luz chasqueó y se estrelló contra la hoja blanca.

—¡No es posible! —exclamó Bregon—. No debería haberte protegido. Es solo una daga.

—Es el espíritu de una daga —respondió Cuchulainn—. ¿Quién es aquí el idiota, Bregon? ¿Por qué motivo iba a convertirse una daga en algo tangible en el Reino de los Espíritus? Mi daga tiene poder aquí porque me ayuda a cumplir con un juramento que es vinculante en todos los reinos.

—¿Un juramento? ¿Qué...?

—Bregon, te presento a Cuchulainn MacCallan, hijo de Midhir y Etain. Es mi compañero —dijo Brighid.

Brighid se quedó horrorizado.

—¿Te has casado con este hombre?

—Sí —dijo Cuchulainn, y comenzó a caminar hacia Bregon—. E incluso en el Otro Mundo, mi daga la protegerá porque he jurado que ella es más querida para mí que yo mismo —explicó. Se detuvo cuando la punta de su daga estuvo apretada contra el pecho del centauro—. Ahora, márchate antes de que haga algo que sugiera que no honro su apellido como el mío.

Bregon comenzó a retroceder lentamente, y Cuchulainn, que lo siguió, mantuvo la daga preparada. Justo antes de entrar en el bosque, Bregon miró a su hermana.

—No voy a ceder lo que me ha costado tanto conseguir —le dijo.

—Muy bien, Bregon, ya te he escuchado. Ahora, escúchame tú. Voy a terminar con el odio y las tensiones que nuestra madre alimentó durante su desdichada vida. Te lo juro. Puedes elegir estar a mi lado, o contra mí. Pero si estás contra mí, te expulsaré del clan como lo haría con cualquier otro traidor.

—Ya he elegido. Cuando entres en las Llanuras de los Centauros, mejor hazlo con alguien más que con este hombrecillo —le escupió Bregon, y después desapareció en el bosque.

Cuchulainn permaneció junto al límite entre el claro y los árboles sin apartar la vista de las formas y las sombras que revoloteaban sin cesar.

—Brighid, estaría mucho más tranquilo si bebieras del Cáliz y volviéramos a la cueva.

—Un momento —dijo ella—. Tengo que asegurarme de que...

Sus palabras se acallaron cuando tocó con los dedos el Cáliz. ¿De qué tenía que asegurarse? No lo sabía, solo sabía que no era igual que su hermano, y que no iba a tomar la copa y tirarla sin miramientos después de usarla.

«Ahora te toca a ti, querida niña».

Brighid alzó la vista y vio a una mujer, vestida con una túnica blanca, que caminaba por el claro hacia ella. Parecía que se movía sobre una nube de rayos de luna y, mientras se acercaba a Brighid, la forma de la mujer cambió, y pasó de ser una bella joven rubia a una mujer de mediana edad con un cuerpo fuerte y útil, y después, a una anciana con el pelo del color de la nieve.

Sin embargo, sus cambios no cesaron ahí. En un instante era una mujer, y al instante siguiente era una elegante yegua plateada, y después un centauro poderoso que llevaba el arco de una Cazadora en la mano derecha y que después se transformaba en una niña alada de los Nuevos Fomorians.

Brighid, maravillada, apartó los ojos y le hizo una reverencia a la Diosa.

—¡Ave, Epona! —dijo—. Diosa de todas las cosas que son salvajes y libres. He venido a tu bosque porque...

—Hija —dijo la Diosa con una voz sorprendentemente amable—. Sé por qué has venido.

Brighid la miró. Epona había adoptado la forma de una mujer en la mejor edad de su vida. Todavía llevaba la túnica blanca, y el tejido le marcaba las curvas generosas y mostraba su belleza voluptuosa.

—Por supuesto que sabes por qué he venido. Yo... lo siento... No quería... —En aquella ocasión fue Brighid quien se interrumpió. Cerró los ojos e intentó controlar el temblor que sentía. Cuando los abrió, dijo—: Epona, te pido permiso para beber de tu Cáliz y para asumir las responsabilidades de la Suma Chamán del Clan Dhianna.

Epona la observó con atención.

—Has visto a tu hermano en el reflejo de la fuente.

—Sí, Diosa.

—¿Y te has dado cuenta de que no ha pedido mi bendición? Simplemente bebió y se marchó.

—Yo no soy mi hermano, Diosa.

Epona sonrió.

—Te pareces mucho a tu madre, pero no tienes su corazón. Has elegido un camino distinto.

—Eso espero, Epona.

La Diosa miró al borde del claro y sonrió aún más.

—¡Ah, Cuchulainn! ¡Puedes acercarte a mí!

Cu se había puesto de rodillas en cuanto había aparecido Epona, y en aquel momento se acercó a la Gran Diosa con el corazón acelerado.

—¡Ave, Epona! —dijo, y se inclinó ante ella.

—Me alegro de verte en mi bosque sagrado, Cuchulainn. Eres el hijo de mi Amada, y me decepcionó mucho que rechazaras los dones que, por amor a tu madre, te concedí.

—Perdóname, Diosa. Me ha llevado bastante tiempo crecer.

Epona asintió pensativamente.

—Una respuesta sabia y sincera —dijo la Diosa, y señaló la daga que él llevaba en la mano—. ¿Habrías derramado la sangre de Bregon aquí, en mi bosque?

Cuchulainn respondió sin titubeos.

—Para proteger a Brighid, sí, lo habría hecho.

—¿Aunque me hubieras causado disgusto?

—Tendría la esperanza de que quisieras que honrara el juramento que le hice a Brighid, del cual fuisteis testigo mi madre y tú, y que por ese juramento tuvieras misericordia y me perdonaras por profanar tu bosque sagrado.

Cuchulainn volvió a inclinarse humildemente ante la Diosa.

Epona estaba en silencio observando al guerrero. Cuando respondió, su tono de voz era pensativo.

—Me parece que te concedí los dones equivocados. Es lógico que un guerrero considere que las visiones y los presentimientos son algo contra lo que debe luchar. No me extraña que no concordaran con tu espíritu. Te los retiro, Cuchulainn —dijo la Diosa, e hizo un gesto con la mano hacia él. Cuchulainn jadeó y se tambaleó, y ella prosiguió—: A cambio, te concedo el don de la segunda visión. De ahora en adelante tendrás la capacidad de ver, de una manera sagrada, las formas de todas las cosas que hay en el espíritu. Conocerás la verdadera alma que habita en un cuerpo. Verás a través de la oscuridad de la vida.

Cuchulainn cayó de rodillas, abrumado por la ráfaga de poder que se apoderó de su cuerpo.

—Usa ese don sabiamente, Cuchulainn MacCallan, hijo de mi Amada y Elegida. No permitas que tu espada cercene la vida de alguien cuyo espíritu se puede redimir.

—Intentaré ser sabio, Gran Diosa —respondió él, con la voz ahogada.

La Diosa sonrió y le acarició la cabeza. Después, se volvió hacia la Cazadora.

—¿Por qué titubeaste a la hora de beber de mi Cáliz después de que tu hermano se marchara de mi bosque?

—En mi niñez, mi madre me contó varias cosas sobre su búsqueda del Cáliz. He olvidado muchas cosas, porque ella dejó de hablarme del Otro Mundo en cuanto se dio cuenta de que yo no iba a seguir su camino.

—Pero hay algo que no has olvidado.

—Sí. Mi madre me dijo que antes de beber del Cáliz debía enfrentarme con mi mayor aliado y mi enemigo más poderoso.

—Y que los dos son la misma cosa —dijo la Diosa.

—Sí. En tu bosque solo he hallado a mi hermano, y no creo que sea mi mayor aliado, aunque podría ser mi peor enemigo.

—No es ninguna de las dos cosas —respondió Epona. Después señaló la fuente—. Mira en las aguas, Brighid Dhianna, y sabrás qué es lo que buscas.

Decididamente, Brighid miró en el agua. El líquido se quedó de repente inmóvil, como un espejo donde ella se reflejaba perfectamente. Miró con suma atención, se inclinó sobre el borde, y se sobresaltó. Estaba viendo su reflejo, pero al mismo tiempo veía claramente la cara de su madre.

Y de repente, lo entendió. La mayor aliada y la enemiga más poderosa que pudiera tener era ella misma. Si aceptaba el poder de una Suma Chamán, también estaría bebiendo lo que había corrompido a su madre, y aquella capacidad para la corrupción acechaba en ella. Había nacido allí, junto a sus dones espirituales.

—Puedes permitir que ese conocimiento te paralice —dijo la Diosa—, o puedes admitir que ella es parte de ti y que sabes que debes estar en guardia contra sus debilidades, que también son las tuyas, además de aceptar sus puntos fuertes.

Brighid se dio la vuelta y miró a Epona a los ojos.

—¿Por qué permites beber de tu Cáliz a aquellos que pueden corromperse?

La Diosa sonrió bondadosamente.

—Yo les concedo a mis hijos la libertad de elección. Es el don más grande de todos, pero con esa libertad llega también el dolor y la maldad, además del amor y el coraje. La bondad no puede existir sin el mal. Hija —dijo, acariciándole la cara a Brighid con un gesto maternal—, solo porque exista la posibilidad de que alguien se corrompa, esa corrupción no tiene por qué producirse. Recuerda siempre que yo creo en el bien que hay en ti, Brighid.

—Gracias —le susurró a la Diosa.

Después, Brighid tomó el Cáliz por su pie, lo hundió en el agua y, ante la Diosa y Cuchulainn, bebió.

Brighid sintió una riada de poder en el cuerpo, y en aquel torbellino, notó que su mente se desenrollaba y se desplegaba. De nuevo era parte de la tierra, del cielo y de la luna, del sol y de las estrellas. Vio que todo tenía alma, y que todo estaba relacionado. Los conceptos de realidad e irrealdad se estiraron y cambiaron en su interior, y entendió de una manera nueva que el Reino de los Espíritus y el mundo físico no eran más que diferentes puntos de una rama flexible que podía curvarse, doblarse y rediseñarse para que los extremos finales de la realidad y de la irrealdad se encontraran y se convirtieran en uno.

«Así es como cambiaré de forma para emparejarme con Cuchulainn. Solo tendré que plegar la realidad...».

El pensamiento emergió del tumulto que tenía en la mente, y la devolvió al suelo. Pestañeó para aclararse la visión y, una vez más, estaba en el bosque de Epona, con el Cáliz de la Diosa en la mano.

—¿Brighid? —le dijo Cuchulainn, que estaba a su lado, mirándola con preocupación.

—Todo va bien —respondió Brighid con una sonrisa para calmarlo. Después se

inclinó ante Epona—. Gracias por el gran don que me has concedido, Epona.

La Diosa tomó a Brighid por la barbilla e hizo que levantara la cara.

—Creo que vas a usarlo con sabiduría, hija.

Después sonrió a los dos.

—Ahora debéis regresar. Hicisteis bien en actuar con celeridad. Hay poco tiempo, y tenéis mucho que hacer.

Epona dio unas palmadas, y el suelo se abrió bajo Brighid y Cuchulainn. Flotaron en espiral hacia la izquierda, y por encima de ellos resonó la voz poderosa de Epona, que los bañó en amor y en calidez.

«Sabed que mis bendiciones están con vosotros, hijos míos...».

Capítulo 47

Volver a sus cuerpos no fue, claramente, la experiencia suave que había sido salir de ellos. Brighid se despertó jadeando, tosiendo e intentando no vomitar.

—Vamos, toma esto. Sienta bien.

Cuchulainn le puso el odre contra los labios. Ella bebió.

Cuando el calor del vino se le extendió por el cuerpo, notó que cesaba su temblor y que las náuseas se mitigaban.

—Ahora te toca a ti —jadeó ella, y le entregó el odre para que él pudiera beber también.

—Mi padre —dijo él en una pausa—. Él siempre estaba muy pálido después de un viaje espiritual, y cuando yo era niño me asustaba. Entonces, me explicó que no era tan malo como parecía, siempre y cuando uno bebiera y comiera rápidamente después de volver.

Mientras hablaba, Brighid desenvolvió el bocadillo de pan y queso, lo partió en dos y le entregó uno de los pedazos a Cuchulainn.

Él sonrió para darle las gracias.

—La próxima vez que vea a mi padre tendré que decirle que no me describió bien el hecho de que te arrojen a tu cuerpo.

—Yo se lo agradezco, porque así tú supiste que debías dejar todo esto preparado para nosotros —dijo ella. Mordió el bocadillo y frunció el ceño. Olisqueó el queso, miró a Cuchulainn y vio que él estaba haciendo lo mismo.

—Está viejo —dijo él.

—El pan está duro, y el queso tiene moho.

Entonces, se miraron y lo comprendieron todo.

—Dejé el pedazo de venado colgando de la rama de un árbol —dijo Cuchulainn. Tomó un trago de vino y se puso en pie con dificultad. Brighid lo imitó, aunque con las patas temblorosas. Cuchulainn le entregó el odre.

—Bebe más. Yo voy a ver el ciervo —dijo, y salió de la cueva.

Ella estaba demasiado débil como para discutir. Le quitó el moho al queso y comió varios bocados rápidamente, además de obligarse a tragar un poco de pan duro. Cuando sintió que las patas podían llevarla, siguió a Cu. Hacía una noche clara y cálida. Brighid recordó; cuando habían comenzado el viaje espiritual, era pronto por la noche, y se sentía como si solo hubieran salido de su cuerpo durante unos minutos. Sin embargo, el pan y el queso decían otra cosa...

Brighid estaba mirando a la nada y de repente su mente asimiló lo que estaba viendo.

—La carne está totalmente rancia, y el caballo ha roto las ataduras y se ha largado. A primera hora de la mañana tendré que...

Cuchulainn se quedó callado al ver la cara de asombro de Brighid.

—¿Qué ocurre?

—La luna está en cuarto menguante.

Ambos miraron la rendija blanca de luna que había en el cielo negro.

—Pero si anoche estaba llena, ¿no?

Ella asintió.

—Estaba llena la noche que entramos al Otro Mundo. Lo recuerdo porque lo iluminaba todo.

—Durante tu viaje en el Sueño Mágico hacia el Castillo de MacCallan.

—Han pasado por lo menos diez días desde la luna llena al cuarto menguante, Cu. Cu se pasó la mano por el pelo.

—No me extraña que nos sintamos tan mal.

—Puede que hayan pasado días desde que Bregon salió de la cueva. No sabemos cuánto tiempo estuvimos en presencia de la Diosa.

Él la tomó de la mano.

—Es cierto. No podemos saberlo, y tampoco podemos hacer nada con respecto a Bregon ni a tu clan esta noche —respondió. Al ver que ella iba a protestar, negó con la cabeza—. No. Sería una tontería que hiciéramos algo esta noche, algo que no sea comer y dormir y dejar que se recuperen nuestro cuerpo y nuestro espíritu. Por la mañana iré en busca del caballo, y después decidiremos lo que vamos a hacer.

—Yo ya sé lo que tenemos que hacer —respondió Brighid—. Bregon soltó fanfarronerías y bravatas. Yo no voy a necesitar un ejército para ocupar mi lugar legítimo en el Clan Dhianna. Cuando el clan sepa que he bebido del Cáliz de Epona, me aceptarán.

—¿Y los centauros leales a Bregon?

—Habrá algunos, pero muchos menos de los que piensas —dijo ella, y sonrió—. Verás, mi esposo guerrero, ninguna mujer centauro le negaría su lealtad a la primogénita de su Suma Chamán.

Él le devolvió la sonrisa.

—Así que los que se levanten contra ti estarán eligiendo vidas solitarias.

—Exactamente.

Él la tomó del brazo y se la llevó hacia la cueva. Caminaron lentamente, con debilidad.

—Eso me da más esperanzas con respecto a esto. Tal vez la transición hacia tu liderazgo no sea tan traumática como hemos pensado.

—Tal vez —respondió ella—. Pero tenemos que enfrentarnos a mi hermano. Él ya ha dejado claro que no va a abandonar la posición que ha usurpado.

—Entonces, tendremos que hacerle entender que no le queda más remedio —dijo Cuchulainn.

—Cu, cuando la fuente me mostró a Bregon bebiendo del Cáliz, vi otra cosa. Él salió del bosque, pero se dejó varios pedazos de su espíritu. Su alma se ha roto terriblemente —dijo ella, y le acarició la cara a su esposo—. Prométeme que recordarás que no está completo cuando te enfrentes a él.

—Te lo prometo —respondió Cu, y le besó la mano—. Pero tienes que entender que, por mucha pena que pueda sentir por él, no le permitiré que te haga daño.

—No puedo creer que quiera hacerme daño de verdad, Cu. Todavía recuerdo lo dulce y bueno que era de niño. Solo quería el amor y la aprobación de su madre.

—Ya no es un niño. Pero no te preocupes, mi bella Cazadora, siempre recordaré que es tu hermano.

Volvió a besarle la mano. Después buscaron por la boca de la cueva los utensilios para encender el fuego, que él había dejado preparados.

—Creo que si hervimos un poco de la carne seca que tenemos en las alforjas podríamos hacer un caldo decente en el que empapar el pan duro.

—Yo quitaré el moho del resto del queso —dijo Brighid.

—Gracias a Epona por el amor que mi madre siente hacia el vino, porque de eso tenemos mucho.

Encendieron una buena hoguera y prepararon la comida, hablando de sus experiencias en el Otro Mundo, sobre todo de la reverencia que habían sentido al verse ante la Gran Diosa. Brighid observó a Cuchulainn mientras hablaba, pensando en la suerte que tenía por estar con un compañero tan valiente y leal. Entonces, con un pequeño sobresalto, se dio cuenta de que tenía el poder de cambiar de forma, y de que podía unirse por completo a él. Fue aquel pensamiento lo que la hizo sonreír incluso mientras perdía la batalla contra el agotamiento y, junto a Cuchulainn, se quedaba dormida.

Cuando Brighid abrió los ojos, la cueva estaba empezando a recibir la luz del amanecer. Se estiró con cuidado de no despertar a su marido y se puso en pie, probando si su cuerpo seguía siendo tan poco fiable como lo había sido durante la noche anterior. «No», pensó felizmente, «¡me siento muy bien!».

Salió de la cueva y se encaminó hacia la cascada. Se quitó el chaleco y se situó bajo la ducha de agua fría. Levantó la cara hacia la corriente y abrió la boca para beber agua. Se sentía increíblemente viva, y notaba una sensibilidad muy intensa hacia todo lo que la rodeaba, algo que no había experimentado nunca. Era como si, hasta aquella mañana, los árboles, las piedras y la misma Tierra hubieran estado dormidos, y de repente, todo se hubiera despertado.

Se rio suavemente y salió del agua. Miró hacia las Llanuras de los Centauros. Ya había luz suficiente para ver las praderas de hierba, y ella susurró:

—Mi hogar... Voy a mi casa.

Brighid ignoró el chaleco y se lo dejó en una roca, junto a la cascada. Se sentía poderosa y bella, y llena de pasión.

Cuando volvió a entrar en la cueva Cuchulainn se movió y abrió lentamente los ojos. Al ver la silueta de Brighid recortada contra el resplandor del cielo del amanecer en la entrada, sonrió y se apoyó sobre un codo.

—Ahí de pie, desnuda y mojada, pareces un hada que se haya escapado del Otro Mundo —dijo, con la voz todavía ronca del sueño.

—No me extraña. Esta mañana me siento diferente, como si no fuera completamente de este mundo.

Cuchulainn se sentó.

—Eres diferente, mi bella Cazadora. Eres una Suma Chamán.

Brighid lo miró a los ojos, observándolo con atención, para discernir si había alguna reticencia, o alguna reserva.

Entonces sonrió, porque solo vio a Cuchulainn, y el amor que se reflejaba en su mirada.

—¿Crees que ahora la gente dejará de llamarme Cazadora?

—¿Eso te entristecería? —le preguntó él.

—Sí. Me pondría triste. En el fondo, yo siempre seré una Cazadora.

—Entonces, para mí siempre serás mi bella Cazadora.

—Eso espero, Cu. De veras, eso es lo que espero —respondió Brighid. Al ver que él comenzaba a levantarse, negó con la cabeza—. No. No vengas hacia mí todavía. Quiero que te quedes ahí.

Él ladeó la cabeza y la estudió.

—¿Qué estás tramando?

—No estoy segura. Solo dame un momento.

—No voy a ir a ninguna parte, Cazadora —dijo él.

—Necesito que estés muy callado —le pidió ella con una sonrisa—. Sé que puedo hacerlo, pero debes darme tu palabra de que no vas a fragmentar mi atención.

La expresión de Cuchulainn se volvió seria y tensa.

—Brighid, volviste anoche. Creo que deberías esperar antes de intentar...

Ella le lanzó una mirada que lo dejó callado.

—¿Crees en mí? —le preguntó.

—Sí.

—¿Me deseas?

—Por supuesto —dijo él, y asintió—. Te entiendo, mi amor. Te doy mi palabra de que no voy a fragmentar tu atención.

Ella le lanzó una rápida sonrisa de gratitud antes de concentrarse.

«Ayúdame, Epona, guíame. Apenas he saboreado mis nuevos poderes... Los siento, pero no tengo adiestramiento... No sé. No puedo hacer esto sin tu toque de amor».

De repente, las palabras fluyeron en su mente. Incluyó la cabeza y le dio forma con aquellas palabras a la magia que estaba brotando de su alma.

Soy el viento que sopla por el océano.

Soy la ola de lo más profundo. Soy el rugido del mar.

Soy el ciervo del bosque.

*Soy el halcón del barranco.
Soy un rayo de sol,
y soy el verdor de las plantas.*

Brighid comenzó a recitar cada vez con más fuerza, y empezó a levantar los brazos con las palmas hacia fuera y los dedos extendidos. No gritó, pero el poder que había dentro de las palabras era tan grande que a Cuchulainn se le puso el vello de punta.

Entonces, apareció un brillo que rodeó el cuerpo de Brighid.

El brillo comenzó a moverse por su cuerpo, pero no, no era el resplandor lo que se movía. Era la piel de la Cazadora, que se ondulaba y se convertía en líquido. Brighid cerró los ojos y levantó a la vez los brazos y la cabeza.

*Soy el jabalí salvaje,
y el salmón del río.
Soy el lago de la llanura.
Soy la palabra del conocimiento
y la punta de la lanza.
Soy la fascinación que hay
más allá del final de la tierra
¡y puedo cambiar de forma como una Diosa!*

Mientras recitaba, la última línea de su cuerpo explotó en luz y su grito de dolor resonó por las paredes de la cueva.

Pese a su juramento, al oír el grito de Brighid, Cuchulainn se puso en pie de un salto y corrió hacia ella. Sin embargo, se paró en seco al ver que era una mujer. Estaba arrodillada en el mismo lugar donde Brighid había estado en pie. Tenía la cabeza agachada y el pelo húmedo por la cara. Se apoyaba en el suelo con una de las manos, y la otra la tenía elevada por encima de su cabeza. Tenía la respiración entrecortada y su cuerpo desnudo brillaba de sudor. Con un gemido, alzó la cabeza y se apartó el pelo de la cara.

—Ojalá alguien me hubiera contado lo mucho que duele —dijo Brighid con la voz ronca.

—¡Por la Diosa! ¡Brighid!

Cuchulainn hizo ademán de agarrarla, pero se detuvo como si tuviera miedo de acercarse demasiado a ella.

Ella le echó un vistazo a través de su pelo plateado.

—Si me dices que te da miedo tocarme te prometo que me voy a disgustar mucho.

—Claro que no me da miedo. Es que... —Cu susurró una maldición y se acercó a

ella. Se inclinó y la agarró con delicadeza por los brazos para ayudarla a que se pusiera en pie—. No quería hacerte daño.

—No vas a hacerme daño —dijo Brighid. Se miró el cuerpo y abrió mucho los ojos—. No me imaginaba que esto iba a ser tan extraño.

Él le rodeó la cintura con un brazo.

—Tal vez sea mejor que vengas conmigo al colchón y te sientes.

Ella asintió, pero se tropezó unos cuantos pasos más allá.

Entonces se paró, y se miró de nuevo las piernas.

—¡Qué pequeña soy!

Cuchulainn se echó a reír.

—No eres pequeña. Mírate. Eres casi tan alta como yo.

—Espera, suéltame y deja que... Quiero decir que necesito... —Brighid suspiró al ver su expresión de perplejidad—. Cuchulainn, quiero mantenerme sobre mis dos pies un momento, y acostumbrarme a este cuerpo nuevo.

—¡Ah! ¡Por supuesto! —dijo él.

Le soltó la cintura y se apartó un par de pasos. Ella se irguió y volvió a mirarse. Su torso no había cambiado, pero de cintura para abajo era otro ser. Su poderoso cuerpo equino había cambiado por dos piernas esbeltas y largas. Miró hacia atrás y tuvo que pestañear para evitar el mareo y la desorientación.

—¡Por la Diosa! Ahí detrás no hay nada —balbuceó.

Cuchulainn volvió a reírse.

—¡Claro que sí! Tienes un trasero muy bien formado.

Ella lo miró a los ojos.

—¿Te agrada mi forma?

—Mucho —contestó él—. Aunque también me gustas como Cazadora —añadió rápidamente.

—Ya sé que te resulto atractiva como mujer centauro. Este cuerpo es nuevo para mí. Naturalmente, me preguntaba si...

—No tienes que preguntarte nada, Brighid. Eres una mujer exquisita. Con esta luz eres como una Diosa de piel de satén, que ha caído del cielo de la mañana. Y yo tengo mucha suerte por haberte descubierto.

Brighid vio el deseo en sus ojos, y sintió un calor en el vientre. Sonrió, y volvió a mirarse el cuerpo. Con cuidado, estiró una pierna hacia delante y observó su pie.

—Piernas... dedos en los pies... Es tan corriente, y al mismo tiempo tan extraordinario...

—A mí me parece completamente extraordinario —dijo él con emoción—. ¡Lo has conseguido, Brighid! Has conseguido algo que solo pueden hacer los Sumos Chamanes: dominar el poder del cambio de forma.

—Lo hemos hecho los dos. Si tú no hubieras venido conmigo, yo no habría conseguido llegar al bosque de Epona. Y ahora te necesito otra vez. Tienes que ayudarme con otra cosa.

—Con lo que quieras, mi bella Cazadora.

—Enséñame cómo podemos convertirnos en uno solo.

Sin decir palabra, Cuchulainn la tomó de la mano y la llevó hasta el colchón, que continuaba en mitad del laberinto. Mientras ella atravesaba la cueva, sus pasos se hicieron más seguros, y aunque ella echaba de menos el poder de su forma natural, pudo apreciar la gracilidad de aquel cuerpo de mujer. Se tendió junto a su marido y, llena de curiosidad, se acarició el cuerpo desnudo y aprendió cómo respondía a las caricias, y encontró pequeños lugares secretos que eran especialmente sensibles.

—Tengo la piel muy suave. Es asombroso. No sabía que sería así —dijo, y sonrió a Cu, que se había apoyado en el codo y estaba observándola mientras se exploraba.

—Me cortas la respiración —susurró él con la voz ronca.

—No la pierdas —murmuró ella. Le tomó la mano y la posó sobre su muslo—. Si no puedes respirar, ¿cómo vas a enseñarme los placeres de este nuevo cuerpo?

Él gimió su nombre y susurró contra sus labios:

—Te lo mostraré.

Pero no solo se lo mostró. Mientras la tocaba con las manos y con la boca, le hablaba y le preguntaba cuáles eran sus caricias preferidas, y cuáles de sus roces le causaban placer. Las manos de Cuchulainn eran ásperas después de tantos años de manejar la espada, y le producían muchas sensaciones contra la piel suave. Brighid se dio cuenta de que se deleitaba al sentir aquella aspereza agarrándole las nalgas suaves. Cuando él posó la boca en el centro de su feminidad y la probó completamente, ella no apartó la mirada, sino que lo observó, mientras Cuchulainn aprendía por fin lo que ella había aprendido antes que él: lo que era la alegría de proporcionarle placer a un amante.

Cuando ella estaba resbaladiza y preparada, él entró en su cuerpo con cuidado, concediéndole tiempo para que sus músculos se adaptaran y lo recibieran. Y entonces, entrelazaron las manos y comenzaron los movimientos atemporales del sexo. Ella se arqueó contra su cuerpo, y pensó con embeleso que por fin sus cuerpos habían podido experimentar lo que sus almas ya sabían. La unión. Cuando Cuchulainn gimió su nombre y liberó su semilla en el cuerpo de Brighid, ella lo abrazó y se dejó llevar por la avalancha de sensaciones junto a él.

Capítulo 48

—Deshacer el Cambio es mucho más fácil —dijo Brighid, moviendo la cola y pateando el suelo con los cascos, como si estuviera preocupada por si algo no había vuelto a ser completamente equino.

—Es increíble —dijo Cu—. Yo nunca he visto a mi padre realizar el Cambio. Aunque, cuando era pequeño, un par de veces entré en la habitación de mi madre sin avisar y lo vi con su forma humana —añadió entre risas—. En ambas ocasiones me quedé muy sorprendido. La última vez debía de tener unos diez u once años, y no pude verlo muy bien. Recuerdo que pensé que un loco se había vuelto loco y estaba haciendo daño a mi madre, así que blandí mi espada de madera de prácticas y le grité que soltara a la Encarnación de la Diosa.

—¿Y qué hizo él? —preguntó Brighid sonriendo.

—Me miró y me dijo: «Después, hijo, ahora tu madre y yo estamos ocupados» —explicó Cuchulainn, y agitó la cabeza—. Pero eso no fue lo peor. Mis gritos atrajeron a los guardias de palacio; ellos no iban a tomarse a broma que la Elegida de Epona pudiera estar en peligro. Hubo unos momentos muy embarazosos que a mi padre no le hicieron gracia. En absoluto. Cuando, más tarde, llegó el momento de hablar conmigo, tuvimos una charla muy larga y muy detallada en la que me contó lo que había entre las mujeres y sus maridos y algunas cosas del sexo en general. También me explicó por qué tenía que cambiar de forma, y por qué cuando lo hacía se trataba de un momento muy privado entre mi madre y él.

Brighid no pudo contener la risa.

—Debió de ser una conversación muy embarazosa, en efecto.

—Bueno, en realidad no fue una conversación. Él hablaba, y yo escuchaba. Al final me preguntó si tenía dudas.

—¿Y las tenías?

Cuchulainn soltó un resoplido.

—¿Estás de broma? Me sentía muy avergonzado, aparte de que no entendía cómo era posible que alguien quisiera hacer las cosas que me estaba describiendo, y aunque él quisiera, no entendía cómo podía tolerarlo mi madre.

Brighid se deshizo en risitas infantiles.

—Basta. Me estás haciendo daño.

Él sonrió, le rodeó la cintura y la besó.

—Recuerdo en particular una de las cosas que me explicó mi padre durante aquel embarazoso sermón sobre el cambio de forma. Me dijo que un Sumo Chamán solo puede mantener la forma ajena durante cierto tiempo.

Brighid asintió.

—Normalmente, una noche.

—También es sabido que un Sumo Chamán, cuando ha vuelto a su forma natural, debe esperar más o menos un día para que su cuerpo recupere la energía.

—No —respondió Brighid—. Eso no se sabe bien —dijo, y añadió con frustración—: Hay muchas cosas que no sé, Cu. Siento el cambio en mi interior, y siento que el mundo es diferente. Sin embargo, sé muy poco sobre cómo usar este nuevo poder.

—No seas dura contigo misma. La mayoría de los Sumos Chamanes pasan años preparándose, y tienen la tutela de otro Sumo Chamán.

—Ese es el problema. Yo no tengo mentor.

—Vamos paso a paso, mi bella Cazadora. Primero, exige tus derechos legítimos. Después, encontrarás un mentor. Da la casualidad de que tu esposo tiene buenos contactos con un Sumo Chamán muy importante, y te prometo que estará más que encantado de enseñar a su nuera —dijo Cuchulainn con una sonrisa.

Ella le pasó el brazo por los hombros y le acarició la oreja con la nariz.

—¿Quién iba a pensar que sería tan práctico tener a un hombre cerca?

Él se echó a reír y la besó.

—No se lo digas a las otras Cazadoras, porque todos querrán uno.

Ella le mordió el cuello, y él dio un gritito. Se rieron.

Después, Cuchulainn se quedó serio y le acarició la garganta.

—Hablabas en serio sobre lo que me contó mi padre, Brighid. Un Sumo Chamán tiene el cuerpo sin energías cuando recupera su forma, así que hoy debes tener cuidado. No te esfuerces demasiado.

—Solo voy a cazar un ciervo. Eso podría hacerlo incluso siendo mujer. Creo —añadió con una sonrisa.

—Pues ten cuidado cazando. Cuando lo hayas desollado y lo hayas traído a la cueva, yo ya habré encontrado a ese maldito caballo.

—Puedo ayudarte a buscarlo —dijo ella.

—Seguro que podrías rastrearlo en la mitad de tiempo, pero necesitamos carne fresca, así que tendré que arreglármelas solo.

—No tengo que ir contigo, Cu, solo tengo que... —Se quedó callada y puso los ojos en blanco cuando la expresión de Cuchulainn pasó de ser relajada y divertida a ser tensa—. Cuchulainn —dijo con severidad—. Estás casado con una Suma Chamán. Vas a tener que acostumbrarte a que le pida ayuda al Otro Mundo. Yo misma tendré que acostumbrarme.

Él suspiró.

—Tienes razón. Y agradecería tu ayuda.

—Dame solo un momento y no...

—Lo sé. Que no te distraiga.

Ella lo miró con exasperación y cerró los ojos. Respiró profundamente tres veces y pensó en el caballo de Cuchulainn. Rápidamente, mucho más rápidamente de lo normal, aquel sexto sentido que siempre la había ayudado a encontrar el rastro de los animales salió de su cuerpo como una ráfaga de poder. Y casi al instante, ella fue arrastrada hacia un lugar cercano a la cueva donde relucía la luz azul oscuro de un

espíritu solitario. El caballo. ¡Por la Diosa, qué fácil! Entonces descubrió otra luz espiritual mucho más pequeña junto al animal, y se concentró en ella para descubrir de quién era aquella aura dorada y energética. Al darse cuenta de lo que estaba viendo tuvo ganas de echarse a reír. Casi salió del trance inmediatamente para contárselo a Cuchulainn, pero la atracción de otros espíritus la llamó.

Pensó en el ciervo que quería cazar y vislumbró pequeñas pinceladas de luz beis por todas las colinas y las Llanuras de los Centauros. Bien, pensó alegremente, no iba a tener problemas para encontrar venados.

Entonces hubo algo que tembló en los límites de su visión espiritual. Provenía del norte. Era un brillo de color esmeralda, tan intenso que casi resultaba cegador, y que hizo que su espíritu diera un respingo. El trance meditativo de Brighid se interrumpió. Abrió los ojos y sintió un agotamiento poco habitual en el cuerpo y en el alma. Cuchulainn la estaba observando fijamente, con una expresión de preocupación. Por instinto, su primer impulso fue tranquilizarlo, y se apartó aquella luz verde y misteriosa de la cabeza. «Más tarde, después de que hayamos comido, cuando no esté tan cansada, averiguaré de qué se trata... Seguramente no es otra cosa que el brillo verde de los bosques del norte...».

Tocó con suavidad el brazo a Cuchulainn.

—Cu, llevo mucho tiempo usando mi afinidad con los espíritus de los animales para cazar. No tienes que preocuparte, solo estoy un poco cansada.

—Ya lo sé. Es que... Tienes razón —dijo con una sonrisa—. Soy un bobo. ¿Has encontrado a mi caballo perdido?

—Sí, está cerca de aquí. Ve hacia el noroeste y encontrarás huellas de ciervo. Síguelas hasta un claro y una laguna —explicó ella, y en aquel momento sonrió—. Y tu caballo no es lo único que vas a encontrar en ese claro.

Él arqueó las cejas.

—¿Y no vas a decirme qué es?

—Te daré una pista. Es peluda y muy muy molesta.

—¿*Fand*?

—La misma.

Cuchulainn estalló en carcajadas.

Brighid suspiró exageradamente.

Sin dejar de sonreír, Cuchulainn se echó la brida al hombro.

—Iré en busca de mis animales y me reuniré contigo aquí.

—Yo traeré la cena.

—Yo contribuiré con el vino y la compañía.

La risa de Brighid lo siguió mientras se encaminaba hacia el noroeste, ascendiendo por la suave ladera de la colina.

Cuando llegó a la cima se volvió y observó a su esposa mientras ella tomaba su arco y se colgaba el carcaj del hombro.

—Te quiero, Brighid —le dijo él, y agitó la cabeza ante su propia tontería

romántica. Ella estaba demasiado cerca de la cascada como para oírlo, e incluso desde aquella distancia, Cu veía la concentración de la Cazadora en su rostro. En aquel momento, ella solo le prestaría atención al olor y al rastro de un ciervo.

—Esa es mi bella Cazadora —murmuró.

Era poderosa, sensual e inteligente. Cuchulainn pensaba que no había nada que no pudieran conseguir entre los dos juntos. Aquella noche cenarían y recuperarían energías, y al día siguiente entrarían en las Llanuras de los Centauros. Él se aseguraría de que ella llegara al Clan Dhianna y asumiera su puesto de Suma Chamán. Después, entre los dos podrían aclarar los malentendidos y terminar con el odio que había alimentado Mairearad durante su liderazgo. Hombres y centauros podían vivir juntos felizmente. Sus padres eran prueba de ello. Brighid y él eran prueba de ello. Y los Nuevos Fomorianos no eran amenaza para nadie en Partholon. No era necesario que los clanes de centauros hicieran la guerra contra ellos. No eran los demonios que habían diezmado a los guerreros de Partholon un siglo antes. Juntos, Brighid y él tendrían que hacer entrar en razón a su clan.

Cuchulainn paseó la mirada por las Llanuras de los Centauros. Aunque estuvieran secas y de color marrón, aquella tierra seguía siendo bella. Era abierta y libre. Las pocas veces que había viajado a las Llanuras de los Centauros con su padre se había sentido intrigado por su inmensidad. Tal vez fuera por la sangre de su padre centauro, pero la idea de pasar el resto de su vida en aquellas inmensas praderas cubiertas de hierba le proporcionaba un sentimiento de felicidad.

No tenía duda de que encontraría felicidad y un hogar con Brighid a su lado.

Silbando alegremente, y pensando en lo bueno que iba a ser ver a su lobezna, se echó la brida al hombro y siguió su camino en dirección noroeste.

Brighid se quedó al borde de las Llanuras de los Centauros y tomó aire profundamente, alegremente. Había merecido la pena. Sí, había ciervos mucho más cerca de la cueva que de las llanuras, pero Cuchulainn iba a estar fuera por lo menos un par de horas. Tenía tiempo más que suficiente para seguir el rastro de un ciervo, matarlo y desollarlo, y volver a la cueva antes que Cu. O, por lo menos, así era como se había justificado para ignorar el cansancio de su cuerpo y recorrer las últimas colinas para cazar el venado en las llanuras.

Cansada o no, se sentía bien con los cascotes en el suelo fértil de su tierra natal. Había elegido una vida diferente y había salido de su hogar pensando que nunca volvería, y había conseguido aceptarlo. Sin embargo, en aquel momento admitía que aquella aceptación nunca había sido algo fácil para ella. En lo más profundo de su ser había sentido siempre el deseo de regresar, y también algo que en aquel momento sabía que eran sus dones de Suma Chamán.

«Nunca más», se dijo. «De aquí en adelante usaré los dones que me concedió Epona, y asumiré la posición que me corresponde por nacimiento».

Decidió no utilizar la meditación para localizar los ciervos. Aquella era su tierra natal, y si no podía cazar allí no merecía llamarse Cazadora. Con su aguda visión recorrió las infinitas praderas que se extendían ante ella, la mancha verde del bosque en el horizonte y los riachuelos que discurrían por las llanuras. Incluso en tiempos de sequía, el agua de los arroyos y de los manantiales subterráneos irrigaba los árboles. Y allí donde había agua, se concentraban normalmente los ciervos. Aquella era la zona adonde iría a cazar.

Comenzó a trotar suavemente y sonrió al notar la brisa en la cara, y las caricias de la hierba en las patas.

Cuando llegó al bosque, casi se había arrepentido de haber hecho el esfuerzo. Tenía el cuerpo empapado de sudor y le costaba concentrarse. Se topó con varios rastros de centauros, pero no se encontró con ninguno de ellos. También veía las manchas negras de los bisontes al este, pero no había hallado ninguna huella de ciervos, aunque debería haber muchos en aquella zona. El hecho de cazar en su tierra estaba perdiendo atractivo. Si no encontraba pronto señales de alguna pieza, tendría que usar sus poderes espirituales para localizarla. Y pensarlo la hacía gruñir de agotamiento.

Continuó caminando despacio mientras pensaba con gratitud que Cuchulainn estaría con ella en el campamento, y que él podía ocuparse de cocinar.

Más tarde no supo discernir si había sido por el cansancio propio o por el sigilo de ellos, pero no oyó ni vio nada antes de que la cuerda le rodeara el cuello. Al instante, sus manos estaban intentando liberarla del nudo corredizo, pero entonces notó que le rodeaban una pata trasera con otra cuerda. Tiraron de ella con violencia y la derribaron. Se golpeó la cabeza contra una piedra y la oscuridad se la tragó.

Capítulo 49

Recuperó el conocimiento en una ráfaga dolorosa. Notó que unas manos la estaban agarrando por los cascos. Se sentía golpeada y magullada, y tenía un dolor agudo en la cabeza, un dolor que latía con la intensidad desbocada de su corazón.

—¡Ponte en pie! —le gritó alguien—. Ya ha sido suficientemente difícil arrastrarte hasta aquí. No voy a levantarte yo también.

¿La habían arrastrado hasta allí?

Se dio cuenta de que tenía las manos atadas a la espalda, y comenzó a forcejear con violencia. Ciegamente intentó cocear con las poderosas patas equinas traseras, pero la cuerda se le tensó más en la garganta. Cuanto más tiraba, más se ahogaba.

—Estate quieta o te vas a ahogar.

Brighid, temblando, se mantuvo inmóvil hasta que la cuerda se aflojó lo suficiente como para que pudiera respirar. Tosió espasmódicamente.

—No forcejees, y estarás bien. Forcejea, y no podrás respirar.

Brighid pestañeó y se dio cuenta de que estaba en una tienda de los centauros, una de las grandes tiendas de cinco lados que se montaban con pieles de bisonte bellamente teñidas y decoradas, y que su madre hacía que le prepararan cada vez que llegaba al lugar que estuviera visitando. La piel que hacía las veces de puerta estaba abierta, y Brighid vio que era de noche. ¿Cuánto tiempo llevaba inconsciente?

Apenas podía entender lo que le estaba sucediendo.

La tienda estaba despojada de mobiliario, salvo por un candelabro con velas para iluminar. Había cuatro centauros a su alrededor, y al verlos, intentó nuevamente liberarse las manos, pero se dio cuenta de que cada vez que movía un miembro del cuerpo, la cuerda se tensaba y le oprimía el cuello. Los extremos estaban atados a los palos de la tienda, de modo que le inmovilizaban las cuatro patas. Estaba muy bien asegurada. El centauro que estaba más cerca de ella la observaba con una expresión de desprecio y de superioridad.

—¿Ya estás despierta, preciosa? Bien. No estaría bien que te hicieras daño en ese cuello tan bonito. Ya ha sido lo suficientemente dañado —añadió con una risotada, y sus compañeros lo jalearon.

Brighid oyó un trueno en la distancia, y vio el resplandor de los relámpagos por la puerta de la tienda. Con aquel resplandor aumentando la luz débil de las velas, pudo identificar a sus captores: eran la banda de Bregon. Ella los había catalogado así desde el día en que habían matado a la niña.

Seguían a su hermano a todas partes, como si fueran ovejas patéticas.

—Gorman —dijo ella, imitando a la perfección el tono de furia su madre—. ¡Suéltame ahora mismo, cobarde!

Hagan, otro de los centauros, se sobresaltó al oír el sonido familiar de su voz. Los otros dos eran hermanos, Bowyn y Mannis, y la miraron con los ojos muy abiertos al oírla. Sin embargo, ella siguió concentrada en Gorman, el mejor amigo de Bregon, su

compinche.

—Hablas igual que ella, y te pareces mucho, pero no eres ella —le dijo Gorman, y escupió delante de Brighid—. Nunca fuiste tan fuerte como Mairearad. Y nunca lo serás.

—¿Y qué significa para ti ser fuerte, Gorman? ¿Es la habilidad de manipular y usar a los demás? ¿O tu definición de fuerza depende de las cuerdas que tengas? No, espera. Recuerdo que te encanta aterrorizar a niñas pequeñas. Es una pena que tuvieras que acecharme y atarme por sorpresa. ¿No tenías ninguna carreta disponible para aplastarme?

—La fuerza —dijo él con ira— la define la victoria.

—¿Dónde está mi hermano? —preguntó ella, haciendo caso omiso de la rabia de su captor.

—Tu hermano se está asegurando de que Partholon sepa de una vez que los Fomorianos han vuelto a nuestro mundo.

—¿Es que te has vuelto loco? Ya no existen los Fomorianos.

—¿De veras? ¿Y qué son esas criaturas aladas que el hijo de Midhir y tú habéis traído a Partholon?

—Yo los llamo igual que los llaman el Sumo Chamán de Partholon y la Elegida de Epona: Nuevos Fomorianos. Sabes que Elphame los liberó de su maldición. Ya no son una raza demoníaca —dijo ella, y mientras hablaba probaba las ataduras de sus manos intentando hallar la forma de liberarse—. Esto es absurdo. Exijo ver a mi hermano.

—Paciencia, preciosa. Bregon está muy ocupado y no pudo saludarte cuando llegaste —dijo Gorman con una carcajada, y los otros tres centauros se rieron nerviosamente con él—. Nos pidió que te mantuviéramos... ocupada... hasta que él pudiera reunirse con nosotros.

Brighid adoptó una actitud fría.

—Bregon no sabe lo que me habéis hecho.

Gorman se encogió de hombros.

—Él nos ordenó que te mantuviéramos alejada del clan hasta que fuera demasiado tarde. No nos dijo cómo. Esto —dijo, señalando las cuerdas cruzadas que iban a estrangularla si forcejeaba— fue idea mía.

—Ya es demasiado tarde. He bebido del Cáliz de Epona. Soy la Suma Chamán de los Dhianna.

—Sí, ya lo sé. Nos lo dijo Bregon. Por fortuna, ninguno se lo hemos dicho a nuestras esposas. Las mujeres del clan no lo sabrán hasta que no tenga arreglo.

—Estás loco —dijo Brighid, y miró al centauro que había permanecido más alejado—. Avisa a mi hermano, Hagan. Por muy distanciados que estemos, a él no le va a gustar que traten así a su hermana. Y aunque Bregon haya permitido esto, sabe, igual que yo, que Epona se enfurecerá al saber que una de sus Chamanes ha recibido este trato.

Hagan se estremeció y abrió la boca para responder, pero Gorman se lo impidió.

—¿Y qué hizo tu preciosa Epona cuando tu propia madre fue atravesada por una estaca y murió con una agonía espantosa? —le preguntó el centauro, congestionado por la pasión de sus emociones—. ¡Nada! Tu Diosa dejó que Mairearad sufriera y muriera. Parece que a Epona ya no le importaba lo que les ocurriera a sus Chamanes.

Brighid se giró hacia él con lentitud.

—Blasfemas, y le has dado la espalda a la Gran Diosa. Te juro que lo pagarás.

—Ya veremos quién paga qué, Brighid Dhianna. Después de todo, tú has sido la que ha ayudado a traer a esos demonios a Partholon. Tal vez la gente a la que elegiste por delante de tu propio clan no pongan sus armas a tu servicio con tanto entusiasmo cuando se den cuenta de lo que has hecho.

—¡Los Nuevos Fomorianos no son demonios, idiota! Son gente buena que impulsa la vida, no la muerte. Y eso es lo que van a saber en todo Partholon.

—Parece que se te olvida una Fomorian muy especial.

Brighid lo miró con los ojos entornados.

—Fallon está encarcelada en el Castillo de la Guardia a la espera de que nazca su hijo. Cuando dé a luz será ejecutada. Ella pagará su locura, aunque lo que hizo fuera resultado de su amor por su pueblo. Es una aberración. El resto de los Nuevos Fomorianos no son como ella.

—Entonces, ¿quieres decir que no van a ayudarla a escapar y a unirse a ella para dar golpes mortales contra Partholon?

—Claro que no.

—Pero ¿y si lo hicieran? ¿Y si una criatura alada proveniente del sur, de la zona del Castillo de MacCallan, consiguiera entrar al Castillo de la Guardia y liberara a la Fomorian enloquecida, y ambos dejaran un rastro de sangre a su paso? ¿Qué harían los Guerreros de la Guardia?

—Esa es una adivinanza ridícula. No puede suceder. Los Nuevos Fomorianos no quieren más que vivir en paz en Partholon. No harían nada que pudiera poner eso en peligro.

Gorman soltó una carcajada que resonó por toda la tienda. Bowyn y Mannis sonrieron.

—No sabe nada, tal y como dijo Bregon —comentó Mannis.

Brighid lo miró.

—¿Tienes lengua? Creía que solo erais las marionetas de Bregon. Si él no está aquí para ordenaros lo que debéis decir... No creía que ninguno de vosotros supiera hablar solo.

—Tú siempre te has creído superior a nosotros —le dijo Bowyn con ira.

—No superior, solo más caritativa.

—¿No te interesa saber a qué nos estamos refiriendo? —intervino Gorman, y volvió a captar su atención.

—No me importa nada de lo que tú tengas que decir, Gorman.

—¿De veras? Tal vez sí. Es referente al cambio de forma. Bregon nos dijo que la gente de Partholon sabe muy poco sobre el cambio de forma, tan poco como su hermana. Y que él aprovecharía esa ignorancia en su propio beneficio.

—¿Qué quieres decir...? —Entonces, Brighid lo entendió todo, y se estremeció de espanto. El «Fomorian» que iba a ayudar a escapar a Fallon sería Bregon—. ¡Oh, no! ¡Por la Diosa!

—¡Sí! —dijo Gorman burlonamente—. Pero no creas que fue Bregon quien ideó ese plan.

—Mairearad —dijo ella, y recordó el grito del cuervo pidiendo venganza.

—Claro que fue ella. Incluso en su agonía fue brillante.

Orquestó su venganza, y le dijo a Bregon que entrara en el Castillo de la Guardia de noche, a solas, y que encontrara a la Fomorian. Después debía matar a todo aquel que lo viera entrar en su verdadera forma, adoptar la forma de un Fomorian, ayudar a escapar a la criatura y dejar con vida a aquellos soldados que lo vieran.

—Porque no estarían viéndolo a él. Verían a un Fomorian —dijo ella, agitando la cabeza con desesperación.

—Sí —dijo Gorman—. Y seguirán el rastro de un Fomorian que los llevará hasta el Castillo de MacCallan. ¿Qué crees que hará el Clan MacCallan cuando los Guerreros de la Guardia rodeen el castillo?

—No van a entregar a los niños —susurró ella, más para sí que para Gorman—. Lucharán para protegerlos.

—Con eso contamos —dijo Gorman.

—¿Por qué? Esa gente no os ha hecho nada. ¿Por qué queréis destruir al Clan MacCallan?

—Por la misma razón que deberías quererlo tú. Ellos mataron a tu madre.

—Eso es una locura. Nadie del Clan MacCallan le hizo daño a mi madre.

—Murió en un foso hecho por humanos —replicó Gorman, y se alejó rápidamente hacia una de las esquinas de la tienda. Allí recogió una tela del suelo. Volvió y se la mostró a Brighid. Estaba ensangrentada—. ¿Reconoces esto? Era lo que llevaban puesto los humanos.

Era la tela de cuadros de las faldas del Clan MacCallan.

Brighid recordó, con un nudo en la garganta, que Elphame le había dicho que varias personas habían roto su juramento de lealtad y se habían marchado del castillo. De ese modo se habían convertido en gente inaceptable en cualquier otro clan, así que debían de haberse marchado a las Llanuras de los Centauros con la intención de comenzar desde cero, y seguramente de formar su propio clan.

En vez de eso, habían provocado una guerra.

—Esta gente no forma parte del Clan MacCallan. Rompieron su juramento y se marcharon. ¿Dónde están? Yo los reconocería si los viera.

—Ahora no los reconocerías, ni siquiera con tu excelente visión de Cazadora —respondió Bowyn con sarcasmo.

—¡Los habéis matado!

—Por supuesto. Era el comienzo de la venganza de tu madre.

—Esto tiene que parar antes de que haya un baño de sangre.

—¡Que lo haya! —gritó Gorman—. Mientras tú estabas de charla con tu Diosa, Bregon estaba ocupándose de los asuntos de tu madre. Él ya ha estado en el Castillo de la Guardia, y volverá a las llanuras cualquier día de estos con la noticia de su éxito. El mecanismo ya se ha puesto en marcha, y es imposible pararlo.

Brighid lo miró con frialdad.

—No me digas lo que se puede o no se puede hacer, idiota. ¿Qué sabes tú de lo imposible? Lo único que has hecho durante toda tu vida es seguir a un centauro que no es más que un potro petulante, y sentir lujuria por una mujer que sabía más de odio y de manipulación que de amor. Te compadezco, Gorman.

—¿Que tú me compadeces? —gritó él, y su saliva le salpicó la cara a Brighid—. Ya veremos quién debe ser compadecido.

Fuera de la tienda, los truenos resonaban con fuerza, y los relámpagos llenaban la tienda con una luz irreal y efímera. Con la respiración acelerada, Gorman la agarró del pelo y tiró de su cabeza hacia atrás violentamente.

—Bregon averiguó algo horripilante en el Otro Mundo. Parece que, además de haberte convertido en Suma Chamán, te has casado con un hombre. ¿Es cierto?

Con la mano libre, le levantó el pecho para poder inclinar la cabeza y llegar a él con facilidad. Cuando sacó la lengua para lamerle el pezón, ella retrocedió con tanta fuerza que la cuerda se le tensó en el cuello y comenzó a ahogarla.

Entonces, Bowyn y Mannis la sujetaron para inmovilizarla y mantenerla erguida de modo que la cuerda se aflojara.

Ella recuperó el aliento entre jadeos, y se dio cuenta de que los ojos de los tres centauros tenían un brillo antinatural. Tenían el rostro congestionado, y una expresión de lujuria.

—Responde —le ordenó Bowyn con la voz ronca—. ¿Te has casado con un hombre?

—Sí —dijo ella, intentando dominar el pánico—. Cuchulainn MacCallan es mi esposo, y cuando yo lidere el Clan Dhianna, él estará a mi lado.

—¡Eso no sucederá nunca! —chilló Gorman.

—Tal vez llevas demasiado tiempo sin tener un amante centauro, y se te ha olvidado lo que es la verdadera pasión —dijo Bowyn entre jadeos repugnantes. Él le agarró el otro pecho y se lo apretó, le mordió el hombro con tanta fuerza que le hizo sangre.

Gorman se echó a reír mientras le pasaba la lengua por el cuello a Brighid.

—Tal vez tengas razón, Bowyn.

Ella notó que Mannis se situaba tras ella y, entre manoseos, le mordía las ancas. Frenéticamente, Brighid buscó a Hagan con la mirada, pero el centauro había desaparecido de la tienda.

—Si hacéis esto, os juro por Epona que no descansaré hasta que estéis muertos — les dijo Brighid.

—¿Y cómo vas a cumplir ese juramento? —le susurró Gorman mientras seguía lamiéndole y mordisqueándole el pecho—. ¿Tu hombrecillo nos va a dar un susto de muerte con su fuerza impresionante?

—No, no será necesario. Os voy a matar ahora mismo, en este mismo lugar — dijo Cuchulainn, desde la apertura de la tienda.

Capítulo 50

El sonido mortal de la espada de Cuchulainn saliendo de su funda fue acompañado del gruñido de furia de una loba.

Cuando el guerrero se movió, *Fand* atacó. Bowyn fue el primero en caer, gritando cuando la lobezna se metió en la tienda y le mordió una de las patas traseras. Con un tirón poderoso de la mandíbula, *Fand* le desgarró el tendón del jarrete, y el centauro cayó al suelo ensangrentado.

Cuchulainn no se movió como un hombre. Se movió como un espíritu maligno, silenciosa y mortalmente. Con increíble velocidad se acercó a Bowyn y le cercenó la garganta de un golpe limpio. El último aliento del centauro surgió en un borboteo de sangre.

El guerrero se dirigió hacia Mannis sin hacer un solo sonido. El centauro estaba intentando escabullirse retrocediendo desde las ancas de Brighid, todavía hinchado de lujuria obscena, cuando Cuchulainn golpeó. Le atravesó el pecho y sacó la espada, y después, de una cuchillada oblicua, le abrió el vientre equino y lo destripó.

—A mí no me vas a poder matar con tanta facilidad —dijo Gorman, y blandió su espada, que había desenfundado mientras Cuchulainn se encargaba de sus compinches.

La única respuesta de Cuchulainn fue avanzar silenciosamente hacia él. No habló ni aminoró el paso. Se agachó para esquivar limpiamente la espada del centauro, pero en vez de devolverle un golpe mortal, le hizo un corte en la pata delantera.

Gorman gimió de dolor y se tambaleó hacia atrás. La lobezna aprovechó para rasgarle también la carne de la pata, y dejó a la vista el tendón blanco entre la sangre. Gorman se desplomó y Cuchulainn se acercó a él.

—¡No! —exclamó Brighid.

Cuchulainn se detuvo. La cara que le mostró a su esposa era una que ella solo había visto en una ocasión, cuando habían luchado codo con codo contra Fallon y los Fomorianos que intentaban protegerla. Sin embargo, la máscara de guerrero salpicada de sangre en la que se había convertido su semblante no le repelió. Supo que su propia cara era un reflejo de la misma fría intensidad.

—Corta mis ataduras —le pidió.

—¡*Fand*! ¡Vigílalo! —le ordenó Cuchulainn a la lobezna, y el animal se inclinó junto a los cuartos traseros ensangrentados del centauro, enseñando los dientes.

Cuchulainn enfundó la espada y sacó una daga para cortar las cuerdas que aprisionaban el cuerpo de su esposa.

Sin decir una palabra, Brighid desenvainó la espada de Cuchulainn y, con el pecho desnudo y el arma entre las manos, se acercó a Gorman.

Él la miró con pánico.

—¡No me mates! ¡Haré cualquier cosa! —le rogó.

—No me hables —le ordenó ella, y se giró hacia su esposo—. Cuchulainn, Epona

te dio el don de ver las almas. ¿Qué es lo que ves en el alma de este centauro?

Brighid oyó su respiración brusca, y supo que era aquel el primer momento en el que usaba el don que acababa de concederle la Diosa.

—Veo oscuridad y podredumbre.

Sin titubeos, Brighid hundió la espada de Cuchulainn en el corazón del centauro. Después la sacó y se la entregó a Cuchulainn.

—Tengo que salir de aquí —dijo.

Cuchulainn asintió. Antes de seguirla hacia el exterior, tomó su chaleco, el arco y las flechas de Cazadora, que habían sido arrojados a una esquina de la tienda, y llamó a la lobezna.

Los dos salieron junto a Brighid, que se había alejado varios pasos de la tienda y estaba vomitando de rodillas. *Fand* se acercó a ella, gimiendo de preocupación. Cuchulainn le acarició la espalda y le sujetó el pelo hacia atrás, y murmuró algunas palabras de consuelo, aunque todas ellas fueron ahogadas por los truenos. Brighid alzó la cabeza.

—No llueve —dijo entre jadeos, y se limpió la boca con el dorso de la mano.

—No, mi amor —respondió él con suavidad.

La Cazadora tomó aire.

—Tampoco huelo la lluvia en el aire. Es una tormenta seca. Por la Diosa, ¡cuánto las odio! Son muy peligrosas; los relámpagos pueden...

De pronto, se puso en pie con horror. Se orientó rápidamente y se volvió hacia el viento, mirando hacia el sur a través de las Llanuras de los Centauros.

—¡Oh, por la Diosa, no!

Cuchulainn siguió su mirada. El horizonte estaba incendiado. Los dos observaron con espanto los rayos que golpeaban la tierra y que iban incendiando parcelas y parcelas de pradera.

—Tenemos que salir de las llanuras ahora mismo. Los incendios de hierba son engañosos. Pueden engullirte en segundos.

—El caballo está aquí cerca.

—Espera. Ayúdame a cortar dos pedazos de la tienda.

Él no la cuestionó. Volvió hacia la tienda y comenzó a cortar las gruesas pieles.

—Que sean lo suficientemente grandes como para cubrirnos.

—¿Para cubrirnos? —preguntó Cuchulainn.

—Si no podemos escapar del fuego, debemos encontrar algún riachuelo. Debemos ponernos en mitad de su lecho y cubrirnos con las pieles. Con suerte, el fuego pasará por encima de nosotros.

—¿Y si no tenemos suerte?

—Moriremos asfixiados o abrasados.

Él gruñó y siguió cortando. Cuando tuvo dos secciones de la tienda libres, Brighid y él partieron rápidamente hacia el caballo. Cuchulainn abrió una de las alforjas y sacó un odre de vino que le entregó a Brighid. Mientras ella bebía ansiosamente, él

enrolló uno de los pedazos de tienda y se lo ató al lomo equino. El otro lo ató a la grupa de su caballo.

Cuando terminó se volvió hacia la Cazadora. Ella estaba inclinada hacia *Fand*, acariciándole la cabeza y murmurándole palabras de cariño a la lobezna.

Cuchulainn no quiso pensar en lo que había encontrado en aquella tienda, en lo que había estado a punto de ocurrirle a su esposa. No podía. Si lo hacía estaría perdido. Tenía un nudo duro en el estómago y todavía sentía la sobrenatural claridad mental que siempre experimentaba durante la batalla. Iba a necesitar la fuerza de un guerrero para superar lo que tenían por delante. Sin embargo, no pudo evitarlo; fue hacia ella y le hizo levantar la cara. Se la sujetó entre las dos manos, y sintió que Brighid se estremecía al mirarlo a los ojos.

—Llegaste a tiempo —susurró—. Gracias.

Él no podía hablar. La besó con intensidad, y ella correspondió a su pasión, abrazándolo.

Otro relámpago atravesó el cielo e interrumpió su beso.

—Tenemos que darnos prisa. El viento traerá el fuego —dijo Brighid.

—¿Volvemos hacia las colinas?

—No. Allí no hay suficiente agua para detener el fuego, y no podríamos subir tan rápido como para huir de él.

—Entonces, al este. Los afluentes del río Calman llegan a las llanuras entre las colinas y el Castillo de Woulff. Mi padre y yo íbamos a pescar allí a menudo cuando era pequeño.

Brighid asintió.

—Esperemos que no se hayan secado.

—Si eso ha sucedido, tendremos que continuar hasta el río —dijo Cuchulainn mientras montaba su caballo.

«Tal vez él lo consiga. El caballo está fresco y descansado. Yo no lo conseguiré».

—Brighid —dijo Cuchulainn, mirándola fijamente—. Yo nunca te dejaré. O vivimos, o morimos juntos.

Ella sabía que le estaba diciendo la verdad. Aquel hombre nunca la dejaría sola, ni siquiera para salvarse a sí mismo. «Entonces, que la Diosa me ayude a no causar la muerte de los dos».

—Guíanos tú. Yo te seguiré —le dijo.

El guerrero clavó los talones en los flancos del caballo. Salieron galopando hacia el noroeste, seguidos por la lobezna, bajo los truenos y los relámpagos, que iluminaban la realidad de pesadilla. Los animales de las llanuras los adelantaban; ciervos, zorros y conejos que saltaban frenéticamente. Y, con los animales, llegó el humo. Al principio solo fue un olor amargo en la brisa, pero a medida que pasaban los minutos, el aire se fue haciendo irrespirable. Cuchulainn hizo parar al caballo, rasgó su camisa en tiras largas y las empapó con el agua de uno de los odres.

—Cuando no puedas respirar, ponte esto en la nariz y en la boca.

Brighid asintió, y ambos bebieron del odre.

—Ojalá fuera vino —jadeó ella.

Cuchulainn sonrió.

—Pronto lo será. El templo de mi madre está muy cerca de los afluentes del Calman.

—Supongo que no necesito preguntar si Etain va a saber que debe estar allí para recibirnos.

—Seguramente, tendrá preparado un desfile de bailarinas para recibirnos —respondió él, intentando estar a la altura del tono ligero de la Cazadora. La observó con una mirada de preocupación—. Vamos a descansar aquí. Tenemos unos minutos.

—No, no tenemos tiempo —replicó ella. *Fand* los alcanzó jadeando, y Brighid se puso agua en la palma de la mano para que la lobezna pudiera beber—. Buena chica, buena chica —le dijo a la loba. Después se irguió y miró a Cuchulainn—. Continuemos.

Cu asintió y se dirigió hacia el norte de nuevo. De repente, uno de los relámpagos iluminó con claridad la forma de un centauro solitario que avanzaba en paralelo a ellos. Bajo la luz blanca, vieron claramente que su pelaje era plateado y dorado, una copia exacta del de Brighid.

—Dame tu arco —dijo Cuchulainn.

—No. Si hay que hacerlo, lo haré yo.

Ella tensó su arco sin interrumpir el galope y esperó al relámpago siguiente. Con el fogonazo, apuntó y disparó, y la flecha se clavó en el flanco de Bregon, que se tropezó y cayó con dureza al suelo.

Cuchulainn adelantó a Brighid de camino hacia su hermano. Desmontó de un salto y sacó la daga; posó la punta en el pecho palpitante del centauro, con tanta fuerza que le rasgó la piel. El siguiente relámpago iluminó gotas rojas de sangre que brotaban de la herida.

—Esto es solo para que no dudes de que mi daga también funciona en este mundo —dijo Cuchulainn burlonamente.

—No lo mates, Cu —le pidió Brighid, posando una mano temblorosa sobre el brazo de su esposo—. Por lo menos, todavía no.

Sin embargo, su hermano estaba haciéndole caso omiso al guerrero. Estaba mirando las marcas rojas de las cuerdas, las raspaduras y los mordiscos que tenía su hermana en el cuerpo.

—¿Qué te ha pasado?

—Los centauros hicieron lo que les ordenaste —respondió Cuchulainn con ira—. La capturaron, la ataron con cuerdas de modo que, si se movía, se asfixiaba. Después intentaron violarla —dijo, y a cada frase apretaba la daga con más firmeza en el pecho de Bregon—. Yo me aseguré de que no pudieran cumplir tus órdenes.

—No —respondió Bregon con incredulidad—. Solo tenían que retenerla hasta que yo volviera.

—¡Hasta que fuera demasiado tarde para impedir la guerra! —gritó Brighid—. ¿Cómo has podido hacerlo, Bregon? ¿Cómo puedes desear tal derramamiento de sangre? ¿No fue suficiente el odio de tu madre para toda tu vida?

Él se estremeció.

—Yo solo quería hacerla feliz.

—Eso era una tarea imposible para cualquiera, Bregon —dijo ella. Después, su mirada se endureció—. ¿Lo has hecho? ¿Has liberado a Fallon?

Él cerró los ojos y asintió.

—¡Abre los ojos y mira al hombre que va a matarte! —le ordenó Cuchulainn.

De nuevo, Brighid le tocó el brazo, y él, con esfuerzo evidente, se contuvo antes de atravesarle el pecho a Bregon.

—¿Adónde fue Fallon? —preguntó Brighid.

—A las montañas. Solo sé eso —dijo Bregon con un escalofrío—. Era espantosa —añadió, y su expresión de horror fue transformándose en una de arrogancia que a Brighid le recordó a su madre—. ¿Cómo puedes defender a esas criaturas? Son malignas. Incluso estando embarazada, atacó y rasgó a los guardias con las manos y los dientes para liberarse. Adoptar su forma, aunque fuera algo temporal, me resultó una experiencia horrible.

—¡No son como Fallon! Los Nuevos Fomorianos son bondadosos. Epona les ha concedido el don de alimentar la vida.

Brighid agitó la cabeza con disgusto. Estaba tan cansada que le costaba formar las palabras.

—Siempre has sido así, Bregon. Incapaz de ver más allá de tus necesidades y tus deseos más inmediatos.

—No creo que esas criaturas aladas deban vivir.

—¡No es decisión tuya! ¿Y qué ocurrió con los Guerreros de la Guardia? ¿A cuántos mataste? ¿Y a cuántos mató Fallon?

—¿Y en el Castillo de MacCallan? —preguntó Cuchulainn entre dientes.

—¡Ellos mataron a mi madre! —gimió Bregon.

—Idiota, los hombres que fueron a las Llanuras de los Centauros habían roto con el clan —dijo Cuchulainn—. ¿Por qué iban a estar, si no, forjándose una nueva vida?

—Y nadie mató a nuestra madre, Bregon. Fue un accidente. Un accidente que podría haberse evitado si le hubiera dado a ese grupo de personas permiso para establecerse en alguna pequeña parte de nuestras tierras.

—¡No tenían derecho a estar allí! ¡No pueden invadir las tierras de los centauros!

—¡No! —gritó Brighid, y se sintió débil al instante—. La plaga del odio de mi madre termina ahora. Vas a venir con nosotros al Templo de Epona. Allí le dirás a Etain lo que has hecho, y ella decidirá cuál es tu castigo.

—¡No, no voy a ir!

—Irás aunque tenga que cortarte las patas y arrastrarte detrás de mi caballo —dijo Cuchulainn.

Brighid notó un cosquilleo en la piel justo antes de oír el sonido. Era un rugido que se fue intensificando, como un trueno, pero más alto. La tierra comenzó a vibrar bajo sus pies.

—Bisontes —dijo con incredulidad, mirando a su hermano—. Tú también tienes afinidad con los animales.

Bregon la miró fijamente.

—Tenemos algunas cosas en común, hermana.

—¿Qué ocurre? —preguntó Cuchulainn.

—Ha provocado una estampida de bisontes. Monta —le dijo Brighid a su marido rápidamente, intentando no ceder al pánico—. Nos ocuparemos más tarde de él.

Cuchulainn no se movió, sino que mantuvo la daga apretada contra el pecho del centauro.

—¡Cuchulainn! Si no nos movemos rápidamente, vamos a morir.

—Lo perderemos.

—Es posible, pero no puede esconderse de Epona.

Con un gruñido de frustración, Cuchulainn retrocedió. En cuanto apartó la daga, Bregon se puso en pie. Se volvió hacia su hermana.

—Perdóname —murmuró, tambaleándose hacia ella.

Automáticamente, ella extendió los brazos para agarrarlo, pero en vez de abrazarla, él estiró la mano y le arrebató el rollo de piel de bisonte de la tienda que ella llevaba enrollado en el lomo. Antes de que Cuchulainn pudiera reaccionar, Bregon desapareció entre el humo.

Cuchulainn saltó sobre el caballo, que ya estaba moviéndose con nerviosismo y con las orejas muy estiradas.

—Deja que se vaya —le dijo Brighid—. No merece la pena perder la vida por él.

Con un gran esfuerzo, Brighid tomó a *Fand* del suelo y se la colocó a Cuchulainn sobre la silla.

—¡No la sueltes, o la aplastarán! —le gritó a Cu, para hacerse oír sobre el fragor, que cada vez era más intenso—. Y sujeta bien las riendas del caballo. Le entrará pánico, pero tú estarás a salvo siempre y cuando sigas montado en él.

Junto a ellos pasó a toda velocidad una enorme forma oscura.

Brighid miró a los ojos a su marido y sonrió. Sabía que estaba a punto de morir. El cambio de forma, y después su secuestro, y su huida del incendio le habían robado todas las fuerzas. No podría superar una estampida de bisontes, pero no iba a permitir que el último recuerdo que Cuchulainn tuviera de ella fueran lágrimas y tristeza.

—Te quiero, Cuchulainn —dijo.

—Yo también te quiero, mi bella Cazadora.

Otra bestia pasó junto a ellos, y Brighid respiró profundamente antes de darle una palmada al caballo en la grupa y gritarle:

—¡Adelante!

Capítulo 51

Caballo y centauro echaron a galopar, pero pronto se vieron envueltos en una masa de criaturas en estampida. Cuchulainn percibió su olor: humo, pánico y almizcle. No podía oír nada aparte del sonido de sus cascos. Frenéticamente intentó guiar su caballo para que permaneciera junto a Brighid, pero fue imposible. El océano de bisontes los separó hasta que lo único que pudo ver fue el pelo plateado de su esposa flotando tras ella. Y entonces, los bisontes lo empujaron hacia delante, y acabó perdiéndola de vista.

El miedo se apoderó de él. ¡No podía perderla! Lentamente hizo girar al caballo, de manera que comenzaron a cruzar lentamente la manada de bisontes. El caballo era más ágil que las bestias, y finalmente llegaron al borde del rebaño. Él hizo que el caballo aminorara el paso y, al trote, escrutó a las bestias para encontrar de nuevo el pelo plateado de su amada.

La manada fue terminando de pasar, y cuando los últimos ejemplares desaparecieron, Cuchulainn empezó a percibir otro sonido. Eran crujidos y chasquidos y ráfagas de viento. Volvió la cabeza y vio las llamas, que espantaron al caballo. Cuchulainn lo dominó e hizo que recorriera la hierba que acababan de aplastar los bisontes en su huida, en busca de Brighid.

Hubiera pasado de largo de no ser porque *Fand* lo avisó con sus gemidos y sus intentos frenéticos de liberarse. Brighid había caído de rodillas y estaba inclinada hacia delante, con las manos apoyadas en el suelo, intentando recuperar el aliento.

Él cabalgó hacia ella y saltó al suelo.

Ella alzó la cabeza y lo miró con los ojos vidriosos.

—No —susurró—. Se suponía que tú estabas a salvo.

—Te dije que no iba a separarme de ti —respondió él.

Tomó rápidamente un odre del caballo y le dio agua. Ella bebió, pero pronto comenzó a toser.

El fuego estaba alcanzándolos.

—¡Márchate! —le gritó ella.

—Solo si tú vienes conmigo —dijo él.

—No serviría de nada —respondió Brighid, y le mostró una de las patas, que estaba doblada en un extraño ángulo—. Me la he roto. Vamos, Cuchulainn, ¡vete!

—¡No! No voy a perderte, Brighid. No podría sobrevivir.

—Por favor, no me hagas esto —susurró ella.

Entonces él abrió mucho los ojos.

—¡Cambia de forma!

—Cu, yo...

—¡Puedes hacerlo! Debes hacerlo. Cambia de forma, y ambos podremos montar a caballo. Si no lo haces, vamos a morir los dos...

«Vive, niña...».

La voz dulce de Epona resonó por la mente de Brighid, calmándola. Brighid inclinó la cabeza hacia delante y empezó a recitar la oración, mientras se preparaba para sentir el dolor del Cambio.

Su piel apenas acababa de perder el brillo de la transformación cuando Cuchulainn la subió al caballo. El fuego estaba tan cerca que el calor les abrasaba la piel y las chispas llovían a su alrededor.

—Nos va a devorar, Cuchulainn —jadeó en su oído.

Él se inclinó hacia delante y taloneó al caballo, que aceleró, pero no podían sacarle ventaja al monstruo de fuego que los perseguía. Brighid cerró los ojos y agarró la turquesa que siempre llevaba al cuello.

«Te necesito otra vez, amigo mío».

El halcón graznó y sobre las llamas, y sus poderosas alas dispersaron el humo que los rodeaba, mientras los rodeaba y después se lanzaba en picado hacia su derecha.

«Venid...».

Cuchulainn dirigió el caballo hacia la derecha y siguió al halcón hacia el río.

El agua no era muy profunda en su lecho; solo llegaba hasta las rodillas del caballo. Y no estaban solos; allí había una extraña reunión de ciervos y coyotes, todos ellos acurrucados en el agua, observando con fascinación las llamas que se aproximaban. Cuando *Fand* saltó a la orilla y los salpicó, ni siquiera los ciervos la miraron.

—¡Baja la piel del caballo! —le gritó Brighid por encima del estruendo del incendio—. Deja que el caballo se marche. Él puede escapar sin tener que llevarnos a nosotros.

Brighid apretó los dientes para poder soportar el dolor que sintió cuando Cuchulainn la bajaba del lomo del caballo. Se apoyó solo en la pierna izquierda, mientras él le quitaba al caballo la silla, las alforjas y la piel de bisonte, y después le daba una palmada para que saliera galopando de nuevo. Después, Cuchulainn se agachó junto a ella y llamó a *Fand*. Se abrazaron y apretaron a la lobezna contra ellos, y Cuchulainn los cubrió con la piel. Su mundo se volvió negro.

Perdieron la noción del tiempo, y solo notaron el calor y el sonido terrible y ensordecedor del fuego. El agua que había a su alrededor siseaba y echaba vapor. Brighid se aferró a Cuchulainn e intentó contener el pánico instintivo que la empujaba a apartar la piel opresiva. Le dolía horribilmente la pierna rota, y se sentía muy débil. Pese al calor, comenzó a temblar, y supo que estaba empezando a sufrir una conmoción. «Eso me mataría con tanta facilidad como el fuego». Supo que debía obligarse a mantener la calma, a mantenerse consciente, pero era mucho más fácil dormirse... y hacía tanto frío...

Entonces oyó los cánticos. Sonrió al reconocer las voces de los niños alados y recordó que aquella era la canción que entonaron el día que comenzaron su viaje hacia Partholon desde las Tierras Yermas.

*Te saludamos, sol de Epona,
mientras recorres el cielo con paso firme
sobre las alas de la altura
tú eres el padre feliz de las estrellas.*

—¿Lo oyes? —le preguntó en un susurro a Cuchulainn.

—Sí —respondió él—. Los oigo, aunque sé que no pueden estar aquí.

—No están aquí —dijo Brighid con la voz entrecortada—. Pero su amor sí. Gorman se equivocó. A Epona sí le importa lo que les ocurra a sus Chamanes.

Mientras escuchaba aquella canción de alabanza, notó que la fuerza del amor invadía su cuerpo, y que se expandía a su alrededor, envolviéndolos como una manta protectora.

*Te hundes en el océano peligroso
sin sufrir ningún daño ni dolor.
Te alzas sobre una ola tranquila
como un joven jefe en su mejor momento
¡y nosotros te amaremos
durante todos los días de nuestra vida!*

—Se acabó —dijo Brighid en voz baja, cuando la canción acabó—. El fuego se ha consumido. Puedo sentirlo: su ira ha desaparecido.

Lentamente, Cuchulainn fue alzando la piel de bisonte y mirando a su alrededor. Se puso en pie y tomó en brazos a Brighid, y seguido por *Fand*, la llevó hasta la orilla, que estaba llena de cuerpos carbonizados de animales. Subió por la orilla del este y se quedó observando los troncos ennegrecidos de los árboles. La serie de afluentes que pasaban por allí en su camino hacia el río Calman habían conseguido romper el avance del fuego, y el verdor que todavía cubría las montañas que había detrás del último arroyo resultaba algo extraño y fuera de lugar en aquel mundo negro y gris. Antes de que él pudiera girarse hacia el sur para observar lo que quedaba de las Llanuras de los Centauros, Brighid habló.

—Déjame en el suelo —le pidió—. Quiero cambiar.

Cuchulainn la posó en el suelo y, cuando ella recobró el equilibrio, él se alejó un par de pasos. Después cerró los ojos para protegerse del brillo cegador que envolvió el cuerpo de Brighid durante el Cambio. Cuando ella hubo adoptado su verdadera forma de mujer centauro y estaba erguida sobre tres patas, lo miró decididamente.

—Ahora estoy lista para verlo —le dijo.

Los dos se volvieron hacia el sur. Brighid no podía entender lo que tenía ante sí. El sol estaba saliendo por el este del horizonte, y cubría con una luz alegre, rosada y dorada aquel mar de desolación. Las praderas de hierba habían desaparecido. En su

lugar solo había montones de cenizas, formas carbonizadas y volutas de humo negro que ascendían por el cielo.

—Oh, por la Diosa —gimió Brighid, y se tapó la boca con la mano para no sollozar en voz alta. ¿Habría podido sobrevivir algo?

—Sí, hija —respondió Etain.

Su voz sonó dulcemente a su espalda.

Se volvieron hacia la Diosa y Brighid jadeó. Etain estaba en su yegua plateada, al borde de la línea negra que separaba lo que había ardido de lo que no. Midhir estaba a su izquierda. A su derecha, Elphame, Lochlan y Ciara. Y detrás de ellos, los niños alados.

—Y ahora dime, hija mía, ¿cómo iba a poder sobrevivir algo entre tanta devastación? —le preguntó Etain a Brighid.

La Cazadora miró a la Encarnación de la Diosa, y a Elphame, y después a Ciara, y a los niños, que estaban inusualmente silenciosos, y finalmente, clavó la mirada en los ojos turquesa de su marido. Entonces lo entendió todo, y fue en aquel momento en el que la Cazadora se convirtió completamente en Suma Chamán.

—Con esperanza y amor, cualquier cosa puede sobrevivir —dijo.

Sus palabras resonaron con la ayuda del poder de la Diosa, y no solo llegaron hasta los niños, sino que reverberaron por todas las Llanuras de los Centauros.

Etain sonrió con aprobación.

De repente, se oyeron gritos detrás de los niños, y aparecieron los guerreros vestidos de negro con los arcos preparados y las espadas en alto. Brighid notó que Cuchulainn se ponía muy tenso a su lado, y abrió la boca para gritar un aviso, pero Etain alzó un brazo y el sol reflejó su brillo en la palma de la mano, como si ella hubiera llamado a todos sus rayos.

—¡Un momento, Guerreros de la Guardia! —ordenó sin mirar atrás—. No os he permitido que nos siguierais hasta aquí para llevar a cabo una venganza equivocada. Habéis venido para presenciar un renacimiento. Guardad silencio y observad —les dijo.

Miró hacia atrás por fin, pero no a los soldados, sino a los niños.

—Venid —les dijo con una sonrisa.

El grupo descendió desde la montaña verde y atravesó la línea dejada por el fuego sin vacilación. Cuando llegaron junto a Brighid y a Cuchulainn, se detuvieron. Brighid quería saludarlos a todos, a Elphame, a Ciara y a Liam, pero sentía un cosquilleo sobrenatural en la piel, y tenía la sensación de que la había invadido un deseo que iba más allá de su mente y de su espíritu... algo que tenía que tener.

—Dirígelos, Brighid, Suma Chamán del Clan Dhianna. Tu amor, y su esperanza, curarán el alma de estas tierras —dijo Etain.

—¿Puedo apoyarme en ti? —le preguntó Brighid a Cuchulainn.

—Siempre, mi bella Cazadora.

Con el brazo sobre los hombros poderosos de su marido, ella cojeó hasta la orilla

y atravesó el río, seguida por un suave revoloteo.

Brighid, Cuchulainn y los Nuevos Fomorianos se asomaron a las praderas assoladas.

Brighid se volvió hacia los niños y hacia Ciara.

—¿Me ayudáis a volverlo verde de nuevo? —les preguntó.

—¡Sí, Brighid!

—¡Por supuesto, Cazadora!

—¡Sí!

—¡Sí!

Ella sonrió mientras sus vocecitas resonaban por encima del silencio de aquella tierra quemada.

—Entonces, uníos a mí.

Tendió la mano y Liam corrió a agarrársela. Entonces, Kyna tomó de la mano a Cuchulainn y le sonrió con descaro. Y, uno por uno, todos los Nuevos Fomorianos unieron sus manos y formaron un semicírculo que se enfrentó a la destrucción.

—No... no estoy segura... —murmuró Brighid.

Ciara la miró y sonrió con alegría, con bondad y amor.

—Sí, sí lo estás, Brighid. Solo tienes que dejar que hable tu corazón.

Entonces, Brighid abrió la boca y su corazón habló.

¡Misericordiosa Epona!

*Guardiana de aquellos que son salvajes y libres,
nosotros te rogamos que bendigas este lugar.*

*Eran unas tierras de odio y luchas,
pero el fuego las ha purificado.*

*¡Permítenos que las convirtamos
en un lugar lleno de felicidad y amor!*

Un lugar de refugio y de paz,

¡un lugar encantado!

Salvaje y libre como la Diosa que lo creó...

Brighid hizo una pausa; entonces, Ciara y los niños comenzaron a canturrear una melodía sin letra que le recordó al ruido que hacía el viento entre la hierba de la pradera. Al mismo tiempo, los Nuevos Fomorianos comenzaron a irradiar un brillo verde. Cuchulainn le apretó la mano a Brighid mientras la voz de Epona, llena de amor y de felicidad, los envolvía como un viento mágico.

«Te consagro, Brighid Dhianna, como Guardiana de las Llanuras de los Centauros. Estás vinculada a ellas por la sangre, por el amor y por la esperanza. ¡Y ahora, por mi sagrada confianza!».

Brighid inclinó la cabeza con emoción, y respiró profundamente para poder terminar la oración. Al hablar de nuevo, tenía la voz tomada por el amor y la felicidad

que sentía.

*¡Misericordiosa Epona!
Protectora divina de aquellos que son salvajes y libres,
¡permanece siempre presente
en este lugar lleno de belleza!
¡Ave, Epona!*

Cuando pronunció las últimas palabras, el brillo esmeralda de los niños explotó de repente, y se extendió por las llanuras como un torbellino. Se lo llevó todo, las cenizas negras y el humo, y fue dejando a su paso la nueva vida que estaba abriéndose paso en aquella tierra fértil.

Brighid, entre lágrimas, presenció el renacimiento de las Llanuras de los Centauros. Y entonces, antes de haber podido asimilar realmente la enormidad de lo que habían hecho aquellos niños bendecidos por la Diosa, notó que la tierra vibraba y vio aparecer a los centauros. Iban guiados por un centauro rubio, cuyo pelaje estaba abrasado, y que tenía la piel llena de quemaduras y ampollas.

Brighid se quedó inmóvil mientras los demás centauros se aproximaban en silencio a ella. Reconoció a muchos, sobre todo a las mujeres centauro. Eran del Clan Dhianna. Sin embargo, siguió concentrada en su hermano.

Bregon se detuvo a unos cuantos pasos de ella. Lentamente, deliberadamente, se inclinó hacia ella con una reverencia marcada que era la muestra de respecto tradicional de los centauros a sus Sumos Chamanes.

—Perdóname, Brighid —dijo él. Cuando alzó la cara, sus mejillas manchadas de hollín estaban surcadas de lágrimas.

Entonces, se arrodilló y dijo:

Por la paz del aire, te juro lealtad.

Por la paz del fuego del hogar, te juro lealtad.

Por la paz de la Tierra, te juro lealtad.

*Por los cuatro elementos te juro lealtad, Brighid Dhianna, Suma Chamán y
Guardiana de las Llanuras de los Centauros, y por el espíritu de nuestro clan
hago este juramento.*

Así se ha dicho, así se hará.

Brighid se quedó tan asombrada que no podía dejar de mirar a su hermano, ni a los demás miembros de su clan, que se habían arrodillado mientras Bregon recitaba aquellas antiguas palabras de acatamiento.

—Debes aceptarlos o rechazarlos —le dijo Cuchulainn en voz baja—. Es decisión tuya.

—Levantaos, centauros Dhianna. Vuestra Suma Chamán os acepta.

Con un grito de alegría, los centauros se irguieron, todos salvo su hermano, que seguía arrodillado, llorando abiertamente.

Ciara soltó las manos de los niños que estaban a su lado, y con su singular, elegancia se acercó a Bregon. Él elevó la cara y la miró a los ojos. Brighid percibió su sobresalto, y comenzó a caminar hacia delante, pero Cuchulainn la sujetó.

—Espera —le susurró.

Lentamente, Ciara le enjugó las lágrimas de las mejillas a Bregon y le tendió la mano. El centauro la tomó y se puso en pie. Sin soltarle la mano, Ciara se volvió hacia los niños.

—Este es el hermano de Brighid —les dijo—. Vamos a darle la bienvenida.

Al instante, los pequeños alados rompieron filas y rodearon al centauro, saltando y acribillándolo a preguntas, como de costumbre.

—Míralo, Cuchulainn, y dime qué ves en su alma —le pidió Brighid a su marido.

El guerrero observó al hermano de su esposa. Después, la miró a los ojos.

—Veo redención, mi bella Cazadora.

Epílogo

Muy al norte, en lo más profundo de las Montañas Tier, Fallon se apoyaba en el brazo de su marido. Entraron por una abertura que había bajo un saliente de roca, de donde habían visto salir una voluta de humo.

Dentro, en el centro de la cueva, ardía una pequeña hoguera. Al ver a los recién llegados, las criaturas que estaban agachadas a su alrededor se movieron y se levantaron en actitud peligrosa. Brillaron colmillos y garras, aunque la luz del fuego era muy débil.

¡Fallon lo sabía! ¡Siempre había sabido que no habían muerto todos! No era posible que unos seres tan fuertes, tan llenos de ganas de vivir, hubieran muerto.

No, estaban allí, esperándola, tal y como ella había soñado...

—¿Quién eres? —le preguntó uno de ellos con un gruñido.

Fallon se apartó del brazo de Keir y se irguió, mostrando su vientre abultado.

—¡Soy vuestra salvación!



PHYLLIS CHRISTINE CAST (Watseka, Illinois, EE. UU., 1960). Se crio a caballo entre Illinois y Oklahoma, donde comenzó su afición por los caballos y la mitología. Montaba a caballo antes de empezar a caminar, y leía todas las historias de caballos que caían en sus manos, hasta que su padre le mostró *El Señor de los Anillos* cuando tenía 10 años. De ahí a las novelas de Anne McCaffrey, que la engancharon a la fantasía para toda la vida.

Tras su graduación sirvió en las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos, donde comenzó su carrera profesional. Después de sus giras con las USAF, fue profesora de inglés durante 15 años en la South High School de Broken Arrow, y en la Universidad de Tulsa, trabajo que abandonó para dedicarse a la escritura a tiempo completo.

Su primer libro fue *En el lugar de la diosa*, publicado en 2001, y galardonado con diversos premios. Desde entonces ha publicado numerosos libros de fantasía para jóvenes y adultos, entre los que destacan sus series *Las diosas de Partholon*, *Goddess Summoning* y *La casa de la noche*.

En 2005, ella y su hija Kristin Cast comenzaron a escribir juntas la serie *La casa de la noche*, que ha gozado de mucho éxito crítico y comercial.

Sus novelas han ganado, entre otros, los siguientes premios: Oklahoma Book Award, YALSA Quick Pick for Reluctant Readers, Romantic Times Reviewers' Choice Award, Prism, Holt Medallion, Daphne du Maurier, Booksellers' Best y Laurel Wreath.

P. C. Cast vive actualmente en Oregón junto a su fabulosa hija, sus adorables perros, su alocado gato *Maine Coon* y un montón de caballos.